Gilbert Cesbron

Es Mozart quien muere

Esta frase de Saint-Exupéry inspiró el título de esta novela, porque sí es un asesinato y quizás el más grave de todos: el asesinato moral de un niño de siete años, Martin, por parte de sus padres, Marc y Agnès Lapresle.

Marc Lapresle, un importante hombre de negocios, se enamora a los cuarenta años de una joven quince años menor que él, Marion. Su esposa se entera y decide divorciarse de él. Se activa el procedimiento clásico. Para los padres, todo parece simple. Pero el niño legalmente confiado a la custodia sucesiva cambia cada vez de planeta y, sin que nadie lo sepa, aprenderá sobre la violencia, la impureza y el egoísmo. Pues estos son los rasgos de este siglo que está tan orgulloso de sí mismo y que cree en particular que ha hecho más por los niños que cualquier otro, cuando en verdad, todos los días, «asesina a Mozart» en ellos.

Gilbert Cesbron

Es Mozart quien muere

ePub r1.0
Titivillus 08-07-2023

Título original: *C’est Mozart qu’on assassine*
Gilbert Cesbron, 1966
Traducción: Ana Cela
Colección: Áncora Delfín,
n.º
334

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Tristán

Me incliné sobre esa frente lisa, sobre esa dulce mueca de los labios y me dije: … he aquí a Mozart niño, he aquí una hermosa promesa de vida… protegido, rodeado, cultivado, ¡qué no llegaría a ser!… Pero no hay jardinero para los hombres… Mozart está condenado.

SAINT-EXUPÉRY

I

EL PLACER, LA FELICIDAD, LA ALEGRÍA

DETUVO el coche en una calle apartada y se aseguró, con aparente negligencia, que nadie lo había seguido. El retrovisor le devolvió una imagen que le hizo estremecerse: unos ojos huraños, una cara casi cruel, una sonrisa de zorro; era la máscara del placer y tuvo un poco de vergüenza. A pesar de su impaciencia, se acercó despacio, de perfil, al pequeño espejo sin dejar de mirarse, frunció las cejas, se llevó a la sien una mano intimidada. Sí, era una cana, la primera… Cambió de expresión. Este «hilo de plata» le parecía que era una especie de consagración: el testigo de su éxito mucho más que el anuncio de un ocaso. «Me lo he merecido…». Y tuvo el buen sentido de reírse de este pensamiento, pero sólo un instante después su cara redonda volvió a ser como la de un niño.

Salió, cerró las portezuelas con cuidado, dando la vuelta al *Porsche* para ver si estaban bien cerradas. No temía que se lo robaran (aquella misma semana iba a cambiar de coche), sino solamente tener que declarar en una comisaría que estaba allí, a aquella hora, en aquel lugar. Además, era al resto del mundo a quien encerraba así, cuatro veces mejor que una: la oficina, su casa, Agnès… Aquella tarde también evitó pensar en Martin, siete años.

«Cambiarlo aquella semana»… Agnès había pronunciado esta frase inhumana pocos días después de la boda, a propósito de un objeto costoso. Él oyó su voz desenvuelta, volvió a ver sus ojos inquietos:

—Cariño, ¿por qué me miras así?

Como a una extraña, ¡sí!, porque no eran solamente unas

palabras de niña rica, sino la definición de la misma riqueza; en aquella época, esta frase lo había escandalizado. Después…

Con una astucia calculada, se había parado bastante lejos del edificio: como para confundir la pista, interponer entre el coche, su cómplice, y aquella cita cotidiana una o dos calles pobres y esos cincuenta pasos que intentaba recorrer descuidadamente, aunque sintiera que el corazón le latía hasta casi salírsele.

Al cruzar la calzada vio moverse un visillo de la ventana hacia la cual evitaba cuidadosamente levantar los ojos y, en el mismo instante, sus entrañas y sus riñones se estremecieron de impaciencia. Sin embargo, ni alargó ni apresuró el paso. Al contrario, se obligó a ir más despacio para parecerse más al personaje poderoso y seguro que esperaba aquélla cuya mano, en aquel momento, crispaba el ligero visillo. Cerró los párpados, pensó en aquella cara y consiguió verla tan claramente que la suya sonrió de ternura. Marion… Los ojos de aquel azul tenebroso que tienen los de los recién nacidos, el sol negro de las pestañas, que siempre parecían salpicadas de lágrimas, la mirada cargada, sin saberlo ella, de un reproche a veces insostenible, una nariz corta cuyas aletas palpitaban como si les faltara aire, los labios hinchados de un niño que acaba de llorar, la boca siempre entreabierta… Una cara que daban ganas de consolar continuamente, cubriéndola de besos. «Marion sin defensa, mi pequeña…».

De andar pausadamente creciéndose, encorvando los hombros, había llegado a ser el personaje mismo que aquellos ojos del azul de los mares acechaban, y él sentía una superioridad estúpida sobre todos aquellos transeúntes grises, sobre aquellos desconocidos que por adelantado él juzgaba mediocres, inútiles. No le vino al pensamiento que cualquiera de aquellas mujeres anónimas pudiera ser la Marion de alguien, lo que es el gran secreto del amor de los demás. En vez de alegrarse de la felicidad de haberla encontrado, se felicitaba como si esta serie de casualidades hubiera sido obra suya. El defecto de los que *tienen éxito*.

El visillo se movió de nuevo. «Va a abrir la ventana, va a asomarse, a hacerme señas», pensó con impaciencia; pero estaba profundamente seguro de lo contrario: que nunca Marion cometería la menor «imprudencia» y que evitaba instintivamente todo lo que pudiera irritarlo. También la amaba por eso: Marion sabía

«quedarse en su lugar», expresión innoble y que él no se hubiera atrevido a formular.

Era una casa sin portera. Los buzones de las cartas, alineados, daban a conocer el apellido de los habitantes e incluso, según la letra, un poco de su carácter. MARION DESTREE, con una letra redonda, bastante infantil, era la única que le pareció de buen gusto; la letra de los indiferentes nos es doblemente indiferente. Aquel nombre entre todos los demás, apagados o pretenciosos, ¿qué le recordaba? Una tarde había ido a recoger a Martin a la salida del colegio: su expresión en medio de las demás, la única viva… También alejó de sí aquel recuerdo.

MARION DESTREE. Nunca había visto su letra sino en aquella cartulina ingenua. (¡Marion no hubiera cometido nunca la imprudencia de escribirle!). Sí, una vez, había encontrado un papel en el parabrisas del coche: «No, no es una multa, pasaba por aquí». Y una tachadura bajo la cual había descifrado a contraluz: «¡¡Te amo!!»… Y seguramente él la había amado más por haberlo tachado que por haberlo escrito. Pero los dos puntos de exclamación le habían parecido insoportables. Exageración, ausencia de dominio de sí, defecto de mujer: Agnès hacía lo mismo; y este rasgo de parecido entre ellas —el único, pensaba— lo había inquietado, como si ese tenue hilo arriesgara hacer comunicar dos mundos prohibidos. ¡Qué «imprudencia»!

—Pero ¿por qué no dos puntos de ex…?

—No se hace, Marion, ¡y nada más!

¿Cómo no besar aquella mueca, aquellos párpados bajos; cómo no pedir perdón a aquella cara que, enteramente, pedía perdón sin comprender?

Esta tarde, las ranuras de los buzones le parecían otras tantas saeteras. Veía aquella constelación de vecinos como pájaros de noche, anidados en lo más profundo de un gran árbol de cemento, siguiendo con la mirada fija sus visitas a Marion. «¡Es tremendo no poder ser libres!». (Lo que significaba: libres para actuar mal). ¿No había realmente manera *de comprar* aquella tranquilidad como cualquier otra cosa, como se reemplazaba un coche robado?

Sin embargo, aquella clandestinidad, aquellos riesgos que le parecían ilusorios formaban parte de su placer. Se hacía la comedia de tener miedo como debe hacerse cuando se cuenta un cuento a los

niños. Para él, el episodio Marion era, en todos los sentidos de la palabra, una «aventura».

Por eso, se entretenía en aquella entrada sombría, gracias a Dios, respirando el olor a cocina y a pintura de los edificios pobres, pero bastante nuevos todavía para hacer ilusión. Retrasaba, no pensando más que en él, el instante de volver a estar junto a aquel cuerpo tan liso cuyo gusto… —sí, *gusto*: no era solamente su tocar, su olor, esa mezcla de lo tibio y lo fresco, de negligencia y de viveza, de blando y de firme— eso es un privilegio de todos los cuerpos verdaderamente jóvenes; el gusto de aquél era exquisito. En toda su vida de hombre no había encontrado jamás uno solo que con él pudiera compararse. O, tal vez (pero esta idea no le vino a la cabeza), para él el tiempo había cambiado de rumbo sin saberlo, y el contraste entre un cuerpo joven y el suyo se le hacía sensible.

Se ha detenido; piensa en el cuerpo que lo espera, salvaje y amaestrado. Su cuerpo entero piensa en él y ya lo ve desnudo. ¿Qué queda de aquel hombre importante y rico a quien, en la puerta de la sociedad que dirige, el portero acecha cada mañana, para que a su paso se desarrolle el ceremonial que le corresponde? De aquel hombre con gafas de oro, rostro a menudo crispado, de voz baja e imperiosa, ¿qué queda, porque a tres pisos de allí…? ¡Un cazador! No, ni eso: una bestia.

Ahora vive este otro ritual, tan convencional como el otro, cuya monotonía asegura su placer. Un día, quizá, la voluptuosidad de soñar en él, así por adelantado, será más valiosa que la de vivirlo. Rechaza este pensamiento; hace tres años que rehúye todo lo que puede obstaculizar sus placeres y su certeza, todo lo que arriesga turbar su presente y su porvenir: tres años que es verdaderamente rico.

Agnès… Desde hace un instante, la imagen de Agnès se le aparece inoportunamente. Normalmente, de instinto, consigue relegarla hasta el momento cada vez más tardío en que, las cejas fruncidas, tira la cartera en el sofá del vestíbulo.

—¡Qué día, cariño!

—Yo he tenido que dar de comer al pequeño.

—Claro. (Prefiere aquello; la mirada fantástica y testaruda de Martin, «su mirada de poney», le fastidiaría más aún que la de Agnès).

Pero esta tarde, porque el cielo de otoño empieza a tomar sus distancias y… ¡Dios mío, hace ocho años ya!, salía más pronto de la oficina para llevar a Agnès a dar un paseo por el bosque; o tal vez porque, más sutil que los dos puntos de exclamación, existe algún rasgo físico común a esas dos mujeres que jamás se conocerán, esta tarde no puede eludir a Agnès. Echada, «no, enferma no, cansada», es como se la imagina siempre. ¿Cansada de qué? Se figura que está todo el día como la ha dejado por la mañana y como la encuentra con frecuencia por la tarde. Por otra parte, ¿qué otra cosa tiene que hacer? Y llega a persuadirse de que solamente él trabaja todo el día para permitirle aquel reposo, aquella pereza, y de ello saca tanto orgullo como irritación. Orgulloso, pero sobre todo tranquilizado: desde que conoce a Marion, remueve todas sus quejas contra Agnès; es la balanza del diablo. Confort, criados, trajes, alhajas, coches… Agnès, «que no se lo merece», no goza de ello porque piensa que es algo que le corresponde, mientras que Marion se siente frustrada. ¿No era precisamente para restablecer el equilibrio, reparar esta injusticia, por lo que, cada tarde, viene aquí? ¡Cuando se trata de justificarse a sus propios ojos, el humano más limitado es un abogado de talento! «¿Por qué Agnès ha cambiado tanto desde nuestra boda?», piensa. La piel lisa y la admiración tierna que viene a robar aquí eran suyas siete años antes: no la engaña, al contrario, la busca, la encuentra aquí; en el fondo, él es más fiel que ella… He aquí lo que llega a pensar este hombre importante que, desde hace años, nadie lo contraría, cosa que es el signo, pero también la maldición, del éxito; este hombre tan «delicado» que seguramente no podría actuar mal sin haber dormido antes su conciencia. ¡Peor para Agnès! Lo más difícil es conseguir alejar de su pensamiento sus ojos, esos ojos, ahora se da cuenta, que se parecen a los de Marion: igualmente cargados de angustia y de reproche, pero con un matiz de desdeño que, por el momento, lo irrita. Esta tarde, ¡imposible ser inocente completamente! Su placer está comprometido de antemano; y siente rencor hacia Agnès, hacia Marion, hacia el mundo entero, excepto hacia él.

Todo esto, que pone en juego su vida y su alma, no ha requerido más tiempo que el que necesita el rayo para caer. Un ruido de pasos en la escalera… Su expresión se crispa aún más. ¿Salir a la calle? ¿Esconderse? Pero ¿dónde? ¿Y para qué justificarse tan

laboriosamente si, a la menor alarma, se conduce como culpable? Entonces espera al molesto testigo afectando naturalidad… ¡Qué pena da verlo! El presidente-director general, el hombre del *Porsche* desea con todas sus fuerzas que aquel desconocido lo tome por un corredor de comercio, un sablista o un amigo de uno de esos fracasados que viven en la casa.

Los pasos se acercan, bajan los escalones de dos en dos, con un acompañamiento de silbidos. Se paran en el descansillo del entresuelo para contar en voz alta los barrotes de la barandilla; después, Marc ve aparecer unos zapatos desabrochados, unas pequeñas piernas sucias, una camisa que se sale de un pantalón medio caído; por fin, reluciendo en la penumbra, dos ojos que proyectan sus maravillas sobre aquel decorado sin misterio. El asombro los ensombrece de repente; pero ¿cuál de los dos, de aquel extraño y del niño, es el más sorprendido frente a frente? En los ojos del niño se mezclan visiblemente la confianza y esa desconfianza igual de instintiva que siente un niño delante de una persona mayor. Y a manera de una pasarela que se lanza entre el mundo de los niños y el de los adultos, el niño pregunta:

—¿Qué hora es, por favor?

—Yo… sí… ¿por qué?

Se tranquilizó, se recobró, pero durante un instante aquel pequeño lo había dominado. Si le hubiera dicho: «Márchese, señor», él le hubiera obedecido inmediatamente.

—Las seis y media, chaval.

«Chaval», es así como llama a Martin. Como si fuera una contraseña, el pequeño desconocido sonríe descubriendo dos dientes muy grandes que parece haber robado a Martin y echa a correr murmurando para sí mismo:

«Entonces, me da tiempo, me da tiempo».

Antes de llegar a la calle habrá desertado de ese universo de los mayores que rige el Tiempo y habrá encontrado de nuevo la cancioncilla que silbaba.

«Le regalaré un reloj al chaval el día de sus ocho años —piensa el padre de Martin—. ¿Cuándo es?».

Después de tranquilizar su conciencia, sube la escalera, de dos en dos también.

Desde hace más de una hora, está delante de la ventana abierta, mordisqueando un mechón del pelo —es su tic— y asomada sobre el río de la calle. Sigue con la vista esas desgraciadas hormigas que se atarean ciegamente en sus servidumbres cotidianas y que, dentro de un momento, dejarán de repente de existir porque una silueta azul… No, gris, ¡es jueves! Marion conoce todos los trajes de su amante…

Imagina el armario de Marc un poco como el de Barba Azul; pero está lejos de la realidad: la riqueza no es más que una palabra para ella.

Las seis y cuarto —¡ya!— dan en la iglesia próxima cuyo nombre Marion no conoce. Cierra la ventana: si Marc llegara y levantara los ojos… Presiente infaliblemente lo que a él le gusta y lo que no le gusta, y cree sinceramente que su función es no contrariarlo en nada. ¿Es el amor o solamente ese instinto de conservación que induce a la debilidad a los seres sin defensa? ¡Sin defensa! En ciertos momentos, Marion piensa que «se defiende» muy bien: a los veintidós años es la querida (una palabra más que repite en voz alta para encantarse) de un hombre tan rico, tan importante y, sin embargo, tan amable. Es un término de prostituta, pero le da lo mismo; si ese Marc no hubiera sido primero, no hubiera sido sobre todo tan amable… Se figura también que es ella quien lo ha elegido en esa feria de hombres que es la ciudad y, más aún, la agencia de turismo donde trabaja como azafata. Tantas proposiciones eludidas hasta el encuentro con Marc le confieren la ilusión de su dignidad y de su libre arbitrio. Piensa «Marc» y pronuncia este nombre a media voz como una palabra prohibida, pero solamente cuando está sola. A él le dice de *usted*, de *tú* a partir de un cierto momento y algunas veces *señor* para burlarse.

—¡Podría ser tu padre!

Sólo era una broma, inexacta, con muy pocos años de diferencia. Él no vio cómo se estremecía Marion al oírlo. Para ella, un padre es quien nos abandona a la edad de cinco años, un perpetuo objeto de odio y de lamentación, un fantasma a quien una madre invoca cada vez que falta el dinero, cada vez que la administración nos persigue o cada vez que un hombre nos falta al respeto. «Podría ser mi padre: darme la seguridad que nunca ha tenido mi madre. ¡Ah! Dejar de tener que vivir al día…». Padre, marido e incluso a veces

su hijo, Marc en realidad hace de todo. Si lo supiera, daría marcha atrás…

Cierra la ventana y se queda de pie, la mano en el visillo, con esa especie de paciencia que está esperando para saltar, como la de un gato que acecha el agujero de un ratón. «¿Y si no viniera?». De repente, el mundo se le cae encima; pero incluso esta angustia halaga y tranquiliza a Marion: «Porque lo amo, lo amo…». No, no es eso, solamente se angustian su debilidad y su vanidad. Como tantas mujeres, bautiza apresuradamente amor a lo que le faltaba y, como tantas jóvenes, ignora todavía qué parte de ese vacío no puede ser colmada. Cree que ama a Marc; lo que ama solamente, en cuerpo y alma, es no tener ya nunca miedo. La importancia, la riqueza de Marc la protegen contra los demás, contra el mañana. Nunca ha hablado de él a sus compañeras; pero su perfume bueno, sus pañuelos de marca e incluso su discreción hablan en su lugar. Se sabe envidiada y eso contribuye bajamente a su seguridad; no es más que una muralla de papel, pero los pobres pueden vivir al abrigo de tales muros. Que Marc pertenezca a otra clase social la tranquiliza en vez de desesperarla. Eso tranquiliza también al hombre importante que, en ese mismo momento, cierra el coche a dos calles de allí.

¡Ahí llega! La mano separa complacidamente el visillo con una astucia instintiva: «Que vea que lo esperaba, pero que no me vea…». Lo sigue con la mirada: una cabeza redonda y con entradas, hombros fuertes, apenas cansados, y esa lentitud del luchador que va al encuentro del adversario. Hasta pudiera decirse que ha frenado la marcha; esto no la ofende, pues a la impaciencia de un amante prefiere esa tranquila seguridad. ¿Es eso amar, Marion? Sin embargo, a causa de una silueta gris que sólo ella nota, la calle entera ha cambiado a sus ojos: la calle, el cielo y esa punta de la rama de un árbol que, de milagro, sobrevive en esa manzana de cemento y a la que Marion no ha mirado desde hace días. De repente, se da cuenta que el otoño está ahí, convaleciente desahuciado, que los pájaros le faltan y que ella vive ¡ella vive!

El edificio acaba de tragar a Marc. ¡Rápido! Abrir la puerta despacio, como el viento. Atraviesa su minúsculo piso y por el camino hace el inventario con una mirada nueva: lo que le viene de los suyos, los vestigios de la infancia estrecha de Marie (Marion es

un apodo cariñoso), y todo lo que Marc le ha llevado, aluviones de otro planeta que ella se obliga a encontrar bonito. Mete en un cajón rápidamente la fotografía de su madre con pendientes y rasgos estirados, y algunos objetos más a los que le tiene cariño, pero que, cada vez, le hacen fruncir las cejas a él. Ya está detrás de la puerta, atenta a los ruidos de la escalera. «¡Ojalá no se encuentre con nadie!». Hoy tarda mucho en oír sus pasos; el corazón ansioso de Marion los sustituye. No sabe hasta qué punto esa mirada de niño que tiene miedo, esos labios de niño a punto de llorar son precisamente lo que Marc espera.

Agnès mueve la cabeza con impaciencia. ¿Desde hace cuánto tiempo estaba soñando? ¿En qué soñaba? ¡Qué importa! Ninguna obligación le recordaba la hora, la tarde no más que la mañana, hoy no más que ayer. Para algunos, esto puede parecer la felicidad.

Hoy —¿en qué día estaban?— había arreglado el armario de la ropa blanca. Si Marc lo supiera le diría con un tono más humillado que humillante: «¡Es el trabajo de la doncella!». Pero cualquier cosa que hiciera en la casa ¿no era el trabajo de uno de los tres criados? Además, contar la ropa, cambiar de sitio los montones como se vuelve a un niño en la cama sin turbar su sueño, le hacía feliz. Sabía que en ello encontraba los gestos de su madre, de su abuela, de todas aquéllas que no había conocido y que de lejos le habían preparado aquella vida tranquila y, de más lejos todavía, la preservaban. Sobre las baldas pacientes, generaciones de sábanas se acumulaban como los fantasmas apacibles en el espacioso panteón del Père-Lachaise: FAMILIA FONTAINE.

Agnès había contado en la penumbra diez veces más de ropa de la que necesitaba la casa para nacer, vivir y morir; pero una provisión así forma parte de la felicidad de las mujeres como todo lo que parece detener el tiempo y prever un futuro sin fin. Acababa de cerrar los armarios a disgusto, de encerrar aquel olor de campesina endomingada cuya sencillez y sosería despertaban en ella una nostalgia especial.

Agnès escuchó un momento. A su alrededor, la casa estaba tan silenciosa y ordenada como sus armarios de ropa. Ni una silla coja, ni una cerradura que no funcionara, ni una cortina manchada… Su espíritu inventariaba aquella casa perfecta; no podía evitar sentir

una cierta ansiedad, y lo que aumentaba esta angustia era que fuera inexplicable. En algún lugar de la vecindad, una mosca de otoño se irritaba contra un cristal; de la cocina llegaba un hilillo de música vulgar. «Tendré que repetir a María…». Clap… Clap… Clap… Albert, con unas tijeras de gigante, podaba los bojes del jardín. Todos los años, en aquella época… Pero ¿en qué año estaban?

Agnès dio un paso hacia la escalera y le pareció que su corazón dejaba en suspenso los latidos, como si todo el cuerpo se quedara atento. Hasta ella llegó un murmullo lejano que se parecía a la vez al silbido de la mosca y a una canción. Agnès murmuró: «Martin…».

El niño jugaba en el despacho de Marc, habitación que había elegido para sus juegos después de una minuciosa exploración de gato y a la que volvía, a pesar de las prohibiciones, con la apacible obstinación de un perro. La prefería por toda clase de razones tan incomprensibles a las personas mayores que es inútil enumerar. Agnès le oyó hacer ruido y jugar en el piso inferior y una sonrisa le vino a los ojos y a los labios pensando en el tiempo en que, dentro de ella, se movía suavemente el niño tan esperado. Esta sonrisa, como casi todas, transformó su expresión; o más bien le restituyó la expresión de su infancia, la expresión que gustaba tanto a su padre y que, más que el tiempo, había alterado el dinero con que aquel padre la había colmado. Del «gran Fontaine» no quedaba más que un minúsculo retrato en el recordatorio de un misal olvidado, uno más grande sobre el piano del salón y, según parece, uno inmenso en el hall de Fontaine y Cía., Construcciones y Promociones Inmobiliarias. «Cía.» era Marc; y «Promociones» también: a la muerte del fundador, el término apenas existía. Era la época en que los terrenos conservaban su valor, en que las viviendas servían para alojar a la gente y no para especular. Desde entonces, Marc había tenido un éxito desmesurado, aprovechándose del momento. Fontaine y Cía. construía menos y ganaba mucho más. Agnès y Marc no habían cambiado en nada el tren de vida: en un vaso lleno ¿cómo añadir una sola gota? Pero tampoco habían cambiado el vaso por uno más grande: ¿no era la famosa prudencia burguesa? Agnès sentía de veras que hubiera pobres; pero bueno, también existen negros… ¡Qué se le va a hacer! Que los suyos y sus semejantes pudieran tener una responsabilidad en este estado de cosas no se le había ocurrido pensar jamás. ¡Afortunadamente!, pues era

demasiado vulnerable para afrontar ciertas ideas. Al menos, tanto se lo habían asegurado desde su niñez, que se había convertido en su verdad. A fuerza de preservarla no había dejado de aumentar su fragilidad. Los hijos únicos son, con frecuencia, educados de tal manera que se desdoblan, y uno no deja de vigilar y de proteger al otro.

El gran Fontaine, su padre, que a los cincuenta años rozaba los mil millones, iba diariamente en autobús a la oficina. Esto imponía mucho a los menos ricos que él y de ningún modo a los pobres. Desde la muerte de su mujer llevaba el mismo traje, la misma corbata; sus tres o cuatro coches también eran negros. Una institutriz educaba a la heredera con muchos más escrúpulos que a un rey: la pequeña Agnès, que no había llegado aún al uso de razón, única criatura femenina que quedaba en la casa, había llegado a ser su maravilla. ¡Prohibido contrariarla ni apenarla! El gran Fontaine, que vivía con una soberbia sencillez, educó a su hija única en esta jaula de oro macizo y, cuando llegó el momento, buscó a un sucesor antes que a un yerno. ¡Qué estupor el suyo cuando la dócil Agnès le llevó de la mano aquel estudiante de Medicina, originario de una provincia que regentaba el doctor Lapresle (el padre) con una abnegación que no lo había enriquecido mucho! Estupor, escándalo y decepción: un futuro médico, y pobre, cuando Fontaine hubiera podido, como las antiguas familias reinantes, aliarse con los Cementos, los Transportes o la Banca para agrandar su reino… Aquel día lamentó la tradición familiar del hijo único que, por lo menos tanto como el trabajo, había amasado los mil millones de los Fontaine. Desde hacía veinte años, Agnès bebía agua mineral, no había jugado jamás con un niño pobre, no había visto nunca una película de guerra; desde hacía veinte años, le ahorraban todo peligro y toda contrariedad. Así, se casó con el aprendiz de médico, cuyo padre, además, ponía mala cara. ¿Con qué hija de farmacéutico o con qué hidalgüela pobre soñaba para su hijo Marc?… Después, la tradición Fontaine, la fortuna Fontaine habían sido más fuertes: hijo, nieto y biznieto de médico, Marc Lapresle había renunciado a sus estudios, se había iniciado en los negocios, había entrado en la empresa al lado del suegro, y éste, al año siguiente, había podido morir tranquilo de un infarto altamente merecido. Aparte su tristeza, Agnès no había sentido este cambio

mucho más que una chalana que pasa una esclusa. Había caído en la trampa que, generación tras generación, los Fontaine le preparaban desde 1880: la seguridad que hacía las veces de felicidad.

No, no es justo, pues Martin era la clave de aquella felicidad, pero ¿era ella consciente de eso? Martin, al que ella creía deber educar como ella misma lo había sido, pero quien, con todas sus fuerzas, resistía. Martin que…

Tuvo unas ganas irresistibles de ver, de oír, de tocar a su hijo. Bajó la escalera, sonriendo, las manos en forma de caricia. «Es mío, se repetía casi ansiosamente, mío…». De repente le parecía que, de esta casa, de estos muebles que había conocido siempre, nada le pertenecía verdaderamente, nada como el niño, el único ser que la había hecho sufrir en su cuerpo, el único por quien ella temblara. Este pensamiento le dio miedo y, al pasar por delante de uno de los teléfonos, marcó, sin pensarlo más, el número de Marc: de Marc el Seguro, el Fuerte, de Marc cuya voz bastaba para tranquilizarla.

—El señor Presidente está en un consejo. ¿De parte de quién, por favor?

—No tiene importancia. Gracias.

En un reloj dieron las seis y cuarto. Siempre esos dichosos consejos… Cerca del aparato estaban juntas sus tres fotos; ese rincón sacrificado era la única concesión que Marc había consentido a lo que él llamaba la sentimentalidad de Agnès. (El retrato del padre Fontaine sobre el piano le parecía perfectamente vulgar). Agnès se sentó en un peldaño, el mentón contra las rodillas, y contempló las tres caras. «La de Marc, redonda y llena como la tierra, con esa mirada que no interrogaba nunca y esa boca entreabierta, no para sonreír sino para hablar». ¿Cómo vivir sin un compañero que tenía respuesta a todo? Durante su infancia, había creído ingenuamente que su padre sabía todo; además, ¿no es el papel de los hombres? Después, había puesto aquella confianza en Marc. Pero su expresión tan fuerte, tan seria, era también la de un niño. La foto de Martin, junto a la de Marc, lo probaba: Agnès encontraba en ella los mismos rasgos, pero tiernos, frágiles, todavía antojadizos, como los de un potro, un arbusto. En cambio, sus ojos grandes y su mirada exigente, ansiosa, le venían de ella; y esos labios, cuyas comisuras se movían a la menor contrariedad; y ese

pelo, de color trigo que se siega tardíamente. Pero lo que no pertenecía más que a Martin, la invención de Dios en aquella cara, eran esos dos hoyuelos que se le formaban a cada lado de la boca al menor pensamiento malicioso, sobre todo cuando se contenía la risa, y que lo denunciaban. Y esa oreja separada ¡una sola! como en las láminas de Épinal donde se castiga la curiosidad. Y aquellas pecas que parecían que se las habían pegado en la cara y que, con el sol de las vacaciones, se volvían como manchas de oro. La primera vez (y casi la única) que el doctor Lapresle había visto a su nieto, había apretado aquella cara con la mano fuerte de médico, había atormentado, de la nuca a la frente, el campito de trigo de donde salía una espiga indomable, y había murmurado: «Es un niño de verano…».

Junto a los otros dos, su propia imagen pareció a Agnès apagada y como ausente, retirada. Detestaba mirarse: siempre se peinaba de memoria, a ciegas, apenas se maquillaba, lo que acentuaba su fragilidad y su palidez, y sólo echaba al espejo una mirada rápida de control. Aquella persona cuya responsabilidad llevaba ella enteramente le imponía y le aterraba un poco… «¡Miedo de su sombra!», pero, ¡cuántos tienen miedo de su propia persona! De esa cara, la suya, nunca veía más que los defectos: esos «ojos inmensos» a los que una expresión triste agrandaban todavía más; ese «monumento de pelo» cuya forma, Marc no había permitido nunca modificar; ese «color blanquecino» (diáfano, realmente); esos «labios demasiado maduros» en los que la púrpura se aliaba secretamente con el oro un poco viejo del pelo: «Vendimia y recolección», había dicho Marc, la víspera de su petición de mano. Estas palabras, todavía vivas y que no sabía que Marc las había olvidado, la reconciliaban un poco con aquel rostro que «parecía mirarnos desde arriba». Era un juicio más de Marc, pero más reciente…

Rápidamente, como para superponer esas tres imágenes, puso la mirada en la fotografía de Martin y después en la de Marc. El niño, con parecido de los dos, le parecía encamar el amor de los dos. «Probablemente es lo que Marc llama un pensamiento de criada», se dijo. Agnès oyó a Martin que, en el despacho, daba gritos de indio. El niño estaba bien vivo; pero ¿el amor?

Sin pensarlo más, volvió a llamar a la oficina de Marc. La misma

voz, con el mismo tono, le hizo la misma respuesta. Agnès insistió, llegó a decir quién era: el tono cambió, la respuesta no. «¿Y si Martin estuviera enfermo, pensó, si estuviera muerto (el corazón le latía con fuerza), no molestarían al Presidente?». En aquel momento tuvo la intuición que el Negocio, el Dinero constituían una persona viva, su enemiga. Pero esta idea contradecía tan gravemente la visión del mundo que, de madre a hija, se transmitían en la familia Fontaine que la desterró dócilmente. Se dejó llevar de nuevo por sus sueños, acurrucada como una niña en el escalón de la escalera, como Martin en aquel mismo momento —pero ¿no lo había olvidado?— en la moqueta del despacho.

Su pequeña voz aguda, incluso cuando encarnaba, como en aquel momento, al jefe supremo de los satélites en el cabo Cañaveral (él decía «Carnaval»), la hizo volver a ella, es decir, a él:

—5… 4… 3… 2… 1… ¡Zorro!

Agnès dio un salto, como el cohete imaginario. Sus ojos reflejaban todavía el retrato de Martin; al abrir la puerta, iba a medir de golpe cuánto y cómo había cambiado desde aquel tiempo. Pero no entró en el despacho: la doncella acababa de dejar en el vestíbulo el correo para el señor y la señora, y la señora se quedó fascinada por el primer sobre del montón. Su nombre se leía con una escritura extraña que se hubiera dicho recortada de la hoja de un periódico.

Escondido detrás del sillón de su padre, Martin sostiene el asalto de una tropa de indios comanches de los que, un momento antes, era el jefe. Tssss… tssss…, las balas de su célebre colt silban en el desierto de Sierra Nevada y más de un rebote se oye sobre una roca tórrida con un ruido seco que convulsa la cara del tirador… ¡Escuchen! ¿No es el gran Cañón del Colorado lo que oímos rugir desde aquí?

—¡Maldita sea! Todos los cargadores vacíos…

Es una frase mágica cuyo sentido Martin no ha comprendido nunca muy bien, si no es que con estas palabras la victoria cambia de campo. En efecto, patatán, patatán, patatán, al galope de sus caballos, los guerreros emplumados empiezan el círculo infernal. De roca en roca (el aparato de televisión… el sillón de cuero…) el coronel Martin busca un refugio cada vez más precario bajo un cielo cada vez más tormentoso. ¡Aaah! Una flecha en pleno corazón y cae

muerto; es la única manera de recobrar el aliento cuando se juega completamente solo.

Echado en la alfombra, enternecido por su propia suerte, el coronel no sabe si va a terminar el juego en el hospital o con sus funerales: ¿blanco o negro? Nada de eso: con los ojos cerrados, intenta apasionadamente figurarse el interior de su cuerpo que se imagina muy parecido al motor del *Porsche*. Escucha atento hasta percibir un runrún tranquilizador y aventura unos pequeños movimientos que ponen en juego sus engranajes bien engrasados de sangre. Uno tras otro, prueba los dedos de sus manos y, a través de las zapatillas de fieltro, los de sus pies. Todo funciona perfectamente bien. ¡Qué reserva de potencia! Es feliz; el mundo es una alfombra espesa.

«Es hora de darse la vuelta», se aconseja a media voz. Cambia de postura: acaba de pensar en esa sangre que corre siempre del mismo lado, Niágara silencioso. Acostado, su mirada se pone en el teléfono y en la radio; empieza a reinventarlos, lo que no llega a una simplificación, pues evita el empleo de esa irritante electricidad, la única cosa cuyo secreto no llega a descubrir. «Se aprieta el botón y la cosa marcha sola», pero se da muy bien cuenta de que esta demostración no es rigurosa.

Después de haber cambiado una vez más la inclinación de su sangre, Martin empieza a zumbar-canturrear y, en su cara, el parecido de su madre se acentúa más que el otro: es su madre quien sueña, en su lugar, un poco tristemente, sin razón. Martin piensa en la hermanita que desea con tal fuerza que estaría dispuesto a robar una, pero ¿dónde, cuándo, cómo? Una vez, el día que cumplió los siete años, habló a sus padres de ello y cambiaron una extraña sonrisa diciéndole que los niños no hablaban en la mesa. Siete años ¡etapa decisiva! Cuando se ha llegado al «uso de razón», ¿no se debe comprender todo, aprender todo sin trabajo? Martin empezaba, no sin un cierto desencanto, a dudar de esta evidencia.

Como un arroyo se hace río, Martin pasa insensiblemente de la canción al soliloquio; habla a su hermanita: desde lo alto de su uso de razón le explica el universo, todo el universo; salvo la electricidad.

Y de repente, da un salto hasta el sillón que vale para todo y lo escala; tiene la cara a la altura del espejo de la chimenea y escruta

ávidamente los estigmas del uso de razón. Ahí está, como Agnès, fascinado por su doble, pero lo que horroriza a su madre a él lo encanta. Martin hipnotiza a aquel desconocido dócil; cada gesto, cada expresión que él le ordena, el otro lo realiza en el mismo instante. Martin está al acecho de la menor desobediencia, del más ínfimo retraso; los espera tanto como los teme: lo llenaría de un terror apasionante. Envalentonado por la servilidad de su reflejo, ordena a su oreja derecha… ¡Qué gracia, es la izquierda! (Se lleva la mano a la oreja y sin embargo es la derecha. Un misterio más…). Ordena a esa oreja que se separe de la cabeza y vuelva a la fila. Nada se mueve. ¡Mejor! Le gusta mucho su *radar*: le da un poder de detección sobrenatural y casi una existencia distinta. Tiene gracia, si la pega, como ahora, contra el cristal frío que lo separa del jardín, oye como crecen las plantas. ¡Las oye, se lo aseguro!

Su propio aliento sobre ese cristal, cubriéndolo de vaho, lo transforma en escritorio. Con el dedo de los jueves, manchado de colores y no de la tinta cotidiana, Martin pone a punto varios inventos; después, la fortaleza ideal (con subterráneos llenos de municiones y de provisiones); después, su firma, que se parece mucho a una gamba.

Borrando todo con el revés de la manga por décima vez, ve por fin el cuadrado de jardín que se inscribe en el cristal.

—Las rosas ya han salido —dice.

Sí, han salido desde hace tres meses, pero no se da cuenta hasta hoy. El mundo de Martin sólo cambia a sacudidas y su tiempo vuelve siempre varias páginas a la vez. No conoce las estaciones; de cada una sólo retiene un signo y, cuando lo ve aparecer, sabe que el universo cambia totalmente. La manzana, la nieve, el ave del crepúsculo son astros caprichosos que giran alrededor del sol Martin. La rosa también. Detrás de la puerta de cristales, trata de recordar su perfume y siente un profundo desconsuelo al no conseguirlo. No sabe todavía que un perfume puede reconocerse, pero no recordarse, como tampoco imaginarse.

Rápido, tiene que ir a oler las rosas. «Todo e inmediatamente» es la divisa de los niños. Abre la puerta y el otoño entra con su triste olor, una hopalanda de frescor envuelve a Martin. Para llegar antes al jardín, va a tomar la «salida *Caravelle*»: los frenos apretados, pataleando, temblando de los pies a la cabeza y, de repente,

soltando todo… Como cada vez, cree por un momento que realmente va a volar como una flecha hacia el cielo. Pero se encuentra solamente un poco decepcionado y muy sofocado a la sombra de Albert, sombra de septiembre a las seis de la tarde, ogro tenebroso armado de tijeras para cortar las orejas. Del jardín vecino, un árbol, desde la punta de su rama, le regala una castaña. Martin la recoge, le quita la piel de ante blanco. Pero ¡cómo! ¿las rosas y las castañas al mismo tiempo? Su calendario vacila… Viva y fría como el otoño, la castaña cabe justo en su puño cerrado: es un amigo. Una vez olvidada, irá a abultar durante algún tiempo el bolsillo de un pantalón como la nuez de octubre último o el pañuelo de diciembre. El gigante Albert observa desde arriba, con cara de pocos amigos, a aquel niño tan parecido y tan diferente a la vez del suyo. Su dignidad de hombre libre al servicio de gentes ricas lo vuelve gruñón ante el hijo de sus amos.

Un crujido de insecto atrae a Martin al fondo del jardín. Albert ha encendido allí un fuego de otoño y el humo, a la altura del niño, le pica en la garganta y en los ojos. De pie delante de aquella pirámide de hojas muertas que se consumen, no puede contener las lágrimas. ¡Verdaderas lágrimas! ¿Por qué? ¿Por qué? Desde la otitis, no volvió a llorar. Incluso creía que a partir del uso de razón…

Martin busca ansiosamente la causa de una tristeza y se avergüenza de no sentirla. ¿Mamá? ¿Papá? ¿El colegio? ¿Los juguetes?… Por supuesto, está la ausencia de una hermanita; pero, llegará cualquier mañana, basta esperar. No, realmente, él es un niño feliz, el más feliz de los niños, y Martin llora, llora, llora…

II

A LA ALTURA DE UN HOMBRE

En todo caso, señorito Marc, la empresa no debe sufrir las consecuencias!

Son las primeras palabras del señor Maucouvert. Atrevidamente ha puesto la mano en el brazo del patrón y hasta ha dejado apoyada un momento esa mano hinchada, de venas frías, esa mano que lleva una alianza ancha, a la antigua usanza, aunque en realidad ese hombre ya viejo está más bien casado con el negocio que con la señora Maucouvert. Desde hace ocho años llegó a la edad de la jubilación, sin embargo, como lo repite con frecuencia (aunque menos jovialmente desde que le falla el corazón): «Sólo me iré de aquí con los pies hacia delante…». Si le preguntaran por qué los Maucouvert dejaron la Borgoña hacia 1816, por qué el abuelo vendió la tienda de telas, y su propio padre… ¿no contestaría: «Para que su descendencia llegue a ser un día la sombra del gran Fontaine»?

El señor Maucouvert llamaba «patrón» a Marc Lapresle y a cualquier hora, en cualquier lugar que lo convocara, invariablemente contestaba: «Sí, patrón».

—Véngase a pasar este domingo a Favières. Allí podremos trabajar en paz.

—Gracias, patrón.

—Euh… con su mujer, naturalmente.

No, esta vez también se quedaría en París con los niños: un domingo de viuda.

—Emile, ¿vienes a misa con nosotros?

—Iros por delante que yo me reuniré con vosotros más tarde. Tengo que terminar el informe de Orleans…

De Orleans o de otra parte, los informes habrán sido su misa, sus domingos, sus vacaciones. En la empresa todos habían olvidado su título: decían solamente «el señor Maucouvert». De sus ganancias, muy considerables, no sabía lo que hacer y las colocaba a nombre de sus hijos, por otra parte bastante mal, pues su talento lo reservaba para la empresa. En uno de esos delirios fraternales que sienten a veces los importantes, sobre todo después de una buena comida, Fontaine le había propuesto asociarse con él. El señor Maucouvert había rechazado este proyecto que le parecía sacrílego: en un negocio de familia no deben hacerse más cambios de los que se hacen en una casa de familia. Y desde aquel día había doblado la vigilancia sobre su patrón que, por el hecho de esta generosidad, le parecía sospechoso. Había separado a los sobrinos incapaces, pero, como preceptor del delfín, era él quien había iniciado al «señorito Marc» en el negocio y quien, midiendo sus palabras, había declarado una mañana al patrón: «Nuestro porvenir está asegurado».

Y he aquí que hoy, por una ridícula historia de carta anónima, de detective privado y de flagrante delito, por toda esa pacotilla de folletín, ¡la señorita Agnès exigía el divorcio!

—En todo caso, la empresa no debe sufrir las consecuencias…

Para hablar así había empleado el tono sin réplica del viejo Fontaine, y Marc se mantenía ante él como un colegial pillado en falta. Envalentonado por este silencio de aquel hombre de cabeza baja, le puso la mano en el brazo.

—En fin, señorito Marc, esa mujer, no hubiera podido usted… ¡qué sé yo!

—¿Romper? —preguntó Marc con demasiada viveza.

—Encontrar un arreglo.

—Si le parece bien, es un problema del que no discutiremos más.

Desde hacía ocho días todos llegaban, sin pronunciarla jamás, a la palabra «romper», lo que le hacía mantenerse cada vez más obstinadamente en lo que él llamaba su actitud caballerosa.

—Además, estoy dispuesto a poner todo a nombre de mi hijo y marcharme de la sociedad. Sí —continuó animándose—, empezar

de nuevo, señor Maucouvert. ¿No me cree usted capaz?

«Está loco —pensó aquel hombre viejo—, en estos casos, todos se vuelven locos…». Desde hacía mucho tiempo había olvidado, si es que la había conocido alguna vez, esa clase de alienación que provocan las cosas de la carne. Echó una mirada suplicante a la fotografía del fundador que, a falta de otras imágenes familiares, era el único adorno de su despacho; y en ella probablemente adquirió una entonación tranquila:

—Usted no piensa así. Yo… yo me permito prohibírselo.

Marc Lapresle se sintió tremendamente aliviado: esa insistencia le permitía mantenerse en su posición caballerosa sin dejar de ser millonario. Todavía se hizo rogar un poco demasiado y el viejo zorro fiel dedujo que la partida estaba ganada y, aun continuando el juego, preparó la etapa siguiente: «¡Ahora hay que evitar que *la otra* nos destruya todo!».

—Voy a preparar un protocolo respecto a las partes, señorito Marc, y le pediré a Tillouin (era el notario) un proyecto de reforma del acta de sociedad. Pero deberá enviarme a la señorita Agnès.

De nuevo Marc volvió la cabeza y los tres surcos aparecieron en la confluencia de sus cejas. De golpe, envejecía diez años cuando estaba preocupado, cosa que le había sido muy útil para sus éxitos.

—No nos dirigimos la palabra, señor Maucouvert.

—Pero el pequeño…

—A esa edad, los niños no comprenden…

—Quería decir, ¿qué edad tiene exactamente?

Marc dudó:

—Ocho… No, siete años.

Marc vio los gruesos dedos del señor Maucouvert moverse unos tras otros: el viejo contaba los años que faltaban, que había que *aguantar* antes de que «Martin» pudiera asumir el negocio. Casi veinte años… Entonces haría ya mucho tiempo que el viejo ángel de la guarda lo habría abandonado «los pies hacia delante». Marc observó con sorpresa una expresión completamente desconocida que invadía aquel rostro familiar; era la tristeza.

Agnès fue llamada por el señor Maucouvert, después por Tillouin y por el agente de cambio. «Me he enterado de *los acontecimientos*,

señora, y he pensado que una pequeña entrevista…».

«Los acontecimientos», ¿no era así como, diez años antes, los periódicos llamaban púdicamente a la guerra de Argelia? Esta hipócrita reserva recordaba a Agnès la definición del cáncer en la crónica de sociedad de los periódicos: «una larga y dolorosa enfermedad». Agnès tenía ganas de gritar: «No hay ningún acontecimiento; ¡solamente hay un hombre que debía todo a mi padre y que se acuesta con una chica de veinte años!». Y en voz baja, para sus adentros: «Un hombre que yo había elegido y al que amaba y que, porque tengo diez años más, prefiere una desconocida…». Agnès se lo repetía sin una lágrima, pues la ingratitud y la indiferencia de Marc no la herían verdaderamente; todavía estaba en el odio del animal molestado en su sueño: con las garras preparadas para defender lo que ella llamaba su felicidad y que no era más que un confort perezoso. Pero esto no se reconoce, aunque sólo sea a uno mismo. Por otra parte, «felicidad era una palabra de criada»; Marc se lo había dicho la noche terrible. Sin embargo, como el otoño, por las rasgaduras de su capa, deja adivinar la desnudez del invierno, Agnès presentía ya que aquella amargura rencorosa iba a dejar el sitio al dolor, aquella agitación a la soledad, y la herida de su amor propio a la incurable del amor abandonado. El mar se retiraba y, de tanta espuma batida, sólo quedaría un puerto seco.

Contra toda lógica, Agnès trataba rudamente también a los que pretendían compadecerla y a los que intentaban disculpar a Marc. ¡Cuánto le hubiera gustado sentirse verdaderamente víctima! Pero el que se despierta no es siempre inocente del mal que han tramado durante su sueño: porque ¿lo han hecho mientras dormía o porque dormía? Agnès se sabía culpable, pero sin distinguir bien en qué y esto nos impide ser comprensivos.

El señor Maucouvert tuvo mucho trabajo con ella. La había visto nacer y se lo recordó. Con el mismo poco éxito dijo: «Si su pobre padre viviera», refrán que todos los hombres con canas le cantaban desde hacía una semana y que la ponía rabiosa. Porque ¿qué era, al fin y al cabo, lo que todos tenían en la cabeza y lo que les importaba más?

—¡El dinero, señor Maucouvert! ¡El dinero, el dinero y nada más!

Agnès había gritado esta frase para escandalizar a la aña vieja de bigote y reloj con cadena.

—Vamos —contestó el viejo—, está usted entrando en razón.

¡Al contrario, muy poca razón! Y con tan poca convicción y perseverancia como Marc. Quería liquidar su parte: después de todo, ¿qué le importaba el negocio? («Bueno, está recitando») —pensó el viejo, tranquilo—. Agnès iba a vivir pobremente («Pero ¿conoce siquiera el sentido de esta palabra?»), trabajaría para educar a su hijo…

Agnès vio cómo el señor Maucouvert se llevaba una mano al corazón con un gesto de dolor.

—¿No se encuentra bien?

—El corazón que está haciendo el tonto.

Sí, cada vez que recibía un choque imprevisto. «Educaré a mi hijo…». ¿Cómo no había pensado en ello? Martin sería confiado a su madre, a esa ingrata a la cual nunca había importado el negocio y se había buscado egoístamente por marido a un aprendiz de médico en vez de un constructor o un banquero. Pero, esta vez, el señor Maucouvert ya no estaría allí para salvar la situación.

—Señorita Agnès…

—«Señora», rectificó Agnès con una sonrisa amarga.

—¡Perdón! La he llamado tanto tiempo así…

«Va a decir: en tiempos de su pobre padre», pensó Agnès, pero no lo dijo.

—Señora, hay que pensar en el futuro de Martin.

—¡No hay nada que me importe más!

Agnès mentía: hasta ese instante no había pensado en ello; pero la evidencia de que era el único inocente acababa de sorprenderla. En aquel momento, intentaba liberarse de ella con la misma torpeza que un animal intenta deshacerse de la flecha que lo está matando y, como él, sólo conseguía clavársela más.

El señor Maucouvert creyó que Agnès lo escuchaba dócilmente cuando en realidad sólo estaba atenta a ella misma. «Asegurar la continuidad… formar a Martin poco a poco… contar conmigo hasta el final…». Con estos jirones de frases, cuando el viejo se quedó en silencio, Agnès intentó reconstituir la trama de su discurso.

—Tal vez tenga usted razón —aventuró Agnès para deshacerse del señor Maucouvert.

Hubiera querido pensar sola: ¡aquellas mantas, de repente, la sofocaban! Pero, animado, el viejo empezó de nuevo con más fuerza. Cincuenta años de práctica en los negocios le habían enseñado que a los hombres hay que repetirles tres veces los mismos argumentos en términos muy poco diferentes, pero no que eso exasperaba a las mujeres. Sin embargo, esta vez, ella lo escuchaba con gratitud. Esa sed de seguridad, la necesidad de ser tranquilizada sin cesar; Marc, a la muerte de su padre, se las habían procurado; hoy, el señor Maucouvert cogía el relevo: en cada naufragio Agnès encontraba un capitán. Por un momento le vino al pensamiento que esta angustia no era más que debilidad y que el actual desastre constituía su última posibilidad de llegar a ser una persona adulta; pero el portavoz de los Fontaine tenía palabras mágicas: no cambiar nada, encargarse de Martin, ocuparse de todo; y ella se dejaba persuadir dócilmente de que su deber maternal exigía de ella esta aparente cobardía.

—Además, hija mía, llevar sola la barca después de un golpe así, no tendría usted fuerzas. Usted… usted está convaleciente, hija mía, ¡convaleciente!

Ante el efecto que producía esta palabra, la había repetido. La mayor parte de nosotros no gastamos palabras inútilmente: una sola nos basta.

Cuando por fin ella salió del despacho, el señor Maucouvert dio un largo suspiro de alivio y puso, para mirar la foto del fundador, la cara a la vez satisfecha y servil del buen alumno.

Fuera, Agnès se encontró cara a cara, cuerpo a cuerpo, con el sol del veranillo de San Martín. Sacaba de todo unas sombras ligeras, casi transparentes, y daba a las últimas hojas la ilusión de que iban a sobrevivir: era la imagen misma de la esperanza. Agnès tuvo que cerrar los ojos y, por primera vez desde la otra tarde, sonrió sin darse cuenta. Se enfrentaba con aquella tentación nueva: creer que todo se iba a arreglar, que ella podría eludir la dura prueba como los ricos escamotean el invierno yéndose al Mediodía.

Un brusco, un agrio torbellino de viento la desengañó. No, ese nuevo plazo no era una gracia; no se podía pasar así del otoño a la primavera.

El agente de cambio también le habló a la razón, es decir, al dinero.

El notario, en cambio, se mantuvo en una mezcla dudosa de futuro y de pasado, de cálculos y de tradición. Por lo que pudiera ocurrir, había sacado de los archivos tres expedientes que habían tomado el color blanquecino del despacho y de sus empleados. Agnès leyó, con una letra de correhuela: *Estatutos de la Sociedad Fontaine y Cía.; Sucesión del señor Fontaine, Charles Emile Desiré; Contrato de matrimonio…* Agnès recordó las interminables sesiones en la penumbra y los murmullos. Muebles, lenguaje, todo parecía de estilo Imperio, aunque ciertas perífrasis vinieran de los romanos, otras de la Edad Media y algunas de Molière, de la misma manera que pueden verse, alrededor de las ciudades antiguas, las murallas que en épocas sucesivas se han edificado en vano para defenderlas. ¡Tantas precauciones jurídicas para chocar sin recurso con la obstinación de una mujer triste, triste porque su marido se aleja de ella! En los dramas humanos, con frecuencia se ve a un inocente que cierra todas las salidas razonables meneando la cabeza, sin una palabra. Antígona, Juana de Arco, Jesús… ¡Qué fácil les sería retractarse y todo el mundo se quedaría en paz! Pero prefieren afrontar la hoguera un instante, antes que su conciencia el resto de sus vidas.

¡Agnès, no! Muy pronto accedió a los compromisos del notario. Después de su marcha, éste llamó por teléfono al señor Maucouvert con una sonrisa que no le hubiera gustado a Agnès; la víspera, el agente de cambio había hecho lo mismo. En fin, «sobre lo esencial» esos dos energúmenos no habían estropeado nada. ¡Lo demás —la soledad, el remordimiento, el arrepentimiento, el niño— lo demás sólo les concernía a ellos!

Paul-Louis Terrasson —
P. L. T.
para el todo París— abrió la agenda de mesa que, de año en año, era más lujosa y más grande, más llena también. El auricular en una mano, con la otra *desordenando* cuidadosamente el pelo, pues su secretaria lo observaba, leyó en voz alta, no sin cierta complacencia:

—Imposible, chico: después de comer tengo una vista… Esta tarde, el ministro… El martes, el Congreso… ¡ah! y el arbitraje

Saint-Gobain… El miércoles, Consejo de la Orden… El coloquio de historiadores… El jueves…

—No —cortó Marc—, no puedo esperar tanto.

—¿Es tan urgente?

—No, grave.

—¿El negocio? —preguntó vivamente

P. L. T.

Soñaba con llegar a ser el abogado asesor de la empresa; pero de la misma manera que los millonarios no se dejan operar más que por profesores famosos, las grandes firmas apenas conocen más que a los decanos de los Colegios de Abogados.

—Nada de eso: me divorcio.

En un instante,

P. L. T.

midió las consecuencias económicas, bancarias, jurídicas de esta decisión, y no pudo evitar murmurar:

—¡Estás loco, Marc!

—Entonces, ¿hoy? ¿A qué hora?

—No, mañana —rectificó

P. L. T.

por principio. (Desde la escuela de Sérignay, el liceo de Châteauroux, la facultad de Poitiers, el hijo del doctor Lapresle ejercía su ascendiente sobre el del señor Terrasson, notario. ¿Para qué servía «tener éxito» si las sujeciones de la infancia se prolongaban durante toda la vida?)—. Mañana. No tengo ningún momento libre, pero voy a hacer *footing* al Bosque de 9 a 10: ven conmigo.

En el coche se cambió los zapatos por unos inverosímiles zapatos amarillos más arrugados que un viejo mejicano y que él mismo limpiaba desde hacía quince años. *La Commère* había hablado de ellos en su sección; cada vez que le pasaba algo que a él le parecía singular,

P. L. T.

se lo avisaba él mismo: como muchas «celebridades» parisienses, se preocupaba menos de su persona que de su personaje.

Estaba atándose los cordones cuando el *Porsche* se paró

brutalmente contra la acera: freno, motor, portezuela, llave, todo hecho tan rápidamente y tan ruidosamente que el abogado dedujo el malhumor de Marc. Y, sin embargo, no era así. Aquella cara petrificada, aquellos ojos, que parecían haber perdido su color y ser de otro hombre, aquella voz baja no era malhumor.

P. L. T.

daba por descontado un preámbulo sobre el *footing*, el otoño y «¡qué zapatos más divertidos!», pero Marc lo metió de lleno en el tema.

—Bueno. Naturalmente, no soy yo quien pide el divorcio. Es Agnès quien lo exige.

—¿Tiene motivos?

—Formales.

Hubiera querido no decir más por el momento, pero el silencio del otro era más apremiante que un interrogatorio. Y le contó lo de Marion y la escena ridícula.

—¡Flagrante delito!

—Supongo que es así como se llama.

—Créeme que eso no facilita las cosas.

—De todas maneras… —dijo Marc.

Marc hizo un gesto desenvuelto y desesperado a la vez; sólo esperaba una palabra para ponerse furioso, pero

P. L. T.

comprendió que era consigo mismo. Por primera vez su amigo le daba la ocasión de compadecerlo y la cosa le pareció muy agradable.

—De todas maneras —repitió el abogado—, preferirás que la cosa se arregle, ¿no?

—No puede arreglarse.

—Salvo si se produjera un hecho nuevo.

—¿Qué quieres decir?

—Si… si las cosas fueran como antes…

Vio cómo su amigo fruncía las cejas y cómo las levantaba a continuación en signo de incomprensión. «No comprende. Es más serio de lo que yo creía… ¿Qué edad tiene? La mía, sin embargo…». No se imaginaba a sí mismo comprometiendo su futuro por una mujer ni, por otra parte, por nadie.

—¿Que rompa con Marion? —dijo por fin Marc con una amarga

sonrisa—. Tú también… Bueno, pues no, Paul-Louis, te digo que no.

—¿Qué edad tiene ella?

—¿Qué tiene que ver eso?… ¿La ninfa y el demonio meridiano? No, hombre, no, en absoluto.

—Entonces, ¿qué es?

—El amor. ¿Lo conoces? —añadió con un tono agresivo.

—Muy bien: es la palabra que empleaste hace diez años para anunciarme tu noviazgo —dijo el abogado.

—Quizá. ¡Anda un poco más de prisa! —continuó después de un silencio.

—¿Por qué? ¡No vamos a ninguna parte! Entonces no sería *footing*. —Y alargó el paso con aplicación.

Marc observó ese perfil de juerguista empedernido. En él todo parecía dispuesto para la réplica: la nariz, los labios temblorosos. En aquella cara blanda se hubiera dicho que músculos, nervios, tendones, todo se concentraba alrededor de la boca para hacer de ella, en aquel momento, aquel instrumento estridente y seguro. Siempre llevaba la cabeza un poco levantada, como el tubo de un cañón. «Una máquina parlante —pensó Marc con desprecio—. El pensamiento sólo viene después: primero paralizar al adversario, después devorarlo, a la manera de una enorme serpiente. Una máquina de contestaciones… Pero ¿no es eso lo que somos todos, una máquina de algo? ¿Y no es esto lo que se llama tener éxito?».

Se veía muy bien que el otro contaba sus pasos con una seriedad de monja. Poseía una teoría sobre el *footing* como deporte completo, y se hubiera quedado sin saber qué decir si alguien le hubiera dicho que, desde siempre, a eso se le llamaba marcha. «Está echando barriga», pensó Marc con una satisfacción absurda. Esto le hizo pensar en su propia lucha contra el engorde y, casi inmediatamente, le vino al pensamiento el cuerpo de Marion. El cuerpo de Marion…

P. L. T.

le oyó respirar fuerte, como un hombre que, un instante antes, estuviera a punto de ahogarse.

—Esa mujer —continuó el abogado con una voz tan suave que Marc tuvo una especie de remordimiento—, esa mujer, ¿la amas… definitivamente?

—Creo que sí. Sí —repitió Marc con la lentitud y la gravedad de

quien presta juramento—, definitivamente: ella tendrá siempre necesidad de mí.

«¡Qué ilusión —pensó el abogado—, y qué pretensión!». Pero, en el momento en que iba a replicar, miró a su amigo y le vio una expresión tan triste que se paró de repente (cosa que su teoría desterraba formalmente) y le pasó el brazo por encima de los hombros.

—¿Necesidad de ti? ¿Siempre?

Le había hecho esta pregunta con el mismo tono que, quince años antes, se solicitaban mutuamente sus confidencias: por afecto, no por curiosidad. Su amistad, que París y sus vanidades habían matado, acababa de renacer; y la sentían tan valiosa, tan frágil también, que se pusieron a hablar a media voz, como a la cabecera de un enfermo.

—Sí, Paul-Louis, necesidad de mí, siempre. Puede parecer pretencioso, pero si conocieras a Marion lo comprenderías.

—Pero Agnès también tiene necesidad de ser protegida.

—¡Su dinero la protege contra todo!

—¿Contra todo?

—Agnès y Marion…

Era la primera vez que pronunciaba en voz alta sus nombres al mismo tiempo; este pequeño sacrilegio le pareció cortarle la respiración. Siguió:

—No se parecen más que como… como una flor silvestre y una flor de invernadero.

«Precisamente es ésta quien tiene necesidad de un jardinero —se dijo
P. L. T.
, pero se contuvo y no dijo nada—. Dentro de un instante, será la culpa de Agnès que esa chica sea pobre, lo que en cierto modo ¡es verdad! Pero no es Marc quien tiene que equilibrar la balanza, sobre todo de esa manera…».

—Algunas veces pienso —continuaba Marc—, si Agnès se casó solamente con un gerente; como las mujeres ricas se casan en segundas nupcias con un médico, para su tranquilidad. ¡Ah!, ¡si al menos, cuando llegan a viejas, pudieran casarse con un sacerdote!

—No digas tonterías —cortó secamente
P. L. T.

—. Agnès…

—Te aseguro que, inconscientemente, a ella le preocupa que yo pueda ganar dinero por mis propios medios, que no me perdona que ahora pueda prescindir del suyo. ¡Ah! —continuó con violencia—, ese dinero lo estropea todo, Paul-Louis. ¡Basta, basta!

«No, demasiado».

P. L. T.

, a quien tanto trabajo le había costado ganar algo, no apreciaba en absoluto ese romanticismo de los ricos. Dijo:

—Cuando las mujeres lo transmiten, como la hemofilia, el dinero es también una enfermedad.

—Marion no sabe lo que es —continuó Marc como si no hubiera oído—. No es en modo alguno por interés…

—¿Cuál fue su reacción ante vuestro divorcio?

—No se lo he dicho, le aterraría.

—Pero el flagrante…

—Le he dicho que las cosas se arreglarían.

—Eso también debería aterrarle: las cosas no pueden «arreglarse» más que si ella te pierde.

Marc lo miró furioso: ¿cómo un soltero egoísta poseía esa clarividencia en un dominio que le era absolutamente extraño? A corazón seco, mirada fría, pero Marc lo ignoraba.

—Tarde o temprano —dijo Paul-Louis continuando su marcha laboriosa—, tarde o temprano ella te pedirá que te cases con ella.

Esa manera de levantar los codos y de respirar a sacudidas era tan ridícula que Marc contestó malhumorado:

—¡Bueno, pues me casaré con ella!

—No te da miedo…

—Haré de ella una mujer perfecta.

—Pigmalión —murmuró el otro—. He aquí la trampa más grande para los hombres, después de la compasión.

«Y la tercera, Bogomoletz: esperar rejuvenecer al elegir a una chica muy joven. Sólo es verdad algún tiempo; después, el hundimiento». Pero se guardó para él esta reflexión.

—¿Pigmalión? —continuó Marc—, todos lo somos y ¡afortunadamente! En parte es por eso por lo que queremos a nuestros hijos.

Se calló, acababa de pensar en Martin; su amigo lo adivinó.

—Será Agnès quien se quedará con el niño —dijo en voz baja. (Había olvidado su nombre).

—¿Siempre? ¡Imposible, Paul-Louis!

El corazón le latía; de repente se sentía mucho más culpable hacia el niño que hacia Agnès; pensamiento absurdo, pero insoportable.

—Tendrás derecho a visitarlo.

—No me basta.

—Podré intentar obtener un arreglo: seis meses con ella, seis contigo; pero habrá que contar con la buena voluntad de Agnès y el acuerdo de su abogado. ¿A quién nombra?

—A Vallier du Tour.

—¿El decano del Colegio de Abogados? Ése murió.

—Ya lo sé. Es su hija.

—No puedo soportarla —dijo

P. L. T.

secamente—. No tiene talento; pero, en un divorcio, su rabia la hará temible.

Hablaba de ella sin pasión, como un médico de una enfermedad.

—Es una amiga de infancia de Agnès.

—¡Ella también!

—Sí. Es un poco triste, esos amigos de la infancia con los que nos hemos divertido tanto y que, una vez médicos o abogados… Entonces, Martin ¿qué? —continuó sin acabar.

—Martin, te lo repito, todo depende de la buena voluntad de Agnès, por tanto de… de vuestro entendimiento. ¿Vives todavía en tu casa?

—No, por supuesto. He tomado una habitación en el Círculo. Pero —añadió vivamente—, voy a buscar al niño al colegio cada vez que salgo a tiempo de la oficina.

Sólo había ocurrido una vez y Marion le había preguntado: «¿Por qué llegas tan tarde?». En aquel tiempo, ella lloraba por nada. Martin, en cambio, reía siempre.

—Si consigo que te lo confíen una parte del año, ¿cómo harás? Después de todo, no puede vivir en el Círculo contigo.

—No sé —dijo Marc con una gran lasitud—. Lo llevaré a casa de mi padre.

—¡Vuestras relaciones no son muy buenas!

—No le faltará nada.

Afirmaba para cortar en seco; pero cada problema nuevo lo cogía de improviso y su imprevisión le daba vergüenza. ¿En quién había pensado antes de este desastre? En Marion, en el negocio, en sí mismo.

Anduvieron en silencio. La sombra irrisoria de Paul-Louis Terrasson se dislocaba; sobre la suya, Marc observó que iba con la cabeza baja; se irguió y dijo con el tono del presidente-director general:

—Bueno. Entonces ¿prácticamente?

—Agnès ha debido plantear la demanda de divorcio y será citada por el procurador para que se ratifique en ella; simple formalidad.

—¿No deberíamos…?

—No. El niño quedará provisionalmente en su poder porque es pequeño y porque ella no tiene ninguna culpa; la cuestión del domicilio separado ya lo habéis arreglado; en cuanto a la asignación por alimentos, el problema no se plantea, creo yo.

—No. Gracias a Dios, el dinero…

—Los pobres, en cambio, sólo se divorcian en último extremo —dijo el abogado con un tono neutro—. Después, vendrá el intento de conciliación.

—¿Que sirve para qué?

—Para nada. Prácticamente para nada desde hace sesenta años. El magistrado debería deciros: «Piénsenlo y vuelvan dentro de seis meses», pero no tiene tiempo: demasiados divorcios. Ahí es donde trataré de conseguir que el cuidado del niño se alterne entre vosotros dos hasta la celebración del juicio.

—¿Dentro de cuánto tiempo?

—Nueve meses, un año, incluso más: se puede estirar el asunto.

Hablaba con laxitud, casi con repugnancia; Marc se horrorizó y le cogió por el brazo.

—Paul-Louis, en el lugar en que estás, un divorcio es un asunto sin interés para ti. Por favor, no te creas obligado a…

—¡Estás loco! Yo mismo quiero defenderte.

—¿Defenderme? No creo que Agnès…

—¡Te olvidas de su abogado! Habrá que procurar que el conocimiento de la demanda corresponda a tal juzgado en vez de a

tal otro y que se tramite y resuelva en el momento oportuno… Yo me encargo de todo, chico.

Marc se imaginó un ballet de togas negras, montones de papeles, confusión de palabras y, muy lejos, detrás, la cara infantil, aterrada, mohína de Marion mordisqueándose un mechón de pelo. De repente le parecía absurdo que esto hubiera podido engendrar aquello. Adivinaba una verdad abrumadora: que todos nuestros gestos ponen en marcha una maquinaria precisa y ciega que hace vivir a muchos otros hombres. ¿Qué es la libertad? Con una precisión aguda recordó el instante en que había cogido la mano de Agnès y le había dicho: «Cariño, aceptarías…». Aquel momento de silencio antes de que ella hablara había sido su último sobresalto de libertad; al minuto siguiente todo había terminado para toda su vida: sus palabras comprometían, a más o menos largo plazo, el ejército de todos los demás hombres, la Sociedad. Los monjes, los bandidos, los salvajes viven en sociedad.

Andaba con la espalda encorvada, la mirada en el suelo; con la cabeza alta y el busto erguido, Paul-Louis, a su lado, no pensaba ya en aquel divorcio, asunto trivial. Esta marcha lo exaltaba, era una de esas cosas bienhechoras del *footing*. Martes, el Congreso del partido: ¿lo elegirían para una de las cinco vicepresidencias? Miércoles, los historiadores… Como tantos otros hombres solteros, conservaba de su adolescencia una ingenua imaginación. Cada lunes, durante la marcha, se veía diputado, secretario de Estado, ministro y, al mismo tiempo, el historiador de moda, las conferencias, la televisión… Se detenía ante las puertas de Matignon y de la Academia, quizá por sentido común; o por temor a las canas que, en Francia, son el rescate; o, más inconscientemente, ante el deseo de prepararse para la etapa siguiente. Un ambicioso que, hasta en sueños, haya almacenado todos los honores es un hombre perdido.

Sin embargo, Marc, a su lado, había puesto la mirada, por primera vez, en el decorado de aquella conversación: el Bosque, una mañana de un lunes de otoño. Ayer, los parisienses lo habían invadido en búsqueda del último sol y de los colores suaves a los ojos. Como siempre, quedaban algunos asientos desmantelados, envoltorios de galletas y juguetes olvidados. Despojados, precozmente envejecidos, los árboles se parecían a los niños grises

de los barrios miserables. Casi todos habían perdido hasta la gracia de su prestancia; los gestos de sus ramas, cuando el viento no las agitaba, eran las de un maniquí de cera. Sólo adquirían vida con el aire polulado de los coches y en una tierra tan pisoteada que se parecía a una acera. Las hojas, envueltas de polvo, tenían la tristeza de las prostitutas. Marc se puso a respirar profundamente, como si se ahogara. Entonces percibió un olor a tierra fría y a hojas amargas, de crisantemo y de frutal, que era el del otoño. Cuando era niño había creído durante mucho tiempo que era el olor de las castañas de Indias. Aquel perfume tan fugaz, pero tan grave, bastó para sumirlo en una melancolía profunda. «Somos de nuestra niñez como somos de nuestra tierra»: volvía a su tierra con sus alforjas de cosas perdidas, de vagos remordimientos. Sérignay, las campanas en la hora fría en que el cielo se aparta, la lámpara de la tarde, el paso del caballo… ¿Por qué pensaba en aquel tiempo como en un otoño perpetuo? ¿Por qué, excepto su padre, todos sus testigos estaban muertos? O bien, ¿por qué la preocupación de hoy extendía injustamente su sombra sobre su vida entera? «Sin embargo, entonces era feliz —se decía Marc—. Nunca fui tan feliz como entonces…». Y le vinieron al pensamiento la imagen de Marion y la de Martin. Normalmente, una bastaba para alejar a la otra; pero en aquel momento, las dos caras lo asaltaron a la vez y esto lo consoló, aunque no sabía muy bien de qué. Dos niños de los cuales uno solamente estaba triste. Por eso tenía que hacer feliz a Marion (pues no se imaginaba que Martin pudiera sentirse desdichado). En Agnès no había ni que pensar.

Martin, solitario, da vueltas por el patio del colegio. Sus compañeros se han ido todos; a todos les esperaban con la bufanda de lana: la mordaza rugosa olvidada desde el otoño pasado. Con un gesto rápido han sofocado sobre sus bocas siempre entreabiertas el interminable relato del día: «Entonces la profesora dijo…», lo mismo que ayer. Sin embargo, nadie ha ido a buscar todavía a Martin. Los niños, como los perros, viven de manías y, desde hace unos días, han trastornado sus costumbres. La ausencia de papá, los silencios de mamá y sus repentinos besos, los murmullos de los criados, todo eso alimenta todavía agradablemente las películas que Martin se representa; pero ayer se despertó llorando: estaba

soñando que… Lo ha olvidado ya.

Hoy, ¿quién vendrá a buscarlo? ¿Albert o papá? ¿La «diosa»[1] o el *Porsche*? Da vueltas por el patio dando puntapiés en la pared cada tres pasos exactamente. Las bolas chocan entre sí en el bolsillo derecho y ruedan a cada movimiento como músculos fabulosos; en el izquierdo, abulta todavía la castaña del otro día. En una mano, el niño guarda su colecta cotidiana de hojas de árbol marrón claro tirando a escarlata; la agita como una bandera, la unirá a su colección de otoño. La otra mano sostiene la cartera, kilo de pluma aquella mañana, kilo de plomo aquella tarde.

Tan repentinamente como el vuelo de un pájaro, Martin deja en el suelo cosecha y cartera y corre a la sala donde hay un piano malo de dientes amarillos. Sin tiempo siquiera para sentarse, golpea con un solo dedo su pequeña partitura: do-la-si-do, do-mi-re-do… Después se marcha con la misma rapidez, dejando la puerta y el piano abiertos: ha oído parar un coche. «No, hombre, no es ninguno de los dos: ¡mira esas aletas y la parte trasera!».

Mirada ansiosa al reloj: no sabe leer muy bien la hora, pero el dibujo de las dos agujas le da una idea. Desde su lugar en clase lo ve y la segunda media hora le parece siempre más larga, más lenta. Es natural: a la aguja grande le cuesta más trabajo subir que bajar. Por el momento, parece que hace un alto en el camino de su ascensión, pues a Martin de repente le parece el tiempo interminable. «Si es Albert, a lo mejor mamá viene con él. Si es papá… ¡si fuera papá!». La alegría lo coge en sus manos calientes y lo levanta en alto como hace su padre; «como hacía», corrige en él una vocecilla.

Martin se pone a correr sin más razón que su prisa por vivir, por ser feliz. Pero se para inmediatamente: «¿Y si papá no volviera ni ahora ni nunca?». Apenas le da tiempo para ir a los lavabos. Es la tercera vez, en la semana, que sus tripas lo traicionan.

Con la misma mirada que Martin, Marion, detrás de un cristal, acecha una silueta. La misma. El visillo corrido deja ver la mitad de su cara; pero, extrañamente, la angustia que expresa esta media cara es más patética. No ha abierto la ventana por la tarde porque un frescor predice ya el invierno y tiene miedo. Invierno, capital Navidad. ¡Demasiadas Navidades sin Dios, sin padre, sin alegría

entre la alegría dulce o ruidosa de los demás! Y he aquí que apenas Marion levantaba por fin cabeza, y ya las nubes se amontonan en su cielo. «Todo se arreglará», ha dicho Marc. ¿En detrimento de quién? Sólo quedan cuatro peones en el tablero: la partida ya no puede ser muy larga. Marion ha podido ignorar a los demás tanto tiempo como Marc los olvidaba también; ahora que él los ha abandonado, ellos no lo abandonan. Cada tarde, Marion coge entre sus manos («Tus manos frágiles, tus manos de pájaro») un rostro pesado como una piedra, escruta una mirada habitada. Ahora todo le preocupa en Marc: sus silencios y sus bruscos abrazos. Ayer se despertó llorando. *Esperar*… ¿Cómo una misma palabra pretende explicar la certeza impaciente que, cada tarde, la hacía vivir, y la duda y el vacío de estos días? ¿Cómo puede latir el corazón con tanta fuerza por motivos opuestos? «¿Y si Marc no volviera ahora ni nunca?». Marion se muerde el mechón de pelo. Él le dirá: «Marion, has vuelto a llorar…».

El letrado Vallier du Tour había conservado el piso de su padre, el decano del Colegio de Abogados; pero, sin las recepciones, las flores, los criados, se había convertido en una especie de museo polvoriento y mal iluminado. El mal gusto y la falta de armonía dominaban allí, pues, una vez vendidas las mejores cosas para poder conservar su antiguo marco, los regalos de los clientes proporcionaban lo esencial del decorado. El bronce, el mármol, el silencio, la penumbra, hacían del gran salón una mezcla de cementerio y de panteón.

—Es triste —dijo Martin al entrar y, como su madre le sopló al oído «¡chist!», añadió en voz baja—: ¿Es feo?

Todos aquellos objetos barrocos le gustaban, pero no estaba seguro de tener razón.

—¡Agnès!

La abogado apareció en una abertura que daba a otras tinieblas.

—¡Cómo! ¿Has traído a tu hijo? ¡Qué idea! Esto no le interesa.

—Es un decir —observó Agnès suavemente.

—¡Hola, tú!

Hablaba a Martin desde arriba, con la sonrisa-mueca de los que consideran a los niños como extraños. El niño sonrió también y con la mirada interrogó a su madre.

—Irène y yo nos conocimos cuando teníamos tu edad.

Martin movió la cabeza: imposible que aquella señora hubiera sido niña. Él conocía muy bien aquella raza flaca, pálida y reluciente, figuras de cera; de ella salían profesoras y silleras, pero en todo caso no amigas de su madre. Martin estaba turbado por aquella cara, aquella boca que debía fabricar saliva amarga, y la compadecía por tener que tragarla toda su vida.

—Vamos al despacho.

—¿Y Martin?

—Se quedará aquí y se portará bien.

—Muy bien —repitió Agnès con otro tono y se inclinó hacia él para darle un beso.

Cuando hacía lo mismo, cada noche, a la cabecera de su cama, Martin se colgaba de su cuello: aquel perfume, aquella vida tan caliente… Él hubiera querido formar parte de ella, dormirse en ella. De nuevo volvió a sentir ese impulso y tuvo miedo.

—Vámonos —dijo tan bajo que él mismo dudó de haberlo dicho.

—Con que, pobrecilla, en ésas estamos…

«Yo no soy pobrecilla —pensó Agnès—, y si desde luego estoy en ésas, es asunto mío y no suyo». Y sintió de repente haber acudido a Irène. El mes pasado había cenado con un cirujano de nombre, de los que se esperan milagros, y lo había encontrado cínico y frívolo. Para no despreciarlo, no dejaba de mirar sus manos repitiéndose: «Mañana salvarán vidas humanas». Por eso, cuando el rayo había caído, había querido ponerse en manos de un abogado que «se tomara la cosa con interés». Ahora pensaba que había sido estúpida: «Me hubiera hecho falta un abogado astuto. Hubiera debido pedir consejo a Marc…». Este pensamiento le reveló de golpe lo absurdo de la situación y la extensión de su soledad. Sin embargo, no se le ocurría pensar que ella pudiera resolver la situación con una palabra. Cuando pensaba en ello, se decía: «Sería una cobardía», pues la mayoría se equivocan de cobardía como se equivocan de valentía. Además se había convencido de que Marc no la quería ya, con lo que, en resumidas cuentas, su orgullo sufría menos. «Por otra parte, ¿me ha querido alguna vez?», continuaba sin darse cuenta de que esta coquetería retrospectiva la encerraba totalmente en ella misma. Marc, por su lado, se daba las mismas razones. Enemigos, locos, cada uno construía las defensas del adversario; es lo propio

de los equívocos.

Extrañada por este largo silencio, la abogado estuvo a punto de repetir la frase, pero se dio cuenta a tiempo de que no significaba nada. Y formuló otra en la que persistía el «nosotros».

—¿Cómo vamos a hacer?

Agnès se oyó responder a media voz:

—¿Hay que llegar hasta el final?

—¿Qué quieres decir? —Y sin esperar la respuesta—: ¿No divorciaros? Sería retroceder para saltar mejor.

—Apenas conoces a Marc y ¿cómo puedes juzgar?

—¡Marc o cualquier otro! No tienes más que abrir los ojos; piensa en nuestras amigas de otro tiempo: ¿cuántos matrimonios «acertados»? Chantal… Annick… Marie-Pierre…

Su mirada sin color brillaba con un resplandor tal mientras continuaba la triste letanía, que Agnès comprendió al fin. «Se alegra: cada fracaso hace que el suyo sea más ligero. ¡Qué regalo acabo de hacerle!». Esta idea la puso rabiosa, y mientras la otra terminaba «… todos los hombres, todos los hombres, eso está en el orden de las cosas», dijo:

—Pobre Irène, ¿siempre razonarás en función de tu padre?

—¿Mi padre…?

—Mató a tu madre de tristeza y de ridiculez y, sin embargo, dócilmente lo has reemplazado. (Desde hacía diez años se contenía esta frase).

—Mi deber…

—Quizá, pero tu padre te ha impedido vivir.

—Era un gran hombre —dijo débilmente Irène.

Muerto lo aborrecía y todavía más a sí misma por no haberse atrevido a aborrecerlo estando vivo. No solamente su presencia exigente, egoísta le había impedido hacer su vida, sino que también su nombre sólo le prohibía ahora hacer una carrera: para siempre, no habría más que un solo abogado llamado Vallier du Tour. Iba atada de manos de su padre y nadie podría deshacer este doble nudo.

Bajo el retrato del decano del Colegio de Abogados que la adulación del pintor había representado algo más grande que de tamaño natural, Martin estaba de pie. ¡Qué campo de batalla, aquel salón

sobre el que cae la noche! Bustos, cuadros, estatuas, cada cosa representa su papel en la inmovilidad trágica de los museos de cera: *El gladiador vencedor* (Barbedienne), *La fantasía*, la maqueta del monumento a Bolívar, *Los tres mosqueteros* (Salón de 1907)… El gran estado mayor está representado por un retrato del general Gallieni, una Juana de Arco oyendo sus voces, y Martin. Sobre un glacis, el *Galo herido* (don de la Orden de Abogados) no termina de agonizar.

—Encargándome de tu defensa, no es solamente a una amiga de infancia a quien defiendo, sino, a mi manera, a todas las mujeres contra todos los hombres.

Se había levantado, paseaba por el despacho con unos ademanes que parecían provenir de las famosas mangas negras, tradicionalmente demasiado largas y demasiado anchas. En el momento mismo en que le hubiera debido serle más sospechosa, desarmó a Agnès, que sólo acertó a decir:

—¡Qué horrible visión del mundo!

—Un campo de batalla, Agnès, en que siempre son las mismas las que se prestan voluntarias y que son las vencidas.

«Está defendiendo una causa —pensó Agnès—, pero solamente para ella». Y le vino al pensamiento que jueces, procuradores, abogados no acusaban, no defendían, no condenaban más que a sus propios demonios; aquel pomposo simulacro no era más que un exorcismo. Pero, con un instinto seguro, alejaba todos los pensamientos que ponían en peligro su equilibrio; por lo menos lo poseía hasta aquel momento. Por esta razón la creían poco inteligente; es el caso de muchas mujeres.

—Irène —dijo con calma—, hablas como un médico que viera por todas partes enfermos.

—¿Deformación profesional? ¿Crees acaso que es por gusto por lo que me he especializado en divorcios?

—No lo sabía.

No se atrevió a contestar: Sí, creo que es por gusto.

«Especialista en divorcios…». Esta horrible competencia la tranquilizaba.

—Divorcio —continuó Irène—, sólo se emplea este término para

la falta de entendimiento conyugal, pero tiene otra envergadura, créeme. Yo creo que es la definición, el símbolo mismo de la condición humana. Divorcio entre las razas, las naciones, las clases sociales, las generaciones…

—¡Tú mezclas todo!

—No, la historia de la Humanidad no es más que eso: la nostalgia de un entendimiento perdido para siempre.

—Tal vez te creería si hablaras con dolor —murmuró Agnès—, pero pareces alegrarte.

—Solamente me alegro de tener lucidez.

«Prefiere su lucidez a la felicidad, está perdida. Es mejor ser víctima del corazón que del espíritu». Agnès se extrañó de este pensamiento y de haber sabido formularlo. Desde que vivía sola, parecía ser decididamente más inteligente; y esta nueva prueba fue un motivo de satisfacción para ella. A su vez, ella era víctima de su espíritu.

—Y tú —continuó Irène— te alegrarás de ser libre. Marc ha cometido la imprudencia de darte la ocasión, ¡no la dejes escapar! Desde el origen, hay divorcio entre el Hombre y la Mujer, entre todo hombre y toda mujer. Generación tras generación, cada uno se las ingenia ingenuamente —¡no!, presuntuosamente— para probar lo contrario. Pero, excepto cuando uno de los dos —la mujer, casi siempre— acepta el yugo de su vida perdida, la conciliación se resuelve siempre sin avenencia…

—¡Vamos, mujer —dijo Agnès con buen humor—, no estamos en la Audiencia! La mayor parte de los matrimonios no se divorcian.

—¡No es necesario que el divorcio se declare para que se haya consumado!

Adelantó la cara hasta la claridad de la lámpara; en ella se leía crudamente esa mezcla de tristeza y de alegría mala que engendra una desesperación sin recurso.

—En el fondo —añadió en voz baja como para ella sola—, son los más ingenuos los que se divorcian: creen que acertarán mejor la próxima vez.

En ese momento, con estas palabras que eran las primeras que evocaban lo que había de ser el porvenir de Agnès después del juicio, no vio a su amiga cambiar de expresión.

«¿Qué estarán haciendo? —se pregunta Martin—. Voy a mirar por el ojo de la cerradura». Pero es muy pequeño y no alcanza. Se venga de esta humillación explorando sin permiso el piso y se mete por un pasillo de paredes despintadas por donde atraviesan intestinos de plomo o hilos colgantes. Abriendo una o dos puertas al azar, descubre los cuartos inhabitados; es la chabola de la Bella Durmiente del Bosque. Ese pasillo tenebroso desemboca sobre… ¿sobre qué? Para Martin, la cocina debe ser clara y reluciente, llena de instrumentos divertidos, con una caja fuerte blanca llena de cosas para beber y comer. Un contador de gas acurrucado como un sapo, un viejo horno sobre el que gruñen dos cacerolas de pobre olor. Desde hace diez años, como en las novelas policíacas, el reloj marca las 11:17: aproximadamente la hora en que murió el decano del Colegio de Abogados. Sobre una mesa cubierta con hule, un cubierto está preparado para una persona. «¿Para la cocinera?». Pero la bolsa de la servilleta bordada a la antigua anuncia *Señorita Irène*, y Martin sabe leer. De repente se pone triste: presiente confusamente que las personas mayores se pasan la vida fingiendo, pero no para jugar, y que están hechas a la imagen de sus casas donde bonitos salones disimulan las entrañas vergonzosas. Inexplicablemente, le vuelve la desesperación del día en que tuvo que admitir que su madre iba al retrete todos los días, como él. Vuelve al salón. Pasa por un comedor con las contraventanas cerradas donde doce sillas esperan inútilmente doce fantasmas. En el salón vuelve a su sitio, a «portarse bien», en el mismo momento en que su madre entra con la *Señorita Irène*. Pensando que va a cenar ella sola en aquella cueva, le dan ganas de abrazarla. Pero tanto polvo, tanta soledad, tanta saliva amarga debe contagiar y evita cobardemente estrecharle la mano, lo que por otro lado encanta a la abogado: esas patitas sucias…

Naturalmente, no se da cuenta de que su madre está pálida, tiene la mirada fija, las manos frías. Los niños no observan a sus padres como nosotros no vemos a Dios: les basta que existan.

—Ya no se ve nada —dice Irène Vallier du Tour.

Enciende una lámpara deslumbradora con la que se ve todavía menos.

Mientras bajan la escalera, Martin se cuelga de la mano de su madre:

—No volveremos más, ¿eh, mamá? ¡Nunca más!

III

SÓLO EL DIAMANTE…

El decorado representa el despacho de uno de los cuatro jueces encargados de los intentos de conciliación en el Palacio de Justicia de París. Extras: un guardia y un secretario. A la izquierda, una puerta da sobre la sala gris donde esperan las mujeres; a la derecha, otra sala, la de los hombres. Estas dos salas, donde ni una palabra y casi ni una mirada se intercambian, donde cada cual cree que su caso es único y, de vez en cuando, demuestra con un gran suspiro su invisible carga de quejas y de argumentos, estas salas alimentan tristemente los gabinetes de los dos jueces que operan «en batería». Disposición tan racional como la de las piscinas, las escuelas o las cárceles; la cruz también, fíjense, en relación al cuerpo del martirizado, es perfectamente «funcional».

Son las 18:17 cuando un juez cansado y sin esperanza hace entrar a Agnès y a Marc a la vez, pero cada uno por su puerta. Ninguno de los dos echa una mirada al juez: ellos no se han visto desde… ¿Para qué precisar? Dos seres humanos que se despegan uno de otro no viven ya en el mismo tiempo. Para el juez, solamente para él, han pasado seis semanas entre que se planteó la demanda de divorcio y esta tarde. Agnès y Marc se miran sin una palabra, con curiosidad, como después de un largo viaje. Y los dos piensan: «Es absurdo, no es posible…». Desgraciadamente, cada uno cree ser el único que lo piensa.

Marc ha sido «citado»; él se sabe culpable y le daría vergüenza defenderse ante aquel desconocido: es lo que él llama su dignidad y, como con frecuencia, ésta es enemiga de la felicidad y del sentido

común. Pero de Agnès espera las palabras que él no tiene derecho a pronunciar. «Arreglemos primero este asunto, deshagámonos de los abogados, procuradores, jueces, secretario, de toda la banda negra: salgamos de la trampa mientras todavía estamos a tiempo; después pongamos orden entre nosotros». *Clasifiquemos los problemas*: en el despacho, su fórmula es célebre. Pero el primer paso no depende de él; sólo Agnès puede reconciliarlos, basta una palabra suya.

Agnès iba a pronunciarla, iba a disipar esa niebla, alejar el insomnio, la soledad, el silencio, cuando se fijó en la corbata de Marc. Desde hacía diez años (y ése había sido su primer regalo, antes de ser novios), ella elegía todas sus corbatas. «¡No quiero que mi marido vista como en Poitiers!». Y él, consciente de haberse igualado y superado a esos famosos parisienses, accedía sonriendo: ¡el gusto provinciano! Agnès tenía buen gusto y la corbata que Marc llevaba en aquel momento le pareció vulgar, a la imagen de aquella chica que ella no conocía y que, sin ninguna duda, la había escogido. Pero Agnès se equivocaba: era Marc, de nuevo dado al gusto provinciano. Y tomó como una prueba y una provocación lo que no había sido más que una compra inútil, cualquier sábado que no tenía nada que hacer. «Si acepta que ella le elija las corbatas, quiere decir que ha olvidado todo. Y si se ha puesto esa corbata para venir aquí, es para darme a entender una despedida definitiva…». Agnès no podía dejar de mirar aquel pedazo de tela; y Marc, que no se figuraba nada, le encontraba algo extraño, como ajena, la mirada más lejana que nunca, lo que él traducía por desprecio. El juez hablaba; Agnès no escuchaba. Medía la esperanza que había puesto en el intento de conciliación en aquel vacío que se hacía en ella, en aquel desdoblamiento vertiginoso (una Agnès entregada a esa comedia y otra que hubiera querido gritar, huir, morir), y de ahí, su actual desesperación. Olvidaba completamente que el fracaso o el éxito no dependía en ese momento más que de ella; como de costumbre, como todas las mujeres de su linaje, esperaba que los demás, los adultos, los hombres decidan todo. No se atrevía a pronunciar una sola palabra, por miedo a que no correspondiera al papel que le era confiado en aquel ceremonial ridículo, pero inevitable. Recordaba haber asistido, en un teatro japonés, a un drama incomprensible, a la vez fútil e implacable; era poco más o menos eso. Por eso vio entrar con un alivio

desesperado, por una tercera puerta, a aquel Paul-Louis que tanto tiempo había sido el mejor amigo de ellos dos y a aquella Irène que en el fondo aborrecía y que encarnaba lo que no se podía arreglar. A veces le parecía que su abogado había llegado a ser un obstáculo a la vuelta de Marc, peor que Marion.

Los abogados entraron al son de una campanilla que agitó aquel hombrecillo de aspecto cansado, que, al fin, Agnès miró. Lo llamaban «señor presidente». ¿De quién? ¿De qué? Estaba solo. El guardia se mondaba los dientes con la lengua; el secretario consultaba a menudo el reloj; a causa de su mala vista, se lo acercaba completamente a los ojos como si fuera a besar su propia mano. La sala olía a hombre; no había ni un soplo de aire, no había más que alientos. Todo lo que Agnès vio de una ojeada (hasta entonces sólo se había fijado en la corbata) le pareció una historia de hombres, como la caza, la policía, los banquetes; la otra Agnès, la que sólo pensaba en huir, ganaba terreno por momentos.

Oyó a los abogados proponer que, lo que ellos llamaban «el niño» (y esta palabra volvía sin cesar) y del que hablaban como de un mueble —o como Salomón había debido hablar del otro niño—, viviera a temporadas con cada uno de ellos. Lo cortaban en dos: «Seis meses con uno, seis meses con otro…». Los abogados parecían tan de acuerdo sobre este punto que Agnès pensó: «Si ni siquiera puedo contar ya con la rabia de Irène…». Quedarse seis meses sin Martin ¿por qué? Irène le había explicado todos los recovecos de este toma y daca; ya no los recordaba; no recordaba nada. Por un lado estaba Martin, su voz, sus hoyuelos, sus pecas, su paso precipitado y, a tres metros de ella, Marc que iba a marcharse sin haber pronunciado una palabra. «Cariño, ¿aceptarías…?». El mismo Marc que… aquella mañana fría en que el niño había nacido… Y Marc iba a marcharse. ¿Nadie podía impedírselo? El corazón le latía con fuerza. Morir allí, delante de todos… Iba a caer. ¿Cómo resistía todo el tiempo de pie?

—¿No se encuentra bien, señora?

Agnès no respondió al juez. ¿Lo había oído? ¿Veía las cejas fruncidas de Marc y su boca entreabierta?

—Paul-Louis, ¿no podemos arreglar las cosas?

—Ella, sí; tú, no.

—Estás viendo que es incapaz de… ¡Se encuentra mal!

—¿Qué quieres que le haga? —contestó Paul-Louis Terrasson de malhumor.

Irène se acercó a su amiga y la sostuvo con sus brazos negros.

—¿No te encuentras bien, Agnès? Agnès, ¿me oyes?

—Quisiera… No sé… Vámonos —murmuró por fin con el tono de Martin.

—Señor presidente —dijo la abogado—, ¿podemos retirarnos? Mi cliente…

—Ya veo.

—Por otra parte, todo está arreglado —aventuró el secretario consultando la hora.

El guardia se levantó.

—Bien. Voy a certificar la no avenencia. A menos que… ¿Señor letrado?

—Nada más, señor presidente —dijo

P. L. T.

con un ademán que podía parecer de desconsuelo. Y fulminó con la mirada a Marc que se disponía a hablar.

Éste lo cogió por el brazo.

—Escucha, algo no marcha bien. Me da la impresión de que Agnès… Si estuviéramos solos, podríamos…

—Habéis tenido semanas enteras para hacerlo si hubierais querido —dijo el otro exasperado.

—¡Pero Agnès está enferma!

—¿De quién es la culpa?

Marc estuvo a punto de precipitarse hacia su mujer sin saber lo que hacer o lo que decir. Hubiera sido la primera vez que se hubiera abandonado al instante, al instinto; se dio cuenta de ello y no se movió de su sitio. Por otra parte, Agnès había salido ya del brazo de Irène, que la dejó en manos de Albert, y el olor familiar de su coche le sirvió, por fin, de refugio. El chófer se preguntó por qué la señora abría la ventanilla con aquel frío. Una jaqueca la torturaba, como un turbante que, de minuto en minuto, la apretaba más y le impedía formular otro pensamiento que el de: «Voy a reunirme con Martin… a reunirme con Martin… a reunirme con Martin…». Pero estalló en sollozos en el momento de abrazarlo, se refugió en su cuarto, se negó a comer, apagó la luz. Reveía en su memoria lo que recordaba de aquella sesión y todo era coherente.

No era posible que tuvieran en cuenta aquello; tenían que volver a intentarlo y, entonces, hablarían verdaderamente. Marc diría… ¡Marc! Agnès volvía a ver aquella horrible corbata y tan pronto le parecía algo sin importancia como algo decisivo. Y, cada vez que revivía la escena, sentía resurgir en ella aquel desdoblamiento, aquella alienación de sí misma que la aterraba. «Debería dormir», se repetía; pero el pensamiento de estar echada, entregada sin defensa *a la otra*, le era insoportable. Como el venado al que su inmovilidad condena a muerte, se imaginaba asaltada de sueños en los que lo peor hubiera sido que se parecieran a la realidad.

Una hora antes de medianoche, fue al cuarto de Martin y se sentó en silencio en la oscuridad. Quería respirar solamente el mismo aire que él, asegurarse ante todo que él vivía, pues temía lo peor en aquel momento. Prestaba atención a aquella respiración corta; se quedaba inclinada sobre la cama hasta discernir en las tinieblas aquella mancha pálida cuyo olor tibio y salvaje subía hasta ella. Aquel pequeño ser tan profundamente dormido y que soñaba lejos de ella, era lo único que la protegía contra la noche, contra la locura. Agnès murmuró: «Hijo mío… completamente solo… mi pequeño». Y más bajo, dos veces: «Tengo miedo…».

Cuando salió del cuarto extrañamente tranquilizada, agotada también, el niño abrió los ojos. El corazón le latía con tanta fuerza que la sábana, sobre su pecho, se movía cada vez.

Al día siguiente, Agnès Lapresle era trasladada a una casa de reposo y sumergida, por un tiempo indeterminado, en un sueño artificial. Después de un duelo violento y vano (Irène había terminado con una espuma blanca en la comisura de los labios como en las ensenadas de un pantano hay una crema pútrida), los abogados se pusieron de acuerdo: cambiarían las temporadas previstas; aquel invierno Martin sería confiado al doctor Lapresle, su abuelo. Pero, ¿quién lo llevaría? La Bienal de la Construcción comenzaba en Milán dos días después y Marc, delegado general de Francia, estaba ya allí. Cada día llamaba por teléfono a Marion, a
P. L. T.
e incluso a Martin que, por diez francos por minuto, le contaba las cosas del colegio y que, en el jardín, creía haber visto una ardilla

por la mañana. Entre todos decidieron que Albert llevaría al niño hasta Châteauroux donde Joseph, el hombre de confianza del doctor Lapresle, lo recogería. La llegada del niño a casa de su abuelo sería confirmada por cuatro telegramas: a Milán, a la clínica y a los dos abogados. Con la desconfianza que reinaba, esta transferencia tomaba las proporciones de un relato de espionaje. Cómo se reconocerían los dos emisarios sobre un andén, casi desierto a aquella hora, fue el objeto de descripciones minuciosas. Cuando pensaba en ello, el doctor Lapresle se reía solo: «¡Cualquiera reconocería a mi Joseph en medio de un ejército! Basta decir: se tiñe el bigote y de cada dos dientes uno es negro… ¡Marc se ha olvidado de todo!».

Era la primera vez que Albert viajaba en primera clase e iba tan poco a gusto como un hombre en un traje demasiado amplio. Como chófer, le parecía humillante ir sentado más confortablemente en tren que en coche; y el hombre fraternal, en él, tenía nostalgia del pequeño mundo tumultuoso de tortilla de patatas de tercera clase. Como el rico que se harta en una pastelería mientras un mendigo mira el escaparate, Albert apartaba los ojos cada vez que un soldado de permiso, un viejo o un campesino pasaba por el pasillo de su vagón alfombrado.

Martin, que no había viajado más que en avión para ir con sus padres a la nieve o al sol de los ricos, se maravillaba de todo. De la estación, catedral oscura y tumultuosa, distinta de los aeropuertos. Del tren que se deslizaba a la velocidad del rayo mientras que en el aire los aviones no avanzan. Además, volar es muy sencillo —¡fíjate los pájaros!— mientras que rodar exactamente por unos raíles tan finos… Además, en un departamento, la gente va sentada enfrente de nosotros; podemos jugar a imaginarnos lo que son. Y sobre todo, podemos movernos: andar por el pasillo a contramarcha del tren, o correr en el mismo sentido, es decir ¡ir más de prisa que él! En los retretes, a condición de no «bajar la tapa después de su uso», se veía la vía, película vertiginosa, se oía aquel rugido de infierno. Albert, mameluco gruñón, vigilaba ante la puerta del cerrojo prohibido. «¡Qué! ¿vas a terminar pronto?».

En el andén gris de Châteauroux, la preciosa carga cambió de manos. La mano pequeña cambió de mano grande; la de Joseph era

áspera y como manchada de barro. Martin observaba con estupor los bigotes negros (sólo debían ser así en el campo) y aquella sonrisa astuta llena de dientes blancos y negros.

El doctor Lapresle observó al otro viejo por encima de las gafas con ese aire irónico que el campesino le conocía desde la escuela.

—Bah, no tienes absolutamente nada, Gaston: nada más que años; somos de otro siglo, qué quieres…

El viejo se vestía. «Con más trabajo que yo», pensó el doctor.

—No te receto muchas medicinas: no vale la pena que regales el dinero al boticario. Ni al médico —añadió en el momento en que su viejo compañero se llevaba la mano al bolsillo—. Vístete tranquilamente, Gaston. Yo me largo a la estación a buscar a mi nieto.

—¿El niño de Marc?

—¡Pues sí! ¡París no es lo bastante grande para él!

—¿Cuántos años tiene?

—Siete años —respondió el doctor sin dudar—. Fácil de calcular: hace seis años que no lo veo. ¿Por qué me miras así?

—Porque te has puesto serio —dijo el otro evitando cruzar su mirada.

—Venga, adiós, Gaston.

Salió del despacho, descolgó de un perchero hecho con cuernos de ciervo su abrigo de octubre (una chaqueta de caza con muchos bolsillos), cogió el bastón y, por coquetería, lo volvió a dejar en su sitio y salió. ¡Nada en la cabeza! «El único medio de conservar el pelo». El suyo era de una blancura azulada, móvil como la espuma al viento, pero siempre en un desorden admirable. A veces, se lo peinaba con las dos manos con la prisa ansiosa de un niño a la puerta de un salón, pero volvía a ponerse como estaba, en una maraña armoniosa.

Una vez solo, Gaston dio la vuelta a la habitación abrochándose tranquilamente la chaqueta: abrumadoras filas de libros gordos, medallas, plegaderas, pirámides de medicinas… En las paredes, los retratos de los doctores Lapresle: Etienne-Albert
(1836-1912)
y Marc-Etienne
(1867-1935)
y, sobre la mesa del sucesor, una fotografía grande de su mujer.

«¿Cuándo murió? —se preguntó Gaston—. ¿En el 50? No, en el 51, la misma semana que Angelina, la de Joseph…».

Noviembre; los dos hombres se habían quedado viudos al mismo tiempo: habían cerrado habitaciones en la casa, el olor a tabaco frío había sustituido al olor a lavanda de la señora y al olorcillo de la cocina de Angelina; los floreros se habían quedado viudos también. Una vieja del lugar subía renqueando a preparar las comidas al «castillo» (que no era más que una casona con dos torrecillas dominada por un arsenal de pararrayos); otra, todos los lunes, hacía la colada de la semana y planchaba la de la anterior; un hombrecillo arreglaba el jardín. Joseph se ocupaba de todo lo demás, conducía el coche y, disfrazado con un guardapolvo blanco, hacía de enfermero si llegaba el caso. Pero estas funciones se volvían poco a poco honorarias: desde que con un meneo de cabeza todo Sérignay hablaba de «su alarma al corazón», el doctor Lapresle no hacía casi ya visitas y las consultas se hacían cada vez más raras. Sólo subían hasta la verja blanca, sólo se sentaban sobre las sillas alineadas, la mirada vuelta hacia la puerta acolchonada como una levita, los viejos del pueblo, sus compañeros de escuela o de guerra, a quienes el doctor no cobraba y a quienes desesperaba poder curar desde que él mismo se encontraba mal.

Gaston se ajustó las gafas y leyó la breve receta con contrariedad: ¿para qué servía que la mutualidad le devolviera el dinero de las medicinas caras si no se las recetaban? El médico nuevo, el joven, las receta por miles de francos. También es verdad que ése cobraba.

El doctor Lapresle llegó a la verja que se parecía a un almocárabe de letras mayúsculas, «a una firma de boticario», y se volvió para mirar la casa. Desde aquella mañana, trataba de mirar todo con un ojo extraño, el de Martin. «Todo esto le gustará mucho —pensó—; a los niños les encanta una cierta fealdad: una fealdad con “historias”…».

Se dirigió a la estación sin darse prisa. Siempre ponía un poco de provocación en sus hechos y en sus gestos para encontrar todavía algún interés en vivir; su famosa sonrisa irónica le acompañaba siempre desde que, día y noche, en pensamiento como en sueños, iba de luto. Joseph era el único que lo sospechaba, pero «¡ni una palabra sobre eso!» había ordenado su amo poco después de los

funerales que habían sumido en el estupor la casa de las torrecillas. «¡Ni una palabra sobre eso!». La voz se le rompía antes de acabar; los dos hombres enlutados se habían mirado en silencio con sus ojos encamados y a menudo brillantes, pues cada uno sentía por el otro una inmensa compasión; después, como le temblaba el mentón, el doctor se había vuelto de espaldas bruscamente. Al día siguiente, había continuado las consultas; y Joseph, que había olvidado teñirse el pelo y el bigote como le mandaba Angelina, era llamado al orden: «Te estás abandonando, muchacho. ¡Eso, no!».

Iba a la estación, y sin darse prisa en la medida misma en que la impaciencia lo hubiera hecho correr. Su corazón iba más rápido que sus pasos. Aquel nieto del que tanto tiempo le habían privado, aquel Martin que nunca, ni siquiera el día de año nuevo… Pero ¿sabía escribir? ¿No debía él mismo haber ido a verlo a París o invitarlo aquí, o mandarle algún regalo de vez en cuando? Tenía que perdonar antes que nada: ¿perdonar a Agnès, a París que le había robado a su hijo de Sérignay, de la medicina? Viejo hombre solitario y escrupuloso, repasaba sus errores en el momento mismo en que los acontecimientos le daban tristemente la razón.

A su izquierda, desde el campanario impasible, el ángelus caía sobre sus espaldas. Hora detestable que, cada tarde, lo revestía con una capa de soledad; campanas indiferentes que, la mañana de los funerales, habían sonado interminablemente y, tres veces al día, sonaban alegremente en un cielo vacío… El grito ronco del tren le contestó por la parte de Saint-Hilaire: ¡su única revancha sobre aquellas campanas, sobre el invierno, sobre el tiempo, se acercaba! Dejó de sonreír y apresuró el paso. Detrás de veinte cortinas hipócritas, le seguían con los ojos: todo Sérignay sabía que aquella misma mañana, Joseph había cogido el tren para Châteauroux y por qué el doctor iba a su encuentro. Éste, sin embargo, tuvo tiempo de parar a un chiquillo que tosía mucho y en mitad de la calle darle un tirón de orejas y decirle: «¡Di a tu madre que te mande mañana a casa del médico!». Lo que significaba: a casa del otro médico, el joven, pues desde ahora, en su casa, sólo le interesaba un niño. El tren se anunció, del lado del paso a nivel, con aquel silbido hueco, indiferente pero obstinado que, a la caída de la tarde, es la voz misma del Destino. El doctor se había mezclado con la gente que esperaba; estaba de pie, cerca de la báscula, junto a un cartel que

recomendaba a los campesinos ir a pasar el invierno a las Baleares. El jefe de estación se colocó la gorra, cogió la bandera roja y se puso contra la puerta, mendigo galoneado, con la mano extendida para recoger los billetes. El monstruo se paró rechinando y la muchedumbre un poco huraña de los viajeros penetró en la estación desnuda. Todos buscaban una cara y, en cuanto la veían, cambiaban de expresión. El doctor, que buscaba a la altura de un niño, vio a Martin, o mejor dicho a Marc niño peinado con una melena rubia, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sin embargo no murmuró ni «Marc» ni «Martin», sino «Françoise», el nombre de su mujer muerta desde hacía quince años. Una vieja mujer lo oyó, se volvió y miró como a un extraño al habitante más conocido del pueblo.

Joseph vio a su amo y, sin dejar su tierna presa, con la mano iba a designar al niño, cuando la mirada que le lanzó el doctor lo paralizó. Martin miraba a izquierda y a derecha, como un animalito que se escapa de la madriguera. De repente, se deshizo de la mano que le apretaba, marchó con paso decidido hacia la báscula y las Baleares, empujó a las pocas personas que le impedían el paso y se plantó, los ojos levantados, delante de aquel abuelo que no había visto nunca. Juana de Arco reconocía al delfín: ¿no era lo que el doctor no se atrevía a esperar? El doctor esperaba aquella mirada intransigente, aquella gravedad de gato, pero no se esperaba aquellas pecas y menos aún las primeras palabras de Martin:

—¿Mamá no está contigo?

Para Martin, *sueño* y *despertar*[2] eran la misma palabra: por eso no se extrañó, después de una noche llena de imágenes, despertarse en aquel extraño decorado. El último sol de otoño golpeaba las contraventanas. De una ojeada rápida, Martin vio un cuarto verde, color irreal, pues su madre lo detestaba. A pesar de la noche pasada juntos, aquella cama, aquellas sábanas, le seguían siendo extrañas. Saltó de la cama, luchó con un sistema de ventana y de contraventanas que no era el suyo y se asomó al borde de un planeta desconocido: aquel césped ondulado, como un océano inmóvil y de donde emergían, como mástiles engullidos, inmensos árboles apenas vestidos; aquel rebaño de tejados grises amontonados alrededor de su pastor, la iglesia; y, hasta perderse de vista, el triste traje de Arlequín de los campos de noviembre. Pero

¿no era el silencio lo que, sin que él lo supiera, intrigaba sobre todo a aquel niño de ciudad y lo ponía tan a disgusto?

Vio a Joseph que volvía lentamente de la verja y se sintió satisfecho y tranquilo al reconocerlo: verlo así desde arriba sin ser visto le confería un vivo sentimiento de superioridad. A medio camino, Joseph se paró, metió la mano hasta la mitad del brazo en un bolsillo de pana, sacó un mechero cuya llama pareció quemar enteramente la colilla y su bigote negro, escupió de lado y volvió a ponerse en marcha.

Martin entró en su cuarto y, sin extrañarse demasiado, vio en las paredes unas fotografías suyas que se le parecían muy poco. También vio que la puerta se entreabría y su abuelo pasaba la cabeza. Era la séptima vez desde por la mañana que una impaciencia inquieta lo conducía a la puerta de la antigua habitación de Marc y la tercera, por lo menos, que reprendía a Joseph: «¡No arrastres los pies, vas a despertar al niño!». Habiendo ido a Châteauroux a buscar a Martin, Joseph se atribuía confusamente un derecho de prioridad sobre el niño; aquellas observaciones lo ofendieron. Joseph arrastraba los pies desde hacía treinta y cinco años; desde hacía tanto tiempo también, el doctor poseía un estornudo célebre en toda la región: estrepitoso, tres veces seguidas y tan repentinamente que nadie se lo esperaba. Su mujer nunca había podido evitar sobresaltarse; después del tercer estornudo, levantaba la vista hacia su marido, esperando el siguiente para reñirle un poco, pero el cuarto no llegaba nunca. Y ese estornudo que no se pudo contener era lo que había sacado a Martin de su sueño y el remordimiento que había llevado a su abuelo hasta el cuarto verde.

—¿Has dormido bien, muchacho?

—¿Qué día es hoy, abuelo?

—Jueves —mintió el abuelo con precipitación. (No quería que hablaran de colegio antes de haber domesticado a Martin)—. ¿No me das un beso? —le preguntó, al tiempo que él le daba uno.

—Tú no pinchas.

Estas palabras llenaron al doctor de una satisfacción desmedida; siempre iba afeitado como un obispo.

—¿Tu padre pincha?

—No —gritó Martin—, papá es el más…

Martin se calló, no sabiendo cómo explicar aquel nuevo récord; su padre y su madre eran «los más» en todos los dominios. La noche pareció caer sobre aquella cara redonda. «Imbécil —se dijo el doctor—; le he hecho pensar en sus padres». Con el brazo extendido, Martin designó las paredes de su cuarto:

—¿De qué color son?

—Verde —respondió el doctor. («¡Pues sí, habrá que acostumbrarse a pasar rápido de una idea a otra!»).

—A mamá no le gusta nada ese color.

—A tu abuela era el que más le gustaba.

—¿Mi abuela?

«¿Es posible —pensó el viejo—, que Marc no le haya hablado jamás de ella?».

—La madre de tu padre —contestó pacientemente, pero pensaba en «Françoise» y su herida volvía a abrirse—. ¡Mira!

Llevó al niño hacia la chimenea y le enseñó un retrato, el mismo que había sobre su mesa de trabajo: era la mejor fotografía de su mujer y la casa estaba llena.

—No es tan guapa como mamá.

«También ella va a robárnoslo» no pudo evitar pensar el doctor, pero se sentía estúpido e injusto. En realidad, a Martin le gustaba bastante aquella desconocida que se parecía a su padre; pero entre ella y él se interponía algo que no sabía lo que era y de lo cual sentía que debía desconfiar. Era la muerte; él lo ignoraba pero, como los perros, lo olfateaba con un terrible pánico. Levantando la vista hacia el espejo, vio, de perfil, a un hombre viejo que lo miraba con una tristeza absoluta. Estaba a punto de…

—Abuelo —dijo con una voz ronca por la angustia—, ¡dame otro beso!

Pero, esta vez, fue él quien acercó la mejilla de obispo.

El doctor sintió que iba a estornudar y llegó a gritar: «¡No tengas miedo!». Cuando, después del tercer seísmo, la calma volvió, Martin preguntó, mostrando las fotografías sobre las paredes:

—¿Cómo tienes esas fotos mías?

—No eres tú, es Marc; sí, tu padre cuando tenía tu edad.

Las pequeñas cejas se fruncieron, como las de Marc. Que él llegara a ser un día una persona mayor, Martin lo concebía; pero que su padre hubiera sido tan parecido a él, lo desconcertaba, lo

inquietaba: la muralla se hacía porosa. En aquel momento, no le hubiera gustado ver aparecer a su padre: la presencia de aquel señor viejo, ¿no hubiera bastado para reducirlo a su infancia? Su turbación aumentó todavía más cuando el doctor Lapresle le enseñó, a lo largo del marco de la puerta, las alturas sucesivas de Marc:

—1931, cuatro años… 1934, siete años… ¡Ponte aquí!… ¡Mira, tú eres un poco más alto que él!… ¿No te gusta?

¡De ningún modo! ¿Qué protección podía esperar de un padre más pequeño que él? ¿Y de un viejo que a propósito pintaba su cuarto de verde y que pretendía que su mujer era más guapa que su madre? Martin sintió que iba a detestarlo.

—Quiero volver a casa —dijo débilmente.

—¿Qué?

—Nada.

«¿Ya? —pensó el doctor—. Es por mi culpa. ¿Qué habré dicho que no le haya gustado?… ¡Françoise!». Llamaba en su auxilio a aquella que adivinaba y arreglaba todo sin una palabra, y cuya muerte lo había dejado desamparado y triste como un guijarro cuando la ola se retira. ¡Françoise!… «No solamente viudo, sino huérfano», se decía a veces cuando veía su inutilidad, su impotencia, como en aquel momento, por ejemplo. ¿Para qué le servía ser admirado de toda una región e inspirar confianza a miles de personas si aquel niño desconfiaba de él? «Ayer por la mañana, a esta hora, ni siquiera lo conocía», pensó sin saber muy bien dónde le llevaría este pensamiento. Pero no hizo sino entristecerlo más: en unas horas aquel niño había ocupado un lugar que el día anterior le pareció ser de otro mundo, de otro tiempo. Si Martin tuviera que irse ahora… El doctor recordaba a aquel otro niño que él no había sabido amar, del que tan poco había aprovechado porque prefería su profesión a él. La muerte de Françoise los había dejado cara a cara y los dos estaban seguros de que su pena era la más grande. Si ella hubiera vivido, Marc no hubiera dejado ni Sérignay ni la medicina. Cuando él se lo había echado en cara, el día de la petición de mano: «¡El primero de los Lapresle que no será médico!».

—¿Médico? —había replicado Marc, con los ojos brillantes de ira (no, viejo, ¡de tristeza!)—. Médico, ¿para qué sirve eso? ¡Ni

siquiera has sido capaz de impedir que muera!

Marc se había marchado y Martin quería marcharse. ¿Estaría maldita la vieja casa? ¡Pero ésta iba a defenderse con sus propias municiones! El doctor Lapresle cogió la mano del niño.

—¡Vístete de prisa! Voy a enseñarte *tu* casa…

Tuvo la buena idea de empezar por el desván. «¡En París no hay!». La escalera que llevaba a él estaba adornada con trofeos de caza; de aquellas pobres criaturas jadeantes, perseguidas hasta el fondo de los estanques, desmenuzadas, humeantes de sangre, no quedaba más que una galería de bustos risueños. Sus ojos de cristal seguían a aquella extraña pareja: aquel viejo y aquel niño que correteaba delante de él, como un perro delante de un cazador. El triciclo *Peugeot*, un maniquí de costurera, la colección completa de la *Illustration* desde el asesinato del presidente Carnot, «el Pequeño Químico», una ballesta y un violín (las dos cosas sin cuerdas), un microscopio tuerto… Martin se quedaba extasiado delante de cada maravilla. El maderaje y el techo no eran de las más pequeñas.

«Cuando pienso que, el año pasado, estuve a punto de tirar todos estos bodrios —pensaba el doctor. (Había encendido uno de esos cigarrillos que tiraba a la mitad para no quemarse el bigote)—. ¡Qué manía la de todos los hombres viejos querer tirar todo para hacer sitio!». Afortunadamente, Joseph, medio por pereza medio por sentido común, había respondido:

—¿Para qué sirve tener sitio si no se guarda lo que no sirve para nada?

¿Lo que no sirve para nada? En eso no estaba de acuerdo Martin, que pretendía transportar todo a su cuarto.

—No, no, tú subirás aquí cuando quieras, muchacho. No lo cerraré con llave.

Treinta años antes, había mandado poner una cerradura para que otro niño no pudiera subir al desván; el viejo lo recordó y se inclinó sobre Martin para besarlo. «¡Qué besucón!», se dijo el niño, que de repente volvió a sentirse desconfiado. Presentía confusamente la verdad: que aquel tesoro y aquella prisa para enseñárselo estaban dirigidas contra su padre y su madre y que, al admirarlo demasiado, él mismo traicionaba a los suyos; aquel desván no era más que una inmensa trampa. Martin entonces se puso a despreciar todo lo que, un instante antes, lo maravillaba. El

viejo hacía el artículo en vano. ¿Qué cosa es más triste que un viejo mago que fracasa en sus intentos? Sacaba los disfraces de un arcón destartalado; el cigarrillo se había apagado.

—¡Y este palacio chino de médula de saúco! ¿Quieres que le quite el fanal?… Bueno. ¡Ah!, tú no has visto nunca esto: un tres mástiles en una botella… ¡Cómo! no vas a decirme que…

—En casa, hay de todo —dijo Martin, y salió dignamente del desván, lleno de tristeza.

—¡No has visto el billar Nicolás! —gritaba el viejo detrás de él—. ¡Ni el caballo con faldas, el caballo con faldas!

Martin bajaba muy derecho la escalera de ciervos. El abuelo lo cogió:

—Te voy a enseñar las cuadras, ¡ven!

Eran los últimos cartuchos. Al pasar por delante del piano del salón, Martin tuvo una debilidad y se precipitó sobre él para tocar su trozo: do la-si-do… El instrumento, que no había sido afinado desde la muerte de la señora Lapresle, no hizo más que unas notas desentonadas, rasgadas, que acabó de encerrar al niño en su desconfianza.

Al salir, una breve borrasca los recibió; los espadachines del viento y de la lluvia los acechaban en silencio. Desde por la mañana, el tiempo estaba caprichoso y el cielo habitado. Aquella querella de la lluvia y del viento, era la de ellos: ligera pero inmensa, y sin razón. Aquellas lágrimas de lluvia, el doctor las recibió como un mensaje personal. Su pelo blanco danzaba como una llama. Levantó los ojos y, en voz alta esta vez, llamó:

—¡Françoise!

Vio a dos campesinos que se dirigían hacia la consulta defendiendo sus sombreros contra el viento. «Esperadme, en seguida voy», les gritó, aunque en aquel momento le importaban un comino sus reumatismos y sus catarros. Cerca de las dependencias se dirigió al niño:

—¿Ves ese pozo? —dijo lleno de esperanza en estas palabras mágicas—, en 1870 echaron en él a prusianos y a húsares de la Muerte.

—En casa también —murmuró Martin, pero el viento se llevó aquella mentira cuya enormidad hubiera tranquilizado al doctor o, mejor dicho, le hubiera aclarado todo.

Las caballerizas ya no olían a caballo, pero, a la altura de cada argolla podía leerse todavía el nombre de su último inquilino: *Flambard, Muscadin, Gamin, Fanfaron*.

El viejo guía evocaba sus recuerdos y Martin, que tenía una cabeza épica y de cada dos frases sólo captaba una, veía en aquellos animales difuntos caballos de apocalipsis. Con un pie chocó en uno de los pesebres y, en la cuadra sonora, el choque repercutió como una coz fantástica. Aterrado, Martin se cogió de la mano de su abuelo, lo que alegró al uno y humilló al otro. En aquel mismo momento, su madre dormía con un sueño profundo en una habitación de una clínica, y su padre, entre dos ministros italianos, inauguraba un edificio. ¡Qué razón tenía de agarrarse a la mano del viejo aquel niño pequeño en el desierto!

—Y aquí tienes el cupé de tu tatarabuelo.

Para Martin todo lo que rodaba tirado por un caballo era una carroza; debió leerse en sus ojos.

—¿Quieres subir dentro?

—No, mi padre tiene un *Porsche*.

Esta vez fue el doctor quien soltó la mano de aquel testarudo. «Después de todo, soy demasiado bueno (es lo que se dice siempre cuando se va a dejar de serlo), demasiado bueno de querer agradar a este pequeño tunante. ¡Basta!». De vez en cuando le entraba una furia de esta clase.

—Bueno —dijo con un tono breve—, mejor para vosotros si tu padre tiene un… en fin, lo que tú dices. Yo ya no tengo más tiempo de ocuparme de ti: me esperan los enfermos. Encontrarás a Joseph en las dependencias. ¡Pro-hi-bi-do pasar de la verja!

Martin miró asombrado a aquel abuelo que de repente le hablaba seriamente. A los niños les gusta disgustar sin riesgos; es su único medio de sentir el cariño que se les tiene, es decir, su seguridad. Lo hacen como el viajero prueba con el pie un sendero dudoso. Pero cuando el sendero se hunde…

—Abuelo —gritó Martin—, quisiera…

—No tengo tiempo —contestó sin volverse siquiera.

Martin lo detestó. «Me vuelvo a casa —decidió—, no tengo más que coger el tren». Casa vacía, pero él lo ignoraba. Con un paso seguro, con la esperanza de que su abuelo lo seguía con la mirada, fue hasta la verja prohibida, seguro de que el *Porsche* o la «diosa»

iban a aparecer. Sólo pasaron algunos colegiales que se perseguían sofocados y cambiando la cartera de mano cada tres pasos. De las dos partes de los barrotes blancos se miraron como, de un tren a otro lo hacen los viajeros: con una indiferencia un poco agresiva. Ni un instante Martin pensó que su lugar hubiera estado, estaría, iba a estar entre aquellos colegiales.

El doctor Lapresle acababa de despedir a la vieja Augustine, a la que había salvado la vida en tres ocasiones en cuarenta años; pero esta vez la partida estaba perdida. Enjugó lentamente sus gafas con el pañuelo, se sonó y abrió una revista médica. «Estaba al corriente» de todas las terapéuticas modernas, filtrando atentamente la moda y el progreso, lo que le confirmaba su creencia en la medicina de siempre. Reprochaba a los jóvenes médicos preferir la química a la medicina y, en los mejores, la medicina al enfermo.

Se estremeció al oír de repente la campana y el corazón le latió como cada vez que, caballo sin jinete, el espíritu galopa en busca de una explicación. ¿Aquella campana muda desde hacía quince años…? ¡Era para llamar al niño! Entre Augustine, el señor Vairon, el segundo vicario y la *Presse médicale*, se había olvidado completamente de la existencia de Martin. Y volvió a pensar en él con una alegría que llevaba un instante de adelanto sobre el recuerdo de su enfado.

—Ese tonto —dijo en voz alta—. Voy a… Pero, ¿va a dejar de tocar ese animal?

Se levantó y salió del despacho por la sala de espera. La lluvia y el viento se habían ido a jugar a otra parte, pero el suelo y las hojas quedaban asombrados a su paso.

—¡Qué! ¿Vas a tocar hasta la noche?

—Como en otro tiempo —dijo Joseph guiñando un ojo—, como en los buenos tiempos…

Joseph sonreía; se miraron en silencio, seguros de tener los mismos pensamientos, de volver a ver las mismas imágenes.

—Te sienta bien, ¿eh, chata? —gritó Joseph, con la cara levantada hacia la campana—. Hacías lo que nosotros: te oxidabas…

—¿Dónde está el niño, Joseph? ¿Cómo quieres que comprenda…?

—Se lo he dicho.

—Entonces ¿lo has visto?

Tenía celos y le dio rabia haberlo demostrado. Juntos volvieron la cabeza: Martin llegaba corriendo, «los pies hacia dentro —observó el doctor—: es todavía muy pequeño…». El pequeño venía de explorar el jardín que le parecía inmenso; estaba dispuesto a afirmar a su abuelo que el de sus padres tenía los mismos árboles, pero comprendía que los de Neuilly, comparados con aquéllos, no eran más que animales de un parque zoológico. Había vuelto a las cuadras para encerrarse en la carroza del tatarabuelo. Cerradas las destartaladas portezuelas había respirado un aire húmedo, se había impregnado de lo que él creía ser el olor del tiempo pasado y que no era más que el frío relente del tejido y del crin enmohecidos. Como se ahogaba dentro, para bajar el cristal de la ventanilla, había buscado en vano la manivela y por un momento había creído que no podría volver a abrir la portezuela. Aterrorizado, había huido sin volverse, persuadido de que un fantasma de hopalanda y alargado le miraba con el látigo en la mano desde lo alto del asiento, burlándose de él. ¡Era el colmo morirse de miedo estando tan cerca de las personas mayores! Mientras corría hacia la casa se había detenido un momento cerca del pozo del Año terrible y se había asomado por el brocal: ¡horror!, un soldado alemán al borde del agua lo miraba con los ojos abiertos… No, no era más que el reflejo de su propia cara; pero ¿quién sabe si algún superviviente prusiano no se escondía debajo del agua en cuanto alguien se acercaba, como una rana?

Errando cerca de las dependencias, había encontrado por fin a Joseph, metido casi en el motor de un viejo coche cuyo capot volaba por los dos lados como la toca de una monja. «Una bujía que no carbura…». Este drama se leía en su cara que parecía también de luto. Martin había pensado de repente que su abuelo llevaba también bigote. ¿Lo llevarían todos los hombres de aquella región? Cuando la bujía por fin se había decidido a *carburar*, Joseph sonreía de nuevo y había encendido un cigarrillo. Había intentado enseñar a Martin a liar uno y, después de un gran esfuerzo sin conseguirlo, había decretado que sus dedos eran demasiado pequeños:

—Bueno, ¿por qué te vas? ¡Anda!, ¡si está enfadado! En todo

caso, cuando oigas la campana…

Martin acababa de oírla y volvía, a galope, del fondo del jardín. ¡Era *Flambard, Fanfaron*, el tren, los húsares de la Muerte, el Año terrible! Ver a su abuelo le recordó algo desagradable, pero ¿qué? «¡Con tal de que no me dé un beso!».

Había sido necesario un siglo de cera, de pan fresco y de platos humeantes para conferir al comedor aquel olor apetitoso, pero extraño, que el niño olfateaba con desconfianza y que el doctor Lapresle no percibía siquiera.

—No estoy en mi sitio —dijo Martin. (Siempre estaba a la izquierda de su madre).

—Quizá, pero quiero que estés enfrente de mí, muchacho.

Los vasos, los cuchillos, la servilleta inmensa y tiesa anudada detrás de la nuca en forma de orejas de conejo, el sabor de aquel pan, todo era motivo de asombro.

—¡Dame tu vaso!

—No —dijo Martin con viveza. (¿El agua del pozo? ¿Los prusianos?)—. No bebo nunca.

—Venga, venga, otro cuento. ¿Es la moda de París?… Joseph, ponle más. Sí, sí, un poco más de carne…

Martin no acababa de terminar.

—No se debe dejar nada en el plato, muchacho.

—Pues mamá deja siempre.

Era la verdad, pero esto acabó de encender la pólvora. El doctor empujó su plato (vacío) y tiró la servilleta sobre la mesa:

—¡Figúrate que no me extraña nada! Tus padres son precisamente un poco demasiado ricos para mi gusto. Dejar los platos llenos cuando hay millones de niños que se mueren de hambre. ¡Jamás tu abuela lo hubiera consentido, jamás lo consentiré yo!

—Si se empeña usted —dijo Martin.

El doctor recibió este «usted» como una bofetada; o mejor dicho, hubiera preferido una bofetada. Dudó entre el armisticio y la continuación de las hostilidades; pero a lo primero llamaba «capitulación» y a lo segundo «dignidad», y el retroceso fue más fuerte. Así pues, continuó hablando revolviéndose el pelo y retorciéndose el bigote. Su furia le hacía las veces de convicción: por el momento, le importaba un comino los negritos hambrientos,

sólo le interesaba aquel chaval. En la puerta, con la fuente en la mano, Joseph contemplaba asombrado aquel tribuno que se parecía, de colorado, a su amo taciturno. No comprendía por qué el hambre en el mundo le inducía en ese momento a una furia tal. ¿Cómo adivinar que este ataque se dirigía únicamente contra una muchacha demasiado rica que le había llevado de la casa y de la profesión paternas a su hijo único? Era contra París, contra los millones, los presidentes-directores generales, contra el divorcio también contra lo que el viejo doctor se enfurecía; de ninguna manera iba dirigido contra aquel niño de orejas separadas, que apretaba la mesa con sus puños y se repetía: «Detesta a mi madre, yo lo detesto, detesta a mi madre, yo lo det…».

—¡Achís!… ¡Achís!… ¡Achís!…

El triple estornudo apagó de golpe aquel incendio.

—Dios le ayude —dijo Martin, helado.

La guerra duró cinco días. Pero ¿quién habla de guerra? No había más que silencio, recomendaciones sin calor y el código de los buenos días-buenas noches. Dos bancos de hielo iban a la deriva guardando sus distancias, o más bien dos navíos altivos cuidando bien de intercambiar los saludos reglamentarios. En la mesa, Martin bebía agua, no dejaba ni una miga en el plato; y veinte veces el doctor se contenía decirle: «Si es mucho, ¡no te fuerces!». El doctor pasaba sus días en su despacho y Martin en el desván o en el fondo del jardín; cuando se encontraban, cada uno hacía al otro un pequeño gesto crispado. No que se forzaran: al contrario, se obligaban a no expresar algo más. Una vez, se volvieron a la vez después de seis pasos y sus miradas tristes se cruzaron; el doctor se detuvo, Martin estuvo a punto de correr hacia él, pero se metió las manos en los bolsillos («¡Hombre, la castaña!») y siguió su camino. Por el honor de sus padres resistía: dejar que el viejo lo besara, hubiera sido aceptar confusamente que sus padres no lo besarían más, por lo cual lloraba cada noche. Cada noche, debajo de la sábana, gritaba «¡mamá!» con una especie de furor; arqueaba las narices para oler el perfume caluroso, pero sólo respiraba un olor un poco agrio, el suyo, pues no se lavaba casi. Se consolaba *haciendo cras cras*, incluso con aquellas mismas sábanas detestadas: una bola de tela con la que se tapaba la nariz y los

labios mientras repetía «cras cras…». Siempre se había dormido así, sólo Dios sabe por qué. Para ser valiente contra el viejo, el agua del pozo y el cuarto verde, poseía un talismán: una tarjeta postal recibida de su padre y que representaba una especie de maraña, de pastel puntiagudo, el «Duomo de Milán»; nunca se separaba de ella. Había llegado a ser para él una especie de deporte detestar todo lo de allí: su cama, los árboles, hasta el cielo. Se convencía de que, en Neuilly, el verano era resplandeciente, que su padre hacía construir una piscina, que su madre había comprado un perro más grande que él, que el colegio estaba cerrado. Incluso llegaba a echar de menos a Albert, a quien nunca había querido, para estar más seguro de no apegarse a Joseph. Consternado, éste se multiplicaba por él: le había cavado un trozo de jardín, le había reparado la ballesta, le había propuesto enganchar al cupé el caballo del vecino. ¡Con gusto hubiera sacrificado su paquete de tabaco y estropeado cien hojillas de papel de fumar para que el niño le sonriera! No solamente aquel niño extranjero no lo miraba, sino que además su viejo amo no abría la boca; sólo aquella imbécil de campana estaba alegre. Una mañana, afeitando la barba del doctor con una navaja y un tazón lleno de espuma tan blanca como el pelo que llegaba hasta las sienes, no se dio cuenta que pensaba en voz alta:

—Esto no puede durar mucho tiempo —murmuró.

—No —contestó el doctor que bogaba en las mismas aguas—, voy a escribir a su padre. ¿Para qué tenerlo aquí?… ¡Ten cuidado, me has cortado!

Aquel día, el obispo tenía en la mejilla un corte que intrigaba mucho a Martin; menos sin embargo que las palabras que Joseph le sopló sin mirarlo:

—El señor va a escribir a tu padre.

Las potencias enemigas negociaban a sus espaldas una paz separada, de todas partes lo traicionaban. ¿Y él, entonces? ¿Quién lo protegería? Todo eso se mezclaba en su mente; le dolía la cabeza, la barriga, el corazón. Fue un día terrible: en el momento de perderlo, todo allí le parecía de repente algo fuerte y extraordinario. Si hubiera besado la mejilla de su abuelo, el corte hubiera desaparecido de repente: hoy, lo quería de nuevo hasta el milagro. ¡Imposible dormirse! Sin embargo, aquellas sábanas daban un cras cras estupendo. Era hora de que se diera cuenta…

Joseph también pasó el día entontecido. Hacia las siete, dejó la cena a mitad y entró sin llamar en el despacho del doctor:

—Pero ¿por qué no trata de conquistarse a ese niño? ¿Por qué no trata de… qué sé yo?

—Lo he intentado, Joseph —contestó el viejo sin levantar la vista del libro—; he sido un tonto. El diamante es lo más duro que hay en el mundo, ¿lo sabías? («Venga —pensó Joseph—, ahora se vuelve mal de la cabeza»). —¿Cómo crees que se consigue tallarlo?

—¿Con… el hierro, el acero?

—No, el diamante es más duro que ellos.

—¿Entonces?

Esta vez, el doctor levantó la cabeza, se quitó las gafas, y miró de frente a su amigo; volvía a sonreír con su sonrisa habitual.

—Sólo el diamante talla el diamante, Joseph.

Los lunes era día de mercado y, al día siguiente, Sérignay, con todas las tiendas cerradas, descansaba del jaleo de la víspera. El doctor Lapresle también descansaba todos los martes por la mañana y se iba a pie a dar una vuelta por sus «testigos»: un cierto número de árboles, de techos, de calvarios campestres que conocía desde la infancia y que, en un siglo en que todo cambiaba tan de prisa, sobre todo los seres humanos, seguían siendo sus puntos de referencia.

Era la mañana del quinto día; el cielo estaba abierto, el viento era salubre, el tiempo vivaz. Martin, desde su ventana, vio a su abuelo que pasaba la verja blanca, sin sombrero y con las manos en la espalda. Le pareció que la casa, las dependencias, el jardín, todo iba a caer en un sueño, como en los cuentos, a partir del instante en que el viejo desapareciera de su vista, y estuvo a punto de gritar: «¡Espérame!».

Una hora después, una balsa gris cruzó el océano del cielo con una prisa extraña, después una flotilla, después un archipiélago tenebroso y, sobre la tierra, todo cambió de color. Martin bajó a ver a Joseph:

—¿Qué pasa?

—Va a llo…

No tuvo tiempo de acabar: la lluvia se puso a cortar de lado el paisaje como un colegial en clase de dibujo. El agua golpeaba sobre los tejados, los canalones de los tejados gartarizaban, los troncos de

los árboles chorreaban. Joseph levantó los ojos hacia aquel cielo desconocido:

—Vaya —dijo plácidamente—, hay algo que no les gusta.

—¿Y el abuelo?

—Voy a ir a buscarlo en coche. Debe ir a la altura de la Martaugère a estas horas. (Era una granja bastante alejada: se iba hasta el antiguo Ayuntamiento, se cogía a la izquierda y todo recto).

—Voy contigo.

—Quédate que te vas a mojar.

Martin acechó mucho tiempo detrás de un cristal que la lluvia cegaba y después, como no resistía más, corrió de un tirón hasta las dependencias.

—¿Qué hay?

Del fondo del motor, la voz respondió:

—¡La maldita bujía de siempre!

—¿Que no carbura? —dijo Martin con un aire de entendido.

Sin darse tiempo de recobrar el aliento, corrió de nuevo hacia la casa: el tiempo de coger un paraguas en la pata de elefante que los recibía en el ángulo del vestíbulo y, al galope, tomó la dirección del antiguo Ayuntamiento.

La cabeza levantada, iba riendo solo: ¡aquella lluvia torrencial lo limpiaba de todo! Sus zapatos no habían resistido mucho tiempo: andaba sobre el agua, por dentro de una gruta translúcida, en un planeta de cristal sin más habitante que su abuelo, en alguna parte a la izquierda, entre aquella columnata helada.

De repente, lo vio, sin sorpresa, de pie contra un árbol tan reluciente como él, como un san Sebastián traspasado por el chaparrón.

—¡Martin! Pero ¿qué haces tú…? ¿Por qué no has abierto el paraguas?

—Era para ti, abuelo.

—¿Cómo has dicho? —preguntó el doctor Lapresle con la voz temblorosa.

—Para ti.

El doctor Lapresle abrió el paraguas, opuso al diluvio aquel tejado irrisorio pero providencial y, con su mano libre, cogió la de Martin que estaba ardiente. «Ha cogido frío —se dijo—. A causa de mí… No, para mí… Voy a cuidártelo, a cuidártelo… Vamos (era a

Marc a quien se dirigía), ¡la medicina sirve para algo!».

IV

LA SEMANA DE LOS SIETE JUEVES

PARA!», ordenó el doctor sin mover los labios. El *sable* que manejaba Joseph se separó de la mejilla de nieve donde acababa de aparecer un campo rosa; con la toalla alrededor del cuello, el doctor Lapresle se levantó, se dirigió hasta la ventana y la abrió. El cielo estaba pálido, triste, amarillo; en no sé qué de sordo en el aire supo que iba a nevar.

—¿Duerme todavía el pequeño?

—Como un lirón.

—Mejor.

La nieve, en efecto, comenzó a borrar con paciencia el paisaje negro. Primero espaciados, perezosos, desorientados, los copos empezaron a agitarse; caían obstinadamente, oblicuamente, con una prisa silenciosa. Bajo su manto, Sérignay contenía su respiración.

Un poco más tarde, bajo su capucha de invierno, de la que decía: «Es todo lo que me ha dado la campaña del 39-40»
(pues, habiendo conocido la del 14, negaba a aquélla el nombre de *guerra*), el doctor salió con un cubo en la mano. Recogió sobre los poyos de las ventanas y las ramas bajas una nieve intacta, llenó el cubo, subió directamente al cuarto verde y abrió las persianas de par en par, sin ningún miramiento por la forma que gemía en la cama.

—Estoy malo, abuelo… ¿A qué hora estamos?

—Se dice «¿Qué hora es?». Y además, tú no estás enfermo sino convaleciente. La prueba es que estás jugando.

—No, me aburro.

El abuelo le acercó el cubo que desbordaba de nubes blancas, de montañas, y la cara del niño hizo «¡Oh!».

—Me voy —dijo el doctor Lapresle.

Le hubiera gustado mucho ver lo que iban a hacer aquellas manos impacientes antes de que el calor tuviese tiempo de fundir la nieve; pero sabía que la presencia de las personas mayores rodea de murallas el genio de los niños.

—Si no estoy malo —gritó Martin que quería que su alegría fuera perfecta—, ¿no me pondrás más tubitos en el culinetes?

—No, ya no hace falta.

«Un tubito en el culinetes» era un supositorio en el tras; de padre a hijos, los doctores Lapresle se transmitían cierto vocabulario al uso de los niños enfermos.

En el momento de salir, el viejo vio un cartón debajo de un mueble; lo recogió y vio que era una tarjeta postal firmada «Pap», de Milán. En su despacho, la rompió y la echó al fuego, que ardía de noviembre a marzo en la chimenea, gesto del que se arrepintió un instante más tarde, un instante demasiado tarde.

Satisfecho de estar «convaleciente», Martin quiso quedarse todavía en la cama. Se había organizado alrededor suyo un reino de cosas de todas clases de las que sobre todo sobresalían los volúmenes de la *Illustration*. A lo largo del tiempo hacían vivir a Martin en 1910, época que él situaba más bien en el espacio que en el tiempo; con pájaros en la cabeza, plumas y sombreros de cochero, los habitantes de ese otro país, que sonreían sin cesar, hacían extraordinarios inventos, que lo habrían dejado atónito al probarle que no eran más que aviones, automóviles, locomotoras. Como ignoraba el sentido de «Exposición universal», Martin aprendió también en la *Illustration* que existían por lo menos otros tres París: París-1900, París-1925, París-1937, ciudades compuestas de palacios y pabellones extraños, superpoblados, llenos de banderas y que sólo tenían en común con el otro un río y una torre Eiffel. Devoró los libros de la condesa de Ségur, o mejor dicho iba de una imagen a la otra deletreando las leyendas. El general Dourakine, la madre
Mac'Misch,
la Papovska y el inglés de los pavos, en adelante los reconocería

entre mil en una estación de ferrocarril o en un mercado. Sobre las sábanas arrugadas por los cras cras vespertinos, Joseph y la vieja lavandera subían a jugar con él al juego de las Siete Familias. La puerta de la escalera quedaba entreabierta y así Joseph podía oír las llamadas posibles del doctor. Las familias *Cabeza de jabalí, Taconcillo* y *Empanada* levantaban alrededor de ellos un pueblo ideal en el que, del aprendiz de pastelero a la lechera y de la hija al abuelo, cada uno tenía su lugar, su oficio. ¡Qué bien estaba hecho el mundo, Martin! Con la colilla negra en los labios, los ojos brillantes, Joseph llamaba «al *bisabuelo Mi-fa-sol*» tan imperiosamente que babeaba.

—¿Lloras? —le dijo el niño.

¡Lástima!, había que levantarse. Martin encontró el jardín tristón, los días cortos; diciembre enseñaba ya su nariz colorada.

—Debería inscribirte en la escuela —dijo el doctor Lapresle una mañana.

—¡No, abuelo!

—Y desde hace varias semanas.

—Pero si estoy *convaciente* —protestó Martin, que se vio en la obligación de toser.

—Lo sé. Además —continuó el doctor volviendo los ojos, pues era mentir un poco—, hay casos de sarampión y de tos ferina en la escuela; no quiero que… Bueno, yo te daré clase; sé bastante para eso.

Entonces se instalaron, cada mañana, de cada lado de la mesa de despacho del doctor Lapresle, en el extraño olor a polvo sagrado y a medicinas. Encaramado el culinetes sobre dos guías de teléfono, el niño empezaba a bostezar desde las primeras palabras.

—¡Pon la mano delante de la boca!

«¿Y cuando se estornuda?», pensaba Martin que acechaba las señales precursoras del seísmo: mirada fija, cejas fruncidas, aletas de la nariz temblorosas.

Por las noches, con más aplicación que el alumno, el maestro preparaba las lecciones del día siguiente. Historia Sagrada, historia natural, textos de gramática, en su enseñanza confluía todo subterráneamente hacia la medicina: era el objetivo del doctor que pensaba hacer con Martin lo que había fallado con su hijo Marc. Pensaba que no era demasiado pronto para poner la pequeña barca

en el buen camino y que valía más ocuparse de ello él mismo, pues el maestro y el cura soñaban siempre para sus mejores alumnos con la Escuela Normal y el Seminario. Por eso, las asignaturas que ni por caminos desviados conducían a la medicina eran alegremente sacrificadas. O mejor dicho, el doctor Lapresle las enseñaba de una manera singular y a veces eficaz.

—¡Bueno! para terminar, vamos a aprender un departamento: el Yonne.

En una pizarra que Joseph había ido a comprar a la ciudad, escribía

Y. O. N. N. E.

Martin se divertía viendo que, como él, su abuelo sacaba la lengua para escribir; y también que la vieja mano tenía las mismas pecas que su cara.

—Capital: Auxerre. ¡Repite!

—El Yonne, capital Auxerre.

—Prefecturas… Escucha…

Una a una las prefecturas guiñaban el ojo a Martin sobre el inmenso mapa que su abuelo había colgado en la pared de su despacho y que intrigaba tanto a sus enfermos. En sus marcos de madera dorada, los doctores Etienne-Albert y Marc-Etienne Lapresle, oficiales de la Legión de Honor, vigilaban desde lo alto el amaestramiento de aquella criatura por la que corría sangre rebelde a la medicina.

—Bueno —decía el profesor cuando sonaba el ángelus de las doce—, estás libre.

Y encendía el cigarrillo de color maíz.

Martin daba un grito salvaje, se lanzaba contra la puerta acolchada, volvía sobre sus pasos.

—¡Gracias, abuelo!

—Bueno, bueno, ¡vete!

Muy derechos en sus sillas, varios pacientes cuya paciencia empezaba a embotarse, veían pasar una flecha, un bólido en dirección de las dependencias. Martin salía de ellas pedaleando sobre el triciclo *Peugeot*, cogiendo las vueltas sobre dos ruedas solamente chillando *¡Catapún!* lo que, en su lenguaje secreto, significaba «¡Cuidado!». O si no, subía al desván para continuar alguna experiencia del «Pequeño Químico» que, lleno de miedo, el

doctor Lapresle toleraba porque química y medicina son primas hermanas. Si llovía y la sala de espera estaba vacía, Martin pedía permiso a su abuelo para instalarse enfrente de él para «escribir sus cartas». Eran las mismas cartas para los cinco amigos de la escuela cuyos nombres componían su «carnet de direcciones»:

«Estoy bien. Espero que tú también estás bien. Me divierto. Espero que tú también te diviertes. Tu amigo para toda la vida».

O también, después de cerrar puertas y ventanas, se sentaba delante del piano (que el doctor había hecho afinar) e improvisaba, con los párpados cerrados, balanceándose de un lado a otro como había visto hacer a su madre. ¡Su madre! Las lágrimas le venían a los ojos, a pesar del buen olor a comida que se filtraba ya hasta él por debajo de las puertas. E intentaba los mismos gestos delante del piano: a lo mejor aquella música extraña la hacía aparecer. Solamente dos cartas, y muy breves, y en un papel que no olía a ella, dos cartas después de tantos meses de ausencia (sólo hacía trece días). Estirando desesperadamente la pierna, Martin llegó al pedal fuerte; un trueno llenaba el piano, el salón, el mundo: ¿lo oiría ella por fin? Sólo una vieja oreja escuchaba la extraña melodía: «Este pequeño Debussy», se decía el doctor Lapresle.

El abuelo había ido a darle un beso a la cama y le había repetido sin convicción que cras cras, a su edad, ¡no, no y no! El niño se había colgado a su cuello para hacer provisión de aquel olor que empezaba a conocer, a querer: un poco frío, mezcla de tabaco y de verbena, era el último que olía antes de dormirse cada noche. El doctor bajaba la escalera sonriendo cuando el teléfono sonó. «¿Un enfermo? ¿Augustine?». No, el sonido irregular, impaciente, anunciaba una llamada de más lejos.

—Un momento —dijo alguien—, le van a hablar. «¿Le?». El doctor se dio cuenta de que la mano que sostenía el auricular temblaba ligeramente; y también —pero ¿por qué darse cuenta aquella noche?— que era una mano vieja.

—Oiga —dijo una voz que al principio no reconoció—, ¿es usted, padre?

—¡Agnès!

Su sorpresa fue tan brusca y tan mezclada de angustia que no oyó la continuación.

—No te oigo, Agnès. ¿Qué dices?

—¡Que cómo va Martin!

—Muy bien, muy bien. ¿Y tú?

—Regular. Incluso bastante mal.

—¡Ah!

No pudo evitar sentir una especie de alivio, pero no tuvo tiempo de sentir remordimientos.

—¿Puedo hablar con Martin?

—Está durmiendo a estas horas, Agnès. (Todavía no era cierto). Y, de todas maneras, no… no sería bueno por teléfono, ni para él ni para ti. ¡Hablo como médico! —añadió con una risa crispada.

—No puedo hacer otra cosa.

—Creo que, a veces, el teléfono no hace más que acusar la ausencia y aumentar la lejanía en lugar de atenuarla. ¿Comprendes, Agnès?

—Tengo necesidad de oír a Martin, padre —continuó con una voz tan sorda que le pareció que estaba al otro extremo del mundo y, al mismo tiempo, a su lado.

—De oírlo y de verlo, Agnès, es evidente y… (Dudó, pero la compasión, esta vez, habló más alto que el resentimiento). Y él también tiene necesidad de ti. Ven a pasar unos días aquí. Seréis felices juntos y yo te cuidaré.

Con la otra mano, torpemente, sacó un pañuelo para secarse el sudor de la frente.

—Es usted muy amable, padre. Sobre todo que… que usted no me quiere —dijo de un tirón para liberarse de aquel pensamiento que se levantaba entre ellos desde el principio.

—No, Agnès, no es cierto. Quizá yo también he tenido mis errores. ¡Pero no hablemos más de todo eso! Ahora se trata de Martin y de su madre. Ven a Sérignay.

—Es imposible —respondió ella con otra voz—, los médicos no me dejan un momento. No me permitirían… Por otra parte, mi abogado… ¡Pero sus consejos no tienen importancia! (Agnès pensaba en alto; este desorden apretó el corazón del viejo). Son especialistas, ¿comprende? Todavía no han encontrado el equilibrio…

—Ya lo sé —dijo amargamente el doctor—, te embrutecen con «tranquilizantes», y después te reaniman con «estimulantes»: ¡un

poco demasiado de aquéllos, un poco demasiado de éstos!

—Tal vez. Son unas medicinas nuevas y todavía no se conoce muy bien…

—Son sobre todo médicos nuevos —rugió el viejo león.

—No le gustan los psiquiatras.

—¡Sí, pero no los aprendices de brujo!

—Es el nombre que se da a los sabios mientras no han terminado sus descubrimientos…

En el tono de su voz, el viejo supo que ella sonreía. «Martin se le parece», pensó de repente y le dio vergüenza de no querer a la madre de Martin.

—Si no fuera por ellos —continuaba Agnès—, a lo mejor en este momento estaría… internada. He sufrido un choque tal, padre.

«¡Por culpa de Marc!». Su vergüenza aumentó. Hasta aquí, sólo había sentido el disgusto de algo de lo que, a sus ojos, Agnès era la primera culpable: «Si no se hubiera llevado a mi hijo de aquí…».

—Lo sé, Agnès. De todo eso también me gustaría hablar contigo.

—¡Es mejor que no! Poco a poco me voy encontrando mejor, pero a condición de no hablar nunca de ello y de intentar no pensar más.

—Ver a Martin sería el mejor remedio. Dame el nombre de tu médico, le escribiré.

—No, no, estoy en pleno tratamiento. Dentro de poco, quizá, pero, por el momento, yo misma me doy cuenta de que… ¿No podría venir Martin?

—¿A la clínica? ¡Agnès! Tú misma hablabas de choc: él también está «sensibilizado», como dicen ellos.

—¿Entonces?

La palabra estaba cargada de una desesperación tal que el doctor Lapresle pensó por un momento: «Iré yo mismo a llevar a Martin», pero no tuvo valor para devastar su paraíso. Las buenas razones vinieron en su auxilio: «¿Y mis enfermos? ¿Y Augustine que se está muriendo? Además, el niño es antes que sus padres: él es el único que es completamente inocente».

—¿Entonces? Entonces, escríbele a menudo, y verdaderas cartas; y en cuanto te lo permitan, ven aquí: mi casa está a tu disposición, Agnès.

Ya no eran más que palabras; el instante de la verdad entre ellos

había pasado. Agnès pronunció algunas más, colgó y lloró largamente a pesar de los «tranquilizantes». Sin embargo, tuvo cuidado de hacerlo en silencio para no llamar la atención de la enfermera. Cuando su pena se calmó, miró la hora y calculó el tiempo que le quedaba para dormir antes del insomnio de las cuatro de la mañana. ¿Qué diría el médico?

El estado de la vieja Augustine se agravó súbitamente y el doctor fue a quedarse a su cabecera: «Me quedaré hasta la noche —dijo a Joseph—. Ocúpate del pequeño».

Todo el día, Joseph jugó al pescador que ha cogido una anguila; el niño se le escapaba entre los dedos, a propósito no contestaba a sus llamadas y espiaba sus búsquedas: sentía encantado su poder completamente nuevo sobre aquella persona mayor. «¡Cuándo volverá el doctor!», se decía el pobre guardián que en su vida había sabido dar una orden, pues quien reinaba en su casa era Angelina. No se lo perdonaba a Augustine «que no termina de morirse, ¡caray!».

La noche caía aumentando su angustia; veía al niño ahogado en la alberca del huerto o cayéndose de una ventana del desván y él, Joseph, obligado a anunciar la noticia al doctor. Esta última escena velaba a sus ojos cualquier otro drama. No resistiendo más, tocó la campana: Martin acudió extrañado de no tener hambre todavía.

—Muchacho, te llevo al pueblo a ver mi casa.

—¿Qué casa?

—Donde Angelina y yo hubiéramos pasado nuestros últimos días —contestó el viudo sorbiendo, pues nunca pronunciaba aquel nombre querido sin lloriquear—. ¡Ponte el pasamontañas!… Pero ¿dónde vas?

—A buscarlo.

Joseph miró asombrado a aquella criatura que le obedecía. Cogidos de la mano, se fueron al pueblo; por la tarde se había levantado un viento frío, estafeta del invierno, y a los dos les parecía que se hundían, paso a paso, en el agua fresca. Las bombillas se encendieron de repente en todos los cruces. Martin se preguntó por qué clase de sortilegio o por qué invento, en el mismo momento en que él llegaba… pero Joseph se lo explicó por las buenas:

—Hombre, el Armand ha dado al botón. (Era el alguacil). ¿Serán ya las seis?

El campanario le respondió con su voz de invierno.

—Tengo frío —dijo Martin.

—Ya llegamos. ¡Mira, aquí!

Buscó la llave con trabajo en el fondo del bolsillo del pantalón de pana, la introdujo en la cerradura después de mil juramentos y dio la vuelta a la llave dos veces. La puerta resistió un momento y se abrió; Joseph metió el brazo en las tinieblas y tuvo que buscar durante algún tiempo antes de encontrar la llave de la luz.

—¡No estoy acostumbrado, sabes!

Una luz sin piedad se hizo al fin sobre dos habitaciones brillantes y frías que salían barnizadas del catálogo de una tienda de muebles: «Las siete piezas por 899 francos solamente». Delante de las ventanas, cortinas de crochet, en las paredes, algunos cromos de colores deslumbrantes y, sobre la cama, una muñeca-cojín. A Martin le parecía todo aquello muy feo; no porque lo fuera, sino en la medida en que aquella casa no se parecía en absoluto a la suya. Sin embargo, intuía que no debía decírselo a Joseph que interpretó aquel mutismo como si fuera debido a la admiración.

—¿Cuándo vendrás a vivir aquí?

Joseph apagó rápidamente la luz para ocultar su apuro. Y se contuvo de decir la verdad: «Cuando muera tu abuelo».

—¡Bah —dijo—, quién sabe!

El reloj del Ayuntamiento, cuya esfera allá arriba quedaba encendida toda la noche («¡El cíclope vigila!», decía el doctor Lapresle), reveló a Joseph que la visita no había durado más que unos minutos. «Caray, seguro que el doctor no ha vuelto todavía… El niño se va a volver a escapar y está todo oscuro…». Esta vez, lo veía perdido en el campo, muriéndose de frío, los ojos picoteados por los cuervos. Entre dos males creyó elegir el menor:

—Hombre, vamos al café. ¡Mira! está iluminado con neón. Te convido a una copa, entre hombres…

Entre hombres: aparte la camarera que iba y venía y chocaba por todas partes como la bola estúpida de los billares eléctricos; la sala, en efecto, sólo estaba poblada por varios hombres, de sombrero o boina sobre la cabeza. Con la cara a la altura de la mesa, Martin olfateó el vino ácido, la cerveza amarga y el agrio

relente de las colillas tres veces encendidas, olores de hombres; y ese rumor catarroso, nutrido de desafíos astutos, de jactancias y de juramentos, que Martin escuchaba con una reverencia mezclada de temor, era la voz misma de los hombres.

—Finette —llamó Joseph con un tono que ya era diferente—. ¡Hombre, qué hay, Anselme!… ¡Hola, padre Gaston!… ¡Finette!… ¡Hombre, Armand!, ¿no has traído el tambor? (Risas…). Ahora, nosotros, Finette… Sírveme, vamos a ver… un chato de blanco. (Diez años que duda, diez años que pide siempre lo mismo). ¡Y una granadina para el pequeño!

—¿Qué es eso? —pregunta Martin.

—No lo sé, pero es lo que se da a los niños.

El pequeño no quitaba la vista de encima a Finette, sus nalgas anchas y autónomas que se movían bajo la tela demasiado fina; quería recordar lo que aquello le recordaba. ¡Ah, sí!, uno de los raros caballos que había visto tirando de un furgón: trotaba por la calzada, desnudo, vestido de algunas tiras de cuero; eso le había asombrado mucho. No le vino la idea de que aquella Finette pudiera ser de la misma especie que su madre. En el momento en que se volvía, vio que «sus pechos» seguían sus movimientos con un cierto retraso y una doble independencia. Esta persona, que era *varias*, y que, en todo momento, debía ordenar acciones diferentes a las diversas partes de su cuerpo, lo fascinaba. Al pasar por el mostrador, Finette dijo algunas palabras extrañas al hombre que estaba detrás de él, como un buda en chandail, las mangas enrolladas para dejar libres los antebrazos peludos que se agitaban sin cesar, sacando de su pañol invisibles botellas de todas las formas y vasos llenos de líquidos de todos los colores. Una vez, Martin había visto a un presgi, a un presdi —¡bueno! a un mago— que de una maleta entreabierta sacaba cosas maravillosas. Pero, más confusamente, ¿qué le recordaban aquel hombre solo, frente al pueblo, aquel mostrador lleno de utensilios, aquellas gentes sentadas que hablaban a la vez? ¡La misa! Le habían llevado una o dos veces, sin motivo, sin explicaciones. Allí también debía ser un lugar sagrado, una reunión solemne, una misteriosa ceremonia que debía observar con respeto.

—¡Espérame aquí!

El vaso en la mano, Joseph se reunió delante del mostrador con

dos compañeros que, con una voz fuerte, se tomaban mutuamente por testigos de sus mentiras. Martin los miró atentamente y pasó sin transición del respeto al malestar. Sus gestos de oso, a la vez lentos y brutales, sus voces que parecían carretear guijarros, como las de los payasos que tanto asustaban a Martin, el color mismo de sus caras, y la impresión de que a cada instante iban a caerse al suelo… Martin se sentía en medio de ellos, más que un prisionero, un rehén; y de repente descubrió el motivo: ¡allí no había ni una mujer! Pues Finette no contaba: un extraño animal doméstico, y cautivo como él.

—Quiero irme —dijo en medio del jaleo.

Siempre expresaba sus deseos en voz alta: como si alguna misteriosa presencia fuera a oírlo e, inmediatamente, atenderlo. *Le* dejó algunos instantes para actuar y, decepcionado, se levantó para irse. Su vaso de granadina estaba intacto. Sin embargo, a dos pasos de su silla, se quedó quieto como un perdiguero: su padre estaba allí… Acababa de oler el olor único del tabaco que fumaba su padre.

Se contuvo decir «papá», pues desde hacía un instante todos aquellos hombres eran sus enemigos, pero volvió la cabeza despacio, cerrando los ojos para olfatear mejor. En la mesa de al lado, un soldado negro americano (había una guarnición en el bosque de Sérignay), la mejilla apoyada sobre su larga mano, las piernas interminables extendidas, acababa de encender un cigarrillo. Martin miró fijamente aquel minúsculo resplandor rojo que, de repente, le parecía la única luz de aquella sala, como su humo azul se había convertido en el único aire respirable. Hasta creyó percibir, a pesar del jaleo de los hombres, el chirrido del tabaco que se consumía. La cara negra se llenó de humo un instante porque el soldado aspiraba una larga, larga bocanada, como bebe un caballo. Después Martin no distinguió nada más porque estaba llorando; después vio, difuminado, al soldado que sonreía mirándolo y le tendía el cigarrillo. Martin le devolvió la sonrisa.

—Tú, ¿no fumar?

El niño, que no había comprendido nada, dijo sí, confiado; y el gran soldado se echó hacia atrás para reír a gusto. Enseñaba el interior de su boca, gruta de coral; después le tendió la cajetilla con una mano cuya palma era rosa. Martin guardó en el bolsillo aquel

tesoro sin una palabra; pero su cara entera daba las gracias.

¡Justo a tiempo! Rejuvenecido por el vino y la amistad, Joseph se volvía a sentar pesadamente.

—Vámonos —dijo Martin.

—Y la granadina…

—Me duele el corazón.

Esto forma parte de las palabras mágicas que desarman a las personas mayores; Martin hizo una vez más la experiencia. La cajetilla le ocupaba todo el bolsillo; la sentía contra la pierna. Desengañado, ansioso, Joseph lo observaba:

—¿Te encuentras mejor ahora que estás al aire libre?

Martin no era mentiroso: no mentía nunca más de lo necesario. Ése es también el criterio de los glotones. No contestó nada.

Una luz, de guardia sobre la fachada cerrada, les dijo que el doctor había vuelto. Estaba un poco triste: Augustine, que había nacido el mismo día que él (a la que, sin embargo, llamaba «la vieja Augustine»), había muerto entre sus brazos con la angustia de un niño. Joseph lo adivinó en su rostro y, poco hábil en sus palabras, desapareció. Pero Martin se precipitó para abrazar al doctor.

—¿Sabes, abuelo? ¡El café está iluminado con *néant*[3]!

—Tienes razón —dijo el doctor Lapresle.

Martin continuó viviendo sin saber en qué día estaban, lo que es lo propio tanto de la desgracia como de la extrema felicidad; pero tampoco sabía que era feliz. Todas las mañanas, el maestro y el discípulo se sentaban a la mesa cara a cara; para Martin, era como sentarse delante de un espejo, pues imitaba apasionadamente las maneras y las manías de aquel abuelo que sólo era suyo y que él quería. Sacaba la lengua con aplicación, se pasaba por el pelo una mano llena de tinta. Cuando buscaba la solución de uno de esos problemas transparentes que le planteaba el doctor (y que, de preferencia, empezaba por: «Un médico debe recorrer tres kilómetros para visitar a… ¡No! Pon mejor: para salvar a un enfermo…») se peinaba de arriba abajo unos bigotes imaginarios, a la manera del doctor Lapresle.

—¿Qué haces? —preguntaba éste que, con una mirada burlona, lo observaba por encima de las gafas—. ¡Déjate la nariz! Ya no la tienes muy grande…

Martin deseaba contestar: «Hago como tú, abuelo», pero prefería acumular sus pequeños secretos.

El profesor limpiaba laboriosamente las gafas y una vez terminado este trabajo, se sonaba con un breve tumulto.

—¡Se te ensucian las gafas, abuelo!

—¿Cómo puede ser, puesto que las tengo en las narices, tonto?

Martin, que no se había sonado en su vida, cogió la costumbre de hacerlo, para poder acariciar a continuación, interminablemente, sus bigotes.

—Bueno, ahora un departamento para terminar. (En la pizarra). ALLIER, capital: MOULINS. ¡Repite!

Martin repetía.

—Bueno, basta por hoy. Pero, ¿dónde vas tan de prisa?

Martin sabe muy bien que, afortunadamente, el doctor Lapresle no espera la respuesta. Pues cómo confesarle que, por un itinerario de sioux, va a la cuadra y cierra la puerta. Cuando se ha acostumbrado a las tinieblas, se encierra en la carroza del tatarabuelo, descubre su tesoro: la cajetilla del soldado negro y una caja de cerillas, y enciende un cigarrillo que va a dejar consumir hasta el final. El humo azul llena la vieja caja de la que aleja el pasado; acurrucado en el asiento, Martin, que ha cerrado los ojos, se encuentra en la butaca del despacho de Neuilly. Mamá, como Dios, anda por encima de su cabeza; debajo de él, María prepara una comida y Martin juega a recordar los platos; Albert trabaja en el jardín, lo oye desde aquí; y papá está a punto de volver: «¿Qué hay de nuevo?». Es su frase. Los primeros días, Martin lloraba, como en el café cuando el soldado había encendido el cigarrillo; ahora no tiene ningunas ganas pero se obliga.

—¿Qué hay de nuevo? —repite en voz alta. «¿Qué hay de nuevo?» es su palabra mágica, su Sésamo… Papá, papá…

Marion cree haber oído un ruido y cierra el paquete rápidamente. Sus largos dedos —«Tus manos de princesa», decía su madre con un tono de reproche— rehacen los pliegues del papel de seda de color de rosa y atan exactamente la cinta roja sembrada de abetos verdes. Es el regalo de Navidad que ha comprado para Marc después de muchas dudas: un portafotografías de cuero negro donde pueden meterse ocho fotos. «Lo pondrá sobre su mesa de trabajo; meterá

ocho fotografías mías… ¿o de su hijo? (Por eso ella dudaba). O tal vez de los dos…». Marion acepta tener que compartir, capitula. Todos los días piensa en Martin y a veces pregunta a Marc por él, torpemente. Con frecuencia piensa en él como en un hermano pequeño; presiente que es su verdadero rival —¿pero cómo será posible puesto que ellos dos, sólo ellos dos, son de la misma raza?—. Hacia Agnès no siente ninguna compasión; sólo la conoce por Marc y Marc sólo habla de ella para calmar su conciencia: una mujer rica, que no ha hecho jamás nada con sus manos, que cree que el mundo entero está a su servicio y que basta con un carnet de cheques. «Marc le reprocha que no haya que compadecerla…». Marion se da muy bien cuenta que es lo contrario lo que a Marc le gusta de ella y esto le parece frágil y sin porvenir. Pues, al mismo tiempo, él desea que ella deje de trabajar, la viste como a una mujer rica y le regala alhajas. ¡Cuánto le gustaría, sin ofenderle, devolverle esos trajes, ese abrigo de pieles, esa sortija tanto tiempo deseada! ¡Cuánto le gustaría irse con él a una pensión de cualquier pueblo de nieve desconocido, o ver antiguas películas en los cines de barrio…! Pero él sólo habla de Saint-Moritz y de los Campos Elíseos. Marion no quiere ser rica, sino vivir en paz; a pesar de su infancia y las tristes letanías de su madre, el dinero le da miedo ahora. El dinero y ese pequeño desconocido, Martin, que a veces se imagina que se parece a ella.

127, rue des Granges. Ahora Marc detiene el coche delante del edificio; ya no lo cierra con llave y da un golpe a la portezuela. Cuando le concedan el divorcio, él se instalará con Marion en los dos últimos pisos de un edificio que construye su empresa a lo largo del parque Monceau. Se convence de lo agradable que será no tener que esconderse más, lo que es falso; y de que lo espere una chica joven, guapa, que no hace ningún cálculo, que no plantea ningún problema, que espera todo de él: que nada es más exaltante que ser a la vez un padre, un amante y un dios. Nunca se ha sentido tan Hombre. Hacer de Marion una esposa que todo París reconocerá, es también la última revancha del estudiante de Poitiers. ¡Marion no le echará jamás en cara tener «un gusto de provinciano»! Es más guapa que todas las mujeres que conoce y más inteligente que la mayoría de ellas; lo demás —aquello de lo que las chicas de París

están tan orgullosas— puede adquirirse; él mismo ha hecho la prueba, a su manera, a su debido tiempo. La única con quien evita comparar a Marion es Agnès; la única en quien evita pensar… la única que… «¡Ah, dejarme en paz con Agnès!». El señor Maucouvert, su abogado, el notario, un día u otro, él se ha enfadado con ellos. Con Albert también que le preguntaba si, en el jardín, el señor deseaba para el verano próximo otras flores que la señora… ¿El verano próximo?, ¡cuando Marc se empeña en vivir al día! Algunas veces, en su despacho o en la calle, se para como fulminado: Agnès, Martin, el divorcio… Esa absurda máquina que él ha puesto en movimiento…, no, que Agnès sola ha puesto en marcha; Agnès y esa venenosa abogada y su silencio ante el juez. ¿Acostarse con una chica? Casi todos sus amigos del círculo presumen de ello. Si hubiera que remover el cielo y la tierra cada vez que… Por otra parte, Agnès está desequilibrada, sus médicos lo dan a entender. Bien cuidada, al abrigo de toda preocupación en esa clínica cara; mientras que él trabaja diez horas diarias para asegurarle una vida lujosa y preparar el porvenir de Martin. Todo descansa sobre él; ¿no tiene derecho de descansar él en casa de Marion, de disponer de un poco de todo el dinero que gana? Algunos amigos suyos, falsos amigos, lo tratan con frialdad; pero él prefiere incluso su desaprobación a la horrible curiosidad de los otros, a la mirada brillante de ciertas mujeres cuando él entra en un salón, a esa hipócrita pesca de confidencias y al triunfo condescendiente de los «buenos matrimonios». Le gustaría poder gritarles que tiene la conciencia en paz, pero sólo se lo dice a Marion, a Marion que tanto le gustaría creerlo. ¿Conciencia en paz? Entonces, ¿por qué prestar atención cada vez que pasa la puerta del 127, rue des Granges? Y cuando oye pasos en la escalera, ¿por qué fruncir las cejas hasta estar bien seguro de que no son los de un niño de siete años con unas paletas muy grandes?

—En Navidad —empieza Marc estirándose delante de la chimenea encendida… (Marion, apenas cubierta, estaba sentada a sus pies y, con una mirada, él abraza su cuerpo entero; avivado por el calor, su perfume llegaba hasta él y Marc se sentía tan feliz que por un instante, por superstición, tuvo miedo de morir de repente)—. En Navidad, te llevaré al Lido. A menos que no prefieras un albergue de campo. O si no… Pero no pareces muy contenta…

—No puedo ser más feliz —dijo ella lentamente.

Era una frase de doble sentido y cada uno lo comprendió a su modo. «Nunca Agnès me habló así», pensaba Marc; pero Marion pensaba que Navidad es la fiesta de los niños. La niña sin padre había visto frustrada por ello toda su juventud y, aquel año, ella se la robaba a Martin. No, ella no podía ser más feliz y ¿lo sería alguna vez?

La bicicleta «de parte de mamá, por Navidad, para su querido hijo» llegó la primera. El doctor Lapresle comprendió en seguida que el viejo triciclo iba a ser relegado; esto lo hizo sufrir, pensó que era ridículo, y esto lo hizo sufrir todavía más. Martin se montó encima apenas desempaquetada y rechazó la ayuda de Joseph, que pretendía sujetarle por el sillín corriendo a su lado. Después de tres vueltas a la casa, derrapó sobre los guijarros en el momento en que, ebrio de virajes, gritaba «¡Catapún!». El *pun* se le quedó en la garganta, sustituido por el «¡Caray, te lo había dicho!». Joseph corrió a él, recogió el pequeño montón palpitante que hacía tales esfuerzos para no llorar que estaba a punto de ahogarse; el doctor curó ceremoniosamente sus raspaduras.

—No, hombre, no, no pica; ¿qué canción es ésa? —Mirando a otra parte—. Naturalmente, con el triciclo, esos *accidentes* no ocurren nunca…

Joseph guardó la bicicleta en las dependencias; la escondió un poco: instintivamente, a él tampoco le gustaba mucho.

Dos días después, «con muchos besos de tu padre, que piensa mucho en ti», Martin recibía un garaje modelo lleno de coches en miniatura, con ascensores y surtidores de gasolina a la entrada que echaban un líquido rosa. Gracias a Dios, se estropeó el mismo día; y como los niños se divierten más con tres pedazos de madera que con un juguete científico estropeado, el garaje emigró al desván, donde empezó a envejecer entre el maniquí y el caballo con faldas.

El doctor Lapresle había tenido miedo; los regalos de Navidad que él preparaba eran de otra clase. Para consolar a Martin de esos contratiempos, encontró dos tesoros olvidados: el cajón donde, desde tres generaciones, los padres Lapresle metían lo que confiscaban «provisionalmente» a los hijos Lapresle, y la colección de sellos hereditaria. Ésta llegó a punto para relevar las frases

mágicas de las lecciones de geografía: ahora iban a estudiar el mundo a través de los valiosos sellos, aunque Martin no llegaba a creer que algunos tuviesen un valor fabuloso. Durante mucho tiempo, en su idea, algunos archipiélagos fueron ovalados y algunas islas lejanas triangulares como los sellos.

Cuando todos los cigarrillos fueron «fumados» y el interior de la cajetilla aspirado para que todo olor fuera absorbido, Martin se encontró muy solo. Esas lágrimas cotidianas le habían llegado a ser muy necesarias, como una droga; sin humo, no conseguía reavivar la fuente y se sentía vagamente culpable.

Una tarde después de comer, luego, al día siguiente, después, cada día, a la hora en que la sala de espera se llenaba lentamente de viejos enfermos (y que Joseph aprovechaba, desde hacía diez años, para echarse la siesta en el asiento de detrás del coche), Martin se atrevió a pasar la verja prohibida. Desobedecer a otros que no eran sus padres no era verdaderamente desobedecer; por lo menos así lo había decidido para tener la conciencia en paz y sobre todo en honor de los ausentes. Por eso, al pasar lo más de prisa posible la verja blanca, temía menos oír a su abuelo llamarlo desde la puerta de su despacho que ver aparecer el *Porsche* o la «diosa».

El primer día de insubordinación, bajó hasta el café donde solamente había algunos bebedores de «digestivos», solos delante de un vaso espeso y minúsculo, y dos o tres soldados americanos. Martin miró para éstos ansiosamente: creía que era imposible distinguir uno de otro a dos negros, a dos chinos, a dos indios. Creía también que, lo más a menudo, las cosas ocurrían como en los cuentos: por ejemplo, que el gran negro iba a penetrar en ese momento en el café, iba a reconocerlo, a sacar del bolsillo una cajetilla nueva… Como eso no llegaba, Martin creyó que debía justificar su presencia a los ojos del buda soñoliento.

—¿Puedo pedir un vaso de agua? —dijo con una fría cortesía.

—Pues… sí, muchacho.

—¿Es gratuito?

—Hombre, sí.

Los dos esperaron en silencio; después el hombre del café, por primera vez en su vida, sirvió un vaso de agua clara que Martin llevó hasta su mesa con cuidado.

La ceremonia se reprodujo al día siguiente. Al tercer día, desde

que vio a Martin, el hombre del café puso el vaso de agua en el mostrador y, sin una palabra, volvió a caer en su coma de la siesta. Uno a uno los clientes se despidieron —«hasta luego»— y Martin se encontró solo en la sala. El buda viviente dormía, con la cabeza caída sobre la barbilla y todo él sobre su vientre. De puntillas, el niño pasó detrás del mostrador, lugar secreto y sagrado con el que soñaba desde hacía tiempo. No había más que botellas pegajosas, un suelo de madera esponjoso y vasos sucios. Al volverse, descubrió contra la pared, al alcance de la mano, las pilas de cajetillas y sobre todo… No lo pensó; o más bien la palabra *papá* apagó sin trabajo la palabra *robo*. Actuó rápidamente, pero, más rápidamente todavía, Buda había abierto los ojos.

Con el humo de los cigarrillos rubios el buen tiempo de las lágrimas volvió para Martin; eran la moneda con la cual pagaba a sus padres la inmensa felicidad que él sentía lejos de ellos. Después de tantos días sin humo, la primera emoción fue tan violenta que Martin, evitando sonarse cuidadosamente para conservar abierta la bomba de lágrimas, corrió a la casa, subió al cuarto verde y, los ojos todavía inundados, escribió a su padre una carta desgarradora. Después se sonó y bajó al jardín cantando. En él cultivaba un pequeño cuadrado que no producía más que lechugas de invierno muy amargas que el doctor Lapresle le obligaba a comer.

Éste se extrañó al ver, una tarde, en la sala de espera, a Adrien el del café, cuyo enorme trasero se salía de la silla por todas partes.

—¿Enfermo, Adrien? En fin, es justo, después de tanto tiempo que tú envenenas a los…

Pero, ante el aspecto preocupado de Adrien, no terminó la broma; solamente cuando estuvo detrás de la puerta acolchada, Adrien contó la historia.

—… El pequeño creía que estaba dormido, ¿sabe usted? Pero lo que me extrañó es que eran los cigarrillos que el señorito Marc me compraba antes de casarse.

—Los mismos que Marc —dijo el doctor Lapresle con una voz sorda.

Metió maquinalmente dos dedos en el bolsillo, buscando unas monedas; su mirada se había vuelto fija.

—¡Ni hablar, doctor! No lo aceptaría… Pero he pensado que era mejor decírselo.

—Has hecho bien, Adrien. Yo… yo te lo agradezco —consiguió decir el doctor Lapresle; después, por cortesía—: ¿No puedo hacer nada por ti? ¿Te encuentras verdaderamente bien?

—¡Dios mío, claro que sí! —dijo Adrien desconsolado—, ¡no me lo tome en cuenta!

Ese mismo día, el cartero Mouillereau trajo al doctor una carta dirigida al señor Marc Lapresle, boulevard
d'Argenson,
Neuilly, que había sido franqueada con un sello de *two pence* de la isla Mauricio que databa del año 1884.

—Según parece tiene un cierto valor.

—De un millón y medio a dos millones de antiguos francos.

—¡Bah! —dijo el cartero—. Sólo hacen falta treinta, pero como no es de los de ahora…

El doctor dio las gracias, abrió la carta y leyó: «Ven pronto, papá, soy muy desgraciado desde que estás tan lejos». Diluida en una lágrima caída, la firma era ilegible.

Cuando el cartero se fue, el doctor se sentó en el despacho con la frente entre las manos; se esforzaba por que la amargura no ganara la batalla a la tristeza, y lo conseguía mal. La campana de la comida le sorprendió así y Martin se dio cuenta en seguida.

—¿Eres desgraciado, abuelo?

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Eres desgraciado aquí?

—¿Por qué me miras así?

El viejo cambió de expresión. Incluso llegó a sonreír.

—Contéstame, muchacho —siguió con un tono cansado.

—No, soy muy feliz contigo, abuelo. —Su cara irradiaba sinceridad—. ¿Puedo coger más tarta?

V

EL PALACIO DE INVIERNO

DESPUÉS de una noche de insomnio, el doctor Lapresle decidió escribir a su hijo. «Navidad está cerca —le decía—; ya que Agnès no puede venir, ven tú a ver a Martin…». Medio urgente, medio desenvuelto, el tono de aquella carta dejó a Marc muy incómodo. Su primera reacción, la de todos los hombres contrariados, fue de ira: un extraño furor sin raíces contra el doctor «que, por una vez, hubiera podido hacer su papel de abuelo»; contra Agnès, «que después de todo debería cargar algo sobre ella»,
etc.
Este ataque de injusticia lo producía la pena que sentía de causar a Marion la más pequeña tristeza; pues Marc amaba a su prójimo, pero, como muchos, se equivocaba de prójimo. Anunciar a Marion que estaría lejos de ella la Nochebuena, lo hacía sentirse tan desgraciado que lo fue con torpeza y casi brutalmente. De todo esto, naturalmente, pretendió consolarla con regalos excesivos y no comprendió por qué éstos no hacían más que entristecerla un poco más. Lo que esperamos de quien nos ama es, ante todo, tiempo, la única cosa en el mundo que el dinero no puede reemplazar; la única cosa también de la que los Importantes saben prescindir peor. Aquel día, Marion terminó de convencerse de que todo aquel dinero era su enemigo y amenazaba lo que, sin demasiada convicción, ella llamaba la felicidad de los dos. Cuando Marc se metía con las mujeres ricas, ella transponía ese discurso contra él. ¿Por qué no quería irse a vivir a la rue des Granges? Marion sólo soñaba con ocuparse de los dos y con una existencia que oliera a buena comida

hecha por ella. Pasajera clandestina de la riqueza, había pretendido huir así de su infancia mediocre, y he aquí que ésta la llevaba a ella. Lo que había faltado, en el hogar de la pequeña Marion, no era tanto el dinero como un hombre; diez años más tarde, ¿no iba el dinero a robarle el hombre? Sin embargo, con esa lucidez que la debilidad despierta en los pobres, presentía que, de todo eso, no debía decir ni una palabra a Marc. ¡Jamás espantar a los ricos!

Marc salió en coche para Sérignay. Este nombre le hacía sentirse culpable, sensación que detestan los hombres que han llegado a algo, pues sólo han conseguido ese éxito para huir del colegial que permanece en el fondo de cada uno. La pena, el remordimiento, el rencor formaban en él una mezcla amarga y turbia. Sérignay era su madre muerta y esa especie de celos que la emulación de la tristeza había hecho nacer entre su padre y él; era también la dinastía de los doctores Lapresle traicionada por su descendiente…

Châteauroux, 67 km. El *Porsche* y él gustaban de ese tiempo de invierno desnudo, preciso, inmediato, cuando la mirada parece estar en contacto mismo con el paisaje. Marc se dirigía hacia Sérignay a través de aquel decorado sencillo de invierno mientras sus problemas le daban vueltas en la cabeza. A cada uno de ellos daba una solución provisional y optimista, como un médico militar cura rápidamente a los heridos para enviarlos de nuevo al combate. Es la manera para no pensar, bastante frecuente en los automovilistas.

De repente tuvo que frenar porque, jugando en medio de la carretera, un grupo de niños cruzaba la calle de un pueblo sin mirar ni ver; y de pronto se le iluminó la cara: acababa de pensar, solamente en ese momento, acababa de pensar que iba a ver pronto a Martin. Sintió como una falta física de algo, una ternura casi sensual, una alegría angustiada: algo que, sin saberlo, se parecía al amor maternal.

En el mismo instante, desde su ventana, el doctor Lapresle observa a Martin que, según un empleo del tiempo imprevisible, corre hacia el jardín. Va andando extrañamente, con las manos detrás de la espalda y, de vez en cuando, se pasa la mano por el pelo o se retuerce el bigote fantasma. El doctor tarda algún tiempo en comprender que «¡demonio! ¡el chiquillo me imita!» y eso le

enternece.

—¡Muchacho!

La extraña silueta vuelve a ser Martin en el mismo instante.

—¿Abuelo?

—Ven a dar un paseo conmigo.

—¡Pero si es tu martes!

—Espérame. Ahora bajo.

Y los dos se van por el camino de los martes por la mañana. Es la primera vez que el doctor Lapresle no va solo; sin embargo, nada ha cambiado, sino que en lugar de pensar en silencio, habla en voz alta dirigiéndose al niño tan ávido de cuentos como la arena lo está de agua. Conoce la alegría profunda del jardinero que riega, ve la tierra beber y presiente que un día germinará.

—¿Ves ese árbol? Tiene ciento cincuenta y tres años: el año del nacimiento del tatarabuelo…

—¿El de la carroza?

—No, su abuelo Lapresle.

—¿Era médico también?

Es apenas una pregunta; pero al doctor le hace tan feliz que miente (pues el antepasado vendía caballos).

—¡Naturalmente! Todos y desde siempre.

—¿Y papá?

—Pues… precisamente, en 1813 fue cuando el tatarabuelo de tu padre nació y plantaron esa encina.

Pero a Martin le importa un comino el árbol.

—¿Por qué no es médico papá?

—Él construye casas —dijo débilmente el doctor Lapresle—, y es muy útil también.

—¡Pues es una idea muy rara!

«El grano está plantado», piensa el viejo, y se contiene para no abrazar a Martin. Después encadena sobre otros árboles famosos, sobre un charco donde un día de invierno un jabalí… una cueva donde siete maquis… un manantial que, en la Edad Media… Héroes, bandidos, caballos, tanques, ciervos, rayos: historias y leyendas penetran en catarata, en carnaval, en la pequeña cabeza redonda.

El doctor Lapresle se para de repente y con un tono ansioso pregunta:

—¿Te acordarás de todo esto?

—Sí, volveré contigo, abuelo, y tú me lo volverás a contar…

—Sí. Dame la mano. Quítate el guante: no hace frío y quiero sentir tu mano.

Es una misteriosa transfusión de vida la que se opera de la pequeña mano, casi ardiente, a la mano grande, casi desierta de sangre.

El paisaje vuelve a ser conocido; están cerca de Sérignay. La verja blanca aparece y el doctor Lapresle de repente comprende por qué desde hace un momento respira con dificultad: esa mancha gris cada vez más grande en la carretera, sabe que es el Porsche que no conoce y que Martin no ha reconocido todavía. Dos mundos se afrontan en un breve tumulto de frenos y de portezuelas golpeadas.

—¡Martin!

—¡Papá!

Martin se suelta de la mano del viejo y se echa en los brazos que lo levantan al cielo. Marc ha fumado mucho durante el camino y Martin olfatea en él ese buen olor que le pone los ojos llenos de lágrimas. Su padre lo deja en el suelo y se vuelve hacia el doctor inmóvil que, desde hace un instante, ha envejecido treinta años.

—Hola, papá.

—Hola, Marc.

—¿No os dais un beso? —dice Martin.

Los dos hombres se abrazan torpemente.

—Subid al coche, voy a meterlo en el patio.

—No —dice el doctor Lapresle—, ir los dos, los dos solos.

Cabeza descubierta, cabeza baja, irá detrás del coche, como en un entierro.

Martin mira a su padre y lo encuentra cambiado. Esto le confirma en la idea de que no lo había visto desde hace mucho tiempo. ¿Habrá cambiado también mamá?

—¿Por qué no ha venido mamá contigo?

—Está mala todavía —responde Marc sin mirarlo.

«¡Sin embargo, habrá que decírselo todo un día!». Nunca había pensado en ello. «Marion lo adorará; me habla de él sin cesar. ¿Y por qué no? Él la querrá. Además, tendremos otros niños; esa hermanita que reclama tan a menudo…».

En realidad, su preocupación era precisamente no tenerla; Marion, en cambio, no tomaba ninguna precaución: «Es todo lo que yo puedo darte», decía con franqueza.

—Papá, ¿conoces a Joseph?

—¡Entró en casa del abuelo cuando yo tenía tu edad! ¿Eres su amigo?

—El abuelo dice… espera… (Frunció las cejas como hacía para acordarse de las fórmulas de geografía). «Esos dos se entienden como un botón y su ojal».

—Yo también era muy amigo suyo —dijo Marc con la voz alterada.

—Entonces ¿lo sigues queriendo?; ¿sigues queriendo esta casa y al abuelo?… ¿Y al abuelo? —repitió Martin con un tono un poco ronco.

Pero su padre no contestó. Tenía ganas de llorar, ganas de ser de nuevo aquel niño de cabeza redonda que fruncía las cejas y se escondía para que no lo consolaran. Metió el coche en el garaje, al lado del coche viejo, cogió la mano de su hijo y se dirigió hacia aquella casa que no había cambiado.

—¿Sabes, papá? —le dijo Martin—, yo seré médico.

El doctor prolongó las consultas: tenía aprensión de encontrarse ante su hijo. Desde la muerte de su mujer («¡Ni siquiera has podido salvarla!») y la marcha de Marc a París, sentía respecto a él una timidez altiva. «Afortunadamente —se decía—, Martin está con nosotros. Pero ¿está noche? ¿Irá Marc a misa del gallo? ¿Sigue creyendo?». Y se dio cuenta que, en cuanto a lo esencial, no sabía absolutamente nada de su hijo, de su hijo único.

Sin embargo, no tuvo que afrontar aquel *tête-à-tête* que Marc también temía tanto como él pues, entre dos clientes, éste entró en el despacho, con un telegrama en la mano.

—Maucouvert… Te había hablado de él, ¿no? El pilar central del negocio. ¡Un infarto!

Sí, suprema recompensa de su fidelidad al fundador, el viejo Maucouvert se estaba muriendo, fulminado por el mismo mal. Iba a presentarse delante de Dios con ese certificado de exceso de trabajo, de hombre irreprochable que, hasta el final, había hecho pasar lo secundario antes de lo primordial.

—¿Entonces?

—Es un desastre para el negocio.

—¡Cómo, un hombre tan viejo! —se extrañó el doctor Lapresle a quien honraba este trastorno.

—Un de-sas-tre. Tengo que volver inmediatamente.

—¿Y Navidad? ¿Y Martin?

Marc levantó los brazos suspirando; el doctor leyó en su expresión que ya estaba en París.

—Le había traído unos juguetes; los pondrás delante de la chimenea… Como cuando yo era pequeño —añadió a media voz.

Se miraron; los dos sentían latir su corazón con una violencia casi dolorosa, pero cada uno creía que era el único. Para aparentar serenidad, el doctor llamó a Joseph; el otro apareció disfrazado de enfermero.

—Comeremos más temprano: el señorito Marc tiene que volverse. ¡Sí, ya lo sé!… Di a Martin que venga aquí.

En el cuarto verde, el niño estudiaba una a una las fotos de su padre niño y se empeñaba en descubrir el misterio: ¿cuándo, cómo y por qué cambia uno, al mismo tiempo que sigue siendo el mismo? En ese momento acababa de decidir que se miraría cada mañana en el espejo durante cinco minutos (contar hasta 300) para observar lo que se modificaba en él de una noche a otra —pues *eso* debía ocurrir durante la noche— y apuntarlo en una agenda de 1912 que provenía del viejo cajón. Martin oyó a Joseph que gritaba al pie de la escalera:

—¿Estás arriba? («Si no contesta es que está ahí»). Baja, tu abuelo te llama.

Al pasar por el salón, que casi nunca lo abrían, Martin, como cada día, cogió sobre la chimenea «el Recuerdo» y lo retorció hacia el otro lado. Esta reliquia provenía del aparato del alférez de aviación Lapresle, voluntario en 1916, y cuyo aparato había caído en llamas en el frente del río Somme. Rescatado de milagro, había recogido solamente aquel vestigio de metal blando, el único recuerdo que hubiera traído de la Gran Guerra con dos o tres condecoraciones que no se ponía desde la derrota del 40. El Recuerdo estaba metido en un nido de terciopelo granate, sobre la chimenea del salón; y cada vez que pasaba por la habitación, Martin retorcía la reliquia: la docilidad del metal encantaba a sus dedos y

la impunidad del sacrilegio a su espíritu.

—Hijo mío, debo volverme hoy. El señor Maucouvert está muy enfermo.

—¡Pero si es Nochebuena, papá!

—Lo sé, hijo, pero…

—Vas a subir a escribir una carta muy bonita de Navidad a tu mamá —dijo el doctor Lapresle—, y tu papá se la… se la hará llegar. ¡Venga!

Durante la comida, Marc no dejó de hacer preguntas sobre Sérignay y los supervivientes de su juventud. El doctor contestaba de buena gana, puesto que eso le ahorraba contar la existencia de Martin allí: sus secretos quedarían intactos. Martin debía compartir esta alegría hipócrita porque guiñó un ojo a su abuelo conteniendo una sonrisa que traicionaron sus hoyuelos.

—No rebañes así toda la salsa —gruñó Marc.

«¡Pobre papá, no sabe que no se debe dejar absolutamente nada en el plato!», pensó el niño. Cuando una vez terminada la comida, su padre encendió uno de sus cigarrillos, se acercó a él, los ojos cerrados, las aletas temblorosas, hasta quemarse la nariz.

—Ten cuidado —dijo el doctor Lapresle con una voz sorda.

Por la noche, después del cras cras y del más largo abrazo del año, el doctor bajó al salón con la sonrisa feliz de los que juegan a Dios padre. No se dio cuenta de que el Recuerdo había cambiado de forma, demasiado atento a disponer los juguetes «como antes»… pero antes, eran dos los que se atareaban en silencio. Había mandado comprar en la ciudad una panoplia de enfermero: bata blanca, gorro con la cruz roja y estuche de urgencia con píldoras de azúcar y frasquitos de jarabe. Pero, al desempaquetar el paquete de Marc, descubrió con disgusto una panoplia de Ivanhoe. Hasta pensó en esconderla. ¡Ah! si la espada de goma no hubiera sido completamente inofensiva…

Al día siguiente, Martin se atrevió a despertarlo de buena mañana a la hora en que el cielo de diciembre muestra el azul de los ojos de los recién nacidos. O más bien, el doctor Lapresle fue sacado de su sueño frágil por una discusión entre Joseph y Martin que, detrás de su puerta, cuchicheaban con animación sobre la oportunidad de despertarlo. Tuvo el tiempo justo para asegurarse en

el espejo que no parecía demasiado viejo: el paso de Marc había bastado para reavivar en él una coquetería angustiada.

—¡Venga, entrad los dos!

—¿Ves como no estaba durmiendo?

—¡Cuentista, eres tú quien lo ha despertado!

A falta de la luz del día encendieron la lámpara. ¡Caramba! en su inmensa cama de columnas era verdaderamente un emperador. Martin se quedó sobrecogido.

—Los domingos por la mañana, me deberías dejar venir a tu cama.

—Pero…

—En casa me dejan.

—Entonces, de acuerdo. ¡De prisa, al salón!

Se puso una bata que parecía hecha con el terciopelo de un trono; Martin piafaba delante de la puerta cerrada; las lámparas, dormidas desde hacía tanto tiempo, parecieron cegadas con su propio resplandor. Joseph y las dos viejas de la cocina y de la lavandería habían puesto los zapatos que, junto a los de Martin, parecían enormes pero vacíos, pues sólo contenían un objeto útil. Martin blandía las panoplias. —«¡Mira, abuelo!»— sin sospechar que alguien espiaba celosamente el menor indicio de preferencia.

Por la tarde, al acompañar a la puerta a un enfermo, el doctor Lapresle vio sobre el césped un pequeño caballero de la Edad Media que amenazaba el cielo con su espada de goma gritando: «¡Dios lo quiere!». Tuvo el suficiente buen humor para pensar: «No creo verdaderamente que Dios lo quiera», pero entró en la casa muy triste.

Paul-Louis Terrasson vio a Irène Vallier du Tour en el vestíbulo del Palacio: él acababa de revestir la toga, ella de dejar la suya. Como ella llevaba puesto un traje sastre tan estricto como su peinado y, por el contrario,

P. L. T.

llevaba la peluca de la toga, de los dos ella parecía el hombre y él la mujer.

—Encantado de verla. He llamado varias veces a su casa y su secretaria no contestaba.

Era maldad pura: Irène Vallier du Tour cogía ella misma el

teléfono, escribía sus cartas a máquina (con una *t* rota desde hacía tres años) y él lo sabía muy bien.

—Deberíamos ponernos de acuerdo lo más pronto posible sobre el asunto Lapresle-Fontaine.

—Hablemos aquí y ahora —dijo
P. L. T.
consultando la hora—. No tiene tanta importancia.

—¡Tan… ta im… por… tan… cia! —remachó ella buscando febrilmente en su cartera de tal manera que a *tan-cia* blandió el documento que buscaba.

—Lo conozco: usted me envió la fotocopia de la carta del niño. ¿Se la ha mandado usted al juez?

—Esperaba a haberlo visto a usted.

—Mejor: no vale la pena molestarle por tan poca cosa.

—¿Tan poca cosa? «Lloro todos los días… Me llevan al café…».

—¡Bah!

—¿Y esto: «el abuelo no quiere que vaya a la escuela…»?

—¡Y se queja! Me parece sospechoso.
P. L. T.
observaba aquella cara de papel, aquella mirada de ratón: «¡Parece que lee la carta con los dientes!». La antipatía le inspiró aquel espíritu de contradicción del que sin embargo él decía que era el espíritu de los mediocres.

—¡Una carta de una criatura! Todos hemos escrito cartas tan desesperadas entre dos juegos de escondite. ¿Quién le dice a usted que no es más que para poner contenta a su madre?

—¡¿Poner contenta?!

—Probarle que, lejos de ella, no puede ser feliz, cuando en realidad lo es perfectamente.

Acababa de descubrir la verdad, pero por casualidad y sin creer en ello, lo que es la penitencia de los aficionados a la dialéctica.

—Los hechos son los hechos —replicó la abogado agitando la carta.

—Habría que proceder por lo menos a una encuesta.

—¡Estamos dispuestas!

¿La asistenta social del tribunal del departamento iba a ir a meter la nariz en casa del doctor Lapresle? Éste se moriría de vergüenza, mejor dicho de furia.

—¡Vamos, señorita! No hagamos comedia ni tragedia. Si ese niño no está a gusto verdaderamente en casa de su abuelo paterno, nada ¡devolvámoslo a su madre!

—Pero…

—No olvide que es para hacerles un favor por lo que nosotros hemos asumido los primeros el cuidado del niño.

—La señora Fontaine…

—¡Lapresle, hasta nueva orden!

—… sigue en la clínica.

—¡Caramba! —dijo

P. L. T.

fingiendo cierto desconsuelo cuando en realidad había apremiado a la abogado a esta respuesta—, esto cambia todo. No sé si, en esas condiciones, el juez…

—¡No se trata aquí del juez!

La abogado perdía pie y lamentaba extrañamente no llevar puesta la toga. «Me vengaré en el acto del juicio: toda la culpa está de su lado».

—Ya que ustedes no pueden hacerse cargo del niño…

—¡Yo no he dicho eso! Encontraremos una solución.

—¡Habrá que saber si la aceptamos!

P. L. T.

había dado la vuelta a la situación; es el ejercicio favorito de los abogados. Desgraciadamente, la satisfacción que él sentía se leyó en su cara; la abogado lo detestó e intentó sobreponerse.

—En cuanto hayamos tomado una decisión, se la daré a conocer. (Sus manos delgadas temblaban hasta el punto de que no acertaba a enganchar el cierre de su cartera). Entonces estableceremos unos autos que firmarán las dos partes y se lo enviaremos al abuelo. Esta vez también nos encargaremos del transporte del niño.

—Martin —dijo soñadoramente

P. L. T.

, maravillado de su propia memoria.

La abogado le vio de repente un aspecto profundamente distraído; su mirada parecía meterse en él mismo como una piedra cae en el fondo del agua. «Se ha olvidado de que estoy aquí», pensó ella humillada; pero se equivocaba. Un capricho de su memoria acababa de hacer presente a

P. L. T.
la expresión de Martin: dos hoyuelos alrededor de los cuales se organizaban unos dientes muy anchos, algunas pecas, unas cejas fruncidas. Y esta visión le parecía fuera de lugar completamente: Martin en el Palacio de Justicia, en aquel decorado tan familiar en el seno del cual, un instante antes, él colocaba su placer de vivir y su ambición. «¿No es absurdo todo esto? —se preguntaba el letrado Terrasson—, ¿absurdo y detestable ese dédalo de piedra frecuentado por comediantes vestidos de rojo y de negro, esos sótanos llenos de acusaciones y denuncias? ¿Ese perpetuo todos contra uno, esos falsos soldados protegiendo a unos hombres libres contra unos hombres encadenados? La violencia, la pasión, la malicia, la maldad del mundo vienen a chocar en esta estación inmensa de ferrocarril, en esas clases de escuela nunca ventiladas, delante de tres jueces pensativos, un escribiente, dos comediantes, un público despreciable…». Era la Justicia misma a quien el letrado Terrasson acusaba tan imprudentemente. La abogado le oyó murmurar:

—Una impostura solemne…

Después, la expresión de Martin desapareció de aquellos ojos y todo volvió al orden.

Marc hizo suprimir de los famosos autos todas las alegaciones:

—Agnès está restablecida, se llevará a su hijo y nada más.

—No es cierto: van a mandarlo a casa de la nodriza de tu mujer.

—No quiero que mi padre lo sepa; este cambio es ridículo.

—¡Bah!, a los niños les encantan los cambios.

—No estoy seguro. Hubieras debido…

—¡Qué fácil te parece! —dijo
P. L. T.
de malhumor—. Entonces, arregla las cosas directamente con Agnès; su abogado es intratable.

—Tú me prohíbes todo contacto hasta el momento del juicio.

—¡Naturalmente! ¡Hay que saber lo que queremos!

—Saber lo que queremos —repitió Marc a media voz—, es siempre el consejo que nos dan los demás.

La noche de la vuelta de Sérignay había pasado por la oficina donde el estado mayor lo esperaba meneando la cabeza y diciendo

la oración fúnebre de Maucouvert el Prudente, Maucouvert el Atrevido, el Advertido, el… Marc apareció en medio de ellos, como Napoleón en el vivaque, y les hizo un pequeño discurso sentimental. Después de haberles afirmado que nadie es irreemplazable, había ido a asegurar lo contrario a una señora vestida de negro, de nariz colorada, y a inclinarse delante de su viejo muerto, todavía desfigurado por el rayo.

Después, en el *Porsche* (que aún tenía en el rincón de una portezuela, un puñado de hierbas arrancadas en los caminos de Sérignay) había ido hasta la clínica de Agnès, en las afueras de París. Quería entregarle antes de Navidad lo que él creía ser un mensaje feliz de Martin. En el sobre, a pesar de las directivas de P. L. T., él había añadido de su puño: «Vengo de ver a *nuestro* Martin rebosante de salud. Fielmente tuyo, Marc». En el último momento había tachado ese adverbio inoportuno hasta hacerlo ilegible y lo había sustituido por «cariñosamente», lo que le ponía la conciencia tranquila de una manera barata.

Por fin, se había dirigido, un poco demasiado de prisa, hacia la rue des Granges, encantado de la sorpresa que iba a provocar y pensando en las lágrimas que, de pena o de alegría, hacen una carne tan dulce de consolar. Último cliente del día más largo del año, había comprado a unas dependientas agotadas ostras, foie gras helado, el árbol de Navidad, velas, guirnaldas y, en aquel momento, subía las escaleras, con los brazos tan cargados que tuvo que llamar al timbre con el codo. Marion, que rumiaba sin fin su soledad y su destino, preguntó con una voz húmeda: «¿Quién es?» antes de abrir la puerta y de colgarse a su cuello. Pero ¿se puede uno desvanecer de alegría? Marc la llevó a la cama y cenaron más tarde.

En ocho horas de tiempo había jugado a ser padre, patrón, amigo, esposo, amante y papá Noël. «¿Saber lo que queremos?». Marc lo sabía muy bien: como todos los hombres quería todo, pero a la vez.

El doctor Lapresle está solo en aquella estación que huele a gente pobre. El cartel de las Baleares sigue en el mismo sitio; una esquina está despegada y cuelga como una oreja de cerdo. Y no es que el

doctor Lapresle esté triste, pero se siente vacío y amargo, como una gruta en marea baja. El autovía acaba de llevarse a Martin y a Joseph… Si Agnès está curada —el papel de los abogados lo dice— ¿no es más natural que se lleve al niño? Si no hubiera sido toda la culpa de Marc… Pero entonces no hubiera habido divorcio y el doctor Lapresle hubiera seguido ignorando a su nieto. Sin embargo, tres veces se ha hecho este falso razonamiento, como uno se registra incansablemente los bolsillos buscando un billete perdido. «Marc… Marc… ¡Hubiera debido hablarle de Agnès y, sobre todo, de la otra!», se dice una vez más. Su vida entera de padre de familia no habrá sido más que un perpetuo *hubiera debido*…

No sabe a quién acusar de este vacío, de esta herida. ¡Bah! a él mismo, después de todo. (Éste es el veredicto de las almas sensibles). ¡Qué idea apegarse a un niño que al final nos lo van a quitar! «¡Te estás haciendo viejo, muchacho, te estás haciendo viejo!».

—¿Desea saber algo, doctor? —le pregunta el jefe de estación.

—¿Por qué?

—Me había parecido que usted me hablaba.

—¿Yo? No. Buenas tardes.

El doctor sale de aquella estación para poder seguir impunemente aquel monólogo. Aquella tarde, hace el mismo tiempo salubre y claro que el martes pasado, cuando el segundo paseo secreto; pero ¿cómo va a darse cuenta el doctor? La tierra ha girado en redondo y ha cambiado de estación porque un niño pequeño ya no lo acompaña, dos pasos por uno de los suyos, entre los árboles viejos.

¡La verja blanca! ¡Ya! ¡Qué pequeño es todo esta tarde…! Le parece atónita, como la de una jaula vacía: abierta hacia fuera y no hacia la casa. «El césped donde, ayer por la mañana, corría cuando yo le dije: “Muchacho…”. Ésta es la puerta que se olvidaba siempre de cerrar…». El doctor Lapresle alargó el paso para huir de aquellos lugares testigos. Pero, como salta a la vista, la ausencia de un cuadro que a la larga no se presta atención a él, la vista del más pequeño objeto le aprieta el corazón: la del perchero porque de él no cuelga más abrigo que el suyo, la del piano que… El doctor Lapresle lo abre y, con un solo dedo, toca en la casa silenciosa: do la-si-do, do mi-re-do…

La campana ya no anunciará más la hora de las comidas. Al abrir la puerta del comedor, el doctor Lapresle ve el cubierto preparado de antemano para él solo, como había sido durante diez años; pero sólo tiene ojos para aquel sitio vacío enfrente del suyo, el cubierto de un fantasma. Decididamente no, esta noche no cenará. En el momento de pasarse la mano por el pelo y de retorcerse el bigote, se para: Martin hacía lo mismo. «Se ha llevado todo con él, hasta lo que me pertenecía…». Del bolsillo del chaleco saca el reloj y mira la hora largamente como si, con la otra mano, tomara el pulso de un enfermo: «Las 2 y 20. Deben estar llegando a Gaultier-la-Varenne», piensa subiendo la escalera del desván.

GAULTIER-LA… Martin, que se esfuerza en cada estación, en descifrar el nombre al paso del tren, no ha podido esta vez deletrearlo hasta el final. Joseph duerme, con la colilla en los labios, y el niño lo observa con un ojo desconfiado: cada vez que una persona mayor aparece sin defensa, él se siente vulnerable.

En ese mismo momento, Albert se dirige hacia ellos. Piensa que en segunda clase el viaje es mucho menos confortable; dentro de un momento, volverá a París en primera. «¡Todos estos viajes a causa de ese maldito niño!» es su refrán preferido desde anteayer. Sin embargo, está encantado con volver a ver a ese maldito niño: criado-chófer del castillo de la bella durmiente del bosque, no se creerá lo aburrido que es a la larga…

Joseph no comprende verdaderamente que Martin se marcha hasta el momento en que lo deja en las manos del otro; hasta entonces, su misión lo ha absorbido. Por el cristal, Martin reconoce apenas su cara que una tristeza y un estupor inexplicables alteran tan brutalmente. «Ven a sentarte», repite Albert vagamente celoso; pero el pequeño mira fijamente aquella cara desconocida hasta que la lejanía la vuelve completamente indiscernible.

En el andén de París, bajo las luces frías, busca con los ojos a su padre y a su madre, juntos, ella sonriente, él también, pero con las cejas fruncidas. «No sé si estarán en la estación —ha dicho Albert mirando a otra parte—. ¿Si están bien? Sí, están bien». Por prudencia, Albert adopta un lenguaje de tarjeta postal.

El *Citroën DS* espera en el patio de la estación; Martin ve inmediatamente que dentro no huele al perfume de su madre, pero

no dice nada.

Esta tarde de invierno, París no es más que una interminable calle gris. «¡Cuántos desconocidos viven detrás de todas esas ventanas!», piensa Martin que se acurruca como un perrillo enfermo en su asiento.

—Tienes frío —dice—, voy a abrir más la calefacción.

Pero, este frío, sólo podrá calentarlo el estrecho abrazo de después, cuando mamá se incline sobre su cama. Martin tiembla de impaciencia.

—¡Oye, ya no corre la «diosa»!

Neuilly… Una vez la puerta cerrada, Martin se queda quieto, inclina la cabeza: ¡una casa vacía, está seguro! Ninguna huella, aquí tampoco, del olor de su madre, del tabaco de su padre. Sin siquiera quitarse el abrigo, Albert va al teléfono y marca un número y, mientras espera, hace señas a Martin para que se acerque.

—¿La casa de reposo? Habitación 17, por favor… Sí, señora… Llegamos en este momento… Muy bien, señora. Aquí está.

—¿Quién es? —pregunta Martin en voz baja.

—Su madre —contesta Albert, que sólo lo trata de usted delante de sus padres.

—¿Diga?… ¡Hijo mío, hijo querido!

—Hola —dice fríamente Martin a quien las traiciones sucesivas lo han vuelto de hielo.

—¿No… no estás bien?

—Sí, muy bien.

—¿No estás contento de oír a mamá?

—Muy contento.

En el colmo del trastorno, Agnès dice cobardemente:

—¿Sabes que sigo enferma?

La firmeza de Martin está a punto de hundirse; sin embargo encuentra la fuerza necesaria para fingir indiferencia.

—¿Ah?

—Por eso no me has encontrado en casa. —Silencio—. Además, por eso estuve obligada a mandarte a casa del abuelo.

—Estaba muy bien allí.

—Mañana —dice de prisa, pues se da cuenta de que va a llorar—, mañana, Albert te traerá aquí y pasaremos el día juntos, tú y yo, los dos solos.

—¿Y papá?

—¿No te lo ha dicho? No, claro… No puede venir mañana.

—¿Cuándo lo veré?

—Mañana por la noche o pasado mañana. Yo… Buenas noches, hijo mío. Vas a cenar y a acostarte solo. Sé bueno. Un abrazo muy fuerte.

—No —dijo Martin lleno de lógica—, no puedes abrazarme puesto que no estás aquí.

Ninguna respuesta. Martin espera; pero del otro lado del teléfono, desde el fin del mundo, han colgado el aparato.

A Martin le pareció que aquel aparato se volvía de repente terriblemente pesado en su mano, como un animal muerto, y lo dejó rápidamente. Resentía una especial mezcla de remordimiento y de orgullo: acababa de probar su poder sobre la persona mayor que quería más en el mundo, pero al mismo tiempo tenía como ganas de vomitar: la prueba de que se había portado mal. En la duda, la náusea le hacía las veces de conciencia.

Su padre llegó en tromba.

—Un momento para abrazarte, chaval: tengo una cena de negocios. Pero mañana nos veremos.

—¿Con mamá?

—No, mañana no, es verdad. Pasado mañana te llevaré a comer a un restaurante.

Pero «pasado mañana» no tiene ningún sentido en el vocabulario infantil, y papá desapareció del universo de Martin antes mismo de haber cruzado la puerta.

Cuando se encontró solo, las ganas de vomitar le volvieron. Se puso a dar vueltas alrededor del teléfono, ese sapo maléfico. Junto al aparato, sobre una tarjeta blanca, leyó: «señora», seguido de un número que de repente decidió marcar. No tenía costumbre, le temblaban los dedos, tuvo que empezar tres veces antes de que el teléfono sonara.

—¿La casa de reposo? Quiero hablar con mamá.

—No pasamos ninguna comunicación a las habitaciones después de las ocho de la noche. ¿Quiere dejar algún recado?

—No —dijo tranquilamente Martin que esperó a que la Potencia desconocida arrancase el aparato de las manos de aquella imbécil y lo pasara a su madre. Pero, esta vez todavía, *ellos* no intervinieron.

Al colgar, vio otra tarjeta: «Señor. En caso de urgencia: 127, rue des Granges», y un número. Cogió el papel y se lo metió en el bolsillo, contra la castaña. La castaña… De repente le pareció que todo había cambiado a partir de ese momento preciso, cuando el árbol del vecino había echado aquella castaña como una suerte. La sacó y la miró de cerca: había envejecido ¡luego vivía! Martin se la llevó a los labios y besó aquel talismán.

Lo llamaron para cenar. En otro tiempo (antes de la castaña), cuando cenaba solo, significaba que sus padres salían: que iban a entrar en el comedor a besarlo, arreglados, perfumados, fingiendo comer un bocado de su plato: «Mmm, ¡qué bueno! ¡Qué suerte tienes…!». Aquella noche, todo le pareció extraño: la forma de los vasos, el peso de la cuchara, el olor de la cocina, el sabor del pan.

—Qué —preguntó Albert al verlo picar el pan, ¿no te parece bueno el pan de París?

—Sí —dijo Martin—, horriblemente bueno.

El otro se encogió de hombros; dos veces ya ese maldito niño lo había llamado Joseph.

En cuanto se acostó, se durmió; pero los camiones del amanecer, aunque menos indiscretos que las campanas de Sérignay, lo despertaron sobresaltado. Abrió la puerta, aguzó el oído: aquella casa hueca le pertenecía enteramente. «Voy a explorarla como si no la conociera», decidió, lo que hizo sin miedo y sin sorpresa, a pesar de las historias aterradoras que él se contaba. Sin embargo, cuando entró en el cuarto de sus padres, y vio la cama grande donde, todos los domingos por la mañana…, cesó el juego. Con el gesto vacilante primero, decidido después con el que se levanta un sudario para reconocer un cadáver, quitó la colcha y no vio más que un enorme colchón y unas mantas dobladas. Se hizo un nudo con ellas, se enrolló y se volvió a dormir.

Esta vez fueron unas voces lo que lo despertaron: el chófer y la cocinera lo buscaban por la casa de arriba abajo excepto, por respeto, en la habitación de los señores. Martin oía volar las palabras «fuga» y «policía»; Albert hubiera querido avisar al señor, «pero la dirección había desaparecido»; Martin, encantado, esperó durante algún tiempo para tranquilizarlos.

Una hora después el chófer, que venía a buscarlo para llevarlo a

la clínica, se oyó responder: «Todavía no estoy preparado». Preparado, él, que no se lavaba más que en ciertas ocasiones y no se cambiaba de ropa más que cuando se lo mandaban, lo estaba desde hacía tiempo; pero había encontrado en el secreter de su madre un álbum blanco del que no podía arrancarse. En él se veía, página tras página, un hombre de negro, bastante delgado, y una chica vestida de blanco que se daban la mano o el brazo y se miraban con un aire extasiado aunque cansado. Desde el tiempo en que le contaban historias de princesas, Martin no se aburría de contemplar una verdadera, pues las de la *Illustration*, en casa del abuelo, le habían parecido bastante ridículas. Resistió algún tiempo a la voz interior que, desde la primera imagen, le decía que aquellos dos eran su padre y su madre. ¡Cómo había cambiado su padre! ¡Cómo su madre…! No, ella no había cambiado: *ella se había entristecido*, pero hasta tal extremo que Martin estaba fascinado. ¿Qué les pasa a las personas mayores, súbitamente o a la larga, que algo las altera, las desdobla? Martin no se planteaba el problema en estos términos, pero hojearía incansablemente el álbum de la princesa blanca con una tristeza angustiada.

Esta vez Albert subió a buscarlo.

—Date prisa, la señora se enfadará. —(«¡*La señora*! ¿Sabía acaso de quién hablaba?»)—. Además vas a tener una sorpresa fuera…

¡La nieve! Había caído durante toda la noche en silencio, sin siquiera alertar al viento, silencio sobre silencio. Hasta perderse de vista, Martin sólo vio el Blanco vencedor y el Negro huido, ahogado, amordazado; los árboles estaban estrechamente escondidos detrás de otro árbol blanco. Un inmenso naufragio inmóvil, donde algunos restos reventaban aquí y allí la espuma helada, donde todo no era más que vestigios y fantasmas. Martin se precipitó al jardín, cogió la nieve intacta, la comió, la bebió, se vistió con ella, se peinó, se…

—No grites así —le dijo Albert—. ¡Vámonos inmediatamente, vamos!

Cruzaron Neuilly mudo y consternado como una ciudad ocupada por sorpresa. Los demás coches iban cubiertos de nieve. Los transeúntes andaban con la cabeza hacia abajo mirando donde ponían los pies y Martin, que presentía que la nieve se aliaba con los niños, estaba maravillado. Una vez que cruzaron París, otra vez

volvieron los árboles forrados de blanco, el suelo con una alfombra blanca. «Si mamá está en la cama —pensaba Martin—, le llevaré un cubo lleno de nieve, como el abuelo me lo trajo a mí…». Y recordó Sérignay nevado.

—¿Por qué suspiras así? —le preguntó Albert, que aquel niño de ricos le interesaba casi tanto como lo irritaba—. Bueno, ya llegamos.

Entraron en un bosque donde la carretera estrecha iba serpenteando entre los árboles y llegaron a una explanada de nieve. Los coches anteriores habían trazado en ella unas rayas paralelas, rectilíneas: «Es el transiberiano —se contó Martin cuyas imágenes desoladas había visto en la *Illustration*—. Vamos a llegar a Zarskoie-Selo (el único nombre que recordaba). Zarskoie-Selo, el palacio de verano; no, de invierno… ¡Aquí está!». En el centro de un jardín fantasma acababa de ver la noble morada; unas columnas, como centinelas heladas, vigilaban la fachada y, detrás de la puerta de cristales, reconoció de lejos a la princesa, su madre, toda vestida de blanco, que lo esperaba.

La madre había preparado una frase cuyas palabras tibias se perdieron en el cuello, en la nuca, en el pelo de Martin. Volvía a sentir el olor de su hijo como lo hubiera hecho un ciego, un animal en su madriguera. Recibía la certeza maravillosa, desgarradora de que aquel niño pequeño que se apretaba contra ella, que se enrollaba contra ella era su única riqueza, su única verdad, su única justificación y que era bueno haber sido puesta en la tierra aunque sólo fuera por este instante. Ninguno de los dos sabía cuál lloraba, cuál reía; formaban una sola y misma persona, inmortal. De repente, ella participaba en el misterio del amor de Dios, que sólo es dado a conocer a las madres, la eternidad, la locura, la transparencia del amor de Dios, con un tal ardor que creyó verdaderamente que iba a morir y se alegró. Morir allí, ante la mirada estúpida de la vigilante jefe, la mirada indulgente de la vieja secretaria, la mirada severa del interno; morir con Martin, que ninguna potencia del mundo hubiera podido arrancarle, morir…

—Señora —dijo el interno—, es una emoción muy fuerte. No hubiera debido permitirle… Al doctor no le gustará.

(El doctor estaba de caza por la parte de Sologne; al día siguiente, con sus gafas, su mirada, su bata, volvería a representar

su personaje).

—Déjeme —contestó Agnès con una voz ronca—: es él quien me cura.

Volvió a coger entre sus dos manos la cabeza de Martin. ¿Cómo había podido olvidar su forma, su peso, su calor, todo lo que volvía a encontrar con una sofocación de alegría, de esperanza o de remordimientos, ya no lo sabía?

—Lo decidirá el doctor —dijo el interno y, dirigiéndose hacia la vigilante, murmuró—: Con tal de que esta noche no le dé una buena crisis de nervios…

La otra meneó la cabeza; ella no tenía hijos y aquella escena le parecía la imagen misma del desorden.

—Mamá —dijo Martin—, tienes botas, ponte el abrigo: vamos a irnos. ¡De prisa!

La madre cogió el abrigo de pieles y salieron sin oír las recomendaciones de las mujeres de blanco.

Andaban, sin una palabra, en aquel silencio del cielo y de la tierra que rompía por instantes la caída a la vez pesada y ligera de algún montón de nieve dormido sobre una rama. Andaban, felices de marcar sus huellas, seguidos del negro rebaño de sus pasos, y les parecía tomar posesión de un planeta intacto, creado para ellos solos.

El resto del día lo pasaron en la habitación caliente, casi sin palabras. Agnès no quería hacerle preguntas sobre Sérignay y Martin, como siempre, vivía el instante presente. Delante de la ventana, dibujaba inventos o desmontaba los juguetes que su madre le había regalado; echada sobre la cama, ella leía. Por momentos, pero nunca a la vez, uno de los dos levantaba los ojos hacia el otro para asegurarse una alegría que los colocaba tan apaciblemente fuera del tiempo. Exilado en el fondo de un cielo átono, el sol no señalaba ninguna hora; y los dos se sobresaltaron cuando llamaron a la puerta para llevarles una bandeja con comida.

Agnès vio que el paisaje se ensombrecía y el corazón se le apretó: Martin iba a irse. ¿Con qué derecho un médico, un juez, un abogado disponían de sus existencias? «¿Y si volviera a Neuilly? —se dijo—. ¿Y si volviéramos a empezar a vivir?». Le parecía que, desde hacía unas semanas, no había hecho más que dormir.

Fue entonces solamente cuando pensó en Marc y todo se le volvió detestable: de golpe, volvía a revestir su arnés de rencor, de desafío, de dignidad. «¡Sería demasiado fácil!», pensó. Era la frase que repetía su abogada cuando la veía indecisa o conciliante. Entonces todos los engranajes de la falsa fatalidad se volvieron a poner en marcha; entonces el Honor y el Deber, el pretendido Honor, el pretendido Deber volvieron a aparecer. Había que *ir hasta el final, saber lo que se quería*, todas esas máximas estúpidas que se transmiten los humanos y que en nombre de las cuales fomentan su propia desgracia, se volvieron a imponer en ella.

Martin levantó la cabeza: la Inocencia, la Alegría, la Verdad levantaron la cabeza con él como si presintiera el peligro.

—Mamá…

—¿Qué, hijo?

—Aquí hay dos camas, voy a quedarme contigo.

—No es posible, guapo: es la cama de la enfermera de guardia.

—¿Contra qué te guarda? Yo también puedo guardarte.

La madre dudó, se estremeció de felicidad, después sacudió la cabeza.

—¿No estabas contento en casa del abuelo?

—Sí, muy contento —dijo en voz baja—. Pero aquí… aquí yo estoy bien… ¿Por qué lloras, mamá?

Martin se negó a sentarse al lado de Albert. Arrodillado en el asiento de detrás, la cara pegada al cristal, veía bajo el cielo muerto, disminuir, disminuir, desaparecer el Palacio de Invierno. ¿Por qué lloras, Martin?

VI

CAPITAL: ÉPINAL

ALBERT lo entregó a la señorita, que a su vez lo puso en manos del botones del ascensor, que lo entregó a la secretaria del patrón. Todos lo llamaban «señorito Martin» y lo trataban con esa rudeza respetuosa que los viejos consejeros usan con los hijos de reyes. Cuando apareció, tan pequeño, en la puerta del despacho presidencial, su padre, con las cejas levantadas, hablaba por teléfono con una voz imperiosa y tajante. «Está hablando con un malo», se dijo Martin.

Marc colgó bruscamente y volvió inmediatamente hacia su hijo, a quien sobrecogió esta duplicidad, una expresión amable y sonriente.

—¡Chaval!

—Señorita Dubreuil, no me pase ninguna llamada más.

—¿Está en reunión?

—Con mi hijo, sí —contestó el presidente soltando la carcajada.

La secretaria se quedó como en éxtasis, con las manos juntas.

«¿Cuánto tiempo hace —se preguntaba—, que no me río con tantas ganas, sin razón, que es la única manera…?». Marc se contuvo de coger a Martin y levantarlo por los aires como lo había hecho en Sérignay; sus brazos, su cuerpo entero sentían la necesidad de hacerlo, como cuando uno siente la necesidad de estirarse: ganas de sopesar aquella masa de vida, de salud, de felicidad. «¿De felicidad?».

—¡Qué buena cara tienes! —dijo maquinalmente para tranquilizarse la conciencia.

Martin fingió no haberlo oído: buena o mala, esas historias de «cara» eran manías de las personas mayores.

—¿Éste es tu despacho?

—Sí.

Esta vez, Marc lo cogió en sus brazos para sentarlo en su propio sillón, debajo del retrato del fundador.

—Éste será tu sitio un día.

—No, yo quiero ser médico.

—¡Mira, chaval!

Marc le enseñó, en las paredes, las fotos aéreas de las ciudades y de los grandes conjuntos que construía Fontaine y Cía.

—¿No te gustaría haber construido eso?

—¿Yo? —dijo Martin, halagado.

Marc empezó entonces a exaltar su oficio para aquellos oídos de ocho años. Quería proscribir Sérignay, exilar la medicina por segunda vez. Ante su padre y todos los doctores Lapresle, defendía su causa calurosamente.

Martin movió la cabeza.

—Prefiero ser médico. Además, aquí tú estás completamente solo.

—Claro.

Martin había pensado siempre que este famoso «despacho» del que tanto hablaban en su casa se parecía a una clase: su padre sobre una tarima y los demás sentados en pupitres. Sin embargo, no habló de su decepción: ¿para qué confiarse a unos interlocutores que cambiaban tanto? Ayer, su madre, el día de antes, su abuelo, y hoy, su padre. En adelante —peor para ellos— no les diría nada. Esta resolución se leyó en su expresión cuya mirada se volvió estrecha y astuta.

—¿En qué piensas, chaval?

—En nada. —Para que lo dejara en paz, fingió haber cambiado de idea—. Papá, cuéntame para qué sirve todo eso.

Marc, contento, hizo funcionar todos los aparatos de su mesa; él mismo descubría, con unos ojos de niño, su panoplia de presidente. La medicina perdía terreno. Uno de los teléfonos sonó «de verdad».

—Señor, acaban de traer un paquete grande de parte del señor Devillars: usted le había dicho que el señorito Martin vendría esta mañana…

—¿El señor Devillars, para Martin? Tráigalo, por favor. ¡Un regalo de tu padrino!

—Padrino —repitió el niño como si se tratara de una palabra extranjera.

Hacía exactamente un año que no habían pensado uno en el otro: desde las últimas Navidades.

La señorita Dubreuil entró llevando un paquete más ancho que ella. Martin quería desempaquetarlo inmediatamente, sus manos temblaban; el presidente protestó.

—¡Hombre, papá!

—Te lo llevarás a casa.

—¿Dónde es nuestra casa ahora?

«Habrá que explicárselo —se dijo Marc y la idea lo espantó—. ¿Explicarle qué? ¿Cómo?».

—Bueno, bueno, abre el paquete.

Era un magnífico juego de construcción; la medicina retrocedió otro poco.

—Vamos a llamar por teléfono a tu padrino para darle las gracias… ¡Hombre!, ¿y si le dijéramos que venga a comer con nosotros al restaurante?

Había descolgado un aparato y no oyó las palabras desconsoladas: «Vais a hablar los dos…». A Martin le hubiera gustado tanto bajar las escaleras con su padre, sentarse junto a él en el coche y enfrente en el restaurante: «¡Es mi padre!».

—Señorita Dubreuil, lleve a Martin —se corrigió—, al señorito Martin, a la sala de reuniones; que juegue allí tranquilamente mientras yo trabajo. Vete, chaval… Vamos —repitió no sin impaciencia: su mirada acababa de caer sobre el reloj de pared del despacho y su inconsciente calculaba el tiempo perdido.

La señorita Dubreuil quedó decepcionada; se esperaba una escena a lo Enrique IV: el presidente de un negocio grande que llegaba inopinadamente y se encontraba a su colega acurrucado junto al delfín, sobre la moqueta, delante de un juego de construcción.

Martin vació la inmensa caja sobre la alfombra verde y empezó a construir sobre aquel césped. Sin embargo, en cuanto la secretaria desapareció, de puntillas fue a abrir la otra puerta para no dejar de oír la voz igual y segura de su padre y, de vez en cuando, aquel

carraspeo que le hubiera hecho adivinar su presencia, sin volverse, en una catedral. «A lo mejor va a llamar por teléfono a mamá —se decía—, o al abuelo…». Pastor abandonado, intentaba ansiosamente reunir su rebaño.

Entre dos llamadas telefónicas, en las que solía comprometer millones, Marc recordó que su hijo estaba al lado y un movimiento de ternura le hizo latir el corazón. Se ahogaba; fue hasta la ventana, que abrió de par en par sobre aquella ciudad de pelo blanco; respiró el aire helado y, de repente, todo le pareció puro y simple. «Mi hijo…».

—Mi hijo —repitió en voz alta y se puso a reír de felicidad en silencio. «Será el más fuerte, el más poderoso, el más feliz. Yo allanaré todo delante de él… ¿Y si llamara por teléfono a Agnès?».

Este extraño pensamiento lo despertó; cerró la ventana; su alegría había desaparecido de repente, así como la fuerza que, un momento antes, lo llevaba. Empujó la puerta de la sala de reuniones y vio a Martin que terminaba una casa con dos torres a los lados: Sérignay.

—Se te da muy bien, chaval —dijo amargamente.

—Ahora voy a hacer el Palacio de Invierno.

—¿Qué es eso?

—La casa donde vive mamá. ¿Por qué no duermes allí tú también?

«Ya estamos —pensó Marc—. Voy a sentarlo en mis rodillas y a hablarle». Pero se dio cuenta de que ningún ser en el mundo lo intimidaba tanto como su hijo.

—¿Por qué no vives allí? —repitió Martin mirándolo fijamente.

Era su última pregunta, su última tentativa; después no les preguntaría nada más, puesto que no le contestaban nunca. Después, esperaría a que todo cambiara de nuevo. Metió la mano en el bolsillo y apretó la castaña-talismán hasta hacerla estallar: «¡Que conteste, que conteste, que con…!».

—Porque es muy lejos de París, ¿comprendes? —dijo Marc volviendo la mirada; y se puso a edificar, mentira tras mentira, una construcción muy plausible, muy tranquilizadora, muy innoble. Hasta añadió algunas torres inútiles.

—¿Estaremos juntos en vacaciones? —preguntó Martin que perdía pie.

—¿Tú y yo?

—Yo, tú y mamá.

«En julio, todo debía estar arreglado». Era la frase de P. L. T.; Marc no pudo seguir mintiendo más. Se sentó, puso a Martin sobre las rodillas. El niño puso la cabeza instintivamente en el hueco del hombro y del cuello, donde Marion gustaba de esconder la suya. (Agnès también, ¿lo había olvidado?). Marc suspiró.

—¿Estás triste? —preguntó Martin—. ¿A causa de mamá? Ella está bien, ¿sabes? Creo que se ha curado un poco.

—¿Te ha hablado de mí?

—No.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada.

Era la verdad, pero su padre no lo creyó; supuso no se sabe qué coalición.

—¿Nada? ¡No es posible!

—¿Por qué? Tú tampoco me has dicho nada. Y tú tampoco me has hablado de ella.

—¿Te ha dado algo?

—¿Algo?

—Por ejemplo, dinero.

—¿Para qué?

—Para… ¡para comprarte lo que te guste, hombre!

Marc sacó de la cartera un billete de cinco francos completamente nuevo que no inspiró ninguna confianza al niño.

—¿No tienes ya monedas grandes como antes?

Marc soltó la carcajada:

—¡El billete vale cien veces más!

—¿Por qué tanto? —murmuró Martin. Después calculó: «Cien veces más son cien caramelos», lo que le pareció fabuloso; se metió el billete nuevo en el bolsillo y se levantó como si ya no se tuviera derecho a los «mimos» cuando se tenía dinero.

—No me has contestado, ¿y en vacaciones?

—¿En vacaciones? ¡Pero si tú las tienes todo el tiempo, chaval! Primero en casa del abuelo, ahora en casa del ama Perraut. Acuérdate, el ama de mamá que se ocupó de ti cuando eras pequeñito…

—¿La que bebía vino tinto?

—¡No, hombre!

—¿La que había dejado entrar a un señor por la noche?

(Sólo se acordaba de lo peor).

—No, no, la que… la que…

Marc se dio cuenta de que él también la había olvidado completamente. «La que era tonta», pensó, pero dijo:

—El ama Perraut, la que vive en Vendée.

—¿En Vendée? —repitió Martin frunciendo las cejas. En vano buscó la fórmula mágica del abuelo para acordarse del departamento—. ¿La Vendée existe?

—Te lo juro —dijo Marc besando el hueco donde las cejas preocupadas se juntaban.

Lo que antes lo enternecía más en aquella cara redonda eran esos rasgos de parecido con Agnès; ahora, sólo buscaba el parecido con él.

Hacia la una llegó Alain Devillars, cuarenta años, el padrino. «Va a empezar a decir que he crecido», pensó el niño, resignado.

—¡Hola, Marc! ¡Hola, pequeño! ¡Cuánto has crecido!

—Mira, ahora tienes canas —dijo Martin.

—¡Encantador! —dijo el padrino volviéndose hacia Marc.

—Es mejor que perderlas —dijo éste muy de prisa—; además, chico, te van bien.

Una ojeada sobre la persona o la casa de Alain nos ponía al corriente de toda la moda, no sólo en Francia (cualquier lector de revistas podría saberlo), sino en Roma, en Tokio y naturalmente el primer gadget socialista sería para él. Esta terrible obligación de ir al día con todo lo que su siglo producía era su tormento; pues para esta clase de hombre, lo vano y lo inútil son tan exigentes como para otros lo esencial. Su vida se parecía a un árbol de Navidad: las baratijas ocupaban todo el sitio, el árbol no importaba. Alain había sido uno de los héroes más jóvenes de la Resistencia, después el alférez Devillars se había cubierto de gloria en Indochina; pero el siglo, desde entonces, le parecía muy soso como a todos los que el valor físico vale mucho más que la inteligencia y la compasión. Cacerías en África, rallyes automovilísticos, juegos olímpicos de invierno en la nieve no pueden reemplazar la guerra durante mucho

tiempo y, vencedores o no, el desencanto sigue siendo el salario de los antiguos combatientes. Incapaz de afrontar los verdaderos problemas de su época o de darles otra cosa que una solución humorística, Alain creía «ponerse al día» con ella estando al acecho de sus récords y de sus inventos fútiles. Ganaba mucho dinero, sobre todo muy fácilmente, en operaciones inmobiliarias; y las mujeres lo encontraban demasiado seductor para que pensara en casarse. Sin embargo, a pesar de las conquistas, de los cheques y de los gadgets, el aburrimiento reinaba en su existencia y, como no imaginaba una más apasionante, cargaba esta injusta fatalidad sobre la condición humana. Este hombre que no temía nada, no soportaba la idea de envejecer. Marc lo sabía y lo pasó mal cuando Martin hizo alusión a las canas. Marc quería a Alain, aunque no tuvieran casi nada en común, aparte la construcción, el dinero y Martin. Su amistad, en estas condiciones, les parecía ser un milagro, por lo que se apegaban más a ella. Marc le había pedido ser el padrino de su hijo porque era rico y brillante y porque en aquella época le debía algún favor. Quince años antes, Alain había ido detrás de Agnès; ahora se pavoneaba delante de Marion a quien Marc empezaba a enseñar a los amigos, pero ¿cómo tenérselo en cuenta?

—Dime, chaval, ¿a qué restaurante quieres que vayamos?

«Una pregunta de hombre», hubiera dicho Agnès: Martin no había entrado en su vida en un restaurante. Sin embargo, fingió pensarlo, por la honrilla.

—Hay una nueva *pizzeria* muy cerca de aquí —dijo Alain.

—¡El padrino lo sabe todo! Qué, ¿te gustaría una *pizzeria*?

—Mucho —dijo Martin—. ¿Qué es eso?

Fueron a pie. Los padres hacen ir a los niños delante de ellos: las madres, por prudencia, los padres, por orgullo.

—Míralo —decía Marc a Alain que como todos los Don Juan detestaba a los niños o mejor dicho los temía vagamente.

Martin se quedó decepcionado: un restaurante, ¡bah!, es lo mismo, sólo que más pequeño, que un comedor de un hotel. Descifró la carta con aplicación y eligió varios platos; cuando supo que todos eran fideos, confió la elección de su menú a su padrino que lo sabía todo.

El padrino le preguntó si iba bien, si estudiaba mucho, si era

muy bueno; después, no tuvieron mucho más que decirse. Los dos hombres empezaron entonces a hablar de su profesión, de mujeres, de coches, y Martin empezó a estudiar, mesa tras mesa, lo que comían los demás. Hasta que lo sirvieron, tenía ganas de todo; después todo le repugnó. Entonces se puso a mirar la sala con una ansiedad creciente: buscaba a otro niño, pero en vano. Desde hacía meses (desde la castaña) no había jugado con ninguno y eso lo angustiaba. El mundo, antes, se dividía en dos: papá, mamá y Martin de un lado, toda la «gente», del otro. Pero ahora ¿cómo contar con ellos dos? La verdadera división ¿no era las personas mayores en un campo y todos los niños en otro? Martin, Martin el abandonado, ¿qué podía hacer en un mundo semejante?

—Papá, ¿tiene niños el ama ésa?

—¿El ama qué? —Estaba a cien leguas de la Vendée y de su hijo—. ¡Ah! ¿El ama Perraut? Sí, seguramente, hijos mayores que están casados.

—Pero en su pueblo, ¿hay niños de verdad?

—Como en todas partes.

«En Sérignay, no», pensó Martin, pero prefirió callarse: eso de la tos ferina y de la escuela no había que decirlo.

Su padre y su padrino continuaron sus discusiones y el niño sus historias patéticas. Se representaba abandonado de todos como en el «Pobre Blas» o «Sin familia». Por la noche, entre los cras cras y el sueño, adoraba contarse aventuras aterradoras. Desde que su padre y su madre no dormían cerca de él, había renunciado a ello prudentemente; pero aquí, con el chianti que había bebido (pues Marc le dejaba de vez en cuando un trago de su vaso), el demonio del melodrama lo poseía de nuevo enteramente.

—Papá…

—Más bajo, chaval.

—¿A casa de quién iré después de casa del ama ésa?

—No lo sé todavía —contestó aturdidamente Marc; pero en seguida corrigió—: ¡Con nosotros! Vendrás con nosotros, claro.

—¿Quién es nosotros? —preguntó Martin.

Marc volvió hacia su amigo una mirada suplicante.

—Pues —dijo el padrino con esa jovial campechanía que emplean los poderosos para abusar de los simples—, todos nosotros, todos los que te queremos.

—¿Y mamá? —gritó Martin.

Las conversaciones se interrumpieron, de las mesas vecinas se volvían para mirar a aquel niño que parecía no ver a nadie y cuyos ojos brillaban.

—Chist —hizo Alain—. Tu mamá…

—No hablo contigo —dijo brutalmente el niño y se volvió hacia su padre.

—Mamá se curará, se curará completamente, te lo prometo.

Martin también separó la mirada de él, desesperado. «Nunca más les haré ninguna pregunta —decidió—: lo hacen a propósito, contestarme siempre con otra cosa…».

Martin en el autobús. Hace dos horas que el chicle comprado en Nantes no tiene ningún sabor ya, pero lo deja en la boca porque ese pedazo de goma es su única compañía. Los demás pasajeros hablan entre ellos con un acento raro; todos se conocen y Martin, el extranjero, no tiene más venganza que reírse de ellos cuando saltan a la vez a cada bache. Pero cuando se dé cuenta que él hace lo mismo, dejará de divertirse.

Sentado detrás del conductor, de una ojeada ve a la vez la triple nuca de bovino y, en el retrovisor, la cara de niño bigotudo de aquél. Una y otra pertenecen sin embargo a la misma criatura; Martin se palpa ansiosamente su propia nuca.

Sus miradas se cruzan a menudo: al meterlo en el autobús, Albert lo ha recomendado a su compañero.

—Que se baje en Châtillon.

—¿Quién irá a recogerlo?

—La señora… espera… la señora Eugénie Perraut.

—Es mi tía —contestó el chófer—: la tía Nini.

Contento y tranquilizado al mismo tiempo de que el mundo fuera tan pequeño. Desde aquel momento el niño era cosa suya.

Martin sigue el paisaje con una mirada severa, asombrado de que no se parezca al de Sérignay: para él, «el campo» es un país único. Entonces, ¿por qué esas casas bajas, esas tejas rojas, esos inmensos campos? Hasta el cielo es diferente.

Hace un momento el tren transportaba a dos Martin: uno viajaba «en el sentido de la máquina» y se imaginaba la cara, la casa, el pueblo del ama Perraut; el otro les volvía la espalda y pensaba todo

el tiempo en el Palacio de Invierno, en el despacho del presidente y en la casa muerta de Neuilly. Impaciencia y nostalgia, los dos Martin suspiraban alternativamente; Albert levantaba entonces los ojos y suspiraba también: «Le digo a usted que estos niños…». Cansado de tanto viaje, se había aprovisionado en el andén de periódicos llenos de dibujos humorísticos que se tragaba como un perro su comida, glotonamente, gravemente.

En Nantes, mientras que lo recomendaban al chófer del autobús, Martin ha visto a un chico y a una chica apoyados contra una columna de la estación que se abrazaban estrechamente. Imantados, soldados, fascinados, boca a boca, se robaban el aire, respirando uno por otro. Las manos crispadas, sus mejillas huecas, sus párpados cerrados… No, los párpados se abrían sobre unos ojos llenos de alegría y las bocas se separaban para formar dos sonrisas.

En el autobús, sobre aquel asiento demasiado ancho para él, Martin piensa amargamente en ellos: se siente pequeño y solo; adivina que «los casados de Nantes» encaman un misterio y una libertad que le son prohibidos. ¿Es tan divertido…? Pero ¿qué? Pone sus labios contra su puño con tanta fuerza que obtura sus narices; aspira, aspira, cierra los ojos, y en seguida se rinde.

—¿Qué haces, chiquillo? —pregunta el triple-nuca sin volverse. (Ha visto en el espejito una cara que se volvía escarlata).

—… ada —responde una voz sofocada—, nada.

Martin recobra la respiración. ¡Qué imbéciles, esos enamorados!

Campos, pantanos, vueltas. Pueblos donde el autobús se para delante de un café: baja una vieja a quien esperan unos jóvenes o un joven a quien espera una vieja. Se dan dos besos; el chófer trepa sobre el techo, anda por encima de las cabezas, desliza una maleta a lo largo de la escalera metálica y entra a beber un trago. De parada en parada, la gorra se le baja sobre las nucas y vuelven a ponerse en marcha. Martin empieza a dormirse.

—¡Châtillon, chiquillo!

Un dedo le señala un campanario que, gracias a Dios, se parece al de Sérignay. ¡Ojalá que el café se llame también «Café del Comercio»! No, es una región devota: «Café de la Iglesia». El autobús se para; pero ya el conductor ha bajado la ventanilla y ha gritado:

—¡Tía Nini, el crío está aquí, todo va bien!

Martin busca a Eugénie Perraut en el grupo inmóvil que, delante del café, forma un monumento negro: «La Espera», o mejor dicho, «la Paciencia», pues, con tanta parada, el horario lleva retraso. Martin la reconoce en seguida: esa cara redonda y lisa con dos manchas azules en lugar de ojos; el pelo rubio ceniza con raya en medio hacia atrás; enteramente vestida de negro, las manos cruzadas sobre la barriga, todo rigor y placidez. «¡Es ella!». Martin la recuerda de cuando era casi un bebé, la quiere y la teme de nuevo.

—¡Ama!

Baja de un salto, se echa hacia ella, reconoce vagamente el olor ácido y el tacto rugoso de su traje negro. «¡Ama!». Le dan ganas de llorar. Las manos de la mujer, duras y tiernas, levantan la cara del niño hacia su mirada azul cielo.

—¿Me has reconocido? —Dos besos sonoros—. Pues yo también te hubiera reconocido: sigues siendo el vivo retrato de tu madre.

—No —dice Martin humillado, como si lo trataran de niña—, yo me parezco a mi padre.

—Tss, tss, tss…

¡Nunca quiso a esos Lapresle! Es cierto que, de antemano, detestaba al palurdo que le robaría a su Agnès.

—Tss, tss, tss —imita el sobrino chófer—: ¡la tía Nini hace la urraca!

En el pueblo se ha convertido esa frase en un refrán; pero Eugénie Perraut se ofende: *¡delante del pequeño, no!*

—Me parece, chico, que tú has hecho una parada de más. —Es también un refrán—. ¡Bájanos las maletas, venga!

Desde abajo, ella las reconoce: todas están marcadas

A. F.

, Agnès Fontaine; pero la tercera le parece que no es de ellos.

—Te equivocas:

M. L.

no es nuestra.

—Sí —dice Martin—: quiere decir Marc Lapresle.

—¿Quién va a llevárselas, tía Nini?

—Templéreau, con su burro. —Después, volviéndose hacia el niño—: El mío se murió el año pasado.

—¿Tienes más animales? —pregunta Martin con más temor que

interés.

—Gallinas, conejos y una vaca, si no ¿qué leche ibas a beber, granuja?

—Comprándola.

He aquí una idea de la gente de la ciudad; el ama Perraut se queda sin respuesta. Cada vez que está perpleja, se retuerce soñadoramente unos pelitos que le salen debajo de la mejilla. Martin reconoce este gesto de cuando era pequeño.

—Adiós, tía Nini —grita el sobrino subiéndose al asiento—. ¡No, no, no tengo tiempo!

A causa de ella rechaza con vehemencia el vaso de vino cotidiano. El autobús se aleja, casi vacío de pasajeros y de maletas; la plaza de la iglesia se ha vaciado también; solo, un viejo campesino, cuervo solitario, saluda al ama Perraut:

—¡Eh, Eugénie! ¿Qué tal?

—Bien, bien. ¡Adelante, hijo mío!

La iglesia, el cementerio, el monumento a los caídos, Martin hubiera dispuesto todo de la misma manera. El pueblo le gusta: se parece al de los álbums de las láminas de Épinal de Sérignay. «De Sérignay, de Sérignay…». ¡Oh!, el abuelo, el cuarto verde, el desván… De nuevo le parece oler el olor del comedor, de las dependencias, de la carroza. Perro perdido, alarga el paso, la cabeza baja, los ojos medio cerrados, buscando en vano los olores familiares.

—¡Levanta la nariz!

Martin levanta la nariz; están delante del Ayuntamiento y precisamente el alguacil sale de él, con el tambor en la barriga. *Escuela de niñas, Escuela de niños*, a cada lado del Ayuntamiento: la República francesa está orgullosa de pasear a su familia.

—El señor maestro sabe que vienes —anuncia el ama Perraut—; mañana te llevaré a él.

Martin lo está viendo. ¡El señor maestro de Épinal! Levita, patillas (no, bigote: las patillas están reservadas al notario), y anteojos colgados de la oreja por una cadenilla. Está contento de volver a la escuela, de ver a niños; se pone a saltar a la pata coja.

—Quieres hacer pipí —decreta la voz igual—. Ven que te ayude.

—Primero de todo, no quiero hacerlo —responde ofendido—, y después hace mucho tiempo que sé hacerlo solo.

—¿Cuántos años tienes?

—Casi ocho.

El ama Perraut frunciría las cejas si las tuviera: «Tss, tss… Ocho años…». Busca en su catálogo de niños las características de esta edad.

—Ahora que lo pienso, ¿has aprendido el catecismo?

«¿Catecismo?». Martin dice que sí con la cabeza, sin saber lo que es.

—El jueves te llevaré a casa del señor cura.

¿Qué tiene que ver el cura y esa medicina desconocida?

A la izquierda, la panadería, el herrero, el carnicero; a la derecha, la salchichería, el zapatero… El juego de construcción continúa; o mejor dicho el de las Siete Familias. Martin aplaude.

—El salchichero se llama Cabeza de jabalí, ¿verdad?

—¿Quién te ha dicho eso? Es el hijo de Camuset.

«Se equivoca —piensa el niño—, yo lo sé». ¿Para qué preguntar el apellido del zapatero y del panadero? Taconcillo y Empanada, desde luego. ¿Y si el alcalde se pareciera al general Dourakine?

—¿Qué hacéis en el camino? ¡A casa!

No, las gallinas no quieren entrar: han visto desde lejos a su dueña y corren hacia el buen grano.

—¿Tienes miedo de las gallinas a tu edad?

—¡Qué va! —dice Martin apretándose contra su falda.

—¡Tss, tss, tss! ¡A casa!

La tía Nini hace la urraca y las gallinas, medio corriendo, medio volando, se apelotonan hacia una casa baja de paredes encaladas, con el techo de paja. «La granja —se dice Martin—, pero ¿dónde está la casa?».

—¿Dónde está la casa?

—Delante de ti, atontado.

—¡Dame un beso, ama!

—¡Pero qué te pasa!

Martin se cuelga de ella; es muy feliz: ¡es la choza de Blancanieves, la cabaña de Robinson! Ventanas más pequeñas que sus dos brazos abiertos, una puerta tan baja que el ama debe inclinar la cabeza para entrar. Ésta es su casa…, que huele a humo, a paja, a jamón, a ropa limpia. La mesa larga con sus dos bancos, la chimenea donde agoniza un fuego febril, las camas duras, todo esto

maravilla a Martin: todo se parece a los cromos. ¿Cómo se puede vivir en un cuarto verde con alfombras? Martin descubre una a una todas las cosas que no existen aquí: un comedor, una cuarto de baño, los radiadores, la electricidad.

—¿No hay electricidad aquí, ama?

—Tenía que pagar para tenerla, ¡y para lo que sirve! El año que viene nos la pondrán gratuitamente —añade suspirando—, y habrá que ponerla. Ven a ayudarme a dar de comer a los conejos.

Dar de comer a los conejos, a las gallinas; buscar los huevos, cogerlos en la mano, calientes, llenos, misteriosos; ordeñar la vaca cuyos ojos relucen en el antro tenebroso; recoger leña, reavivar el fuego; arrancar los puerros, sacar las patatas de la tierra, descolgar el jamón, cortar lonjas gordas con el cuchillo de ogro y cuando todo fue hecho, y la marmita colgada empezó a temblar, y el ama Perraut hubo puesto dos sillas bajas cerca de la chimenea y ellos se sentaron, mejor dicho, se acurrucaron, fue entonces cuando una masa oscura tirada sobre una de las camas se estiró, bostezó ferozmente, se lamió las patas y vino, a paso friolero y con la espalda encorvada, a meterse en el regazo negro.

—¿Qué es eso? —gritó Martin que estaba medio soñando y se irguió precipitadamente.

—Es *Miarrou* —respondió la vieja campesina como si se tratara de la cosa más natural—. ¿Qué hay, *Miarrou*? ¿Quién es ése?… ¡Tranquilízate, hombre, y date a conocer!

El niño volvió a sentarse y el gato se acercó a él con la horrible lentitud de los policías; el gato y el niño no dejaban de mirarse. Y el niño tuvo que soportar que el gato se subiera a él y lo olfateara; Martin contenía la respiración. (Una vez, lo habían llevado al dentista: la misma contracción del cuerpo, el mismo grito preparado…). El ama Perraut se había parado de hacer calceta y miraba por encima de las gafas. Por fin, en el silencio, se oyó un ronroneo que no era el de la marmita y el gato se acurrucó junto a Martin.

—Bueno —dijo el ama ajustándose las gafas y continuando la calceta—. Mañana ordeñarás la vaca y ya está todo arreglado.

Martin seguía un poco atemorizado.

—Acarícialo.

—¿Para quién es la calceta? —preguntó después de un momento.

—Para el último niño de mi hijo de Annecy. Después, haré baberos: esperan un niño en casa de mi hijo de Toulouse. Y después…

—Tienes hijos en todas partes, pero no son de verdad.

—¿Que no son de verdad? —repitió la vieja Eugénie para ella misma—. ¿No son de verdad? —y suspiró.

Martin esperó a que dejara de mover la cabeza, a que terminara su pensamiento.

—Pero, ¿a que es a mamá a la que quieres más? —preguntó con una voz alterada.

Sérignay, Annecy, Toulouse… Estaba harto de ser compartido por tanta gente.

Ninguna sonrisa apareció en la expresión de la campesina, pero un sol tímido iluminó esta roca.

—Agnès, mi pequeña Agnès —murmuró dejando la calceta.

—No, yo, ama —gritó Martin—. ¿A que me prefieres a mí? ¡Anda, sí, por favor…!

Martin se levantó olvidándose de *Miarrou*, que rodó por el suelo enfadado y fue a meterse entre las faldas de la vieja.

—Venga, venga —protestaba el ama; sin embargo, el «tss, tss» se quedó en sus labios, pues una lágrima había caído sobre su mano.

«Ocho años, ¿por quién se llora a los ocho años?», se preguntó. No tenía ninguna inteligencia, pero poseía el genio del corazón. Madre diez veces (con frecuencia mucho más que aquella que le confiaba su hijo), cayendo diez veces en la gran trampa de Dios, y el corazón diez veces desgarrado… Sola en el fondo de un pueblo olvidado por el siglo, sola con aquel mapa de Francia: Neuilly, Toulouse, Annecy… y un poco de lana para calcetar. ¿De nuevo tenía que amar una vez más? ¿Apegarse, arrancarse después, una vez más? Aquella lágrima sobre su mano había decidido por ella. El ama Perraut creía adivinar por qué aquel niño lloraba, pero ¿cómo consolarlo?

Ella, que desde la infancia consagraba una veneración estúpida a los ricos, a los poderosos, contenta y orgullosa de no ser más que su perro fiel, se rebeló de repente, la primera vez desde hacía medio siglo: «¿No pueden comprender que un niño es más importante que

todas sus historias?». El ama Perraut hundió sus dedos endurecidos en la melena rubia. «El mismo pelo que Agnès», pensó, y Martin: «El mismo gesto que el abuelo», lo que hizo redoblar sus lágrimas, pues se sentía infiel al viejo señor de Sérignay.

—Vamos, vamos…

El ama Perraut lo mecía: mecía a Agnès y al de Toulouse, y al de Annecy, y a todos los demás, y, como ellos, aquel niño se dormía suspirando de tristeza. Ocho años o no, la vieja lo desnudó, lo metió en la cama, sin comprender por qué las manos del niño agarraban instintivamente la sábana áspera contra sus mejillas saladas por las lágrimas, contra sus labios hinchados que murmuraban algo como cras cras. «¿Cras cras?…».

Rejuvenecida veinte años, miró durante mucho tiempo la imagen de la pequeña Agnès acurrucada en aquella cama tan grande, después volvió a sentarse junto al fuego, junto a su propia infancia. Sus dedos calcetaban distraídamente; prefirió juntarlos y se puso a rezar a Dios y a los suyos, puesto que era la única sociedad que le quedaba.

—*Miarrou* —llamó en voz baja—, venga, *Miarrou*…

Pero el gato se quedó acostado en medio de la cama grande del niño; su ronroneo se mezclaba con la respiración que venía de la alcoba, con el crepitar del fuego, con el murmullo de las *ave maria*.

Como se abre una persiana cuando se teme el día, Martin abrió a medias los párpados. El olor de aquella penumbra le aseguraba ya que no estaba en su casa; ¡bah!, estaba acostumbrado… Pero antes de que la memoria dócil hubiera puesto en marcha sus engranajes, la imaginación se le adelantó y Martin se levantó, aterrado: en el suelo, un teatro lívido cuyo decorado representaba unas ruinas bajo una iluminación pálida; un humo salía de allí. Un monstruo negro apareció entre los escombros, un animal gigantesco que cruzó la escena con la temible dejadez de las fieras y…

—*Miarrou* —llamó suavemente Martin, que temblaba todavía.

El gato fingió no oír —cuestión de dignidad—, pero no pudo contener el ronroneo alejándose de aquella chimenea por donde el amanecer transido invadía la habitación. Iba a lo más secreto, a lo más profundo, a lo más caliente, y el niño, en la oscuridad, más que

verlo, lo oyó acercarse. Durante un momento sirvió a Martin de casa, de padres, de futuro… Después rompió sin motivo aquella felicidad, se estiró, abrió la boca hasta la garganta y se dirigió hacia la otra cama. Martin, que lo había seguido, distinguió en ella, bajo el edredón, yaciendo como un rey muerto, a una criatura desconocida. En un vaso, a la cabecera, vio unos dientes, ¡sí!, dos filas de dientes metidos en agua. Eran demasiados misterios juntos… Afortunadamente, sobre la mejilla izquierda de aquella momia, observó la pequeña mata de pelos blancos que había descubierto desde que bajó del autobús y que le hacían cosquillas cada vez que el ama Perraut le daba un beso. Era ella; Martin se puso a reír en silencio para disipar lo que le quedaba de espanto.

Se sentía tan satisfecho como extrañado de estar levantado antes que una persona mayor; se vistió con cuidado, salió y respiró el olor de la tierra abierta, de lluvia y de abandono que es el aliento de la noche. Estaba ebrio de libertad. Las gallinas y los conejos lo reconocieron: tenían hambre; esto le recordó que él no había cenado. La vaca, saliendo de su largo aburrimiento, volvió la cabeza hacia él; pero, molesta por haberse equivocado de persona, desdeñó a aquel enanito. Parapetado detrás de uno de los tabiques de la cuadra, Martin se atrevió a acariciarla, pero como si acariciara un baúl… ¡Sólo que los baúles no se vuelven avanzando dos cuernos hacia nosotros! Inmediatamente, al niño se le revolvieron las entrañas. ¡Rápido, un retrete! Una choza entre los puerros. Corrió allí, se quitó los pantalones con una mano temblorosa, mientras con la otra levantaba la tapa de madera. Sopera infernal, un vuelo de moscas ciegas salió zumbando. Martin huyó, el pantalón en acordeón, y cuando se vio fuera de peligro, lo hizo en medio del campo. «¡Si me viera mamá!», pensaba con orgullo. Desde el día anterior, no hacía más que realizar unos gestos insólitos que lo emancipaban: el autobús, los enamorados, las gallinas, el fuego, *Miarrou*, el primer levantado, el retrete… No cesaba de ganar la Bastilla.

El ama Perraut apareció en la puerta vestida con una chambra blanca y una falda morada.

—¡Eh!, ahí no, chico —gritó.

—Ya lo sé —mintió Martin—, pero hacía tan bueno.

Era jueves, día de descanso de los maestros, día en que, en toda Francia, se pone la ropa a secar en los patios de las escuelas. El ama Perraut, que reverenciaba el saber, se puso la falda nueva (que sólo era un poco más negra que la otra) para ir a presentar a Martin al señor Thirolaix.

Era un hombre gris que parecía haber puesto a juego su austero guardapolvo de trabajo con el color del pelo y el de su mirada. Hasta en el más turbulento de los perezosos, respetaba al Hombre, su Libertad, su Dignidad, pues vivía en un mundo de *mayúsculas* heredadas de los hombres de 1848 y de la gran revolución. Se hubiera muerto del susto si alguien le hubiera dicho que estos últimos, en la mayoría, no eran más que unos sangrientos cómicos dirigidos por unos escritores geniales y algunos fogosos militares. En la iglesia del señor Thirolaix, Marat, Danton y Robespierre forman la Santa Trinidad, Saint-Just el arcángel Gabriel y Lucile Desmoulins la virgen María. Cuando pasaba delante del Ayuntamiento, las tres palabras escritas en el frontón le hacían latir todavía el corazón, a los cincuenta años pasados. Era el único «hombre de izquierdas» de la región (la desgraciada señora Thirolaix seguía yendo a misa), y esta soledad sagrada contribuía a acercarlo al cura. Se veía obligado a estimarlo más que a cualquier otro habitante del pueblo, y éste era uno de sus tormentos. Como Nicodemo a Jesús, le hacía visitas nocturnas, corroído y encantado de encontrar en él una cultura y una benevolencia iguales a las suyas, así como una devoción a algunas mayúsculas: Caridad, Esperanza, Pobreza, que se parecían rabiosamente a sus propias diosas. Se consolaba pensando que el otro era una excepción; el cura también.

El ama Perraut le habló sobre todo de los padres de Martin, de esa gente tan rica, tan importante, tan… total, de todo lo que el maestro detestaba y colocaba instintivamente en la categoría
O. E. F.
(«Opresores, Esclavistas y Fautores de guerras»). Afortunadamente, su mirada gris sólo caía sobre un campo de centeno: sobre un niño pequeño como los demás e intimidado. El ama Perraut le dijo aparte algo sobre la tramitación del divorcio, lo que confirmó al señor Thirolaix en su desconfianza hacia París, los millonarios, el gran mundo, y le inspiró esta misión exaltante: impedir, por una

enseñanza laica y republicana, que aquel pequeño heredero llegara a ser a su vez
O. E. F.
Sin embargo, el heredero respiraba allí maravillado el olor un poco ácido de los colegiales, ricos o pobres, confinado entre los cuatro muros tapizados de maravillas: la Francia de los ríos y de los bosques, el sistema solar, la vida de Pasteur. Aquellos bancos y aquellos pupitres manchados, rayados, le atraían mucho más que el mobiliario funcional y metálico de su colegio de Neuilly. Martin se los imaginaba ya poblados de amigos con los que cambiar bolas y tebeos y de los cuales uno sería su amigo del alma; pero se equivocaba.

—Bueno —dijo el señor Thirolaix—, vamos a pasar un examen de ingreso.

Éste probó solamente la ignorancia de Martin, salvo en los departamentos, cosa que sorprendió al maestro.

—Hasta mañana —dijo suspirando—. No… no hables mucho de París ni de tus padres a tus compañeros.

De allí, el ama Perraut fue a la iglesia, pero dando un rodeo para no molestar al señor Thirolaix, que, en el pueblo, creían el enemigo del cura. El catecismo terminaba; una jauría echaba a correr antes mismo de acabar la señal de la cruz. Miraron con desconfianza a aquel niño desconocido que les sonreía y uno de ellos dijo en voz alta: «¡Mirarlo, tiene agujeros en la mejilla, ese gilipollas!». Pero Martin no oyó nada.

De lo que no podía quitar la mirada, en la cara ancha y arrugada del señor cura, era de aquel extraordinario desorden de dientes sobre los que olvidaba con frecuencia cerrar la boca: «Es para sonreír mejor, hijo mío…».

—Ha aprendido el catecismo regularmente —aseguró el ama Perraut.

Martin asentía gravemente.

—Bien, bien. Vamos, dime el padrenuestro.

—¿El padre qué?

La prueba continuó en el mismo tono. «¿Creo en qué?… ¿Saludar a qué María?…»; la palabra confesión le hizo reventar de risa. El ama Perraut, deshonrada, arqueaba las cejas invisibles; el sacerdote fruncía las suyas, todas revueltas.

—Creo que tendremos buen trabajo, señora Perraut —dijo al fin—. Lo cogeré aparte, para empezar. Ven todos los días, después de la escuela… Heu… no se lo diga al maestro.

«¡Cuántos secretos!», pensó Martin, que se preguntaba por qué aquel señor tan amable iba vestido de mujer.

Volvieron en silencio a casa. «Pobre hijo mío», murmuraba la vieja campesina, de vez en cuando, y después meneaba la cabeza y hacía como una urraca.

—Bueno, ¿pero qué es lo que te da tanta pena? —le preguntó el niño, que iba saltando a la pata coja y pensaba en las maravillosas faenas que le esperaban en la casa: sacar el agua del pozo, recoger las piñas, ir a buscar la paja a casa de Templéreau. Y sin esperar la respuesta, añadió:

—¡Ama, estoy contento, muy contento!

—Pues te contentas con poco —contestó el ama con un tono desconsolado.

Cuando llegaban al pequeño puente sobre el arroyo, se cruzaron con el carricoche del vecino. Quien llevaba las riendas no era Templéreau, sino una niña rubia, sentada muy derecha.

—¡Qué, Zezé!, ¿llevando al abuelo a estas horas?

—No —contestó la niña muy seria—, yo llevo a *Jacquot* (era el nombre del burro).

Los dos viejos soltaron la carcajada; pero los dos niños, inmóviles, se miraban gravemente, en silencio. Martin miraba a aquella niña como a la hermanita con la que había soñado, aquella niña sentada como una reina, entre el cielo y la tierra.

—¡Qué! ¿No os saludáis? Es Zélie Templéreau.

Martin se atrevió a cogerle la mano, murmurando: «Te quiero». La cara de la niña se quedó tan sorprendida que Martin también se extrañó; no había oído sus propias palabras; los dos viejos tampoco.

—Vamos —dijo el ama Perraut, empujándolo por la espalda—, es la hora de la sopa.

En Sérignay también es la hora. Joseph cruza la sala donde esperan tumo varios viejos y una vieja.

—Vuelvan esta tarde. ¿Qué quieren ustedes? Carga con más trabajo del que puede…

Joseph va a decírselo, al comedor, después de haberse tragado

varias veces la saliva.

—Trabaja demasiado. (Desde que se murieron sus mujeres, ya no le habla en tercera persona). Y sin embargo sabe muy bien que su corazón… el día menos pensado…

—Sé lo que hago, Joseph.

«No —piensa—, no lo sé. Soy un imbécil. Un imbécil que se muere de aburrimiento». Retuerce el bigote, se pasa la mano por el pelo y Joseph se pone a reír: un diente negro, un diente blanco.

—¿Qué te pasa?

—Cuando usted se anda en el pelo, me recuerda al niño: le copiaba a usted… ¡Ah!, se me olvidaba: he dicho a cuatro enfermos que vuelvan esta tarde.

—¿Eran viejos?

—Claro.

—¡Estoy harto! —dijo el doctor con una voz sorda—. ¡Siempre viejos! Yo quisiera curar a niños… Joseph, ¡a niños!… No, no tengo más hambre. —Y se levanta de la mesa.

—A niños —repite Joseph meneando la cabeza—, claro, claro.

VII

LA PRIMERA BIENAVENTURANZA

En cuanto caía la tarde, cuando los árboles y las casas se vestían para la noche y el cielo parecía mirar a otra parte, el ama Perraut encendía el candil. De tan lejos como se encontrara, Martin percibía aquel resplandor vivo que lo atraía más que a una mariposa: era la señal silenciosa de que el espacio iba a encontrarse entregado al frío, al miedo, a los animales salvajes. El niño acudía entonces llamando en voz baja a todos sus caballos fantasmas: «*¡Flambard! ¡Muscadin!*…». Y cerraba la puerta rápidamente detrás de él: era la puerta de una esclusa contra la que en vano subiría el río de la noche, sus ahogados, sus náufragos. El candil tranquilizador proyectaba sobre la mesa una mancha circular; Martin ponía en ella sus cuadernos, sus libros y los instrumentos de su estuche como se pone un cubierto de ceremonia, y se «aplicaba» a hacer su página de escritura. Pues el señor Thirolaix pertenecía a la vieja escuela de las planas de palotes; prohibía el uso de bolígrafos —«con decir que se venden en los cafés»— y preconizaba las plumas Sergent-Major.

El ama Perraut hacía calceta al resplandor del candil; sin que la mecánica precisa de sus dedos frenara un instante, observó al niño por encima de las gafas.

—¡No saques la lengua así!

«¿Y el abuelo, qué?», pensó Martin, y se puso a soñar en Sérignay mordisqueando la pluma.

—¿Conoces a Joseph?

—¿Qué Joseph?

—Joseph de Sérignay.

Este título nobiliario no imponía mucho a la vieja mujer: «Sérignay, de donde viene el señorito Marc, el señorito Marc, de donde viene la desgracia»…

—No —contestó con sequedad—, no conozco ni a tu abuelo. (Tres puntos, después con un tono indiferente). Parece que está muy viejo.

—No es verdad. Mi abuelo…

—¿Cuál? —preguntó el ama Perraut con majestuosidad—. Tienes dos.

Dejó la calceta encima de la mesa y continuó:

—El padre de tu madre, «el gran Fontaine», como lo llamaban; podrías estar orgulloso de él.

—¿Era médico?

—No, construía casas.

—Como papá —dijo Martin sin entusiasmo—. Yo seré médico; ocuparé el lugar de mi abuelo.

—Pero…

—Del verdadero —continuó Martin con un brillo en los ojos—, del que está muy viejo.

Y fingió seguir con la plana sacando la lengua para darle rabia; y también, para vengar al abuelo Lapresle, revolviéndose el pelo a su manera. (Tss, tss…). «Las personas mayores —pensaba— no se quieren». Ya lo había notado en la manera como el abuelo hablaba de sus padres; y ahora, el ama… Primero se quedó consternado: la muralla se desmoronaba. Después, como los niños sólo viven de seguridad, se preguntó si ahí no había un medio para aumentar la suya. Martin descubría la innoble borrachera que se siente jugando sobre dos planos.

—Ama —preguntó con una expresión tan falsa que tuvo miedo que la vieja mujer lo descubriera, y se retiró un poco del círculo de luz—, háblame del gran Fontaine.

—¡Ah!, hijo mío…

Los dedos diligentes se pararon y la vieja mujer empezó la gesta legendaria del fundador. De doméstico en doméstico, se había convertido en uno de esos relatos míticos que los poderosos no tienen necesidad de suscitar (pues la gente sencilla tiene la cabeza épica y el espíritu crédulo) y que perpetúan de generación en generación el prestigio de los violentos y de los ricos.

Por fidelidad a la medicina, Martin no escuchaba y tarareaba algo por lo bajo.

El ama Perraut se interrumpió de repente:

—Pero, ¿dónde tengo la cabeza? ¿Y los deberes, muchacho?

—No, ama…

—Seguiré después de la cena.

Se sentaban a la mesa cuando el reloj de pared daba las siete. Con la punta del cuchillo, Martin hacía gravemente una cruz en el pan. La gracia de hacer este rito sólo la había obtenido el día que había sabido recitar correctamente el padrenuestro. Después, se comía tres platos de sopa.

—¿Comes tanta sopa en tu casa?

—En casa no hay nunca sopa.

—Pues en mis tiempos…

—Es potaje y no me gusta.

Aquí, a Martin le gustaba todo, todo le parecía nuevo; nada venía de las tiendas o de la nevera; todo venía del jardín, del gallinero o de casa de la vecina. O del mercado del sábado, al que iba una vez terminada la clase. O de las despensas oscuras del ama: sacos, tinajas, potes, exactamente calculados para todo el invierno. Pero el apetito devorador de Martin terminaba con las provisiones.

Después de la cena comienza la velada: un fuego, dos sillas bajas y, frente a la chimenea (sobre la que hay un fusil de caza, el ramo de casada y un recuerdo de Lourdes), el banco que espera a los vecinos. Si vienen, nunca es con las manos vacías: uno trae castañas para asar en las cenizas y que le ha enviado su cuñado de Limousin; otro, le quedaban unas pocas cerezas con aguardiente; otro… Cuando la conversación se anima, se ponen a hablar en dialecto y Martin mira con un temor mezclado de respeto a esa otra ama que habla de repente una lengua extranjera.

Pero, lo más a menudo, el niño, la vieja y el fuego están solos. El candil proyecta contra la pared la sombra de dos gigantes que bailan. El ama habla; la voz es tan lenta como los dedos rápidos para hacer calceta.

—¿Qué era tu marido, ama?

—Era jardinero.

Al ama le gusta recordar sobre todo los hechos y los gestos de Agnès cuando era pequeña; pero esto pone tan incómodo al niño

como las fotos de Marc en las paredes del cuarto verde.

—Cuéntame mejor la historia de la bruja.

—Ya la conoces —protesta la vieja sin convicción.

—O la del castillo perdido, sabes, la familia asesinada…

Pues el éxito de Eugénie Perraut son las historias aterradoras. Las cuenta con una voz igual y tan tranquila que todo parece más espantoso, pues el horror se convierte entonces en algo anormal. La vieja mujer no piensa en las pesadillas que prepara inocentemente y en las nubes negras que se acumularán dentro de un rato, cuando Martin esté en la cama. Pero ella no sabrá nada: duerme como un lirón. Por el momento, Martin la escucha impasible, maravillado, encantado. De vez en cuando, la mujer se interrumpe: «¡Déjame ver tu labor!». Le ha enseñado el punto de cadeneta y el niño borda un alfabeto que no le gusta enseñar, pues ha puesto la D antes de la C y ha hecho la F con tres palitos. El ama Perraut estira la tela y la examina atentamente.

—¿Y qué descubrieron en la tumba, a medianoche, bajo la luna?

La mujer encuentra fácilmente el hilo de su relato.

A veces se equivoca y Martin la corrige:

—Así no, había degollado a los cuatro niños, ama, y no a dos.

Lleva bien la cuenta y no dejará que le quiten un solo cadáver. Pero tarde o temprano, corre a ver —«¡No sigas, espera!»— si la puerta está bien cerrada. La noche se puebla para él de castillos con fantasmas. Al día siguiente, mirará con desconfianza el paisaje familiar, los caballos en libertad con la melena revuelta, los ojos asustados; hasta las vacas le parecerán sospechosas.

«Y el señor cura, ¿no se parece a un vampiro con la boca llena de dientes?», se pregunta irreverente Martin corriendo hacia la iglesia para la clase de catecismo. Como los demás habitantes, Dios se contenta aquí con una casa baja. Filtrada por las vidrieras, una luz avara ilumina los colores del cielo o del infierno. Las estatuas de todos los tamaños hacen creer que algunos santos son gigantes y otros niños, lo que es cierto. Martin llega el primero; se arrodilla y esconde la cara entre las manos, como es de rigor. Al sentarse ve el armonio abierto y no puede resistir hacer: «do la-si-do, do mi-re-do…». El señor cura sale de la sacristía.

—Muy bien. Apuesto a que querías tocar «En el portal de Belén».

Ven, voy a enseñarte las figuras del nacimiento.

Detrás de las fuentes bautismales, en el hueco de un armario empotrado que huele a cera y a incienso, están las figuras del nacimiento en unas cajas donde se lee PASTORCILLO, REY NEGRO o JOSÉ. La más pequeña se llama EL NIÑO; la abren.

—Se parece a mí.

—Trata mejor de parecerte a él —murmura el señor cura—. Bien, mientras vienen los demás, recítame el credo.

Al poco rato un galope y risas ahogadas anuncian la llegada de los catecúmenos.

—Ya están aquí —dice el señor cura—. Martin: atiende bien la lección de hoy: es la más difícil y tal vez la más importante —añade para sí.

El señor cura contempla en silencio aquellas veinte cabecitas; en cada cara reconoce al padre o a la madre a quienes enseñó el catecismo a su edad. «¿Qué les queda? —se pregunta con ansiedad el viejo sacerdote—. ¡Si pudiéramos ser siempre niños!». Pues, en aquellas caras, ve ya el egoísmo, la aspereza, la violencia y tiene miedo de que esos granos germinen más de prisa que los granos de eternidad que él siembra obstinadamente en aquella tierra ingrata.

De pie, los veinte niños esperan impacientes: ¿por qué el señor cura los mira así y por qué le brillan los ojos?

—Sentaos. Maurice, saca las manos de los bolsillos. Hijos míos, ¿quién se acuerda de lo que os dije el jueves pasado?

Como respuesta, un fuego artificial:

—Jesús se paseaba y curaba a todos… Y todos le seguían… Miles de personas… No comían… Se habían olvidado de llevar la comida… Preferían oírle que comer… Estaban en la montaña… Y les dijo que se sentaran en la hierba…

—Pero no para comer —añade un testarudo.

—Bien. Os dije que pensarais esta semana en las primeras palabras que pronunció en esta montaña.

—Dijo…, dijo: «Bienaventurados los pobres de espíritu».

—¿Y qué significa?

De nuevo, el jaleo de las buenas voluntades:

—Quiere decir que los que son tontos tienen suerte en el fondo… ¡No! son los que no tienen dinero: así, tienen menos preocupaciones… ¡No! solamente quiere decir que hay que ser

bueno con los pobres…

El señor cura levanta las dos manos como para el *Dominus vobiscum*.

—No, no, hijos míos, eso no. Quiere decir…

Se para. Hace cuarenta años que trata de penetrar el sentido de estas misteriosas palabras, cuarenta años que sólo puede presentirlo e intentar vivirlo.

—Quiere decir —continúa después de un suspiro—, que hay que estar contento con todo lo que se nos ha dado, por simple o pobre que nos parezca. Y que cuanto más simple y pobre sea, más duradera y profunda será nuestra alegría. («Palabras, palabras —piensa el señor cura—; ¿cómo podrán comprenderlo?»). Escuchad, hijos míos, ¿os gustaría tener una radio? —Los ojos brillan—. Pero entonces —¡cállate, Robert!— no oiríais cantar más a los pájaros ni cantaríais vosotros mismos, y sería muy triste, ¿verdad? O un automóvil… —Los niños se miran haciendo chasquear los dedos—. Pero entonces os haríais personas que siempre tienen prisa, impacientes, imprudentes; querríais adelantar a los demás en la carretera; ya no miraríais el paisaje, querríais ir cada vez más lejos, y nada os dejaría satisfechos… Yo no digo que la radio o el auto, el progreso, el dinero no nos den satisfacciones; pero nos ponen en peligro de hacernos olvidar las verdaderas alegrías, las que son dadas a todos, ricos o pobres ¿comprendéis?

No, no comprenden; no pueden comprender que los pájaros puedan ser más valiosos que la radio y los cuentos del abuelo que las películas de *cow-boys*. El señor cura lo lee en aquellas caras de hombres que les da ya una mirada envidiosa.

—Además —continúa—, estas palabras significan también que el tiempo que pasa, es decir cada día, cada hora, cada minuto, es nuestra única verdadera riqueza. Así que no hay que malgastarlo. Esto lo comprenderéis mejor cuando seáis mayores —continuó con la voz alterada, pues sabe que entonces tampoco comprenderán nada de nada—. Pero yo quisiera que, desde ahora, cada día os parezca completamente nuevo. Cualquier mañana, hijos míos, cualquier mañana, todo puede cambiar. Basta no despertarse con sus enfados, sus rencores y sus celos de la víspera. Basta no ponerse a calcular, a combinar, a creerse más listo que los demás, ¿comprendéis? Sino, por el contrario, cada mañana, mirar a la gente

y a las cosas como si no las conocierais, disponeros a amarlas, a admirarlas. Cada instante, hijos míos, cada instante que pasa…

El párroco continúa; sin gran esperanza, pues la tentación de los hombres viejos es perder la esperanza. Marcel, el único de los veinte que tiene un reloj, mira la hora a hurtadillas; otro bosteza y provoca una reacción en cadena. El párroco baja a la tierra, hace recitar un poco, distribuye las notas y por fin abre la jaula.

De nuevo solo delante de aquellos bancos donde la correría de los niños ha dejado olvidados una boina, un pasamontañas rojo y hasta un ejemplar de *Tintín*; el suelo, como de costumbre, está lleno de envoltorios de caramelos pringosos. Un papel blanco atrae la atención del párroco: «Mi tío tiene un coche nuevo. Viene el domingo. ¡Formidable!». Despacio, el hombre viejo va a quemarlo en la vela que agoniza delante de la estatua de Bernadette, la niña pobre. «¡Bah! —se dice—, cuando no se puede plantar, hay que contentarse con sembrar…».

No puede imaginarse que en aquel mismo momento el señor Thirolaix pasea su desierto jueves con la misma sensación de desengaño. Acaba de corregir veinte redacciones sobre «Un buen domingo», donde sólo se trata de moto, de bocadillos y de cine. El señor Thirolaix se detiene delante del retrato de
J.
-
J.
Rousseau, que preside su cátedra, y le pide perdón.

Después de haber llegado el primero corriendo, Martin vuelve el último, despacio, con las manos en los bolsillos. No se atreve a respirar a fondo: tiene la impresión de que todas las palabras que acaba de oír están todavía ahí, en su pecho, con el aire que ha respirado en la iglesia. No quiere perderlas antes de haberlas comprendido; sabe que le son necesarias, pero ¿por qué? Sus dedos, en el bolsillo, agarran la castaña como un náufrago se agarra a una tabla, la única a su alcance.

Y de repente, se pone a correr hacia la casa, hacia el ama Perraut, hacia *Miarrou*: ansiaba mirarlos como si no los conociera, quererlos. ¡La cama dura, las sábanas ásperas, la silla desvencijada,

el plato hendido, la sopa de la noche, justo lo necesario y nada más! La exacta balanza entre lo que nos es dado y lo que nos es necesario… La única riqueza está en otra parte: en una mirada, en un gesto, en el calor de las criaturas. En los armarios, provisiones para un invierno, ropa para una vida y no pensarlo más: recibir cada día, sin preocupaciones de la víspera, aparte la fidelidad, ni preocupaciones del día siguiente, aparte la esperanza. ¡Bienaventurados los que prefieren el manantial a la cisterna!

Naturalmente, quien habla no es Martin, pero él debe presentir esta verdad, puesto que se siente oprimido y tiene que hacer un alto en el viejo puente para recobrar el aliento. Su mirada cae sobre el agua del río; le parece verla por primera vez. El agua corre, Martin ¡corre sin cesar! Desde hace mil años quizá; antes de que hayas venido a este lugar, y por la noche, mientras duermes, sigue corriendo. «Y siempre en el mismo sentido —piensa ingenuamente—. Los días y las horas hacen lo mismo…». Este pensamiento trivial lo fulmina. El primer encuentro de un niño con un lugar común es una herida que las personas mayores, si es que llegan a darse cuenta, tratan a la ligera. Martin, de quien sus padres se burlaban cuando les preguntaba si iba a crecer el día de sus cumpleaños, acaba de crecer de golpe: ha descubierto el tiempo, ha llegado al uso de razón. Las palabras del cura párroco y el silencio de aquel río lo han introducido en el mundo en que cada instante es importante; ya no saldrá más de él: solamente intentará huir de él, como cualquiera.

Por el momento, de todo esto siente un inmenso temor, demasiado pesado para él, y su primer movimiento es correr a buscar refugio junto al ama Perraut. Pero no, ella no puede nada, él se da cuenta; y, por vez primera, Martin siente la necesidad de rezar. Se arrodilla en medio del camino y, los ojos cerrados, dice en alto las palabras que conoce. Cuando llega al avemaría: «Dios te salve, mamá —dice—, llena de gracia…». Nunca ha pronunciado otra cosa; el ama y el señor cura no se han dado cuenta nunca. «Mamá, mamá llena de gracia», repite; y la garganta se le aprieta y los ojos le pican. El niño del pesebre, aquel hijo único, es él; y mamá, blanca y azul, es grande, presente y segura como el cielo. Tiene su estatua en todas las iglesias y es justo. ¡Mamá llena de gracia! Y sin embargo, ella está lejos de él; el río corre allí, pero el

tiempo de ella corre en otra parte. Todos esos días, todas esas horas sin ella, jamás Martin volverá a encontrarlos, lo sabe y es un pensamiento insoportable, insoportable.

El ama, preocupada por el retraso de Martin, sale a la puerta, pone la mano encima de los ojos y ve, en medio del puente, una pequeña sombra, un niño cuyos hombros parecen agitados por unas convulsiones. «Tss, tss, tss…».

Paseaba a grandes pasos por el jardín de la clínica. Era uno de esos días en que la primavera repite su papel sobre la escena del invierno. Era David contra Goliat: en el aire había algo, no se sabía qué —perfume, tibieza o el encanto de un mirlo desorientado— que, irónicamente, llevaba victoriosa a la primavera sobre los árboles desnudos y sobre el cielo muerto; y aquella promesa de retorno bastaba para hacer latir el corazón y hacer toda soledad inhumana. Con un paso como si fuera a algún sitio, Agnès daba vueltas en aquel jardín cruelmente dispuesto para dar a ciertos enfermos la ilusión de la libertad y para recordar a los otros sus límites. No reconocía nada de aquel planeta blanco que Martin y ella habían pisoteado juntos con una felicidad inmensa. Desde el día siguiente, su médico la había enviado a explorar otros mundos: le había prescrito una nueva cura de sueño para reparar la emoción nefasta que Martin…

—No debíamos haber autorizado esta visita, señora. Todo esto compromete gravemente el tratamiento del que soy responsable. Que en adelante no…

Personajes de blanco o de negro, todos hablaban el mismo lenguaje y hacían pasar su cliente antes que aquel niño molesto que no era el cliente de nadie. Agnès hubiera querido contestar al médico: «Se equivoca: lo que me mata es la falta de visitas». Pero había llorado toda la noche anterior y no tenía fuerzas para hacer frente a tres batas blancas. Por otra parte, tenía un recuerdo tal de aquel sueño en que, durante ocho días, Marc, aquella chica y los hombres de ley por fin habían zozobrado, que acogió la segunda evasión que le ofrecían con cierto alivio, aunque se daba cuenta de la cobardía que ello suponía.

Cuando salió del extraño coma y para reconcilarse con ella misma, Agnès decidió que estaba curada. Pero después de haber

hablado largamente con ella, el médico le aseguró con suavidad que no era así. Sin embargo, la repugnancia que acababa de causarle aquella conversación demostraba ya que ella no era la misma.

Agnès decidió escribir todos los días a Martin. «Mi pequeño conejo querido…». Pero, pensando en el trastorno que ella podía causarle, decidió, por sí misma, espaciar las cartas. No, verdaderamente, no era la misma.

La estancia de Martin en Sérignay había sido su tormento cotidiano: ¡qué raíces iba a plantar lejos de ella, en aquella orilla extranjera! Ahora, ella pensaba en él con tranquilidad: le parecía que era ella que, como antes, se encontraba confiada a la guarda segura del ama Perraut y que un pasado tranquilo venía a relevar el presente demasiado penoso. Sin embargo, no dijo nada al psiquiatra de tanto miedo como le daba la fragilidad de aquel andamiaje. Además estaba decidida a que nunca más, ni los abogados ni los médicos se ocuparan de Martin; Martin constituía su dominio reservado, el único finalmente. Cuando llegaba al fondo, cuando llegaba a creerse incapaz de retener a su marido, de vivir sin dinero, de trabajar —en suma, incapaz— le quedaba Martin, el amor, la confianza absoluta de Martin. Nadie, nadie podría reemplazarla respeto a él, salvo, por algún tiempo, el ama Perraut.

Cuando se despertó al cabo de una semana, había vuelto a encontrar a todos los personajes sobre el tablero: Marc, aquella chica (diecisiete años más joven que él y doce más joven que ella, y esto era más importante que aquello), los abogados, el juez. Nada había cambiado, sino que quedaba una semana menos para el juicio que, cada vez que pensaba en él, y era a todas horas, le parecía más insoportable; más fatal también. Y aquella mañana, porque imprudentes primaveras devolvían la vida a aquel césped o porque un mirlo cantaba, Agnès, como el pájaro, como las flores, recobraba la esperanza. El médico no hubiera dejado de atribuir esta mejoría a una de sus drogas o de ver en ella una «peligrosa remisión» y hubiera redoblado la vigilancia; pero, precisamente, le importaba un comino el médico.

Al pasar delante de un pabellón, vio su cara reflejada en una ventana y sonrió: Marc la hubiera encontrado guapa. Marc… Tuvo la tentación de llamarlo por teléfono, para nada, para oír su voz, la voz de su marido.

—De su marido —dijo en voz alta, y el mirlo le contestó. «En este mismo momento, trabaja en su despacho, bajo el retrato de mi padre. Sobre su mesa, la foto de Martin…». Agnès se esforzaba en creer que nada había cambiado, que hubiera bastado una llamada telefónica a Marc y un telegrama a Martin para que al día siguiente por la tarde, en Neuilly, los tres…

Apresuró el paso como para huir de una presencia molesta, pero ésta terminó por imponerse. Aquella chica —¿cómo se llamaba?— Marion, ¡quién sabe si Marc no se estaba cansando ya de ella! ¡Quién sabe si, algunas noches, él no sentía también aquella soledad que estaba matando a Agnès! Quién sabe… ¡Oh!, saber, saber…

El sol tímido proyectaba sobre la avenida la sombra de una mujer joven de pelo revuelto que se parecía a la novia de Marc Lapresle. Los ojos de Agnès se llenaron de lágrimas. «No le hablaré nunca de esta aventura —decidió—. Cualquiera puede enamorarse de cualquiera, pero la felicidad, la felicidad… Nosotros dos éramos felices, ellos no pueden serlo».

Un viento tibio la envolvió; Agnès recordó el sol del veranillo de san Martín que le esperaba a la salida del despacho del pobre Maucouvert y como, aquella otra mañana, había recobrado igualmente la esperanza, sin más motivos.

—No, no —murmuró—, desde entonces todo ha cambiado.

Era cierto; por fin acababa de relegar su amor propio y aceptar que Marc tuviera unos sentimientos parecidos a los suyos.

Sin embargo, a la vuelta de una avenida y antes de lo que esperaba, vio la verja abierta: abierta sobre lo desconocido, sobre las responsabilidades que tenía que tomar y todas las discusiones que tenía que sostener. Un desconocido pasó por el camino, un coche a lo lejos hizo chirriar los frenos. París… Todos aquellos desconocidos y todos aquellos coches, el torbellino de la gente, el ruido, el timbre del teléfono, los papeles, los papeles… «No estoy todavía muy fuerte —se concedió—. Estoy curada, pero convaleciente. Un poco de tiempo, algún tiempo todavía…». Agnès se mendigaba a ella misma.

Era la hora de sus tres píldoras, la verde, la amarilla, la colorada; con un paso cansado, se dirigió a la clínica. «Un día… pronto… mañana, sí mañana…». Esta vez, su sombra, con diez años más a cuestas, la precedía.

La primera escaramuza tuvo lugar el miércoles. Martin volvía de la panadería con un pan grande debajo del brazo. Había dejado pasar delante de él a los otros clientes para respirar durante más tiempo el olor caliente que da hambre y tranquiliza. Ahora corría, comiendo el corrosco y matando con el pan como una ametralladora, todos los animales que se encontraba en el camino.

Entonces se acordó que no había dicho la oración de la mañana. Como todos los neófitos, respecto del cielo, era tan escrupuloso como un sacristán. Se puso a rezar el padrenuestro deteniéndose en su frase preferida: «Venga a nosotros tu reino…». Le parecía que si el reino de Dios llegaba no tendría que desear nada más. Cuando llegó a «El pan nuestro de cada día dánosle hoy», pensó que esta petición era inútil, puesto que el pan de aquel día ya lo tenía en sus manos.

Entonces fue cuando recibió por la espalda un golpe violento y pensó instantáneamente que el cielo le comunicaba personalmente su desacuerdo. Hombre de poca fe, se volvió: era Marcellin Milcent, de vuelta de la panadería, que acababa de darle un golpe con el pan. Martin iba a insultarlo, pero vio el pan de cuatro libras que lo amenazaba de nuevo; cogió el suyo con las dos manos, paró el golpe y lo dejó caer con fuerza sobre el brazo de Marcellin. Éste tuvo que soltar la libreta, que rodó por el suelo. Esperaba que su adversario posara el pie encima para marcar su victoria; pero «las Bellas Imágenes» de Sérignay exigían que en caso semejante el caballero recogiera el arma él mismo y la devolviera al enemigo, lo que Martin hizo. «¡Gilipollas!», gritó Marcellin y el duelo recomenzó con un encarnizamiento tal que el pan del felón se partió en dos. Esta vez recogió los pedazos bajo los golpes de Martin que renunciaba completamente a aplicar los preceptos del señor cura y que, dejando para más tarde los remordimientos, se sentía satisfecho. El otro niño huyó diciéndole el insulto que había llegado a ser el refrán rabioso de los niños de Châtillon: «¡Vuélvete a París, parisiense!».

La segunda escaramuza —aunque fue más bien una batalla— pasó dos días más tarde. Cuatro niños —los mosqueteros de la cobardía— asaltaron a Martin en cuanto se vieron lejos de la escuela, con el gran Ferdinand a la cabeza, el único de todos ellos a quien Martin deseaba apasionadamente tener por amigo. Esto le impidió a Martin defenderse inmediatamente: le parecía imposible

que Ferdinand… Y mientras Martin reservaba sus puñetazos para los otros tres, Ferdinand le asestó uno en la cabeza. Los libros y los cuadernos rodaron por el camino.

—¡Toma —gritó el otro dándole un puñetazo—, agárralo «mi pequeño conejo querido»!

Martin se echó sobre el libro de lectura entre cuyas páginas guardaba las cartas de su madre para releerlas en clase; habían desaparecido. Ferdinand blandía el paquetito de color azul; este sacrilegio lo puso rabioso y la amistad frustrada se cambió de golpe en odio verdadero; la pelea se convirtió en duelo.

Ferdinand era mucho más fuerte que él; tenía ya las manos de un hombre, pero el honor no combatía de su lado: Martin ganó. Descubría peligrosamente el poder del odio; era la primera vez que luchaba verdaderamente porque era también la primera vez que alguien no lo amaba. El pensamiento que, instintivamente, le había venido al ver la jauría, había sido llamar a su padre en auxilio, o más bien esperar a que la misteriosa potencia sobre la cual contaba todavía previniera a su protector. Pero los insultos de sus enemigos le recordaron que estaba solo; pues, mientras que Martin arreglaba las cuentas a Ferdinand, los otros, cobardes como todos los testigos, le gritaban: «¡Parisiense!… ¡Tu madre está chiflada!… ¿Con quién se acuesta tu padre?…» y otros insultos igual de incomprensibles para Martin, pero que, cada vez, le daban más fuerza.

Al final, como la victoria cambiaba de campo, los tres acudieron en auxilio de Ferdinand: ¡raza de Caín, más vil que él que, por lo menos, luchaba uno contra uno! Después de la violencia, Martin descubrió la astucia; fingió caerse: era para recoger su bolsa de bolas, que la agitó en el aire para obligar a que el otro lo dejara. Era sólo una amenaza: nunca se hubiera atrevido a utilizarla como una honda o un arma. Y en seguida los otros adivinaron que Martin era de la raza de Abel, la raza que prefiere recibir los golpes antes que darlos. Todos le atacaron y cuando iban a darle el golpe de gracia una voz aguda gritó:

—¡Cuidado, chicos! ¡El señor Thirolaix!

Esta pequeña bomba bastó para dispersar a la tropa: los cuatro huyeron en dirección opuesta a la escuela y se escondieron. Martin levantó los ojos y vio a Zezé.

—¡Rápido!

Recogió los cuadernos y los libros, así como el paquete de cartas que Ferdinand había abandonado en el terreno, y cogió de la mano a la niña. Hasta entonces no había cogido nunca una mano más pequeña que la suya.

—Bajo el puente —le dijo en voz baja.

Bajaron una cuestecilla cuyos guijarros rodaron a sus pies y se acurrucaron bajo el puente, como dos pájaros de invierno en el borde de un tejado.

Entonces Martin, escondiendo la cara entre las manos, estalló en sollozos; no de daño, aunque sangrara, sino de vergüenza: cuatro contra uno, sus padres insultados, y él vencido y llorando delante de la única persona en el mundo a quien le hubiera gustado consolar. Y como lloraba por llorar, era algo sin fin.

Zélie Templéreau estaba conmovida. Desde el primer instante había querido a aquel niño que se parecía tan poco a sus hermanos. Pero, ahora, se sentía invadida por un sentimiento completamente nuevo que la colmaba y la espantaba: la certeza de que ella sola podía consolar enteramente a aquel pequeño desconocido y de que en adelante su papel sería proteger y consolar en silencio a alguien más fuerte que ella. Probablemente, ella acababa de llegar también al uso de razón.

La niña intentó distraer al niño:

—¿Sabes hacer rebotes? Mi abuelo me lo ha enseñado: coges una piedra pequeña lisa…

Martin siguió con sus ojos el guijarro que danzaba sobre el agua y de repente se hundía. Pero el agua le recordó el curso irreversible del tiempo y que, mientras lloraba allí, su madre vivía lejos, sin saberlo. Hizo el vacío en él para oír la entonación de su voz cuando decía «mi conejo querido» y esperó (al mismo tiempo que lo temía un poco) que la niña, contra él, cuyo calor y perfume especial sentía, fuera a pronunciar estas mismas palabras. Pero, más sorprendente todavía, instintivamente, con una pureza absoluta, Zélie posó un instante sus labios sobre los suyos. Consolado, exaltado, vencedor, Martin cogió la cara de la niña entre sus dos manos, puso su boca contra la suya, siguiendo el ejemplo de los enamorados de Nantes, y aspiró con todas sus fuerzas. Zélie se debatía y se separó de él bruscamente:

—Pero ¿qué haces?

—Es así como se hace cuando dos personas se aman —afirmó, bastante corrido.

—Pues… —La niña estaba todavía sofocada—. Pues a mí no me gusta eso.

VIII

«COGES UNA PIEDRECILLA LISA…»

El amor de Zélie Templéreau llegó a tiempo para relevar la pasión que Martin había consagrado imprudentemente a la escuela. Su dios completamente nuevo estaba en dos personas: una vestida de negro, el señor cura, la otra de gris, el señor Thirolaix. La escuela se había convertido en su patria, el único lugar donde, lejos de las personas mayores que tanto cambian, un niño solo podía, en el exilio, encontrar compañeros y quizá hasta un amigo. Ciertamente, en clase, tenían que aprender las provincias, nunca les hablaban de medicina, y los otros chicos le llamaban «el Parisiense»; pero, hasta el día en que Ferdinand y los tres cobardes lo atacaron, Martin salía cada mañana para la escuela muy contento. Los arañazos, los chichones y los cardenales que le hicieron en la pelea no fueron nada comparado con la otra herida. No dijo ni una palabra al ama Perraut: no quería ser consolado más que por Zezé. Además, tenía miedo que la vieja mujer le explicara los insultos misteriosos proferidos contra sus padres. El ama hubiera podido reconocer así, embellecidas de velada en velada al amor de la lumbre, las confidencias que había tenido la imprudencia de hacer a las otras lavanderas. A orillas del río, lavaban en familia la ropa sucia de los demás, y las desgracias de Agnès las conocían todos en Châtillon, excepto Martin.

Martin había tenido que volver a la escuela. Por bravata, se aplicaba más que antes; pero no dirigía la palabra a nadie por miedo a encontrarse un buen día con un enemigo que antes había sido su amigo. Si tenía que caer una vez más ¡que no fuera de tan

alto!

Zélie Templéreau y él se encontraban todas las tardes bajo el puente. Como el ama se extrañaba de que volviera tan tarde, Martin había inventado: «El señor Thirolaix nos hace quedar más tiempo *a causa del segundo trimestre*». Pero al verla menear la cabeza como si él dijera una evidencia, Martin había sentido más apuro que alivio. No le gustaba engañar a las personas mayores, sobre todo después de que los niños lo habían traicionado.

Martin llegaba siempre el primero a la orilla del río, feliz de esperar, feliz de tener un poco de miedo del eco, de la espuma entre las junturas de las piedras y de aquellas gotas frías que caían de la bóveda. Atento a los pasos de Zélie jugaba a adivinar su llegada, que de tan ligera a veces burlaba esta vigilancia. La niña aparecía siempre más blanca, más fina, más rubia que el recuerdo que guardaba de ella. Tanta era la emoción que entonces invadía a Martin que el corazón le latía con todas sus fuerzas; le parecía que su cuerpo no era suyo, y esto tan pronto lo encantaba como tan pronto lo espantaba. De la bóveda húmeda caía un frescor muerto; del río subía un frescor vivo, pero los dos niños gustaban de estremecerse, no sabiendo demasiado si era de temor, o de la turbación desconocida que los habitaba. Cuando oían pasar a un coche por encima de sus cabezas, o voces que luego desaparecían, se callaban y se adosaban a la pared del puente. Una vez, los zuecos sonoros se pararon justo encima de ellos.

—Nos han visto —dijo Martin tontamente (pues estaban en el sitio de donde eran menos visibles).

—No, hombre. Es Jacquot. El abuelo está ahí —añadió la niña con un tono extraño.

El chico, que no había visto su sonrisa, admiró su valor. La niña hablaba con una voz muy fina, aguda; con frecuencia, a causa de ella, Martin se estremecía oyendo el piar de los pájaros adelantados a la primavera. En el fondo, era la primera vez que oía cantar a los pájaros: sólo descubrimos las maravillas por el amor. En la escuela, el profesor le tenía que llamar la atención cada vez más a menudo con un «¡Martin, estás soñando!» que hacía burlarse a los demás. «Sí, señor», contestaba él sinceramente. No se sentía culpable en absoluto por no escuchar nada más que ese pequeño canto agudo en el fondo de su memoria. O a veces, sentía pánico con el

pensamiento de que, dentro de un momento, iba a ver a Zezé. ¿Qué le diría? Y pensaba, pensaba… «¡Martin, estás soñando!». «Sí, señor».

Parisiense, escolar de paso e intruso del segundo trimestre, Martin había pretendido ganarse la estima de sus compañeros hablándoles del *Porsche*, de la «diosa», las vacaciones en la nieve, la Costa Brava, sin sospechar que aquellos relatos no hacían más que acumular la rabia de sus compañeros contra él. A Zélie le contaba las mismas cosas, por supuesto. Y ella le hablaba de la granja, de los animales, de la cosecha, de los domingos. Él la escuchaba con ansiedad: ¡le hubiera gustado tanto que los dos reinos se comunicaran! Y cuando uno había terminado de hablar el otro empezaba y cambiaban de planeta.

Se querían, no tenían reloj, el tiempo pasaba sin que se dieran cuenta. Cuando el arroyo, a sus pies, pasaba claro, significaba que más arriba las lavanderas se volvían a sus casas, después de batir, de aclarar, de retorcer la ropa y de charlar, naturalmente. Entonces, los dos niños daban un salto y, después de un último beso y de otro último beso en la mejilla, salían corriendo con la tarde que caía. En cuanto llegaba, Martin se afanaba en las tareas de la casa: la leña, el grano, la leche, los huevos… El ama lo miraba en silencio: ¿se hacen preguntas a quien se agita tanto? Martin contaba con ello. Además, todos aquellos trabajos lo llevaban al reino de Zélie; la misteriosa pobreza de la que el señor cura les había hablado el primer jueves, había tomado forma a sus ojos: la de una niña con una cola de caballo rubia. Ésta, por el contrario, apenas llegaba a su casa, caía en un ensueño. Ella, que nunca había conocido más que casas bajas y carros con burros, pensaba en un desván, en una «diosa», en un *Caravelle*.

—¿Por qué me miras así? —preguntaba su hermano Jojó (Georges o Joseph, ya no se acordaba), diez años.

—¿Cómo qué?

—Como si no me hubieras visto nunca.

Es una buena definición del amor. Martin ¡ay! iba a aprender otra: Zélie tuvo que ir a pasar unos días a casa de una tía, hermana de su padre, en Challans y el niño acabó por descubrir el tiempo, nuestro enemigo mortal. De repente, porque la niña no iba a las citas del río, echó de menos a su madre de una forma intolerable.

Inmediatamente empezó a detestar al ama, la impávida, que continuaba su trotecillo diario como si nada hubiera cambiado. Pero a tiempo se dio cuenta de que, en aquel desierto, el ama seguía siendo su roca y multiplicó, con la misma rapidez, aquellas demostraciones de cariño que la vieja mujer detestaba: «Nos damos un beso, buenos días, buenas noches, y cada uno en su casa». Desanimado por tanta frialdad, incomprendido, definitivamente solo, Martin volvió a sentir en su corazón el invierno, en el mismo momento en que la naturaleza entera salía de él estirándose.

Una vez terminada la clase de la tarde, corría a esconderse debajo del puente con una deleitación enfermiza que él tomaba por fidelidad. «Un solo ser nos falta…». Martin inventaba el Romanticismo. En todo dominio, el genio de la infancia es descubrir lo esencial sin conocer el nombre que lleva.

Bajo la bóveda pensativa y sorda, Martin monologaba a dos voces. O escupía en el agua y miraba cómo iba a la deriva, cómo formaba remolinos y se perdía aquel pequeño islote de una espuma menos pura que la otra. Cuando ya no tenía más saliva ensayaba rebotes con los guijarros. «Coges una piedra pequeña lisa…». ¡Oh!, la voz de pájaro… ¡La niña hablaba, en aquel mismo momento, a su tía que era sorda! Martin descubría también la absurdidad testaruda del mundo y, como los niños no poseen ningún sentido del humor, se moría de tristeza. Cogía una piedra pequeña, lisa, y no le salía; estaba seguro, seguro, seguro de que, si lograba una vez el rebote, Zezé aparecería inmediatamente.

Muy pronto todas las piedras lisas estuvieron en el lecho del arroyo y se volvió a casa.

—Vuelves muy tarde de la escuela —observó el ama—. Al menos, supongo que te aplicarás. Tendré que ir a hablar con el señor Thirolaix.

—Nunca en el segundo trimestre —dijo Martin precipitadamente, avergonzado de ver que la vieja mujer caía una vez más en la trampa—. Pero estudio mucho, ¿sabes? Mira los cuadernos.

—No tengo las gafas —contestó la vieja mujer volviendo la cabeza, pues sentía que se ponía colorada.

Los pobres sólo tienen vergüenza de lo que no es culpa de ellos: no sabía leer. Así, Martin y la vieja mujer se mentían uno al otro

para guardar sus secretos.

Aquella noche, el niño no logró dormirse. A fuerza de pensar en Zezé, el corazón le latía con fuerza. Se tocaba las piernas; la piel le parecía muy suave y se preguntaba si la de la niña no lo sería todavía más. La conciencia nueva con la que el señor cura le había armado no veía en ello ningún mal; sin embargo, presentía con delicia que era un juego peligroso. Satanás cuenta sobre todo con los preliminares.

En la otra cama, los ronquidos del ama cogían el ritmo de crucero: la apacible travesía de la noche comenzaba. «Estoy solo», pensó Martin, y se sintió investido de un poder singular. Saltó de la cama despacio y se acercó a la otra cama. Era una noche de luna alta; el hueco bajo de la chimenea irradiaba un resplandor de amanecer. La vieja mujer hacía la plancha en el océano del sueño y sólo su cabeza emergía de la espuma de las sábanas. Martin la observó; de pronto, le vino la idea impertinente de cortarle aquel pequeño mechón de pelos que le salía de la mejilla y que, maquinalmente, la mujer movía con un dedo cada vez que le preguntaba algo al niño. Aquel mechón que, cuando lo besaba, le hacía cosquillas, era su enemigo. ¿Quién sabe si, privado de él, el ama perdería el sexto sentido que poseen las personas mayores y que detecta con tanta seguridad las mentiras y las comedias de los niños? Desde el beso de Zélie, Martin reclamaba en las veladas cuentos de hadas en vez de los cuentos de miedo de antes; estaba obsesionado por los sortilegios y los talismanes. Desarmar a un encantador durante su sueño ¡qué suerte inesperada para un Pulgarcito! En la cesta donde estaban juntos la calceta y el alfabeto de punto de cadeneta, cogió las tijeras y, sin temblar, pero con algo de miedo, cortó en aquella mejilla pálida el don del hada viviente. Embajador de potencias infernales, *Miarrou* lo miraba, impasible. Aquel gesto absurdo acabó de conferirle a sus propios ojos un poder del que no se sentía enteramente dueño, como no lo era completamente de su cuerpo cuando pensaba en Zélie Templéreau.

Martin salió, casi desnudo, en la noche espaciosa y lívida como un vestíbulo de estación desierta. Corría un aire fresco, pero puro, que ningún humano pululaba y con el que los pulmones desnudos de los árboles se hartaban en silencio. Este silencio mismo confería al espacio una tercera dimensión donde Martin se sintió crecer.

Sabía que una sola palabra proferida hubiera bastado para romper el encanto y tenía su boca tan apretada que se parecía a la de la vieja mujer cuyos dientes descansaban en el fondo de un vaso de agua, semejantes al grito de un ahogado. Igual que había sorprendido la cara del ama Perraut, Martin descubría ahora la cara nocturna de la casa y del pequeño jardín. ¿Pequeño? Al contrario, inmenso, sin límites: por la noche, todo se hacía más grande, nada dormía, y la Creación entera caía en un profundo ensueño. Pasó por el huerto; los puerros daban una sombra muy clara. ¡Cuántas existencias! ¡Cuántos secretos! «Esto es rezar», se dijo de repente. Una fila de puerros acababa de revelarle este misterio: bajo una luz lejana, pero segura, sentirse a la vez pequeño pero único, atado pero libre, solo y sin embargo seguro. En la alta noche de la oración, la Esperanza alcanza su colmo, justo en el momento mismo que la Angustia.

Martin, en el desierto lunar, sintió de repente la certeza de que nada lo separaba ya de su madre, de Zélie, de sus amores; que una y otra velaban en sueños y correspondían misteriosamente con él; que la noche abatía todo obstáculo entre los que se aman. De todo esto, ¿cómo hubiera podido expresar una sola palabra? Pero sentía lo esencial de ello con una fuerza tanto más dolorosa cuanto que no comprendía nada, y permanecía allí, encantado, tiritando, incapaz de arrancarse de la invisible compañía.

De pronto, sintió, a lo largo de la pierna casi desnuda, una caricia caliente que no lo hizo sobresaltar de tan envuelto que se encontraba por aquellas presencias. Era *Miarrou* que venía a buscarlo en nombre de lo tibio, de lo blando, de lo confinado y se negaba a dejar a su amigo como rehén de aquella Noche tan peligrosa y que él conocía mejor que el niño.

«Ven —murmuró Martin. (No le hablaba con demasiada ternura por miedo a que el gato, con un simple ronroneo, le rompiera el encantamiento)—. Ven…». Lo llevó hasta el puente y se inclinó sobre el río profundo de repente. ¿Esperaba encontrarla allí dormida? El niño se estremeció al verla tan viva y como impaciente de aprovechar el sueño de los hombres para precipitar su huida. Aquel tiempo inexorable entre su madre y él, entre Zélie y él… Martin tuvo miedo de repente y, sin quitar la vista de la serpiente fascinante de las aguas, buscó con la mano la piel negra. Se sintió

feliz al tocar entre sus dedos algo vivo y caliente, feliz de oír aquel maullido que rasgaba la noche y alejaba los sortilegios. Martin se dio cuenta de que le temblaba todo el cuerpo; se sentía a la vez ardiendo y helado. Se volvieron hacia la casa; las piernas le fallaron varias veces; y *Miarrou* le seguía —misión cumplida— con el rabo levantado y rígido como una antena.

Al día siguiente por la mañana, el ama frunció el ceño: «¡Estás igual de colorado que un sábado por la noche!». Puso su mejilla contra la frente de Martin, cosa que indicaba con más precisión que ningún termómetro la fiebre del niño. La barba rapada le picó como cien agujas y su sobresalto debió poner en guardia a la vieja mujer, pues se llevó el índice a su mejilla; sus ojos se abrieron de sorpresa.

—Tienes una fiebre *mala* —dijo, y Martin pensó en secreto que, aquella noche, era buena.

Para los animales, el ama hacía venir al «práctico» y para ella al curandero; pero para el hijo de Agnès, el ama fue a buscar al médico que era un hombre joven. Martin le preguntó con una voz lánguida si le pondría tubitos en el culinetes. «¡Pues sí —pensó el médico—, está delirando!». Y le recetó unos supositorios.

El día en que volvió Zélie, ella acudió la primera a la cita del arroyo. Feliz y confuso de que se le hubiera adelantado, Martin la miraba desde bastante lejos en silencio.

—¿Por qué no vienes? ¿Por qué no me hablas? —preguntó la niña.

Pero Martin «estaba poniendo a punto», como dicen los fotógrafos: ajustaba con la verdadera Zélie la imagen que se había formado de ella en su ausencia. Todo volvía a ser sencillo y seguro, definitivo.

—¿Quieres ser mi novia? —preguntó al fin con una voz un poco ronca.

La niña se quedó en silencio; Martin vio, sobre su cara, el sol que se escondía y volvía a aparecer: la alegría sucedía a la gravedad.

Al final, la niña bajó dos veces la cabeza cerrando los párpados, pero sin una palabra. Entonces, los dos sonrieron tímidamente, como si acabaran de conocerse.

—¿Cómo se hace para ser novios?

—Creo que hace falta sangre. —La niña dejó de sonreír y su rostro se crispó—. ¡Tú, no! —continuó Martin caballeroso—, sólo yo.

Buscó una piedra pequeña, puntiaguda esta vez; era oscura y triangular. Trazó una cruz cerca de su puño izquierdo, pero salía blanca y no roja. Insistió casi con rabia y al fin apareció la sangre, al mismo tiempo que el dolor. Aquella mano doliente Martin la tendió a su novia; el pequeño vampiro aplicó sus labios contra la cruz escarlata, aspiró muy fuerte. «Con tal de que pare de salir», pensó. El niño se veía ya exangüe al borde de un río que poco a poco se teñía de rojo, y Zélie llorando en vano por su caballero bajo la bóveda sepulcral.

Al volver más pronto que de costumbre a la rue des Granges, Marc choca, en el vestíbulo minúsculo, con la estatua del Comendador. Chaqueta, guantes y cabello blancos, es el camarero que ha encargado para la cena de aquella noche. Marion conocía al marido de una portera del barrio que…, pero Marc no confiaba mucho en ella en este dominio. «Tendré que enseñarle…». Con el inventario de todo lo que Marion debe aprender, Marc se espanta a veces o se tranquiliza con muy poca cosa: «En París, cuando se tiene el sentido de las cosas, basta conocer una docena de números de teléfono…».

¿Ha perdido ya el recuerdo de los primeros meses de su matrimonio y de su admiración irritada por Agnès? ¿Por la soltura y el «sentido de las cosas» de Agnès y, sobre todo, por su abominable talento para hacerse servir? Hoy, Marion se sabe pobre, como él se sentía provinciano. «Yo le enseñaré…». Para Marc, este aprendizaje toma figura de revancha.

El *maître d'hôtel* le ayuda a quitarse el abrigo, pero de una manera tal, arrogante y servil al mismo tiempo, que el señor de la casa se siente como invitado. ¿Señor de la casa? No lo será verdaderamente hasta que esté en el apartamento que se está construyendo cerca del parque Monceau; pero en realidad no está muy impaciente de verlo acabado ni de terminar esta segunda vida de soltero que lo rejuvenece impunemente.

Esta noche ha convidado a una «cena de solteros» para presentarlos a Marion —no, para presentársela— a unos amigos solteros y a

y a Alain Devillars, el padrino de su hijo. Y acaba de acordarse, no sin apuro, que, el año que se prometió con Agnès, había reunido alrededor de Agnès exactamente a los mismos convidados (y algunos otros, muertos desde entonces). ¿Cómo no comparar la que presidió la mesa entonces y la que va a presidirla ahora? Agnès era tan bella como Marion, pero de una de ellas hay que hablar en imperfecto; ¡qué injusticia! ¿Con qué derecho Marc detiene el tiempo en beneficio propio solamente?

—Gracias. ¿Me puede decir su nombre?

—Adrien, señor.

—Pues bien, Adrien, cuando lleguen esos señores…

—La señora ya me ha dado instrucciones, señor.

—¿La señora?… ¡Ah, sí!

Marion, que ha terminado de peinarse, acaba de oír este diálogo y en el espejo se ve la cara de una niña desgraciada. Las lágrimas le salen a los ojos y en sus labios aparece esa mueca que a Marc le gusta tanto, lo que la consuela un poco. «Nunca tendrá confianza en mí», se dice (pero para eso haría falta que ella misma tuviera confianza en ella).

Aquí llega Marc, Marion sonríe.

—Cariño —empieza él—. Cariño, ¿no has olvidado nada?

—Creo que no. No sé.

—¡Sí, claro que lo sabes muy bien!

A Marc no le gusta la falta de seguridad de Marion, pues entonces la suya vacila. «Desde el momento en que he apostado por ella…». Toma su vanidad por una prueba de amor.

—Querido…

Esta palabra basta para enternecer a Marc; Marion siente así, de vez en cuando, que su poder queda intacto. Sí, cuando la cabeza grande redonda se abandona sobre aquellos tiernos arrecifes: el hombro tan joven, el cuello frágil, el secreto detrás de la oreja y aquella nuca, calor, vello, perfume. Marc coge a Marion en sus brazos y vuelve a encontrar su certeza. La besa y dice sonriendo:

—Eres la única mujer que no me ha dicho jamás: «¡Cuidado, vas a despeinarme!».

Marion hace un gesto encantador: se despeina ella misma, deshaciendo con sus propias manos su paciente trabajo, y se cuelga

del cuello de Marc.

—Tú eres el único hombre.

—¿El único que qué?

—El único, a secas.

«¡Cómo la quiero!», piensa él (pero nunca: «¡Qué feliz soy!»). Después frunce las cejas; vuelve a la realidad: las flores, el whisky, los puros —Agnès no soportaría el olor— los zumos de fruta, el…

—¡Ah, y mi camisa azul!

—La he planchado yo misma.

—Querida, no quiero que hagas esa clase de trabajos.

La querida criada, Marion huele muy bien la trampa; pero ¿cómo confesar a Marc que, desde que ha dejado de trabajar, se aburre hasta llorar? ¿Y que dejar de ir a la compra, de hacer la comida, de planchar, la espanta tanto como el que aprende a nadar le espanta perder pie?

—Lo sé —miente—, pero tu camisa azul es diferente: la hemos elegido juntos.

Nunca olvidará aquella tarde de compras. Marc le metía prisa para que decidiera ella sola, para que comprara, fingiendo que tenía confianza en ella, con indiferencia, cuando, a sus ojos, ella estaba pasando un examen decisivo: ni prodigalidad ni mezquindad, ni altivez, ni familiaridad con aquellas dependientas cuya condición había sido la suya antes, y el gusto ni vistoso ni triste… Pero Marc, en aquel dominio, había aprendido todo de Agnès: era ella quien juzgaba a Marion por tercera persona y, una vez más esta misma noche, la cena no es más que una prueba que preside el fantasma de Agnès. Primero, los amigos solteros de la infancia; después, si Marion se muestra digna, Marc la presentará a las mujeres de sus amigos. Esta perspectiva la paraliza; detrás dela frágil barrera de su *tête-à-tête*, Marion siente subir la ola de los celos, de la curiosidad, de la malevolencia. Un día tendrá que abrir las compuertas; de antemano, Marion sufre, y más por Marc que por ella misma. O mejor dicho, el pensamiento de que él pueda tener vergüenza de ella…

Así vive Marion el día presente, el instante presente, ignorando que sus temores y su humildad son sus más seguros aliados, y que nada la alejaría de Marc con mayor seguridad que esa soltura excesiva que ella envidia a las demás mujeres.

—Amor mío, cambia de corbata… ¡Para darme gusto!

Es la misma que llevaba el día del acto de conciliación; Marion lo recuerda; Marc lo ha olvidado y no sabe por qué se lo pide.

—Que la cambie por otra elegida por ti, ¿verdad?

Marion asiente con un movimiento de cabeza, para no mentir. Marc se siente feliz de verle una debilidad y de poder satisfacérsela con tan poco.

Marion dejó un momento la puerta entreabierta: desde allí oyeron el pequeño tumulto de los cuatro hombres solteros; después, oyeron el portazo del portal, después, nada más. Marion se volvió hacia Marc; no solamente sus ojos (que la alegría y después la inquietud volvían inmensos), sino también su cara entera lo interrogaban.

—Has estado maravillosa, querida, ma-ra-vi-llo-sa.

Ella bajó los párpados. ¿Tendría siempre, para estar ma-ra-vi-llo-sa, que pesar y filtrar cada una de sus palabras, de sus gestos? ¿Se podía ser feliz en estado de alerta? Marc no parecía haberse dado cuenta de nada. Sin embargo:

—¡Me parece que

P. L. T.

te hacía la corte de una forma desvergonzada!

—¡Qué va! Se ocupa demasiado de él mismo. En cambio, tu amigo Alain Devillars…

Marc hizo un gesto de despreocupación. Ella murmuró:

—¿Ya?

—No, no —dijo con viveza—, pero, comprende, Alain es un seductor.

—¿De profesión?

—De nacimiento: es más fuerte que él.

—A mí no me gusta eso.

Era eso, por el contrario, lo que, aquella noche, le había dado confianza y le había impedido sufrir al ver a Marc, ganado por la *soltería* de los hombres, descuidarla.

El aire olía a puro, a flores, a comida; un olor que se agriaba aquella noche, pero seguía todavía vivo. Marc, a quien el vino le había despertado el instinto de vivir, gozaba de aquel minuto.

—¡Prepárame el baño, querida!

Abrió las ventanas y respiró profundamente la triste verdad de París. Era precisamente la noche en que su hijo se paseaba bajo la luna tiritando. Marc, de repente, se puso a pensar en él, lo que reavivaba una especie de remordimiento contra el cual movilizaba en vano su buena conciencia. Pronunció el nombre de Martin en aquella noche desierta, primero en bajo, después cada vez más fuerte, como para amaestrar a aquel pequeño extraño, aquel pequeño juez. «¡Nada! ¿Ni siquiera el derecho de ser feliz un solo momento?». Olvidaba que él solo había preparado todo para su placer: si no era feliz («Es una palabra de mujer», decía maliciosamente a Agnès), ¿de quién era la culpa?

—¿Me llamas? —preguntó de lejos Marion.

—No, no.

No añadió «querida»: la confrontación Marion-Martin le daba cierto malestar. Se volvió hacia la noche, boca inmensa, inmensa oreja. «*Mi* papá…», como decía Martin, ese posesivo que los tranquilizaba a los dos, Marc lo oyó resonar en él: nunca se oye más que lo que se espera. Por primera vez desde la Navidad frustrada de Sérignay, de pie delante de aquella ventana abierta a las tinieblas, oía claramente la voz, la entonación de Martin: «Mi papá…».

La decisión la tomó en un instante: saldría al día siguiente para Vendée, a verlo. No, pasado mañana, pues al día siguiente presidía un comité de dirección. Su agenda hablaba ya más alto que su corazón, el mal de los importantes. Pasado mañana… ¡Pero qué noche maravillosa iban a pasar! El hecho de que sus amigos hubieran deseado a Marion, la hacía a ésta más deseable que nunca.

—El baño está casi preparado, amor mío.

Antes de salir del salón, cerró maquinalmente un cajón de la cómoda que estaba abierto y, como ocurre con frecuencia, otro se entreabrió con el golpe. Marc vio unos objetos insólitos en él; abrió completamente el cajón y descubrió los vestigios de la juventud de Marion que ésta disimulaba allí imprudentemente: la foto de una mujer vulgar que debía ser la madre de Marion, algunas figurillas de feria, y de esas joyas de bisutería. Marc se quedó sin saber qué hacer; todo aquello le daba horror: aquellos restos del pasado ponían en juego el futuro. «¿No se puede ser jamás feliz?…».

Martin, en casa de Alcide Cornuault, ebanista y peluquero, pues

aquí todos deben ejercer dos oficios para que el pueblo viva dignamente: sin recurrir a la ciudad. El guarnicionero vende tabaco, la mercera es también la comadrona, y el pintor, sacristán: en Châtillon hacen trampas con el juego de las Siete Familias. Alcide Cornuault repara los muebles y corta el pelo; pero cada uno de los dos trabajos es el segundo oficio: «Es para hacerle un favor» y eso le permite refunfuñar en todos los casos. Cuando trabaja en una cuna, Alcide le da vueltas hablándole como si fuera un cliente; y mientras que corta el pelo a Martin, con el cigarrillo apagado en los labios, parece que estamos viendo al ebanista.

De la melena salvaje, acaba de cortar todo lo que sobrepasaba del tazón que le ha puesto al niño en la cabeza. Martin se puede parecer ahora Dunois, la Hire y Gilles de Rais; pero el ama, que vigila sentada muy derecha y con las manos cruzadas en la barriga, no está de acuerdo con la épica.

—No, no, Alcide: se parece a una niña. Córtele como a mi difunto marido.

Alcide vuelve a encender la colilla y se va a coger un instrumento entre sus útiles de ebanista; se le oye refunfuñar: «Nunca contentos… haga usted favores a la gente…».

Cerca del *sillón* hay un objeto que fascina a Martin: una especie de babero de hule, negro de un lado y blanco del otro, donde están dibujadas (en negro por un lado y en blanco por el otro) las diferentes formas de barba. Es la guía de Alcide, que no sirve desde que el antiguo notario murió y desde que el franciscano se fue a las misiones.

La maquinilla siega alegremente el campo de centeno; Martin mira como sus mechones, todavía vivos, siembran de archipiélagos la toalla blanca. No sabe cómo le gustará más a Zélie. «Si ella se cortara el pelo, ¿me gustaría también?».

—¡Sí, sí, sí!

Ha hablado en voz alta; en medio de su entusiasmo, acaba de descubrir la primacía del alma sobre el cuerpo: la quiere verdaderamente.

—¿«Sí», qué? —refunfuña Alcide—. Hago lo que puedo.

En casa de Alcide no había espejo; el corte de pelo se había terminado cuando él decía «¡Ya está!», quitaba la toalla enganchada en el cuello y la sacudía. Así que fue en el escaparate del tendero-

apicultor donde Martin pudo ver a un pequeño campesino que se le parecía. Tan asombrado que se volvió para ver si, detrás suyo, otro niño…

—Enhorabuena —dijo el ama—, pareces un hombre.

Sonreía; Martin se preguntaba si ese esquileo no era una represalia por el mechón que él le había cortado la otra noche: ojo por ojo, pelo por pelo.

Fue también la primera exclamación del señor Thirolaix: «¡Pareces un hombre!». Martin, que temía la burla de sus compañeros, vio que, por el contrario, su nuevo aspecto le valía entre ellos una especie de consideración. ¡Al fin se parecía a ellos! Lo lamentó un poco, pues le hubiera gustado pelearse; aquel día se sentía muy fuerte, muy duro. El señor cura, ¿no les había contado la historia de un individuo que llegaba a ser invencible cuando le cortaban el pelo y que destruía las columnas del templo con una mandíbula de asno?

Al salir de la escuela alargó el paso y se metió las manos en los bolsillos. «¡Hombre!, la castaña; la había olvidado… Te apuesto a que la lanzo por lo menos hasta aquel árbol retorcido, allí…». Un hombre no tiene ya necesidad de talismán: con todas sus fuerzas, Martin tiró la castaña sagrada, que dio en el árbol con toda la fuerza. ¡Un hombre, se lo digo yo!

Al rodar la cuestecilla del río no sentía ya la exquisita ansiedad de cada día respecto a Zélie; le parecía que sus relaciones se habían invertido y que aquella niña iba ahora a admirarlo, reconocer su fuerza, aceptar su superioridad. Por eso se quedó sorprendido al ver que no era la primera que acudía a la cita. Y en lugar de pasar aquellos minutos pensando en su cara, en sus gestos, en la voz de sus amores, se complació en imaginar su éxtasis delante de Martin, el hombre.

Ligera y cantarina, Zélie llegó, miró a su novio y se echó a reír.

—¿Por qué te ríes?

Se había puesto completamente rojo, lo que acentuaba todavía más su parecido con los demás chicos.

—Tienes una cara divertida.

—Entonces, ¿ya no me quieres?

—Sí, pero tienes una cara divertida.

¿Cómo no se daba cuenta de que él tenía al fin el aspecto de un

hombre?

Se sentaron; de vez en cuando la niña se volvía hacia él y se ponía a reír, pues la furia contenida hacía que Martin tuviera un perfil todavía más huraño. El niño sentía que su corazón se le salía cada vez más sordamente, más violentamente; y de repente, sin saber muy bien lo que hacía, cogió en sus brazos a aquella pequeña criatura caliente, libre, a la que quería y detestaba al mismo tiempo. El cazador acababa de nacer. No puso su boca contra la de Zélie, porque a él tampoco le gustaba eso y porque pensaba que sus gestos no tenían relación alguna con los de los enamorados. Era más bien una revancha contra Ferdinand y todos los burlones, una especie de pelea que debía sustituir a aquella que le hubiera gustado tener aquella misma mañana. Era también la respuesta al tumulto de su corazón y a esas horas de noches pasadas imaginándose a Zélie, su olor, la dulzura de su piel. Esta violencia le venía de las cuevas a las que no tenía acceso, y Martin no era ya dueño de sus gestos como el volcán, plácido hasta un día, no lo es de repente del fuego que surge de sus entrañas. Martin cubría con sus besos, que no lo eran, la cara, los ojos y el cuello de la niña. Sintió latir su corazón desmesuradamente y eso no hizo más que aumentar su frenesí y, mientras que una mano apretaba las muñecas de la niña, la otra subía a lo largo de la pierna, no cansándose de descubrir una piel cada vez más suave —mucho más que la suya, desde luego— y fresca, tibia y ardiente.

Un golpe en la cabeza, en el mismo sitio en que Ferdinand lo había golpeado, lo despertó de su furia. Zélie de pie, sofocada, espantada, había puesto entre ellos dos una distancia que la protegía. ¡Inútil! Su mirada furiosa la protegía ya bastante.

—¡Ya no te quiero —gritó con una voz entrecortada—, no te querré nunca más! ¡Nunca más!

Martin se portó como un hombre, es decir, como un imbécil. Pues hubiera bastado que murmurara «Perdón», o solamente «Zélie» con un cierto tono, pero la vergüenza es mala consejera y se rió burlonamente. Zélie Templéreau salió corriendo.

Martin se puso a tirar rabiosamente piedras al fondo del río, cada vez con menos fuerza. Con la última intentó un rebote tímido que falló; y de repente, se oyó dar una especie de grito que pareció un aullido. Se llevó las manos a la cara: estaba seguro de que se

había vuelto horrible porque había cometido el mal. (Entre sus crónicas sangrientas, el ama Perraut, en las veladas, contaba una historia semejante). Cayó de rodillas en la orilla del arroyo y buscó en él su imagen; un remolino le devolvió la de una cara deformada. Entonces se puso a llorar llamando a su madre; se sentía tan miserable que le parecía imposible que Dios, en semejante momento, no hiciera un milagro en su favor. En efecto, mirándose de nuevo, pero esta vez sobre una superficie lisa, reconoció al verdadero Martin Lapresle. Dio gracias a Dios con nuevas lágrimas, se sonó, y aquí terminaron su tristeza y su gratitud.

Sin embargo, antes de volver a ver a Zélie (pues ella volvería al día siguiente, por supuesto), tenía que lavarse de aquella pesadilla. Cogió el camino de la iglesia, decidido a confesarse, operación desagradable aunque muy cómoda, de la cual salía llorando, pero dotado de alas. Por el camino, se dio cuenta de que jamás se atrevería a confesar su acción al señor cura, cuyo aliento frío revelaba su presencia atenta detrás de la rejilla de madera. Entonces buscó una manera hábil para formular su pecado; algunos argumentos se ponían a su favor, pero tuvo la lealtad de desterrarlos. De lejos, vio, de espaldas, al viejo sacerdote que cultivaba su pequeño jardín y observó, bajo el birrete, su pelo blanco revuelto. ¡Maldito Alcide y maldito corte de pelo que tenía la culpa de todo! No sólo el señor cura le volvía la espalda, sino también el mismo Dios con sus ángeles de largas melenas, y Martin se alejó muy triste.

Para que el cielo le perdonara sin pasar por el confesionario, aquella noche se mostró muy complaciente, haciendo todas las faenas de la casa, privándose de tarta de manzana y, durante la velada, pidiendo al ama que contara sus historias preferidas.

—Pero si ya te lo he contado, pequeño.

—No, no.

Pero ¡ay!, se despertó tan triste y avergonzado como tan tarde se había dormido la víspera. Cambió de táctica y resolvió provocar a aquel cielo tan sordo. «Si Zezé no viene al puente esta tarde, me voy a poner insoportable». Y, como una advertencia, fue a la escuela con retraso y olvidando algunos cuadernos.

A la misma hora, Marc salía de la estación, recorría con la mirada la

gente e inmediatamente veía al chófer de la oficina de Nantes que tiraba la colilla al suelo y, de lejos, se quitaba la gorra.

—¿El señor presidente no trae maleta?

—Ni siquiera una cartera, euh…

—Raymond, señor presidente. En junio hará diecisiete años que estoy al servicio de la sociedad. Conocí muy bien al gran señor Fontaine.

Raymond no comprendió por qué aquella hoja de servicios parecía más bien indisponer al patrón; no sospechaba que llevarlo hasta aquel lugar perdido —¿cómo era? Châtillon— iba a hacerlo más memorable que los diecisiete años al servicio del fundador.

Desde por la mañana, Marc sentía una alegría que malamente había disimulado a Marion y que él procuraba dominar como un caballo, soltando las riendas solamente a medida que alcanzaba el final. Viajar sin equipaje es un doble símbolo de libertad; y cada pueblo, cada mojón lo aproximaba a Martin. No había avisado a nadie, ni a su abogado, ni al ama Perraut, y su llegada se parecía más a la sorpresa del tío de América que a la revista del inspector. Marc apenas miraba el paisaje admirable; su impaciente infancia campesina lo había hastiado completamente. No vio ni los junquillos que daban ojos a los taludes, ni las hojas nacidas aquella mañana, ni el potente frenesí de los caballos en libertad. Incansablemente, como un niño hojea las mismas imágenes, se representaba su llegada el estupor de Martin, su cambio de expresión: «Papá…». Raymond, en el retrovisor, observaba con disimulo a aquel hombre que hubiera podido ser su hijo y del que dependía su vida. «¿Qué le pasará que se divierte solo?».

En el pueblo, hubo que preguntar el camino.

—¿La señora Perraut, por favor?

—¿Eugénie Perraut?

—¿Eugénie, señor presidente?

—No sé. Diga: «el ama Perraut».

—Entonces, eso es. Mire, llegue hasta la iglesia y, en seguida, a mano derecha…

El enorme coche negro más que imponer, inquietaba; la gente importante parece desplazarse siempre en coche fúnebre.

Raymond frenó al llegar al puente para que a su paso el señor presidente no sufriera las sacudidas. Martin se encontraba entonces

debajo, *solo*, lleno de vergüenza, de rencor, de espíritu de venganza.

Como su hijo dos meses antes, Marc buscó primero una verdadera casa: la casa del ama le parecía buena únicamente para un establo. Al azar, llamó a la puerta y, como nadie le contestaba, la empujó y vio un cuarto desnudo con un olor ácido, sin electricidad, sin agua, que se parecía a lo que las agencias inmobiliarias llaman una «fermette» y de la que los compradores nos dicen: «No me ha costado mucho, pero por lo bajo, hay que hacer obras por unos dos millones…».

Eugénie Perraut entró detrás de él, con un cubo de leche en la cadera y, en la otra mano, tres huevos. (Había dejado dos en el gallinero para que Martin tuviera la ilusión de descubrirlos). Marc la reconoció en seguida: era la misma que él esperaba y, además, no había cambiado mucho. Pero aquel señor de gafas de oro, un poco gordo, bastante calvo, fue completamente desconocido para el ama Perraut que dijo francamente:

—No caigo, señor, perdone.

—El señor Lapresle. ¡Sí, ama, el padre de Martin!

—¡El señorito Marc! ¡Qué sorpresa!

—Sí —continuó Marc con otro tono—, qué sorpresa…

—El pequeño se va a poner muy contento.

—¿No está aquí?

—Nunca antes de las seis, es el segundo trimestre.

—¿Por qué diablo «es el segundo trimestre»?

—Pues… no lo sé. Es el señor Thirolaix que…

Marc miró el reloj: todavía una media hora. ¡Mejor! Podrían explicarse. Se sentó en la silla dura que le acababan de ofrecer, rechazó un vaso de leche, de sidra, de agua («Nosotros no hacemos vino, perdone») y atacó de frente.

—Entonces, ama, ¿es aquí mismo donde vive usted?

—Pues claro.

—Quiero decir, ¿en esta habitación?

—No hay más.

—Pero… ¿las comodidades?

El ama no comprendió:

—Tiene que salir y, al fondo del jardín…

—No, no: ¿la electricidad?

—Parece que nos obligarán a instalarla el año que viene.

—Pero si yo la he visto al pasar por el pueblo: ¡seguro que podría instalarla desde hace años!

—Primero de todo, no puedo instalarla —contestó el ama con el pudor de los pobres (pues la palabra «poder» no tenía el mismo sentido para uno y otro)—. Y en segundo lugar, no veo muy bien su utilidad. Cómoda, no digo que no, pero útil…

—Y ¿el agua tampoco?

—Yo tengo agua, señorito Marc. El verano pasado, cuando todos los pozos estaban secos, el mío…

—Quiero decir agua corriente.

«Agua corriente…». El ama pensó en el río y estuvo a punto de responder por las buenas que también la tenía. Afortunadamente, Marc continuó:

—¿Y el butano? He visto que hay un vendedor al lado de la iglesia…

—No sirve para nada si no se tiene la cocina. Y parece que da mal sabor a la comida. ¡Bueno, hablando se me ha olvidado la lumbre! Tss, tss, tss…

El ama llevó dos leños, reedificó el castillo vacilante bajo la marmita y añadió, por gusto, una piña que se puso a crepitar alegremente.

—Bueno —dijo Marc levantándose—, afortunadamente que he venido, ama. Vamos a transformar todo, ¡por mi cuenta, tranquilícese! Usted no tendrá que ocuparse de nada y, por supuesto, todo seguirá siendo de su propiedad después de la marcha de Martin. Quiero que sea feliz en su casa.

Al ama le dio un vuelco el corazón.

—Pero si el niño es muy feliz, señorito Marc.

—Quiero decir: materialmente. El confort, la…

—Nunca me ha dicho nada. Ha ganado por lo menos seis libras y duerme como un lirón.

—Cuando vuelva a Nantes —continuó Marc sin oírla—, iré al servicio de aguas y a la compañía de electricidad. Les voy a decir que calculen la fuerza y le voy a enviar dos radiadores. Encargaré también una cocina. ¿Bastará con dos hornillos? Con horno, naturalmente. ¿Cómo se llama el vendedor, al lado de la iglesia?

—Perraut —dijo el ama con una voz sorda—, es mi primo; pero

no hace falta que se moleste: no quiero nada de todo eso.

—¡Ama!

—Mis hijos han querido hacerlo, señorito Marc; pero, sabe usted, a cada uno su tiempo. Yo, yo estoy muy acostumbrada a… —con un gesto circular, designó su reino— a todo esto. Mis hijos no son muy felices, al fin y al cabo. Agnès tampoco —añadió bajando la voz.

—¡Qué tiene eso que ver, ama!

—No lo sé. He visto vivir a muchas personas; me he hecho una idea de las cosas y de las gentes, y… ya soy muy vieja para cambiar.

—Pero hasta el pueblo…

—Ya no es lo que era, señorito Marc, en muchas cosas. Todo empezó con la electricidad, precisamente. Eran previsores, pero no hacían cálculos, ¿me comprende usted? Ahora, son a la vez mirados con el dinero y gastadores. Además, la envidia: antes, la gente se miraban unos a otros, pero por gusto; no se comparaban sin cesar.

—¡Todo esto no tiene nada que ver con el butano!

—Puede que sí. Tienen la telefonía sin hilos, pero ya no cantan, señorito Marc. Ahora cantan otros, son otros los que cuentan cosas, los que hacen reír en su lugar. Los jóvenes imitan a los artistas del cine; ya no se parecen a sus padres, ahora se parecen a los carteles. ¡Si por lo menos fueran felices! Pero si les viera usted las caras los domingos… Ahora, les hace falta los periódicos de París y otras distracciones. Parece ser que han hecho una petición para que se pueda ver la telegrafía por aquí.

—La televisión, mujer —rectificó Marc con impaciencia—, y tienen mucha razón. Si se quiere que los jóvenes se queden en el campo…

Marc le echó un pequeño discurso, pero sin demasiado calor: sabía que la tierra no tenía ya necesidad de todos ellos; por otra parte, su empresa los despedía sin cesar.

—Usted se fue de su pueblo, señorito Marc —dijo el ama con dulzura.

—Era para casarme con Agnès.

«El matrimonio del aceite y del vinagre», pensó el ama Perraut. Nunca había querido a aquellas gentes de Sérignay, más cercanas a ella sin embargo que los Fontaine. El ama veneraba a los ricos, instintivamente, aunque desconfiando del dinero; para ella era el

dinero lo que había corrompido a Marc ¡y ahora venía él, hasta su dominio, a extender el contagio! El butano, el agua corriente…

—No, señorito Marc —continuó con una voz firme (y estaba tan derecha que parecía irse hacia atrás)—, no quiero nada de eso en mi casa.

—¿Ni siquiera una lavadora? —añadió Marc, pues el último argumento de los tentadores desarmados es ridículo.

El ama pensó en el lavadero sobre el arroyo, en las comadres de buen humor, en las manos rojas, húmedas.

—Tengo todo lo que me hace falta.

—¡Usted no tiene nada de nada! —explotó Marc—, ¡nada de nada! Si usted quiere vivir en una cuadra, yo no admito que mi hijo se vea obligado a ello. ¡Vaya! Le propongo toda clase de confort gratuitamente, estoy dispuesto a transformar su vida y…

—Es precisamente lo que yo no quiero, señorito Marc. Mi vida, yo la quiero como es y, después de todo, es mía —terminó con una especie de dignidad, muy humilde o muy orgullosa.

Marc se puso a pasear por la habitación tan impetuosamente que pareció de pronto minúscula. Por fin se detuvo delante de la vieja mujer y con una voz cansada:

—Ama, en serio, ¿rechaza usted que yo modernice su casa sin que le cueste un céntimo?

—Sí, señorito Marc.

—Entonces… me veo en la obligación de quitarle a Martin. Comprenderá que en estas condiciones…

Pero la vieja mujer no lo oía ya. ¡Martin!, quitarle a Martin… Afortunadamente, no tenía imaginación. Más tarde, al filo de las veladas solitarias, recordaría, gesto por gesto, su pequeña felicidad; pensaría en él haciendo las faenas para aliviarla a ella, y *Miarrou* buscaría obstinadamente los indicios más tenues del niño. Más tarde… Por el momento, sólo pensaba en ese maldito Lapresle que pretendía obligarle a lo que no quería con su asqueroso dinero. ¡Aquel extraño que había hecho la desgracia de Agnès y creía poder hacer la suya con unos billetes!

Era absurdo; su viejo rencor se equivocaba de venganza: el dinero venía de los Fontaine y no de Marc, y serían Martin, Agnès, ella misma los únicos que iban a soportar su obstinación. Pero los pobres tienen la dignidad tan puntillosa que prefieren perjudicarse

antes que parecer no tenerla. (¡Pobre, pobre Martin! Los que te quieren más, juegan a hacer rebotes contigo. «Coges una piedra pequeña lisa…»).

—Bueno, qué le vamos a hacer, señorito Marc —concluyó el ama—. ¿Me lo va a llevar esta… misma tarde?

—No lo sé… Yo…

Lo había pensado mejor: después de todo, si Martin ganaba peso, tenía buena cara y estaba de buen humor ¿qué le importaba que fuera con o sin agua corriente? ¿Qué cosa es más ridícula que el furor de Papá Noël cuando le rechazan los juguetes? ¿Para qué discutir con una vieja que siempre le había parecido ridícula? Ciertamente, las centenas de miles de francos que había pensado en gastar por el confort de Martin hubieran aligerado mucho más su conciencia que su bolsillo, pero ¿por qué empeñarse en perderlos? Dentro de unos meses, el niño volvería «a su lado»…

Iba a transigir cuando apareció Martin, avergonzado, desesperado, consciente de haber perdido para siempre a Zélie, dispuesto a detestar. No hizo un gesto hacia su padre: el mundo entero se le había vuelto extraño. Su madre sola, probablemente…

—Hola.

—¿No me das un beso?

—Sí.

Lo hizo, con la punta de los labios culpables, con una repugnancia sensible y no pronunció ese «papá» que Marc esperaba desde la otra noche. Su padre tenía ante sí a un muchacho salvaje, pelado como un recluta, tostado como un campesino irreconocible. «Menos mal que he venido», pensó.

—Me lo llevo esta tarde, ama. Prepare sus cosas y la cuenta, vuelvo dentro de un momento.

Y, cuando se repantingó en el coche:

—A Correos, Raymond. ¡Debe haber un correos en este pueblacho! A ver si lo encuentra. A ver si lo encuentra.

Mientras esperaba en aquella sucia oficina, la pobreza le envió todavía algunos emisarios: un viejo que iba a cobrar su pensión trimestral, una viuda que enviaba a su hijo, soldado, un poco demasiado para lo que ella tenía, un niño cuya libreta de la caja de ahorros… ¡Trabajo perdido!

Marc llamó a

P. L. T.
y, como vio que lo molestaba, se mostró imperioso y provocador.

—Yo no puedo hacer nada sin consultar con la abogado —gimió el otro.

—Bueno, pues hazlo y llámame después: a la cabina de Châtillon, por Challans, en Vendée… No, Challans: chal… ¡Date prisa! Dile que es escandaloso tener a un niño en semejantes condiciones. Tienes las de ganar, créeme.

El duelo comenzó vivamente; la abogado fingía, disimulaba: su cliente estaba en el Mediodía, en una casa de reposo; ella iría a verla; no se podía sin su consentimiento… ¡Claro que no!
P. L. T.
se mostró tanto más enérgico cuanto que Marc lo había exasperado: a su vez tenía que oprimir a alguien. Describió un fresco, a lo Zola, de aquella granja que no había visto jamás, habló de un informe del alguacil, de llamar al juez. Total, pudo llamar a Marc después de un cuarto de hora que a éste le había parecido interminable.

—¡Uf! Está de acuerdo —comenzó—. Creo haber maniobrado de una manera…

—Perfecto. Gracias, chico. Buenas tardes.

Le quedaba por hacer una llamada a Sérignay: ¿aceptaría su padre otra vez a Martin?

—Que vuelva, que vuelva lo más pronto posible —respondió el doctor con una voz que a Marc le pareció extrañamente débil…, pero no tenía tiempo de preguntarle cómo estaba.

IX

LOS TRES GOLPES

El viaje fue horrible. En el fondo de aquel coche desconocido, padre e hijo guardaban silencio a causa de un Raymond que, naturalmente, no comprendía nada de aquel silencio. El corazón vacío, el espíritu amargo y machacón, Marc, esta vez, miraba el paisaje y le parecía siniestro. A su lado, a cien leguas de él, Martin, extraño a sí mismo, iba tan derecho como el ama Perraut: acostumbrado a la madera dura y leal, su cuerpo instintivamente desconfiaba de los almohadones. No se abandona fácilmente la primera Bienaventuranza… Le parecía que un falso Martin iba en aquel coche y que el verdadero se había quedado allí: dentro de un momento tomaría la sopa que huele a humo; después, se iría a sentar a ras del fuego, cogería la cartilla con el gato a su lado, escuchando la interminable historia del ama, mientras el viejo corazón del reloj latiría muy despacio. Sí, Martin se encontraba allí, a un tiro de piedra de la granja de Templéreau, a un grito de Zélie; y si no lloraba con el pensamiento de que cada vuelta lo alejaba de ella es porque no lo creía verdaderamente. Como un hombre herido que evita ciertos movimientos porque cree que van a desgarrarle la herida, Martin rechazaba la evidencia. Pero, en lo más profundo, descubría dolorosamente la segunda dimensión, de la Ausencia: el río le había dado a conocer el Tiempo, y aquella carretera oscura le daba a conocer el Espacio. ¡Zélie, Zélie!… Hacía tales esfuerzos para no llorar delante de su verdugo, aquel padre sentado a su lado, que sentía formarse casi en él un caparazón, análogo a la costra marrón que seis meses al año acorazaba sus rodillas. En verdad, en el

silencio y el confinamiento de aquel coche, se iba operando una mutación irreparable: un niño pequeño perdía su transparencia, la mariposa se hacía crisálida. No sólo lo llevaban hacia Nantes, sino también hacia la indiferencia, el egoísmo, la desconfianza y la astucia, la impaciencia y el orgullo: hacia el mundo irrespirable de las personas mayores.

En la plaza de la estación, Martin decidió escaparse. El autobús que iba a Châtillon paraba no lejos de allí; Perraut, el chófer, el sobrino del ama, debía estar sentado al volante; el ama pagaría a la llegada. Pero ¿cómo huir si iba entre su padre y el chófer, como un prisionero entre dos guardias?

Marc le cogió la mano con autoridad aunque humildemente; aquel misterioso y taciturno pequeño extraño en lugar de Martin su hijo, su único hijo, era alguien que no podía soportar. Se había imaginado largamente, tiernamente aquel encuentro para poder aceptar ahora una vuelta semejante. Su buena conciencia se hundía poco a poco en el océano, descubriendo toda clase de arrecifes contra los que no se había puesto en guardia: su manía de dirigir todo, de tener la última palabra, de no ponerse jamás en el lugar de los demás… Pues ¿había tomado la decisión por el bien de Martin o solamente para triunfar sobre aquella vieja? «*Antes* yo no era así», se decía; pero ¿antes de qué? ¿Del poder? ¿De la riqueza? ¿O antes de haber engañado a Agnès?

Esta tempestad debía remover otros muchos antiguos cienos, pues Marc pensó en el doctor Lapresle, en su marcha de Sérignay, en su larga indiferencia. Y de pronto tuvo la intuición —porque se sentía él mismo alcanzado por primera vez— de la espantosa soledad en que debía vivir el viejo. «El viejo…». Nunca había pensado que el doctor lo fuera, ni que pudiera haber penetrado en las aguas profundas. Era su padre y nada más: ¿no tenemos todos uno, como poseemos una cama o un armario? Existe un decorado humano al que terminamos por no prestar más atención que a lo demás. ¿Y si Martin, en ese momento mismo, pensara lo mismo de él? ¿De él, que había atravesado toda Francia para oírle pronunciar «papá»? Una voz le sopló que de nuevo debería atravesar toda Francia para oír a su propio padre decirle… Pero ¿cuáles eran las expresiones familiares del viejo señor de Sérignay? Ya no se acordaba. «Probablemente es porque no hay ninguna», se atrevió a

concluir. Trató de recordar su voz (¡tenía que tener una, en todo caso!) y tampoco lo consiguió. Mucho tiempo después de la muerte de su madre, había podido recordar la entonación de su voz; después se le había olvidado, probablemente porque no la reanimaba con bastante frecuencia. Pero, ¡cómo!, había llegado a olvidar en vida la voz de su propio padre… Se quedó aterrado, mucho más que de su conducta respecto a Agnès. Un hombre que burla a su mujer encuentra siempre una justificación que se atreve a llamar fidelidad: fidelidad a su juventud, a la aventura, a la libertad; pero, respecto del doctor Lapresle, Marc no se descubría ninguna. Lo que le atormentaba más era el pensamiento de que Martin un día no pudiera hacer lo mismo con él; su remordimiento no era más que un egoísmo ingenuo.

Acababan de dejar Angers; para romper el silencio, dijo con una fingida jovialidad:

—¡Conozco a alguien que va a cenar en el vagón restaurante por primera vez en su vida!

—¿Quién? —preguntó heroicamente Martin.

El restaurante donde habían comido «entre hombres» con su padrino, ¡qué aventura imaginárselo corriendo a aquella velocidad de infierno, con su cajera, sus lámparas, sus plantas verdes! Y Martin la rechazaba: primero para llevar la contraria a su verdugo; después, más dignamente, porque estaba resuelto a conservar su desesperación intacta.

—¡Cómo!, no quieres cenar en el…

—No.

Pero el héroe se derrumbó de golpe y se echó llorando en los brazos de su padre: «Papá, papá…». Marc tuvo que quitarse las gafas que empañaban sus propias lágrimas. (¿Desde hacía cuántos años no había llorado?). Como sin las gafas veía todo borroso, esto le impidió ver desgraciadamente el espectáculo de una carita que, en la desesperación, se parecía de una manera terrible a la de Agnès. Hacía preguntas a Martin que no quería decir nada, pues los niños pretenden que los adivinen. Agnès lo hubiera conseguido; Agnès se hubiera bajado en Le Mans y hubiera vuelto a coger el tren para Nantes; Agnès hubiera sabido encontrar en una granja desconocida a una niña rubita que, en aquel momento, lloraba delante de su plato negándose a contestar, ella también, a las

preguntas de su abuelo.

La noche había caído completamente; Martin, que lloriqueaba todavía después del chaparrón, salió al pasillo. Soplaba contra el cristal y, con un dedo sucio, en el vaho, trazaba diez veces seguidas un signo que se parecía al rayo y no era más que una Z disfrazada. ¡Zélie! ¡Zélie! La llamaba sin voz a través del cristal, la velocidad, la noche, a través de aquel planeta muerto que relucía con mil lucecillas. ¡Zélie!

Martin sabía ya que su madre no los esperaría en la estación: presentía, sin comprenderlo ni siquiera confesárselo, que en mucho tiempo no vería a sus padres juntos. Que el amor del uno sin el del otro —¡mucho más!, el amor del uno *si ya no amaba al otro*— perdía su calor y todo su poder, no lo sabía todavía; pero lo había experimentado confusamente en el Palacio de Invierno y esta tarde recibía una nueva prueba de ello. Sus padres tampoco lo sabían o fingían ignorarlo. En efecto, es una evidencia muy incómoda.

El doctor Lapresle colgó el teléfono y cerró los ojos sonriendo. Desde hacía quince años estaba reñido con Dios, no porque su mujer hubiera muerto, sino porque había sufrido de su mal más tiempo de lo que se debe y porque éste, cogido a tiempo sin embargo, se había resistido al tratamiento usual; era el médico, y no el marido, quien guardaba rencor al cielo. Pero, en este momento, los párpados cerrados, pensaba que el cielo daba los primeros pasos y se alegraba: era hora de reconciliarse. Aquí también, era el médico quien hablaba; acababa de padecer su segunda «alarma al corazón» y no se daba mucho tiempo de vida: «La muerte da los tres golpes —decía— como en el teatro…».

Llamó a Joseph, que acudió corriendo; había pasado mucho miedo la semana anterior, y ya no se hacía más el remolón. Sin embargo, en la puerta hizo como si llegara muy tranquilo: afectaba una calma tan manifiesta que enternecía tanto como irritaba al doctor Lapresle.

—Siéntate, Joseph.

—Pero…

—Siéntate. Debemos hablar como viejos compañeros. ¡En el

sillón, no en la silla! En el fondo, no en el borde…

Esperó todavía un largo momento y después, sin mirar al otro (siempre hacía así cuando debía anunciar a un enfermo una mala noticia):

—El pequeño nos vuelve.

—¿Martin?

—¿Conoces a otros? (A pesar de la rudeza, era un grito de amor). El señorito Marc me ha pedido que lo vuelva a tener y yo he dicho que sí.

—Pero usted…

—¿Tal vez eres tú quien va a decírmelo?

Se callaron; pero viendo que el otro iba a hablar, el doctor prefirió adelantársele.

—Joseph, ya no me queda mucho tiempo. De todas maneras… ¡Bueno, deja de lloriquear! De todas maneras, puedo palmarla de un momento a otro. No es el lugar de un niño, ¿es lo que querías decir? ¡Caramba! Pero escúchame bien: tú has estado en la guerra, como yo; hablo de la otra, naturalmente, de la verdadera. Allí también podíamos palmarla en cualquier momento; pero eso no nos impedía ir viviendo entretanto, ¡al contrario! Entonces, ¿crees tú que debería prescindir de Martin, de mis últimos días con Martin?

La voz se le había roto al repetir el nombre; se levantó con demasiada viveza, se arrodilló delante de la chimenea y atizó el fuego, para hacer algo. Eran los últimos fuegos de la temporada, ya el olor a humo parecía insólito. Después de un momento, añadió, vuelto de espaldas:

—Naturalmente, ni una palabra al niño. Y tendrás que dejar de cuidarme como lo haces: lo alarmarías.

—Pero, señor…

—Sí, sí, tu mirada preocupada, tu oído contra mi puerta, se terminó, ¡se terminó! Todo como antes, Joseph. Se trata de él, no de nosotros. Bueno. Entonces, ahora (había vuelto a ponerse detrás de la mesa y miraba a Joseph como si hubiera querido fascinarlo), si me ocurre algo, te voy a decir lo que debes hacer.

Le dio sus instrucciones, largamente, haciéndole repetir lo que le decía.

—Lo he comprendido, señor.

—De todas maneras, repítelo. ¡No hay que equivocarse!

La inyección, el médico que tenía que llamar, avisar a Marc…

—¿Y al cura, señor? —se atrevió a decir Joseph.

—Bueno, al cura también, pero a su tiempo, ¿eh? ¡No quiero carantoñas!

Hablaba de él moribundo como de un mueble viejo; su única preocupación era alejar a Martin en ese momento: que no sospeche nada y, llegado el caso, que no sienta ni temor ni horror.

Al ir a salir Joseph del cuarto, oyó una voz tan dulce que por un instante no la reconoció.

—He hecho una tontería, amigo, la última de mi existencia. Nunca hubiera debido aceptar… En fin, está hecho. Pero, sobre todo, que no recaiga sobre el niño, ¿comprendes, Joseph?

Joseph fue al encuentro de Martin a Châteauroux, pero el doctor no irá a la estación de Sérignay: se dosifica. «Le dirás que, esta mañana, tenía muchos enfermos». En realidad, ya no tiene ninguno: el pueblo supersticioso no espera ya la curación de un hombre que está a las puertas de la muerte. Sin embargo, el doctor continúa encerrándose en su despacho, mañana y tarde. ¿Qué otra cosa podría hacer? Dar paseos lo tiene prohibido; el tiempo antojadizo de finales de marzo se le agarra a la garganta desde que pone los pies fuera. Por eso lee junto al fuego: devora, en las revistas médicas, las técnicas que ya no llegará a aplicar y, en los libros, los viajes que no hará jamás. O si no, dormita, los ojos medio cerrados, la respiración corta y ruidosa, el cigarrillo apagado desde la segunda chupada; se sumerge en el pasado a la búsqueda de su infancia intacta, o en el futuro: Martin estudiante, Martin pasando la tesis, Martin médico en Sérignay, en ese mismo despacho…

Martin baja del tren, vuelve la cabeza a todos lados como un pájaro; un calor lo invade completamente en cuanto ve a Joseph. Corre hacia él, pero no sabe qué, en la cara del viejo, le impide una alegría total. Esa mirada hueca, llena de ansiedad, de la que, tres meses hacía, no podía despegar la suya mientras el tren se alejaba, ¿por qué la seguía teniendo Joseph?

—Tu abuelo…

—¿Está bien el abuelo?

El otro trabajosamente recita:

—Tu abuelo tiene muchos enfermos: no podrá venir a la

estación.

Uno a uno, el viajero reconoce los olores de sus universos y Martin vuelve a ser el Martin de Sérignay. El jefe de estación y su gorra estrecha, el cartel anunciador de las Baleares deslucido con un sol que se parece a la luna, el campanario (el sonido, el espaciamiento de las campanadas, Martin cree oírlas), el café con tubos de neón…

—¿Finette sigue ahí?

—¿Dónde quieres que esté si no? —dice Joseph poniéndose colorado, pues el doctor no le ha perdonado todavía la calaverada.

Martin piensa en Finette, en «sus pechos» que se mueven, con una turbación que le gusta. ¿Será su piel también tan suave como…?

—¿Y tu casa, Joseph?

—He puesto unas alfombras. Te llevaré a verlas.

—¿Para qué sirven?

En casa del ama Perraut no hay alfombras y se ha olvidado ya de la alfombra de Neuilly sobre la cual gateaba al asalto de fuerte Álamo o de la torre del rey Richard.

Joseph ha cogido la mano del niño, pero éste se suelta sin cesar.

—¿Por qué me miras?

—¡Mil diablos!, me parece que has crecido, muchacho.

De pie delante de la ventana de su despacho y creyéndose escondido por la cortina, el doctor, visto desde fuera, aparece velado como una mujer mora. Mira la verja blanca y al fin ve aparecer a los viajeros. Tiene envidia de Joseph. Martin se pone a saltar a la pata coja; su brazo extendido señala las dependencias, el jardín, el cuarto verde. «Es feliz —piensa el doctor—: se encuentra en su casa. A partir de ahora, ¡cada minuto tiene su importancia!». Era la frase del alférez de aviación Lapresle en el 17; la muerte vigilaba ya, pero joven, fascinadora.

A pesar de su impaciencia, el doctor no irá al encuentro de su nieto: tiene que justificar la ficción de la consulta asaltada de enfermos. Además, reexpedida de la Vendée, una carta de Agnès a Martin espera desde el día anterior en la bandeja del vestíbulo; y el doctor Lapresle no quiere compartir.

—¡Abuelo! —grita Martin desde la puerta, y su voz despierta el salón soñoliento, cruza el comedor, atraviesa la puerta acolchada—.

¡Abuelo!

—Hay una carta para ti —le dice Joseph. (Ha sido una orden).

—¡De mamá, estupendo!

Detrás de la puerta entreabierta, el viejo espera un tercer «abuelo», pero lo que oye es «mamá», y deja que la puerta se cierre.

> «Mi pequeño conejo querido —escribe mamá—, ya estoy casi curada. Tengo que descansar todavía en el Mediodía, abajo en el mapa de Francia, ¿sabes?».

No, no lo sabe. ALPES MARÍTIMOS… ¿cuál es la capital de este departamento?

> «… Aquí hace ya muy buen tiempo. Te meto en la carta una ramita de mimosa».

Martin coge entre sus dedos unas bolitas amarillas un poco aplastadas. «Mamá las ha tocado», piensa, y las respira y las toca: suaves como las mejillas de mamá, perfumadas como ella.

> «… Espero que seas bueno y que el ama…».

¡Cómo! *¿Entonces ella no lo sabe?*

Martin está deshecho. El pensamiento de que su padre puede actuar sin que lo sepa su madre, y que ésta no adivine inmediatamente lo que le concierne, lo escandaliza y sin embargo lo tranquiliza: tenía una vergüenza horrible de que su madre supiera el episodio Zezé. Ahora, tiene la prueba de que se pueden guardar los secretos, incluso degradantes, hasta a la mirada de su madre. Toda una carrera de habilidad, de mentira y de doble juego se abre de repente delante del pequeño hombre.

> «… Pronto volveré, mi conejo querido; y no nos separaremos nunca más,
> etc.
> ».

El resto no tiene importancia: su madre cree que está en Vendée y él está en Sérignay, eso es lo esencial. Así pues, puede engañar a las personas mayores; ellas fingen saber todo y prever todo: ¿quién puede impedirnos hacer lo mismo?

El doctor Lapresle no resiste más y ha ido sigilosamente hasta el vestíbulo; se queda atónito: no reconoce aquella expresión astuta, aquella sonrisa satisfecha, aquella mirada evasiva. Ese niño desconocido lo ve y de repente vuelve a ser Martin.

—¡Abuelo!

Se echa contra él… ¿pero qué olor nuevo?

—Abuelo, ¡qué frías tienes las manos!

—Acabo de lavármelas, muchacho —miente el doctor.

Y añade, después de acariciar al niño:

—Qué, ¿estás contento con volver a Sérignay?

Pero no oye la respuesta y, de antemano, la pone en duda: ¿cómo olvidar el zorrillo que acaba de sorprender?

La vida tranquila parece volver a su cauce. La vieja mujer de la cocina se esforzaba por hacer los platos que Martin prefería, y el comedor, que con el régimen y la falta de apetito del doctor Lapresle se había vuelto átono, vuelve a tener el buen olor que da apetito. La campana vuelve a oírse y el viejo hombre guiña el ojo a los doctores Lapresle en sus marcos dorados. Martin acudía desde el fondo de uno de sus reinos y pasaba por la cocina para ver lo que había. ¡Olvidados el caldo del ama y las faenas de Châtillon! Cuando había querido ayudar a Joseph a recoger leña, a barrer, éste se había ofendido. A veces le ocurría pasar a oscuras por las habitaciones, los brazos extendidos ante él, olvidando la existencia de la electricidad; y la primera noche, sin edredón rojo, había dormido mal. *Miarrou* le faltaba: le faltaba algo caliente, vivo, caprichoso para acariciar…, y el abuelo estaba taciturno en la velada.

—¿Por qué quieres que encienda el fuego, muchacho? Estamos ya casi en abril.

—No sé, abuelo, pero me gusta.

En las llamas, buscaba y terminaba por ver al ama, a *Miarrou*, el puente, los comerciantes de las Siete Familias, a Zélie sobre todo: el pelo, los gestos, la huida, ¡ay!, la huida de Zélie. Cerraba los ojos y oía su voz cantarina, sofocada: «¡Ya no te quiero! ¡No te querré nunca más!». Y sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Es el humo —decía el doctor Lapresle, que no dejaba de mirarlo—; tendré que mandar que limpien este demonio de

chimenea.

Pero todo lo que se enunciaba en futuro, sólo lo expresaba por costumbre o por cumplido. Igualmente, ya no daba casi órdenes y Joseph, como el caballo cuyos arreos no están bastante apretados, se sentía menos seguro. Provocaba al doctor, trataba de devolverle esa ironía de la que él había sido víctima durante treinta años:

—¡El niño es cada vez más desordenado! Esta mañana en el garaje…

—Déjalo, el desorden de los niños viene solamente de que se les molesta sin cesar.

—De todos modos, él sabe muy bien…

—¿Qué sabe él? Tan pronto en casa de uno, tan pronto en casa de otro, nunca en su casa; cada dos meses lo desarraigan: trata a tus plantas de esta manera, ¡y ya me dirás lo que les aprovecha!

Martin había vuelto a encontrar todos sus ritos; cada vez que pasaba por el salón, cogía de la chimenea el valioso fragmento de hélice y lo retorcía en otro sentido. Una mañana, se le quedó un pedazo en las manos. Martin sintió un malestar que se parecía de lejos al tormento que tenía después del episodio Zélie: la vergüenza del sacrilegio. Corrió donde estaba el abuelo:

—Abuelo, he roto tu *recuerdo*, ¡mira!

—Pero, ¿cómo has…?

—Lo doblaba en un sentido, luego en el otro… ¿comprendes? Era divertido: no se resistía. Y esta mañana…

Cada una de sus frases se aplicaban de una manera tan patética a él mismo, a ese niño que enviaban de un lado para otro, que no se resistía, pero que iban a romper, que los ojos del doctor Lapresle empezaron a brillar.

—Abuelo, te he dado un disgusto. Te pido perdón.

—Pequeño, pequeño —murmuró el doctor, pero no se atrevió a añadir: «Somos nosotros los que te pedimos perdón…».

Las vacaciones de Semana Santa se acercaban: inscribirían a Martin en la escuela de Sérignay para el tercer trimestre. El futuro…

—Abuelo, ¿no puedes darme tú clase como antes? —Sé que a tus padres no les gustaba.

—¿Qué dices?

El zorrillo había enseñado de nuevo su hocico puntiagudo y sus

ojos demasiado vivos; el doctor Lapresle quedó aterrado. «Este niño se está estropeando. Y no es la edad ingrata; es… es la ausencia de los suyos, el abandono, la libertad. Mi cariño no le basta…». Empleaba esta palabra por pudor; en realidad, hubiera dado inmediatamente lo que le quedaba de vida para que Martin no cambiara. Intentó confesar al niño, pero éste inmediatamente quitó el puente levadizo. Pensó en llamar por teléfono a Marc, pero, recordando su indiferencia, renunció; a Agnès, pero, ¿para qué preocuparla, convaleciente como estaba? Además, ¿no le volverían a quitar al niño? Este pensamiento le había llegado a ser realmente insostenible.

Un día que Joseph lo veía más pálido y con la respiración más difícil que de costumbre:

—Lo que le cansa es la presencia del niño, señor. Su corazón…

—¿Mi corazón? —había respondido el doctor cogiéndole por los brazos—. ¡Míralo, mira mi corazón!

Había llevado a Joseph a la ventana: en el patio, Martin correteaba en la bicicleta de Navidad.

—Lo he comprendido muy bien, Joseph: ahora él es lo único que me hace vivir, lo único. Lo demás me da lo mismo.

La bicicleta derrapaba sobre los guijarros; el doctor Lapresle abrió la ventana y gritó: *¡Catapún!* Martin, extrañado, volvió la cabeza y cayó al suelo. «Vamos, vamos…».

—Pero, abuelo, me has gritado una cosa que no he comprendido y…

—Te grité que tuvieras cuidado: *¡Catapún!*

—Se me había olvidado.

Otra vez, fue también el doctor Lapresle quien le recordó, en el piano, su pequeño fragmento. Martin se despegaba de sus propios inventos; y el viejo señor, que se acordaba de todos y los recordaba gravemente desde hacía tres meses, se sentía rechazado con ellos. Crecer es hacerse infiel. Tuvo también que recordar a Martin el nombre de los caballos fantasmas: *Gamin, Fanfaron*, y jurarle que habían echado realmente dentro de los pozos a varios prusianos. Ahora los hoyuelos no servían más que para marcar la duda o la astucia, ya no servían para marcar la alegría ingenua del invierno último. Sin embargo, fue Martin quien se acordó:

—Abuelo, ¿ya no estornudas tres veces?

—No, me…, procuro no hacerlo.

En realidad, era su cuerpo que, al sentirse débil, evitaba cualquier esfuerzo; el doctor se sintió humillado. De la misma manera, el paseo de los martes, reclamado por Martin, se limitó a una vuelta por el jardín apoyándose en un bastón, con paradas demasiado frecuentes y, por falta de aliento, sin ningún cuento. Alarmado, el niño se puso al acecho de aquellos enfermos que, según parecía, llenaban la consulta, pero que no veía ni entrar ni salir. Persiguió a Joseph, le hizo mil preguntas. «Los hago entrar por la otra puerta…». Martin fingió creerlo para romper sus defensas; después se puso a su paso, le halagó sus manías (la manera de hacer los pitillos, de retorcerse el bigote), habló de las alfombras nuevas de su casa… El ratón jugaba con el gato y Joseph no sospechaba que esta admiración pudiera estar tan cerca del desprecio. Cuando hubo captado su confianza, Martin no cesó de hacerle preguntas; instintivamente había encontrado el medio más seguro para saber más, que unas veces es no extrañarse de lo que nos dicen para que, picado, el otro nos diga más; otras, fingir la sorpresa más grande para halagar al indiscreto. Así supo que su abuelo había estado gravemente enfermo, que nunca había estado de acuerdo con la boda de su hijo, que su padre y su madre no se entendían, total que, para echárselas de listo y sin darse cuenta, Joseph destruyó una a una las murallas que todavía protegían a Martin. Pero en lugar de volverse más vulnerable, el niño parecía acorazarse a medida. Porque en el fondo, no creía mucho más en esas confidencias que en los relatos aterradores del ama Perraut. Sabía, de una vez para todas, que el abuelo era viejo, pero envejecer no tenía ningún sentido para él; igualmente el tatarabuelo se había muerto, ¿pero qué significaba morir! En cuanto a sus padres, ¡el pobre Joseph no conseguiría nunca sacudir las dos torres de la catedral! Sin embargo, crecía en él, con su horroroso cortejo de orgullo y de egoísmo, la corteza de que sólo podía contar consigo mismo, que tenía que guardar sus secretos, desconfiar de las personas mayores, las cuales son incomprensibles y versátiles, y triunfar de ellas oponiéndose a ellas. Afortunadamente, bastaba todavía una ardilla, una anécdota del doctor Lapresle o una maravilla en el desván para que aquel monstruo de indiferencia y de habilidad volviera a ser un niño ingenuo y alegre, pero ya nunca completamente transparente.

En adelante, había dos Martin: los padres, cuando se separan, desdoblan así a sus hijos.

Hubo una semana en que, con el viento, los castaños cubrían el suelo con sus flores. Hubo un atardecer tan tibio que anunciaba el verano y Joseph esperó la noche para regar. Este aguacero forzaba tiernamente a la tierra a revelar sus secretos y subía de ella un olor tibio que presagiaba los perfumes de todas las flores que, de allí a septiembre, iban a salir de su corazón. Tres nubes avanzaban solas en el cielo, como unos jueces. El doctor Lapresle, que paseaba con Martin, la cabeza hundida en el cuello como un pichón en invierno, se detuvo y le dijo con una voz sorda:

—Respira, muchacho, respira… Es la felicidad, es toda la felicidad de la tierra…

Martin creyó que el abuelo hablaba del suelo y del tiempo; ¿cómo hubiera podido sospechar que el viejo le entregaba su testamento y acababa de pronunciar su adiós al mundo? Tampoco comprendió por qué su abuelo le cogió tan fuerte de la mano, ni sobre todo por qué le pareció que era él, Martin, el niño, quien llevaba la suya y lo conducía.

Al día siguiente, por el contrario, hacía un tiempo desapacible; el doctor cogió frío y tuvo que guardar cama. Colgada del perchero de cuernos, su chaqueta de pana empezó a llenarse de polvo. Martin subía diez veces al día a ver a su abuelo y nunca con las manos vacías: una flor, cualquier cosa encontrada en el desván, un sello; siempre tenía un prodigio para que se lo explicara.

—Hace mucho tiempo que no me has hablado de medicina, abuelo.

—Lo que precisamente me contraría —dijo el doctor encantado—, son todos esos enfermos que me están esperando.

Martin lo miró y presintió que se podía mentir no solamente para encubrirse o para jactarse. «Todos esos enfermos que me están esperando…». Detestó a Joseph por haberle dicho la verdad, olvidando que era él quien le había perseguido a preguntas. Pero sentía una especie de compasión por el doctor Lapresle y cargaba sobre Joseph ese sentimiento insoportable.

Cuando oía los pasos apresurados del niño en la escalera y en el pasillo, el viejo aguzaba el oído: el emperador consolidaba su trono miserable bajo aquel baldaquino cuyas dimensiones lo aplastaban y

luego decía «adelante» incluso antes de que llamaran a su puerta.

—¿Cómo estás? —preguntaba el niño sin mirarlo ni esperar la respuesta.

Sacaba del bolsillo un juego de cartas asqueroso y los dos continuaban una partida comenzada la semana pasada. Antes de hacer una jugada, sacaban la lengua, vacilando; se acusaban, sin convicción, de hacer trampas, de mirarse las cartas. A Martin se le había metido en la cabeza que el doctor Lapresle era el rey de corazones y que él era el valet de tréboles, hijo de aquella reina Argine que él se obstinaba en llamar Agnès. Su padre, Joseph, el cura, el señor Thirolaix se identificaban a otras figuras rojas o negras, sobre las que inventaba de día y de noche aventuras inimaginables. Zélie era el as de carreau, ¡vaya usted a saber por qué!, y se estremecía cada vez que salía esta carta…

—Abuelo, te toca jugar a ti. ¿Qué esperas?

—Estoy pensando, muchacho.

No, estaba sufriendo; el navío echaba el ancla.

—Espera, estoy un poco cansado. Vamos a dejar la partida… No, puedes quedarte un momento.

Cogía la mano del niño y le daba golpecitos, por momentos, con el gesto distraído del cochero que, con las riendas, roza el lomo del caballo: «Estoy aquí…». Una vez, la mano se volvió pesada; estaba fría y transparente; con un gesto avaro se acercaba la sábana a la cara. Martin tuvo miedo, sin razón, instintivamente. Miró a su abuelo: sus mejillas parecían aspiradas desde dentro.

—¡Abuelo! —gritó con todas sus fuerzas.

El viejo se despertó y, gracias a Dios, le pasó una mano por la cabeza y con la otra se retorció el bigote: con dos gestos resucitó el doctor Lapresle.

—Me has dado miedo, abuelo.

El enfermo mostró su mano derecha crispada sobre la sábana en desorden:

—¿Por qué? Ves muy bien que me estaba durmiendo: hacía cras cras.

«Miedo, he dado miedo a Martin». Este pensamiento le apretaba tan violentamente el corazón que, a su vez, tuvo miedo de que la muerte llegara, allí, en aquel momento, delante del niño, a dar el tercer golpe. Y llamó a Dios.

La muerte le dio de vida dos semanas todavía: dos semanas de lilas, de mirlos, de Martin. «Cada segundo es importante…». Todas las noches, antes de abandonarse a esas tinieblas de las que no estaban seguro resurgir, el doctor Lapresle hacía muy despacio la señal de la cruz y pronunciaba en voz alta «gracias», lo que, como «perdón», constituye una contraseña del Reino.

Dos semanas y todo se desarrolló como el doctor había previsto. Los síntomas fueron tan precisos, tan conformes a los manuales de medicina, que en el corazón de su angustia, el doctor Lapresle encontró un rayo de ironía: «No es más que eso…». Le parecía absurdo, humillante, morir de un mal cuyo diagnóstico, durante cuarenta años, había hecho con tanta frecuencia, con tanta facilidad en los demás. «Esta vez el cielo juega limpio», pensó recordando la agonía de su mujer cuyo rostro no iba a dejarlo ya. Tuvo la fuerza de llamar a Joseph que, desde hacía unos días, no vivía más que en la espera de aquel timbre tembloroso. Joseph acudió y empezó a aplicarle el plan con un nerviosismo tal, con un lagrimeo tal que Martin se alarmó inmediatamente. El corazón se le puso a latir como una campana. «Vete a jugar», le gritaba el pobre Joseph. Pero se aprovechó de que éste llamaba por teléfono (tuvo que marcar tres veces el número de tanto como le temblaban los dedos), para llegarse hasta la puerta de la habitación que entreabrió, para su vergüenza, con más curiosidad que angustia. Entre las cuatro columnas de la cama yacía alguien que él no conocía. Aquel rostro de cera con reflejos verdes se parecía a…

—¡Mamá!

El chillido que dio Martin antes de echar a correr estremeció a aquel extraño inmóvil, pero éste no tuvo fuerzas para abrir los ojos.

El médico llegó demasiado tarde; el cura también; lo que intentaron uno y otro fue inútil. Joseph no tuvo necesidad de mantener a Martin a distancia: el niño se había refugiado en lo más lejos del jardín, de donde ni siquiera se veía la casa. Agazapado como un animal, casi sin respiración, escuchaba aquel corazón suyo que latía por dos.

Joseph llamó por teléfono a Neuilly, no imaginándose que pudiera haber varias casas. Albert buscó el número donde se podía llamar al señor en caso de urgencia y no encontró el papel: estaba olvidado

en el bolsillo de un pantalón de Martin. Llamó a la oficina y allí un vigilante de noche llamó a la rue des Granges. De boca en boca, la noticia perdía en emoción y se cargaba de compunción.

Marion vio cambiar la cara de Marc: volverse la de un niño desgraciado y culpable. «Su padre ha muerto —adivinó—. O algo le ha pasado a Martin. ¡No, no, a Martin no!». Se sentía extrañamente responsable de aquel niño.

—Mi padre ha muerto —dijo Marc.

—Querido…

Le besó la mano como si hubiera sido la mano de un hombre viejo. Su padre debía estar vivo todavía; jamás ella se enteraría de su muerte: es el único privilegio de los niños abandonados. A su madre la había enterrado dos años antes y sabía el desgarro mezclado de remordimientos que podía sentir Marc, quien, también él, se entendía mal con el viejo señor de Sérignay. Repitió en voz baja:

—Querido…

Marc parecía atontado y ella decidió no decirle una palabra más, pero también no dejarlo un solo instante.

Antes de llegar a Sérignay, Marc dejó a Marion en un hotel de la ciudad más próxima. Después, tranquilamente, se dirigió al pueblo, pensando, recordando sobre todo, mirando con una especie de sed penosa y con ojos de extraño, el paisaje de su infancia que transfiguraba la primavera. Pensaba: «Todo está igual, todo es joven», y de repente se sentía como congelado, con un peso encima. No se perdonaba no estar triste por la muerte de su padre, pero sobre todo no se perdonaba apiadarse de sí mismo como lo hacen los niños. «Cuando lo vea, cambiará la cosa», pensaba con alguna ingenuidad.

La verja blanca estaba abierta de par en par, tan grande como la boca de un muerto, y las persianas cerradas como sus párpados. Joseph acudió a él, perro fiel, y se pegó a los pasos de Marc; estaba enfermo de soledad con su dueño muerto altivo, el recuerdo de Angelina y de la señora, mientras Martin seguía metido en alguna parte de donde únicamente salía para coger algo de comida en la cocina, como un animal salvaje.

Todos los olores de la vieja casa asaltaron al visitante, además

de ese otro olor lleno de horror: muerte, cirios y flores mezclados, como cuando su madre reposaba, agotada por el sufrimiento, en la inmensa cama. Subió, vio a su padre y se dijo: «He llegado a tiempo…». Sabía que, durante unas horas, un muerto permanece misteriosamente presente, sujeto de recuerdo, de oración, de remordimientos, antes de volverse bruscamente en objeto. El doctor Lapresle estaba todavía allí; su hijo, que no sabía rezar, pasó, frente a él, unos minutos horribles y algunos muy tiernos. La ironía que, durante toda su infancia, había paralizado a Marc, permanecía impresa en aquel rostro. El pelo, al fin inmóvil, parecía hecho de una seda muy fina. En sus manos paralizadas en las que cada detalle —la curva de las uñas, el pliegue de las falanges— evocaba los gestos familiares del doctor Lapresle, Marc vio la sortija que le quedaba demasiado amplia y que giraba un poco como para escapar de aquella estatua de cera. La retiró suavemente y, sin pensar en lo que hacía, se la puso en su propio dedo. Era como un extraño noviazgo y, probablemente, alguna secreta reconciliación, pues el garrote que, desde aquella noche, le atenazaba la garganta se soltó. «Será para Martin, a su vez», pensó, sorprendido de pensar tan apaciblemente en su propia muerte. ¡Martin! Todavía no había pensado verdaderamente en él, en su presencia aterrada durante los instantes terribles. El primer muerto… Ocho años: ¿no era la edad en que él había perdido a su abuelo Lapresle? ¡Pero con cuánta precaución su madre le había preparado para ese horroroso misterio! «Ese animal de Joseph no habrá sabido qué decirle», pensó Marc con más inconsciencia aún que injusticia.

Ese animal de Joseph entraba ahora en la habitación que desde hacía tantos días llevaba cargada a la espalda; entraba de puntillas, los ojos colorados.

—Ha llegado la señora.

—¿La señora?

Marc bajó y se encontró delante de Agnès. No se habían vuelto a ver desde el despacho del juez, en el otoño; los dos pensaron lo mismo. Con una mirada, ella examinó a aquel hombre que le pertenecía, que ningún otro había reemplazado, mientras que Marc observaba con una mirada nueva aquel rostro y aquel cuerpo que Marion había obliterado. Ella vio la sortija y temió, el tiempo de un latido del corazón, que no fuera… Pero en seguida reconoció que

era la del doctor Lapresle y se sintió tan feliz que sonrió. Era casi inadmisible, pero nada podía enternecer más a Marc.

—Gracias por haber venido —murmuró.

La sonrisa se paralizó. «¿No es la frase que se dice a los extraños?». Al tomar su mano para llevársela a los labios, Marc la sintió estremecerse; él mismo se turbó.

—Iba a buscar a Martin —dijo muy de prisa—. Parece ser que se esconde en el jardín, pero yo conozco todos los escondites.

—Vamos juntos, Marc.

El pensamiento de Martin les hacía olvidar al muerto. Salieron al jardín propicio para los noviazgos de primavera, donde los pájaros no iban de luto. Varias veces, Marc estuvo a punto de coger del brazo a Agnès con el gesto que, durante diez años, le había sido familiar. Al final, para impedírselo, juntó las manos en la espalda, pero, esta vez, era un gesto de su padre: ¡imposible, allí, ser infiel! Aquella avenida de árboles, habían paseado por ella, el año en que se prometieron, en abril mismo. Marc temía que Agnès pensara en lo mismo, ella esperó que él se acordara, pero no cambiaron ni una palabra.

En vano buscaron por los escondites.

—Dónde se habrá metido…

—No está lejos —dijo sordamente Agnès—, lo siento.

Se detuvo y llamó: «Mar-tin,

Mar-tin,

mi pequeño…».

No tuvo tiempo de decir «conejo»: por la derecha, se separaron unos arbustos y, como una liebre descubierta, Martin se precipitó hacia su madre que puso la rodilla en tierra para estar a su altura. El niño la abrazaba, la apretaba, murmurando contra aquella piel cuyo calor y perfume reconocía, palabras confusas: una especie de «Dios te salve, María» mezclado a «Te quiero». Su padre le puso una mano en la cabeza y le dijo: «Chaval», entonces Martin se puso a llorar de felicidad: volverlos a ver juntos, juntos… Se había olvidado de Zélie y del doctor Lapresle. Su madre se equivocó:

—Pobre hijo mío, estás apenado por tu abuelo.

Las lágrimas de Martin cambiaron inmediatamente de manantial, pero no de fuerza y nadie se dio cuenta.

—¡Me ahogas, conejito!

El niño soltó los brazos; desde hacía meses no había sentido una tal impresión de seguridad. Cogió la mano de su padre con una mano, la de su madre con la otra y los llevó hacia la casa. Los padres se sentían extrañamente ligados y no se atrevían a mirarse por encima de la cabeza de Martin que volaba más que andaba. «Todo lo que ha ocurrido no es más que un equívoco; es imposible que Marc no se dé cuenta —pensaba Agnès—. Basta que vea a Martin con Marc para que me sienta curada. ¡Cuánto tiempo perdido! Los médicos están ciegos; el viejo doctor Lapresle tenía razón… ¿Por qué no me quería? Ahora, es demasiado tarde. El tiempo perdido, siempre el tiempo perdido…».

Marc, a escondidas, miraba aquel perfil que le parecía rejuvenecido. «Agnès… Agnès en su casa en Sérignay como en todas partes… ¿Qué figura haría Marion aquí? Y sobre todo ¿qué les parecería a la gente del pueblo? Pero no, no me quedaré con esta casa. ¡Con tal de que Martin no se haya apegado a ella! Bah, a esta edad…». Tenía miedo de que sus pensamientos, de los que no estaba muy orgulloso, se transparentaran en su cara; miedo también de que Agnès no adivinara, más tarde, que iba a buscar a Marion. Marion, en aquella habitación de hotel, acurrucada en un sillón, como un pequeño venado perseguido, sus ojos inmensos y su «¡Vuelve pronto!», Marion, en ninguna parte en su casa, Marion siempre de paso, ¿señora de Lapresle?… Esta inquietud, estos temores le llenaban completamente la cabeza; él también se había olvidado del pobre muerto.

Vieron una silueta que gesticulaba delante de la casa y Marc la reconoció inmediatamente:

—Ha venido

P. L. T.

, ¡qué amable!

Práctico igualmente: el abogado informaba la víspera en Châteauroux y pensaba, dos días más tarde, participar en la clausura del congreso radical de Tours. Los funerales del padre de Marc, que había sido compañero del suyo, caían de maravilla: de un tiro tres pájaros… Pero esta vuelta a la tierra, a la infancia, a la verdad, lo había cogido en una trampa y, cuando abrazó a su amigo, lloraba con tanta fuerza que Marc tuvo vergüenza de sentir tan poca pena.

elevó de repente el nivel de las manifestaciones exteriores; todos se pusieron a gemir más alrededor del viejo señor que, entre tanto, había dejado definitivamente el maniquí ante el cual desfilaban ahora todos los del pueblo, sus enfermos. Muchos, antes de volverse, tocaban devotamente aquellas manos que los había curado.

Escondido en el vestíbulo, Martin no contempló ese espectáculo rojo y negro. Miraba con estupor a todas aquellas personas mayores que lloraban como niños: ¿con quién se podía contar?

X

LOS BALCONES DEL ABURRIMIENTO

MARTIN no había asistido nunca a los oficios de Sérignay. En los tiempos felices, los domingos por la mañana los pasaba en la cama del abuelo, devastando las estepas del emperador a fuerza de cabriolas. La iglesia le pareció fría, blanca y fea; sólo conocía la de Châtillon y dudó de que Dios pudiera concebir el más pequeño atractivo de residir allí. Sin embargo, era la misma misa. Pero ¿por qué lo habían separado de su madre apenas haberla visto? ¿Por qué habían puesto a su padre, a él y a Joseph, que sorbía sin cesar, del otro lado del montículo negro cubierto de flores y alrededor del cual ardían ocho cirios? No le gustaba estar en primera fila; desde allí, era imposible observar, sino a escondidas, al jefe de estación, a Adrien el del café, al alguacil Armand, rígidos en sus trajes fúnebres. Y aquella mujer gorda que lloraba tanto, ¿no era Finette? Y aquel viejo…

El órgano invadió todo. Martin, que no lo había oído nunca, no podía reconocer en él al hermano mayor del armonio asmático de Châtillon; para él, era la voz misma de Dios que tronaba de ira y a continuación rebosaba de ternura. Subido al cielo como Jesús, el doctor Lapresle había abierto las compuertas y liberado las cataratas. Ahogado hasta las lágrimas, Martin se volvió a ver bajo el diluvio en compañía del abuelo: era la mañana de la reconciliación. ¿Habían sido alguna vez más felices? «Nunca más», pensó Martin. ¡Nunca más!, se puso a gritar entre los truenos del órgano. Acababa de descubrir las dos palabras más trágicas del lenguaje humano. Adrien, Armand, Finette, todo Sérignay lo vio levantarse, rodear

corriendo el catafalco y echarse contra su madre que lo interrogó con la mirada.

—Tenía tantas ganas de morir, mamá, he tenido miedo…

Estas palabras la trastornaron hasta el punto de que contestó como un soplo:

—Te pido perdón.

Martin abrió los ojos detrás de la cortina de lágrimas; pero ¿cómo hubiera podido explicarle su madre lo que ella misma no comprendía? «Yo me cuido desde hace meses, me siento sola, pero ¿quién, quién es el más indefenso, el que está más solo?». Cogió la mano del niño y no la volvió a soltar.

Triste, Martin debió dormirse, pues tuvo una visión muy clara de su abuelo sonriendo con ironía, revolviéndose el pelo, retorciéndose el bigote. Quiso responderle con los mismos gestos, pero, como ocurre en las pesadillas, su mano era de plomo: su madre se la tenía apretada.

Cuando el funeral terminaba, se oyó la explosión de un motor y el padrino de Martin hizo su aparición entre los campesinos de luto. Estaba feliz de haber recorrido París-Sérignay en tres horas y de haber conciliado el deporte y la amistad; y ocultaba tan mal esta satisfacción detrás de una cara de entierro que su ahijado hizo como que no lo veía.

Después, todos se fueron detrás de un extraño coche de caballos que transportaba el montículo florido. Martin creyó verdaderamente —el cementerio estaba en esa dirección— que en recuerdo del doctor Lapresle, el cortejo iba a seguir el paseo de los martes. Cruzaban sin cesar coches cargados de equipaje, pues era la vuelta de vacaciones de Semana Santa. Algunas mujeres hacían la señal de la cruz, los hombres mostraban una cara sorprendida y los niños señalaban con el dedo hacia el cortejo. Martin, que iba al lado de su madre, sentía una cierta satisfacción de saberse objeto de compasión; le hubiera gustado mucho ir vestido de negro. Unos pasos delante, su padrino tenía vergüenza de que lo vieran en semejante comitiva.

En lo alto de la cuesta Vidalin, el caballo del coche fúnebre se paró, según su costumbre, para recuperar un poco el aliento, y las conversaciones comenzaron. Marc se inclinó hacia

, cuya actitud fraternal lo había emocionado:

—Paul-Louis —le dijo en voz baja—, me ha trastornado mucho volver a ver a Agnès. No sé si…

—¿Si qué?

—Si no estamos haciendo una gran tontería.

—Desde todos los puntos de vista, Marc, ya te lo he dicho. Agnès tiene, ¿cómo diría?, clase, sí, cierta clase…

Era una perfidia:

P. L. T.

quería bastante a Marion, pero aquel divorcio le molestaba mucho; además, hacer fracasar el asunto sería jugarle una buena mala partida a aquella abogada que él aborrecía…

Marc, el ceño fruncido, no respondía nada;

P. L. T.

lo observó y, cuando vio sobre su cara que el camino estaba libre para un nuevo argumento, añadió:

—Además, no sólo estáis Agnès y tú.

—¿Marion?

—No. Por ese lado siempre se pueden arreglar las cosas. ¡Sí, sí!… Yo pienso en Martin. Sé muy bien que a su edad… Sin embargo, míralos.

El cortejo se había puesto en marcha otra vez; Marc se volvió a medias: un sol tímido reflejaba en Agnès una sombra menos oscura que su silueta de luto y Martin llevaba cuidado de ir dentro de la sombra.

—Si deseas verdaderamente reanudar con ella, es él tu mejor abogado. Tienen que irse juntos, Marc.

—Imposible. Agnès está con un tratamiento muy riguroso en una casa de reposo, cerca de Cannes. Inyecciones y no sé cuántas cosas más.

—Tanto más mérito por su parte de haber venido hasta aquí. Yo considero esto como un primer paso; ahora te toca a ti dar el segundo.

—Pero ¿cómo?

—Escríbele unas palabras mañana y después sigue escribiéndole; el tiempo hará lo demás.

—¿Y el pleito?

—Yo me ocuparé del juez; tú, ocúpate de Marion. Me da la

impresión de que no es, ¿cómo decir?, cuestión de dinero.

—Ciertamente, no.

—Entonces, es cuestión de amabilidad —dijo el abogado con un tono desenvuelto: nada le era más ajeno que esta noción.

—Y de tristeza —murmuró Marc bajando la cabeza, y pensó: «Por las dos partes».

—Pobrecillo…

P. L. T.

no añadió «Todo se paga» o «Hay que saber lo que se quiere»; la decisión de Marc era demasiado frágil: su peor enemigo era el amor propio.

—¿Y si tú volvieras a instalarte en Neuilly con el pequeño?

—Vas muy de prisa, Paul-Louis.

—Entonces, que vaya, no lejos de Agnès, a una casa de niños.

—¿Una casa de niños cerca de Cannes? ¡Crees que se encuentra tan fácilmente!

—Con dinero se encuentra todo —dijo

P. L. T.

amargamente.

La caja clara de formas extrañas salió de su corteza negra como una almendra. Los cuatro campesinos que la transportaban respiraban con fuerza, sus miradas estaban fijas y unas venas aparecieron en sus sienes. El corazón de Martin se puso a «bajar la escalera», a latir con violencia en su garganta, en su pecho, en su vientre. Era la señal: iba a pasar algo, iba… Fue Joseph quien le puso en el camino:

—Tu pobre abuelo… ¡Y no pesaba tanto!

Joseph olía a tela nueva y a lágrimas, un olor de vieja, de mercería que Martin no olvidaría jamás. Le acababan de entregar la llave del mundo de los adultos, la muerte; y antes de que su mente hubiera captado bien las palabras de Joseph, el animal en él había comprendido lo esencial. El miedo se instalaba en Martin para siempre.

Mientras todos comen, a la vuelta del cementerio, Martin, que más bien vomitaría, deja la casa, pasa la verja que ya nadie le prohíbe y

se va, puesto que es martes, sobre las huellas del doctor Lapresle. No puede admitir aquella caja hundida en la tierra: le recuerda el retrete en casa del ama Perraut. ¿Habrá también aquí esas asquerosas moscas verdes que saldrán de las tumbas zumbando? ¿Y animales…? No, no, esa caja está vacía, no es más que un simulacro y el abuelo lo espera guiñándole un ojo detrás de uno de los árboles que él quería tanto. ¿Que él quería? ¡Que él quiere! Con todas sus fuerzas, Martin lucha contra «el imperfecto», que es el tiempo de las personas mayores.

Con un nudo en la garganta, continúa el paseo de los martes; aquí está el árbol que tiene ciento cincuenta y tres siglos y la gruta de los siete maquis. Y aquí la charca que… la charca donde… ¡Tiene que acordarse palabra por palabra! Martin siente que ésa es su misión, que si él olvida los mensajes del abuelo Lapresle, nadie en el mundo será capaz de transmitirlos. Entonces la casa que a él le gustaba se hundirá, aquellos árboles famosos caerán muertos y la tierra beberá aquella charca sin leyenda como se ha tragado la caja vacía. Vacía, vacía, ¿verdad, abuelo? Lo llama en auxilio contra ese sosia de cera cuya imagen gris lo obsesiona. Martin piensa en el abuelo, pasa revista a todas sus imágenes, cierra los ojos para verlo, se tapa los oídos para oír su voz. Así, cerrado al mundo y a la primavera, espera por última vez que la Potencia aboliera en su favor el tiempo y el espacio, y que el abuelo Lapresle ponga su mano sobre su hombro. «¿Te he dado miedo, muchacho?…». Él espera, y cada segundo que pasa es un año más. Latido tras latido de su corazón, espera, y su cuerpo no es más que una cisterna resonante: está aprendiendo la Desesperación.

Cuando se resigne a abrir los ojos, sabrá que ha perdido definitivamente al viejo, su aliado. Todo se hunde: la Tradición, la Medicina, una pared arrastra la otra. Y Martin piensa de pronto: «El ama Perraut es vieja también: el ama va a morir». Y también su madre y él…; la tierra es un inmenso cementerio.

El cielo lo distrae en el momento preciso: sobre su cabeza un pájaro se pone a cantar, medio alegre, medio patético, con una voz que le recuerda a Zélie, Zélie viva. Se queda quieto, como le ha enseñado el doctor Lapresle y, suavemente, contesta. Simplemente una pequeña modulación sin importancia que significa «Comprendo», como la mano de su abuelo sobre la suya significaba

«Estoy aquí». Un silbido pequeño, pero que da al pájaro nuevos argumentos para continuar. Martin, el corazón vacío, escucha aquella pequeña criatura de lenguaje poderoso, ese misterioso embajador, esa alma libre y que canta. Desde su observatorio invisible, nadie duda de que ve a Zélie y quizá al doctor Lapresle; es como un guión de unión. Descubrirlo es el secreto de vivir, de sobrevivir… El pájaro canta; y Martin responde, sin saber que está sonriendo otra vez.

En Sérignay, la tormenta acaba de estallar. Al volver del cementerio, Agnès pasó por el hotel para coger una medicina. ¿Por qué ha mirado a esa mujer joven sentada en el hall y que hojea una revista mordiéndose un mechón del pelo como hacen las niñas pequeñas? ¿Y por qué ésta se pone colorada? «Es ella —se dice Marion—. Es ella, estoy segura. No hubiera debido venir; pero Marc no piensa jamás». Esta comprobación le da valor: a su vez, se atreve a mirar a la desconocida que parece que está en su casa, que, Marion lo adivina, parece que está en su casa en todas partes. Es el efecto de la riqueza y lo propio de la burguesía: en todas partes en su casa, salvo en el reino de Dios, probablemente. La soltura que ella admira en Marc, a Marion le da rabia verla en esa mujer y su mirada se vuelve tan insistente que turba a la otra. En un momento, la feliz seguridad que le había dado el encuentro de ayer, la pierde Agnès visiblemente. Agnès sale de aquel lugar que una desconocida le ha hecho odioso, con el aire indiferente, pero el paso un poco demasiado vivo, como el niño que pasa delante de un perro.

—¿Dónde vamos, señora?

—A Sérignay, desde luego.

—¿Ha visto la señora a la señorita? —pregunta Albert después de un instante.

—¿Señorita? —El mismo sobresalto que Marc cuando, la víspera, Joseph le anunció que la «señora» lo esperaba—. ¿Qué señorita?

—La…, en fin, la señorita del señor.

Es un diálogo de *vaudeville*, pero lo que Albert observa en el retrovisor es una máscara de tragedia.

—Tal vez no hubiera debido hablarle a la señora —añade a media voz y como hablando consigo mismo.

No es maldad, es la desastrosa «fidelidad» de los imbéciles: Albert ha tomado el partido de la señora. Por interés, tradición, dignidad, todos los amigos de Agnès y de Marc han escogido uno de esos dos campos, o mejor dicho han engendrado esos dos campos, a menos que no jueguen hábilmente sobre los dos tableros, raza de mediadores. Deseo de ser leal, pero mucho más de darse importancia, placer de la gente pequeña para provocar catástrofes en los grandes, es lo que ha empujado a Albert a deshacer con una sola frase, con toda inocencia, la reconciliación que se bosquejaba.

Agnès apenas puede tenerse sobre las piernas cuando baja del coche. «La ha traído aquí, a Sérignay, donde está Martin. No sospechaba que yo fuera a venir; pero Martin, Martin hubiera podido verla… (Lo que la hiere sobre todo es la coalición: los tres de un lado y ella sola del otro). ¡Quién sabe si no habrá llevado también a esa chica a casa del ama! ¡No puede prescindir de ella! (La segunda flecha). Y delante de su padre muerto… (Pero este pensamiento es completamente convencional). Y yo que había creído, ayer y esta mañana, que podríamos, que deberíamos quizá… ¡Quién sabe si anoche, en vez de velar a su padre, no estuvo con ella en el hotel!… ¿Y si me fuera sin verlo?… No, sería una cobardía. ¿Irme con Martin, ahora, sin una palabra?… No, no quiero que el niño me vea enferma. Además, ¿tengo *derecho* a llevármelo?».

¿Derecho? Aquí está encamado por ese fantoche de pelo de trágico que se adelanta hacia ella, ejecuta su número de vuelta del cementerio y pronuncia unas frases que ni siquiera ella escucha porque acaba de ver a Marc.

—¡Pobre Agnès, qué cara más mala tiene usted! Marc, ¿no te parece que…?

—Agnès, ¿qué hay?

Como seis meses antes en el despacho del juez, tiene un desfallecimiento.

—¡Agnès!

¿Que qué hay? Ella se lo dice de un tirón, como se vomita. Sí, delante del abogado, del padrino, delante de esos extraños. «¡Qué falta de todo —piensa Marc—, Marion no haría una cosa semejante!».

P. L. T.
, cuyo andamiaje se hunde, se interpone en vano: todos los motivos que da sobre la presencia de Marion no pueden más que herir a Agnès, puesto que testimonian de la duplicidad de Marc o del apego que él tiene a Marion. Ruega, implora. No sabe que a la cabecera de un enfermo grave es mejor callarse. Alain empieza a arrepentirse amargamente de su récord deportivo. Para él, que colecciona las mujeres como si fueran chucherías, Agnès y Marion son, cada una a su manera, atractivas; y no le interesa mucho tener que elegir entre Marc y su mujer.

—¿Dónde está Martin? —pregunta inocentemente durante un silencio.

—¡Afortunadamente no está aquí! —dice Agnès.

—Hace usted bien en hablar de él —encadena el abogado—, lo olvidamos un poco demasiado. El fallecimiento del doctor Lapresle plantea un problema del que nadie parece preocuparse: ¿adónde va a ir Martin ahora?

Ya no puede ir ni a Sérignay, ni a casa del ama; el fantasma de Marion reduce a Marc al silencio; y el temblor del que Agnès es presa desde hace un instante, sin conseguir reprimirlo, dice bastante de que ella no puede pretender el cuidado de su hijo.

—En Suiza hay excelentes pensiones para niños —se atreve a decir
P. L. T.

—¡En Suiza! —grita Agnès que no esperaba más que una palabra para recuperar su buena conciencia—. ¿Por qué no en los Estados Unidos? Martin tiene necesidad ante todo de alguien que lo quiera.

—Yo podría… yo podría tal vez llevármelo a casa —propone Alain después de un silencio.

Su amabilidad y su horror de dejar a sus amigos en apuros, su ligereza, su gusto por la aventura han hablado en su lugar. En resumidas cuentas, prefiere tener preocupaciones que aburrirse.

Por el momento, la gratitud de los otros le impide interrogarse más. Dentro de un momento, cuando él mismo anuncie la noticia a Martin y vea la expresión del niño, cuando, sin una palabra, el niño, que no ha reaparecido desde el cementerio, huya de nuevo, comenzará a plantearse ciertos problemas.

Martin pasó la tarde encerrado en el cupé del tatarabuelo. Sabía que nadie lo descubriría allí y que en ningún otro sitio podría pensar mejor en el doctor Lapresle que en este abrigo fuera del tiempo donde, por otra parte, había quemado tantos cigarrillos para evadirse de Sérignay. El cuero agrietado, la tela vieja acolchada, todo había vuelto a encontrar el olor anticuado que, esta vez, correspondía al estado de ánimo de Martin. Y allí se durmió, sin darse cuenta; para los niños, es una gracia que los acontecimientos que los desesperan no les quite el sueño.

Cuando se despertó en medio de esas tinieblas confinadas, cuando, con sus manos extendidas, tocó las paredes del cajón, pensó en el ataúd de su abuelo y creyó que estaba muerto. Pico y uñas, con la furia de un animal cautivo, abrió la portezuela del cupé y las ventanas de la cuadra. Oyó las voces de Albert, de Joseph, de su padre, de su padrino que lo llamaban por las cuatro esquinas del jardín y, durante algún tiempo aún, jugó a burlarlos.

Cuando llegó la noche, tardó mucho tiempo en dormirse en su cama del cuarto verde. El pensamiento de que, dos cuartos más allá, su abuelo había muerto; el pensamiento de que al día siguiente… De repente se acordó de que se había despedido del jardín, del pozo, de las dependencias, pero no del desván; y de miedo de que se lo llevaran por sorpresa, medio dormido, medio despierto, se ató la muñeca izquierda a la madera de la cama con su cinturón.

Agnès, que se iba el día siguiente por la mañana, cambió de hotel. En la nueva habitación, impersonal, irrespirable (existe un olor de mediocridad), casi no durmió. Por la mañana temprano, le vino el pensamiento, muy pronto insostenible, de que desde hacía meses no había visto dormir a su hijo. Despertar a Albert para que la llevara a Sérignay le parecía una tiranía; entonces decidió conducir ella misma el coche. La perspectiva de esta «aventura» la reconciliaba un poco con el personaje doliente e indolente que ella arrastraba de clínica en clínica y que a veces le avergonzaba. La seguridad con la cual bajó, arrancó el coche y lo sacó del garaje, le probaba bastante que se equivocaba en eso de abandonarse. «Voy a recobrarme —decidió, olvidando que ya se lo había dicho muchas veces—, voy a acabar el tratamiento, coger a Martin, no dejar nunca más Neuilly».

Cruzó silenciosamente la verja blanca, dejó el coche cerca del carricoche del viejo médico y se fue a pie a la casa nunca cerrada desde hacía cien años por orden de los doctores Lapresle. Era muy temprano y los pájaros cantaban del modo que lo hacen en ausencia de los humanos. Agnès dio una vuelta en aquella primavera, en aquel jardín de luto por su dueño pero, como Martin, demasiado joven para llevarlo. Agnès lo descubrió lleno de encantos; Neuilly, con los cuatro muros y el Mediodía sin otoño y sin manantiales le parecieron estrechos, privados de raíces. Agnès se imaginaba viviendo allí llena de felicidad, vigilando desde la ventana a un Martin libre y alegre: «Hubiera bastado que yo dejara terminar a Marc la carrera de medicina y que él tomara el relevo de su padre. Aquí no habría secretos, no habría *Señorita*…». Pero esto no era más que una manera de huir de la ciudad, de los problemas, de la vida.

Las campanas se pusieron a tocar en un cielo amplio y libre, y esta especie de nostalgia trágica y nula que el ángelus inspira a los de las ciudades invadió a Agnès. Volvió hacia la casa dormida, subió hasta el cuarto verde y, cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, distinguió a Martin que… Pero ¿qué significaba aquel brazo atado? Se sentía tan culpable hacia él que no dudó un instante ser la causa indirecta de aquel extraño suplicio. Lo más suavemente que pudo, deshizo la extraña ligadura. El brazo, aunque liberado, quedaba rígido; lo dobló con precaución para dar al niño una actitud familiar. Pero, desde la cama dura y el edredón rojo, ésta no era ya la suya y la rechazaba inconscientemente.

Agnès miró su rostro con la atención a que nos obliga la oscuridad y se quedó asombrada, una vez más, pero sin ternura, de su parecido con Marc. También veía en él, poco a poco, la mezcla indefinible de sus rasgos, de sus expresiones: era verdaderamente el hijo de ellos dos. Martin parecía tan pronto el hijo de uno como tan pronto el hijo del otro.

—Martin —dijo su madre en voz baja.

El niño se dio la vuelta; tuvo que aguzar la vista, habituarse a ese otro perfil rodeado de tinieblas. Agnès se inclinó a tocarle la cara y contuvo la respiración. Había descubierto, en la comisura de los labios, una arruga que ella ignoraba y que daba a la fisonomía entera una expresión de miedo y de debilidad. «Está cambiando

—se dijo—, está cambiando: se aleja…».

Cuando pensaba en él, de lejos, era solamente con el miedo de que cogiera frío, que se aburriera o que se hiciera mal educado; y, mientras que la agitaban y la tranquilizaban estas preocupaciones de abuela, he aquí que Martin, su hijo, cambiaba sin remedio… Cuando estuviera curada —¿curada de qué, Agnès?—, ¿no se encontraría con un pequeño extraño? Se apoderó de ella una angustia tal que, sin pensarlo más, encendió la lámpara de la cabecera con la esperanza de que aquella arruga, aquella sombra se desvanecieran, y con ellas su remordimiento. Entonces, cogió los hombros estrechos y sacudió a Martin hasta despertarlo. Cuando reconoció a su madre, cambió su cara, aparecieron los hoyuelos y empezó a reír. Tendió los brazos hacia ella, ella lo cogió en los suyos, tan cobardemente tranquilizada que no le oyó decir: «¿Me llevas contigo?».

Alain frena bruscamente delante del hotel:

—Espérame quietecito en el coche, muchacho. No tardaré mucho.

No mucho: el tiempo de contar a Marion la escena de la víspera. ¿Por qué? Alain no lo sabe; su inconsciente, que lo lleva en todo momento, le ha soplado de repente cometer esta indiscreción, tan ligera, tan grave como la de Albert. Pero él sabía que Marion se echaría a llorar, que él la cogería contra sí, acariciándole el pelo que, desde su primer encuentro, tanto ha soñado con tocar y apretando esa carne cuya firmeza presentía. Alain se dejaría matar de buena gana por su amigo Marc; pero le parece muy normal engujar los ojos de Marion con su propio pañuelo y hasta besar esas mejillas húmedas y tibias. Un hombre que consuela a una chica se siente peligrosamente absuelto. Marion, que llora, vuelve a ser una niña, pero una niña con unos senos y un olor que turban: como si saliera a la vez del océano y de la cama. Alain se abandona al sentimiento confuso de ser a la vez amante y padre, uno y otro excusándose mutuamente. Siente esa peligrosa impunidad que confiere una borrachera ligera: sin pasado, sin futuro, es un momento exquisito. La misma Marion, que su tristeza prostituye, vuelve a tener confianza contra aquel pecho fuerte: ¿qué sería de ella sin esos hombres tan seguros de pelo gris? Solamente olvida

que todas sus desgracias vienen de ellos. Los jóvenes no saben consolar: no son bastante astutos.

—Si por casualidad las cosas no van bien, llámeme, Marion. ¿De acuerdo?

Ella llora; pero ha oído perfectamente esas palabras, ha captado esa pértiga ofrecida a su frágil presente.

—¿Prometido?

Esta vez, ella asiente. Alain se contiene besarle los labios, esos labios que la tristeza infla como frutos maduros.

—Pequeña, mi pobre pequeña…

¿De qué la consuela? De su propia grosería, de la ligereza de los hombres; sin embargo, ella siente hacia él una gratitud infinita.

Llega al coche tan turbado, tan encantado de estarlo, que se extraña de ver a un niño dentro. Se había olvidado de Martin, que también lo había olvidado: desde que se quedó solo, se cuenta historias que comienzan así: «Bastaría con abrir la puerta…». Para ir a vivir con Joseph a su casa nueva… O encerrarse en Sérignay como en un castillo lleno de provisiones. O ir a la estación: «¿Cuánto cuesta un billete para Châtillon?…».

—¡Ah! estás ahí, muchacho.

A Martin le gusta que su padrino le diga «muchacho» y que conduzca muy de prisa.

—¿Vas siempre tan de prisa, padrino?

—Ciento cuarenta es normal, ¿no?

Alain no se siente vivir más que en el vértigo ese que procura la inseguridad. Hombre de comando y de guerrilla, a veces se burla discutiendo del porcentaje de su comisión sobre algún negocio inmobiliario. Una vez, por el contrario, se puso a llorar; el individuo de puro gordo, sentado enfrente de él, lo miraba consternado. A llorar: porque sus compañeros muertos lo hubieran despreciado y porque hubiera preferido encontrarse con ellos; fuera donde fuera, ellos formaban una compañía más honorable… Al volante del coche, a partir de ciento cuarenta, se reúne con sus compañeros muertos.

—¿Tienes miedo?

—No, me gusta.

—Entonces, nos entenderemos bien, muchacho.

El coche adelanta a todos los demás y Martin se burla de ellos;

aprende el desprecio. Se entenderán.

—¿Qué coche es éste, padrino?

—Un *Triumph*.

«Cuando sea mayor, tendré un *Triumph*: va más de prisa que el *Porsche* y que la "diosa"». Martin piensa en la manera de ser agradable a su padrino: «¿Está del lado de papá o de mamá?», pregunta innoble que se hace por primera vez. También se pregunta con qué medios conseguirá maniobrarlo y la pequeña arruga aparece en la comisura de los labios. ¿Qué clase de niño sería mejor fingir? Desde que lo hacen vivir con desconocidos, cree más oportuno interponer entre ellos y él un personaje. «No quiero que me metan en un nuevo colegio —se dice—. Fingiré estar enfermo, *como mamá*; a lo mejor el padrino me da clases…». No hace un día aún que el doctor Lapresle está enterrado y ya Martin lo traiciona.

El *Triumph* tiembla, avanza, adelanta, gira, rechina. Martin observa los cuadrantes del salpicadero y no el paisaje; está hastiado.

—¿Qué estás contando con los dedos? —le pregunta el padrino.

—Todos mis viajes.

Dejaban a un lado el rebaño de coches, subían por uno de los tranquilos afluentes de la autopista hasta una avenida todavía más abrigada y que desemboca en un parque. «Piedras Vivas» era el nombre de la casa de Alain; para edificarla, habían hecho un claro en un bosque; los árboles eran de hace doscientos años y eran más altos que los edificios. Había allí una paz, una seguridad, un silencio que no eran de la ciudad. Ni del campo: esas lámparas, esa piscina y esos caminos empedrados hacían a los pájaros insólitos; habían colocado proyectores en los árboles; barrían cada mañana las hojas y los pétalos. Los coches estaban tan bien alojados como sus dueños, y los perros mejor alimentados que los jardineros.

Adornados con muebles, cuadros, espejos, el vestíbulo y la escalera de cada edificio constituían una especie de mansión inútil: como si la riqueza un poco demasiado reciente de los habitantes no les hubiera sido sensible sin todo ese armazón, o como si a cada apartamento hubieran llevado todos los objetos valiosos que estaban de más.

Alain había hecho arreglar el suyo por un decorador que ni

siquiera le había preguntado los colores y el estilo que prefería; el año estaba por el verde almendra, el Charles X, las opalinas y esto es lo que se veía en el apartamento de Alain. Martin veía allí adornos barrocos, retratos de familia y colecciones extrañas que le parecieron sin relación con los del abuelo. Se lo dijo extrañado a su padrino que no comprendió el sentido de sus palabras: en su vida no había habido ningún Sérignay. Las pequeñas plantas tienen a veces raíces más profundas que las grandes.

La animación y la generosidad de este padrino encantaron los primeros tiempos de Martin en su casa. Todo niño, para desarrollarse, tiene necesidad de un hombre viejo, prudente y silencioso, de una vieja llena de relatos, pero también de un adulto antojadizo, de una persona mayor un poco fantástica: después del doctor y del ama, Alain representaría este papel. Sólo que era una pena que cada una de estas presencias interviniera a costa de las demás, pero los falsos huérfanos del divorcio no deben ser muy exigentes.

El padrino poseía la panoplia del occidental empedernido: un apartamento donde todo obedecía a unos timbres que bastaba con rozar, una instalación estereofónica que él llamaba «Hifi» (por su nombre, pensaba Martin), una televisión panorámica, varios aparatos de radio, teléfonos gris perla. Pero sobre todo transportaba sobre él todo lo que podría serle necesario: no un puñal o víveres, como en tiempos de los comandos, sino mechero, navaja, portaminas de colores y un juego de herramientas minúsculas, de oro, dentro de un estuche de ante. El coche también lo tenía lleno de accesorios y el garaje se parecía a una clínica. Hasta entonces, esta carrera persiguiendo todo lo que debía constituir su equipo lo había tenido sin aliento; pero ahora las novedades que compraba eran cada vez más inútiles. ¿Llegaría el momento en que se encontrara al final de todo lo que él llamaba ingenuamente el progreso? ¿Qué haría entonces con el tiempo y el dinero? Era como un hombre que sube alegremente una montaña ignorando que la cumbre esté tan cerca y que la otra vertiente sea un abismo; aquí el abismo se llama Aburrimiento.

Martin, que no seguía el mismo camino, admiraba todo lo de su padrino y, sentimiento nuevo, lo envidiaba. El modo de sacarse el dinero del bolsillo, un fajo de billetes, relegaba el ademán

ahorrativo del doctor Lapresle y el monedero del ama. Martin se decía que él también poseería una colección de pipas sobre su mesa de despacho y chalecos de todos los colores. Su refrán interior era «cuando sea mayor», pero ya sólo lo aplicaba a tonterías. Y ante todo, cuando fuera mayor sería rico, pues él pertenecía a este campo. ¿Por qué Joseph, Albert, el ama Perraut eran pobres? Porque pertenecían a la otra raza, nada más. El mundo era simple: ricos y pobres, como negros y blancos; o como en los tebeos que el padrino le compraba, los malos y los buenos se reconocían desde el primer vistazo. El cura de Châtillon que, en aquel mismo momento inculcaba en sus cabezas duras la primera Bienaventuranza, se hubiera quedado muy decepcionado: los pájaros del cielo devoraban, la cizaña ahogaba el grano que él había sembrado en aquel corazón entonces tan puro.

Cuando compraba *Lui* y *Playboy*, sus revistas favoritas, Alain le llevaba aquellos tebeos vulgares y violentos que el doctor Lapresle había roto el día en que Joseph, para dar gusto a Martin…

—¡Pero si no venden otros, señor!

—¿Y qué? ¡No me dirás que tú comerías… basura, si no tuvieras otra cosa!

El padrino era menos exigente: Martin se llenaba alegremente de basura y esos tebeos le parecían mucho más distraídos que los de Sérignay. Sentía vagamente que su madre se los hubiera confiscado, pero esta impunidad no hacía más que añadirse a su placer.

También se dio cuenta de que el abuelo o el ama no le hacían nunca regalos (pues sólo llamaba regalos a lo que es nuevo cuando nos lo dan). El padrino, el primer mes, le regaló una carabina de aire comprimido y un aparato de radio que sólo captaba una emisora, pero tan pequeñito que le cabía en la palma de la mano. También le llevaba esas chucherías de las de ahora que compraba diciéndose que, cuanto menos útil fuera el objeto, más divertiría al niño, lo que sólo es verdad para las personas mayores. Así, Martin tenía un gran resorte que, desplegándose lentamente, bajaba solo, peldaño a peldaño, una escalera, un tubo misterioso donde no se sabe qué cosa latía como un corazón y una hucha donde se veía una mano verdusca que se adelantaba hacia la moneda con precauciones de ladrón y después la cogía con la prisa de un avaro.

Cuando Martin hacía el inventario de este extraño tesoro, no

podía evitar pensar en el desván de Sérignay: en la ballesta, en el violín, en el maniquí, en el caballo con faldas. Le parecía haber cambiado de siglo, de país; o mejor dicho, todo y todos cambiaban alrededor de él: ¿a quién fiarse entonces sino a él solo? Así fundaba el imperio sobre su persona, al mismo tiempo que la veía frágil, inestable, impaciente. El orgullo y el miedo lo habitaban por tumo, ayudándose mutuamente a sobreponerse y los dos alimentándose de mentira y de indiferencia. El padrino hablaba poco: hombre de su siglo, no utilizaba mucho más que un lenguaje funcional, dejando a los especialistas de la radio y de la televisión el cuidado de aprender, de pensar y de expresarse en su lugar. Lo que, por otra parte, hacían cada vez menos. Cuando Martin le pedía «un cuento», le contaba esos inventos breves y crueles que cuentan los graciosos profesionales y que escandalizan a los niños. En cuanto a sus recuerdos, eran militares, sangrientos, imposibles de contar. Martin echaba de menos los del doctor Lapresle y sobre todo las veladas de Châtillon. A veces, el olor de la consulta de Sérignay o el de la chimenea de casa del ama lo sofocaban; tenía la impresión de haber traicionado a todo su mundo, que el ama Perraut estaba muerta también, que Zélie… Zélie, el viejo puente, el río… ¿Correría verdaderamente el agua en este momento? ¡Y pensar que no habría nadie para mirarla!… Martin llamaba a Zélie con lágrimas en los ojos; la criada acudía.

—¿Quiere algo el señorito?

No, no, el señorito quería llorar en paz, quería llorar solo.

—¿Viene a cenar mi padrino?

—No, señorito, esta noche no viene a cenar.

Una noche más, Martin se acostaría solo y, a pesar del sereno que patrullaba por la calle, a pesar de los cerrojos más modernos de Europa, tendría miedo. Al menor crujido de las tinieblas, diría con una voz de cine: «¿Tienes el revólver bien cargado, muchacho?» para hacerles creer que eran dos, armados como sheriffs. O si no, se levantaría, encendería la televisión para que todas aquellas personas negras, grises y blancas le hicieran compañía; y el padrino, Cenicienta infiel que volvería después de las doce, lo encontraría dormido delante de la pantalla desierta. Algunas veces apagaba el sonido para ver solamente las siluetas animadas, monigotes a los que hablaba en voz alta, a falta de otros confidentes. Pues el

padrino estaba siempre fuera; la criada no comprendía nada y sus compañeros de colegio eran todos de la raza que van a buscar en grandes coches negros al final de clase.

A pesar de sus pretendidas enfermedades, habían matriculado a Martin en un colegio muy «moderno», especie de laboratorio donde se aplicaban unos métodos que sólo habían hecho sus pruebas en coloquios, seminarios y simposios de los especialistas. La pizarra negra del señor Thirolaix, las planas de palotes, los dictados, los recitados, todo ese montón de cosas del antiguo régimen lo habían relegado al museo Grévin del oscurantismo. Los resultados eran extraños, pero completamente insospechables, pues no había ni notas ni lugares en clase para no suscitar en los niños ningún complejo. En cambio, los tests cundían; unos psicólogos decretaron que Martin era un «falso zurdo contrariado», lo que no dejaba de comprometer su futuro. El padrino se quedó aterrado; Martin comprendió solamente que era un caso y tuvo una satisfacción inmoderada. Muy atento a esta jerga, Alain ponía cuidado en no «traumatizarlo», y el otro se aprovechaba con una astucia de adulto bajo una espontaneidad de niño que él mimaba con arte.

«Doctor Lapresle, ¿lo oyes?, ¿qué haces tú?».

Era domingo, el quinto después de la muerte del doctor Lapresle. Joseph había ido a misa y al cementerio y, después de haber terminado sus citas con los muertos, se dirigió sin alegría a la de los vivos:

—Finette, dame… ¡bah! un chato de blanco.

Finette se puso en jarras; sus brazos formaban las espesas columnas de un pórtico cuyos pechos figuraban el frontón majestuoso.

—Y la granadina —dijo ella muy despacio—, no se la habrá bebido nunca.

—Precisamente, estaba pensando en él.

—Eso se ve.

«Precisamente…». Por pudor había pronunciado esta palabra, pues ¿no pensaba sin cesar en él, en ellos dos? Cuando entraba en la consulta o en el comedor para hacer la triste limpieza de los guardas de museos, los veía uno junto a otro, o frente a frente, sus caras inclinadas, sus nucas semejantes al invierno y al verano,

sonriendo. O cuando cultivaba en aquel jardín legumbres que nadie comería (pues él había perdido el apetito), miraba de repente a la derecha, seguro de verlos avanzar bajo los tilos, cogidos de la mano, mirándose. Muertos los dos, o los dos vivos, en otra parte, inseparables, pero callándose… Martin no le había escrito nunca una de esas cartas que él hubiera releído veinte veces: «¡Estoy bien, espero que tú también estás bien…! ¡No se vendían tarjetas postales en el planeta del padrino!». Joseph no se hubiera sorprendido más si hubiera recibido una del doctor Lapresle dándole noticias de Angelina y de la señora. Era como un niño que juega al escondite y no sale de su escondrijo. Al cabo de un tiempo, no ve a los demás; los busca y los llama, pues el juego dura demasiado tiempo. Sabe que ellos lo están viendo, él no los ve y la angustia se apodera de él. Joseph a medio camino entre muertos y vivos… Joseph, medio blanco, medio negro, con el pelo y el bigote sin teñir… y nadie ya para decirle: «¡No te abandones, muchacho, no te abandones!»…

Era domingo, estaban dando las doce, uno a uno los hombres se iban del café hacia el monótono día familiar que Joseph les envidiaba. Hasta el dueño del café, que era viudo, poblaba su mesa y calentaba su cama con Finette; pero a Joseph le había costado tanto trabajo tomar la decisión treinta años antes, que jamás tendría una segunda Angelina. Las primeras noches, había ido a dormir a su casa nueva, puesto que así estaba previsto desde hacía veinte años. Sabía que si el fantasma del doctor le haría Sérignay insoportable, el de Angelina le haría su casa del pueblo más acogedora. Pero la casa le seguía pareciendo extraña: no se atrevía a sentarse en las sillas y temía arrugar la colcha; cuando quería abrirlas, las puertas del armario crujían. Todo lo alejaba de allí. Al tercer día, se refugió en Sérignay, en su habitación de arriba, como un pájaro vuelve a su nido en la cima de un árbol muerto.

Esta vez el café está desierto. A Finette le da lástima aquel viejo huérfano.

—Señor Adrien —dice a su patrón (pues guarda las formas, si no las distancias)—, Joseph podría comer algo con nosotros.

El patrón asiente bajando los párpados; ¿qué pedirle más? Comida laboriosa sin una palabra, excepto el «Páseme la botella» o «¿Quiere usted más, señor Joseph?», pero no es de palabras de lo que nuestro hombre tiene necesidad. Después del café «¡Mucho

mejor que en el mostrador, pillo!», Joseph se vuelve hacia su casa sin alma. Pero en el camino se vuelve atrás, se dirige hacia Sérignay, abre de par en par la verja como si esperara, invisible o no, a una visita, y se instala en el garaje: «¡Ahora a nosotros, chico!».

Hasta la noche, hasta que las grandes sombras desciendan sobre el jardín y la noche envuelva su corazón, limpiará el viejo coche que no sirve, que no servirá nunca más a nadie.

Cuando llega al final de la cuesta, Agnès vuelve la mirada atrás: a sus pies, una llanura tórrida donde el sol aterra las masías y los plátanos. El buen tiempo, esperado por ella a lo largo de todo el invierno, la extenúa. Sueña con una tormenta rapaz, donde la furia del viento agarre a los árboles por el pelo, una tormenta de largas lluvias nocturnas.

Los lugares elevados confieren un poder ilusorio: Agnès de repente se siente capaz de luchar. Ha tenido tiempo de amaestrar ese personaje visto en el hall de un hotel y de donde viene todo el mal. Hotel mediocre, muchacha mediocre también, probablemente. ¿Más joven que ella? ¡Pero cuántos hombres abandonan también a sus mujeres por una mujer de más edad! ¿Qué más da una derrota, una victoria?, ¡pero no la estúpida del tiempo! Agnès acaba de concluir por fin con su edad ese tratado de alianza perpetua que permite vivir y que la mayor parte de las mujeres denuncian desde la primera arruga. Ayer por la noche, se ha visto en el espejo una cana junto a la sien, la primera. Ha mirado largamente esa parte pálida donde serpentea una vena azul casi invisible, como un arroyo cogido entre los hielos: largamente, esa gracia y esa fragilidad *inseparables*; después, con una extraña sonrisa, se ha arrancado ese falso testigo que ella recusa. Los últimos ocho meses la hubiera aceptado, pero llega demasiado tarde: llega en el momento mismo en que la asiduidad del médico jefe le prueba que sigue siendo (o que lo es de nuevo) capaz de gustar; en que esa Marion ha dejado de espantarla y en que ella resiste apenas al violento deseo de llamar a Marc a su oficina; en el momento mismo en que su divisa es: «Si quisiera yo…». Esto debe transparentarse en sus cartas: lo que le queda de «buenas amigas» se equivoca y algunas le hablan de «rehacer su vida»; desde las primeras líneas, en no se sabe qué falsa

compasión, ella reconoce a las *casamenteras*.

Pero es hora de que el tratamiento termine: Agnès no puede soportar más las mesas del comedor cargadas de medicinas, la siesta sagrada, las conversaciones donde todas hablan de su cuerpo como de un niño que les da mucho trabajo. El pensamiento de que está a punto de parecerse a esas mujeres le horroriza. ¡Salir, salir de este mundo cerrado, de esta anestesia donde los hombres de blanco la tienen desde hace varios meses!

Agnès levanta los ojos: al fondo de un desierto de sol, el mar centellea, vivo y libre, el mar…

En el despacho del padrino hay un reloj eléctrico; con un dedo impaciente, Martin da la vuelta a la esfera: 1, 2, 3… ¡hace ya nueve horas que está solo en la casa! Marc, que dedica todos los domingos a su hijo, ha prometido a Marion un fin de semana en un albergue-castillo en el campo. Por amabilidad o ligereza, Alain no se ha atrevido a decirle que él también tenía un compromiso ese domingo, y la muchacha, su día de salida, se ha marchado desde por la mañana muy temprano con su novio. Ayer por la noche, ha hecho prometer a Martin que no diría nada al señor y le ha preparado varios platos de dulce.

¡Solo desde que se despertó! El primer gesto de Martin ha sido el de encender la radio y la televisión con objeto de dar a su desierto dos dimensiones más. Por la pequeña pantalla ha seguido un espacio que se llamaba la misa y que, en efecto, por momentos, le recordaba la de Vendée. En medio de las imágenes, ha estallado una tempestad de órgano: ¿cómo pueden caber en una caja tan estrecha las cataratas del Niágara? Y otra vez, Martin se ha encontrado sumergido: ¿cómo un cuerpo tan pequeño puede producir tantas lágrimas?

El sábado de la primera semana, dijo que al día siguiente quería ir a misa; su padrino lo miró con estupor y llamó al servicio informativo:

—¿Podría decirme dónde hay una misa buena para niños?

—¿Qué quiere usted decir exactamente?

—Bueno, pues… ¡Una misa divertida, vaya!

Pero, esta mañana no hay nadie para llevarlo a la misa divertida.

Mucho tiempo después de callarse el órgano, Martin llora todavía; así hacen los árboles después del chaparrón. En la radio, un gracioso va a consolarlo; como decía el doctor Lapresle, que odiaba todos esos aparatos: «Es preciso que haya imbéciles para hacer reír a los idiotas».

El tiempo parece siempre muy largo cuando no se tiene nada que hacer, cuando no se tiene hambre y cuando no tenemos a nadie que nos meta prisa. Martin ha bajado a mojarse con la manga de riego, la manga que hace creer al césped doméstico que llueve. Martin también, cerrando los ojos, ha creído que llovía: esto le ha recordado al abuelo y ha interrumpido el juego. De vuelta al piso, ha vaciado la hucha, únicamente para accionar la mano verde que se agita y se bate en el aire: 37 francos. Ha hecho bajar el resorte de su juego los tres pisos: 18 minutos. Ha jugado a volver loco al ascensor *con memoria*, en el más elevado de los edificios, ordenándole veinte maniobras contradictorias, pero no ha conseguido desconcertarlo. El ascensor continuará mucho tiempo subiendo, bajando, mientras Martin, delante de la televisión, dirige una orquesta sinfónica con un macarrón que ha ido a buscar a la despensa. Cuando el concierto termina, enciende el Hifi para poder seguir; pero no está en sus buenos días y hace ruido, silba, murmura y se calla definitivamente; Hifi tiene una alianza con las personas mayores. El maestro le da la espalda, intenta comerse la batuta y corre a escupirla por la ventana. Desde ella ¿qué ve? Un mirlo colgado en la antena de televisión. «¡No te muevas!». Martin se precipita para ver si el pájaro aparece en la pantalla. Nada… pero en cambio anuncian una película de *cow-boys*; Martin va a buscar su carabina y una fuente de pasteles, y se acurruca a lo indio en la alfombra, justo antes de que la diligencia sea atacada.

Un poco después de las diez de la noche, Martin se había tragado dos películas largas y varios folletines; había sido asesino, víctima y policía, héroe y traidor: estaba borracho de violencia, de besos, de diálogo, fuera de sí, perfectamente alienado. El personaje en forma de Martin (pero sobre el cual este último no dominaba casi) fue a la ventana para respirar un poco de aire verdadero. Miró desencantado aquel paisaje sin historia que no era ni desierto, ni palacio, ni barrio bajo, sino solamente árboles muy viejos y algunas

fuentes. La sombra aguda de un pájaro pasó por el suelo; una ardilla saltó de una rama a otra. Martin cogió la carabina, tiró sobre la ardilla, la falló gracias a Dios y, más humillado que avergonzado, tiró varias veces más sobre las hojas, cuestión de dar en algo.

Estaba a disgusto; fue a echarse en la cama del padrino con la esperanza de encontrarse menos solo y descubrió en la mesilla de noche la colección de *Lui*. Martin la hojeó: cada número estaba lleno de mujeres de color de pan que seguramente habían desnudado a la fuerza, pero ¿por qué? Aquellas imágenes no le interesaban en absoluto y sin embargo volvía a ellas sin cesar y su corazón le daba grandes vuelcos. Pensaba en todas aquellas gentes que se abrazaban en las películas, en los enamorados de Nantes, en Zélie… ¿Por qué, por qué ella se había enfadado?

Volvió a hojear las revistas sabiendo que hacía mal, pues no podía soportar pensar en su madre al mirar aquellas imágenes. Acabó por tener miedo de aquel corazón que latía en él, perfectamente extraño, como la mecánica del juguete absurdo que le había regalado su padrino. Fue a buscarlo y no lo volvió a soltar: pam… pam… pam… Aquella noche, era la única cosa viva que le hizo compañía.

Imantado, fascinado, cuando volvió delante de la televisión, la pantalla mostraba un arroyo que corría: se veía claramente cada torbellino y, en el fondo, las piedras tranquilas; acompañando a las imágenes, el canto de un pájaro.

—¡Zélie!

Martin se oyó a sí mismo gritar este nombre. Nunca se había encontrado tan mal, nunca se había sentido tan solo. Era el arroyo de ellos dos y era su voz: Zélie lo llamaba, lo llamaba en auxilio; ella lloraba también, su corazón le latía también hasta ahogarla.

—¡Zélie!

«Intermedio», respondió la pantalla, y el arroyo corrió más y el pájaro cantó.

¿Es el sheriff o el detective? ¿Es el Supermán de los tebeos? En todo caso, no es Martin, ocho años, quien acaba de meterse el dinero de la hucha en uno de los bolsillos de su chaqueta y la radio pequeña en el otro, no es él quien da un portazo a la puerta detrás de él y baja de dos en dos las escaleras sin saber donde lo llevan sus pasos.

En el edificio poroso, no hay nadie para oír su voz ni reconocer que es la de la desesperación.

—¡Zélie! —grita Martin, el abandonado—. ¡Zélie! —llama en vano en aquel gran desierto del domingo—. ¡Zélie, Zélie!

XI

ESCONDERSE Y CORRER

ERA la primera noche en que la primavera juega a ser verano, en que las personas mayores, que hasta entonces no han dejado de quejarse del frío, gruñen contra el calor. Las personas mayores duermen su vida y se dan la vuelta durmiendo.

Martin llegó a la carretera y al abrigo ante el cual los autobuses paraban. El último pasó poco después; le costó trabajo subirse al estribo.

—Châtillon, por favor.

—1,75 — dijo el chófer. —Hay 27 pueblos que llevan este nombre, de los cuales tres en la Ile-de-France—. ¿Estás solo? —añadió con un tono sospechoso antes de picar el billete—. ¿Y tus padres?

—Voy a reunirme con ellos —respondió Martin tranquilamente (ahora dominaba muy bien sus mentiras). Y sacó del bolsillo un billete de diez francos.

—Ah, bueno —dijo el chófer tranquilizado.

«Enseñarles el dinero y decir que voy a reunirme con mis padres —decidió Martin—. Hubiera creído que eso costaría más. A propósito, él debe conocer al sobrino del ama Perraut; voy a… No, no preguntaré nada. Por lo menos será una hora: voy a irme allá atrás, donde se salta más».

Una hora después, dormía profundamente en el asiento de atrás de un autobús encerrado en una cochera oscura.

Hacia las tres de la mañana, el chófer se despertó sobresaltado y se sentó en la cama.

—¡Jolines!

—¿Qué te pasa, hombre? —le preguntó su mujer.

—¡El chico! ¡El chico que debía bajar en Châtillon! ¡Se me ha olvidado!

Ya se estaba levantando y extendía la mano para coger el pantalón.

—Mira —dijo su mujer—, de dos cosas una…

Estas cuatro palabras hacen irrefutable todo razonamiento, sobre todo cuando se tiene sueño.

—Tienes razón, debió bajar sin que yo lo viera. Los chiquillos, ya se sabe, se escurren como las anguilas. Hala, buenas noches.

A la mañana siguiente, fue a toda prisa al garaje, al autobús, a la última banqueta: «Lo que yo decía…».

Diez minutos antes, hubiera encontrado a la anguila en la red; ahora, deambulaba por la ciudad desconocida, sin ninguna angustia: por la mañana, todo parece fácil…

«Es Nantes —se decía Martin que no conocía muchas más ciudades—, a la fuerza tiene que ser Nantes. ¡Anda! (Acababa de leer, en un rótulo, MANTES-LA-JOLIE), se han equivocado de letra. ¿Y por qué “la jolie”?». Esta falta de ortografía lo dejaba perplejo: cuando las personas mayores se equivocan, ¿quién las corrige?

No sin trabajo volvió a encontrar la estación de autobuses: ya que estaba en Nantes, tenía que encontrar al sobrino del ama Perraut al volante de su autobús. Pasó lista, uno a uno, a los chóferes, pero no reconoció a ninguno, ni siquiera al de la víspera, lo que hubiera ahorrado mucho trabajo a la policía.

Pues ya el padrino, nervioso, había despertado a Marc y Marc había llamado por teléfono al prefecto de policía en persona, que le había prometido ocuparse él mismo del asunto: en aquella época, robaban a muchos hijos de ricos.

El padrino anuló todas sus citas e invadido por el espíritu de comando tomó un arma consigo antes de ponerse en camino. ¿En camino hacia dónde? Lo ignoraba, pero se sentía tan culpable que se hubiera quedado muy tranquilo si todo se terminara, como en las películas, por una bonita pelea de la que saliera victorioso. Esta locución «como en las películas», le dictaba su conducta, como a la mayor parte de nuestros contemporáneos. Desgraciado detective que, por únicos indicios, sólo poseía una televisión encendida, una

hucha vacía y un resorte abandonado en el último peldaño de una escalera… Batió el bosque, pasó por todos los cafés, capillas, cines, preguntó a todos los humanos que veía. «¿Dice usted un niño pequeño? ¿De qué edad?». Con la mano indicaba una talla. «¿Y cómo iba vestido?». Entonces se daba cuenta de que él no sabía nada de su ahijado, no había observado nada de él. «¿Es que no lo quiero nada?». Como todos los corazones honrados pero rudos, ponía una especie de honor en creerse culpable de todo. «Su madre, en cambio, sabría describirlo. Y lo hubiera encontrado ya. Por otra parte, el niño no la habría abandonado…».

Aquella mañana, Agnès lo llamó de Cannes: volvía el jueves y, la misma noche, pasaría a recoger al pequeño: «¡Cómo se lo agradezco, Alain, y cuántas molestias habrá tenido usted!». En efecto… Alain no pudo soportar la impostura a que le obligaba aquella conversación y contestó con un tono que Agnès comprendió que pasaba algo; Alain debió fingir un corte en la línea y colgó sudando de vergüenza. Sudando de ansiedad, Agnès dejó colgadas sus píldoras y sus frascos y tomó el avión para París inmediatamente, aunque fuera la hora de la siesta.

Martin, sin embargo, habiendo renunciado a encontrar al sobrino del ama, cogió cualquier autobús.

—Châtillon, por favor.

—Línea 12, salida dentro de siete minutos, delante del monumento.

Se dirigió allí:

—Châtillon, por favor. Voy a reunirme con mis…

—Dos francos con veinte céntimos.

—¿Me dirá usted cuándo tengo que…?

—De acuerdo. Siéntate ahí.

Del paisaje y de las etapas, el niño no reconoció nada; los viajeros eran de una raza completamente distinta a los de Vendée, y el chófer no se bajaba nunca a tomarse un trago.

—Châtillon. ¡Venga, muchacho!

Era un falso pueblo sin árboles, ni tejas, ni campanario, dominados por inmensos dormitorios de cemento de quince pisos. Martin se sentía tan desamparado que, instintivamente, evitaba respirar; al fin descubrió un tilo muy ancho para esconderse, se ocultó detrás del tronco y se puso a llorar como llueve en las

películas: demasiado y demasiado de prisa. Su cara rozó las hojas recién nacidas del tilo y le pareció que eran tan suaves como las mejillas de su madre, lo que hizo aumentar sus lágrimas.

Resolvió llamar a Neuilly inmediatamente; era la primera frase que le habían enseñado. «Me llamo Martin Lapresle, vivo en el bulevar de Argenson número 32, en Neuilly, teléfono…». Pero ¿desde dónde se podía llamar cuando uno no está en casa de alguien?

En la ventana de una taberna leyó: BAR-CAFÉ TELÉFONO PÚBLICO. Ese teléfono público debía funcionar más o menos como el otro; entró, sacó el dinero, se dejó encerrar en una cabina que olía a aliento y a saliva, y donde las cuatro paredes estaban cubiertas de cifras y de nombres. Reconoció muy bien la voz de Albert, indiferente primero, conciliante después y furiosa más tarde. Estaba claro que el otro no oía lo que Martin gritaba: «¡Albert, soy yo, Martin!». Pero es que, ni siquiera de puntillas, llegaba a la altura del modo de empleo: ¿cómo iba a saber que tenía que «apretar el botón A en cuanto oiga hablar»? Martin colgó, desesperado; aquel muro de silencio entre él y el último de los suyos lo dejaba más solo que antes. ¿No era un falso Albert como aquel pueblo un falso Châtillon?

Aquella ficha que, honradamente, irónicamente, había vuelto a caer cuando había colgado, no se atrevió a devolvérsela al del café, por miedo a hacer pública su infamante soledad.

Acodado, soldado al mostrador, un hombre gordo devoraba un bocadillo más grande que su boca; aquel engranaje de mandíbulas recordó a Martin que no había tomado nada consistente desde hacía dos días, lo que para ciertos niños es el colmo de la libertad.

—¿Podría darme un bocadillo como el de él?

—¡Uno de chorizo, uno, para el muchacho! ¿Y para beber?

—Una granadina.

Eso le había dado buena suerte con el soldado americano; ahora intentaba otra vez la suerte.

—¡Qué, señor Dedé! —preguntó el camarero con una familiaridad obsequiosa—, ¿fueron buenas las quinielas?

—Cero —dijo el hombre gordo del bocadillo—. Ponme otro, pero de sardinas.

—Desgraciado en el juego, afortunado en amores, señor Dedé

—continuó el otro guiñando un ojo al patrón que no formaba más que una sola cosa con su caja registradora.

—¿En el juego? ¡Pero si eso no es un juego, chico! Yo hago las cosas científicamente.

Martin, con la boca abierta, escuchaba toda aquella conversación. Lo cierto era que no comprendía gran cosa, pero sentía una admiración grande por aquel héroe de la época.

—Póngame otro, pero de sardinas.

Eran las únicas palabras que había comprendido exactamente. De nuevo sacó un puñado de dinero de su bolsillo, como hacen los extranjeros, y lo tendió al del café para que él cogiera lo necesario.

—Aquí está, muchacho.

Martin chupó por el borde el aceite de las sardinas; esta comida de hombre lo encantaba. El hombre gordo se plantó delante de un espejo y, con una mirada a la vez hostil y satisfecha, inspeccionó su propia cara: los ojos, las orejas, las narices… Cuando llegó a la boca, se limpió los dientes con un dedo y con la lengua, científicamente.

«Es un ogro», se dijo Martin, aterrado. Dejó la mitad del bocadillo y el vaso de granadina y salió corriendo. Detrás de él, vagamente, oyó «¿Y el servicio, chiquillo?», pero, como eso no quería decir nada, no se paró.

Un vuelo de palomas que llegaba en sentido inverso pasó junto a él sin miramiento alguno. Martin se quedó quieto, cerrando sólo un ojo para mayor seguridad, y una vez pasado el peligro, dio media vuelta y las siguió. En Sérignay, había dos parejas de palomas que, cada tarde, cruzaban pesadamente el jardín para abrigar sus arrullos en los árboles más altos. Martin tomó a éstas por palomas mensajeras; a los niños perdidos todo les parece un símbolo. El vuelo de las palomas lo condujo al borde de un río cuya vista acabó por tranquilizarlo. Se apoyó en el parapeto como en el balcón de un teatro, indiferente a esa ola de coches en su espalda, pero atento a la ola lenta de los remolcadores y chalanas. A veces, dos de ellas, antes de cruzarse, parecían mirarse, ir al encuentro una de la otra, para evitarse en el último momento. Este torneo apacible y majestuoso fascinaba a Martin. Vio que esta flotilla se daba cita a alguna distancia de allí (las palomas lo habían precedido) contra una especie de presa: «Iré luego», se dijo; tomaba sus distancias con

aquel día; la lentitud misma del río hacía pasarle el tiempo sin angustia y el viento había secado sus lágrimas. En el fondo de una chalana vacía, un niño de su edad hacía ochos en bicicleta; otro se hacía tirar en patines por su perro. «¡Martin, Martin, es la felicidad!…». Esto lo puso triste otra vez; pensaba en *Miarrou*, en *Catapún*, y también en la hermanita que no tendría jamás, ahora estaba seguro.

Cuando volvía hacia la ciudad, se encontró cogido en un alegre torbellino de altavoces, de banderolas, de pasquines volando al viento. Olas de niños refluían de una acera a la otra, puñados de cabezas se asomaban a las ventanas y miraban; todo el mundo parecía ebrio de acontecimiento. Un camión se metió entre la muchedumbre distribuyendo a la fuerza periódicos apenas secos. Cuatro diablos salieron de un coche pintarrajeado y dieron a cada asistente una banderita con los colores de una marca de aperitivo; todos los niños recibieron un gorro de papel. Martin sabía que su madre le hubiera quitado inmediatamente aquel gorro humillante, pero él se sentía feliz de ser, al fin, igual a los demás.

Vio a un coche rojo que en vano intentaba escapar del carnaval. «Parece el *Triumph* de mi padrino», se dijo. Era él.

Renunciando a las deducciones y a los interrogatorios, Alain patrullaba al azar en un radio de cincuenta kilómetros, fiándose a su buena suerte y a su ojo de tirador de élite. Se había empeñado en descubrir a Martin en medio de cualquier muchedumbre, pero no en medio de unas máscaras. La bandera y el gorro de papel salvaron a Martin o lo perdieron. El padrino no lo reconoció.

Después de una hora de chillona publicidad, de acordeón, de silbatos de guardias, de bofetadas de madres, aparecieron los «oficiales»; por encima de la multitud subyugada pasaban las órdenes y las contraórdenes; al fin apareció un pelotón de corredores tan delgados como sus bicicletas y que pasaron sin conceder una sola mirada a toda aquella gente que gritaba sus nombres al azar. Esto duró el tiempo de fotografiar a los héroes; la asistencia desilusionada empezaba a desperdigarse; todavía llegaron algunos corredores, pedaleando sin fuerzas, jorobados de desesperación y cuyo cuerpo entero parecía gritar: «¡Esperarme!». Después, la multitud se desmanteló, dejando una calzada llena de botellas y de papeles de colores, y Martin volvió a ser un hijo único.

Esto no le pesó mucho hasta ese momento en que el día gira y en que los solitarios, si no se aturden con distracciones, sienten su misteriosa alianza con lo desconocido y tienen miedo.

Martin vio cómo la noche caía sobre la esclusa mientras observaba apasionadamente la maniobra sin comprender su utilidad. Solamente pensaba de qué manera podría reconstituir aquel juego en el baño cuando tuviera uno. *Myriam*, una chalana llena de arena rubia, acababa de encajonarse en el agua estancada; el marinero salió de la cabina: era el general Dourakine. En los comerciantes de Châtillon, Martin había visto cada una de las «Siete familias», pero en ninguna parte había encontrado a los personajes de la condesa de Ségur; y he aquí que el primero de todos, con su enorme barriga, sus piernas cortas, sus ojillos medio cerrados y su bigote y patillas, se dirigía a la oficina del esclusero. Martin quería hablarle a toda costa, oír su famoso acento, intentar enfadarlo…

—¿Qué río es éste, señor?

—¡Hombre, el Sena! ¿Ni siquiera conoces tu río?

«En todo caso, yo conozco el acento ruso», se dijo Martin sin sospechar que el otro era de Toulouse. ¿El Sena?… Pero… pero ¡si corría hacia París! Y el raudal que había seguido con la mirada al principio de la tarde ¿quién sabe si no había llegado desde hacía tiempo a Neuilly?

Mientras el general Dourakine arreglaba sus papeles con el esclusero, Martin se deslizó a bordo, se hizo un nido secreto en la arena y colocó cerca de él a sus dos compañeros: el corazón que latía en el fondo de su juguete y el minúsculo aparato de radio; ese ritmo angustioso, esa música de jazz le sirvieron de nana…

La mañana terminaba cuando el marinero, después de confiar el timón a su ayudante y cuando limpiaba los alrededores del pañol, descubrió a su polizón. La música había bastado para atraerlo allí, aunque no para despertar a Martin.

—¡Eh, tú! ¿Qué haces aquí?

A pesar del acento, no debía ser el verdadero Dourakine, pues no se puso furioso.

—Estaba durmiendo.

—Ya lo veo. Pero ¿dónde pretendes ir así?

—A París. Voy a reunirme con mis…

—¡Vaya, hombre! ¡Pues le das la espalda a París!

—Pero si todos los ríos salen de París —se atrevió a decir débilmente Martin.

—Tú debes confundirte con los trenes.

Era verdad: confundía el mapa azul con el rojo, que estaban juntos en la pared de la escuela de Châtillon; confundía las venas con las arterias.

—Por el Sena, se circula en los dos sentidos, figúrate. Yo voy hacia Rouen; pero cuando lleguemos a Vernon, dentro de unas dos horas, te pondré en el buen camino. Mientras tanto, ven a la cabina. ¡Eh! No te olvides de tus cajas de música… Dame la mano… ¡una, dos y tres!

Desde la casa del ama Perraut, Martin no había visto nada tan apropiado a un niño como aquella cabina; todo era a su medida, si no a su gusto, pues el linóleo reluciente y las flores de plásticos parecían provenir de la casa de Joseph. Joseph… Una sombra pasó por la cara redonda.

—Vamos —dijo el marinero que lo observaba—, no estés triste: pronto encontrarás a tus padres.

Martin se dio cuenta de que, desde hacía algún tiempo, cuando se entristecía no era precisamente a causa de sus padres.

Exploró el segundo cuarto que recibía la luz del día solamente por las portillas. En él había dos literas y una cocina de muñecas donde se atareaba el ayudante, un hombre grande y taciturno que andaba con la cabeza baja, como un buey. Martin buscó inútilmente a qué personaje llamado Rostopchine se podía parecer.

—Sujeta bien el timón, muchacho —le propuso el general.

Aquella rueda más alta que él, la cogió Martin respetuosamente como si Dios le hubiera confiado el globo terráqueo. «Si estornudo…». Veía ya la chalana irse contra el pilar de un puente o encallar en uno de esos prados donde las vacas, tan lentas como ella, la seguían con la mirada sombría. Poco a poco, el cornaca se animó: giraba la rueda para aquí, para allá, sin motivo, para ver si el gran elefante obedecía y hasta dónde se podía, como a las personas mayores, maniobrarlo impunemente. «En vez de arena, llevaríamos las bodegas llenas de provisiones —soñaba—, y daríamos la vuelta al mundo. Cuando sea mayor…». Pidió que le explicaran el mecanismo y la utilidad de las esclusas, pero no lo

comprendió mucho; el señor Thirolaix hubiera hecho un dibujo.

Se saludaban de una chalana a otra; tardaban un cuarto de hora en adelantarse. Algunas, a causa de la carga, iban muy hundidas en el agua, pero las que acababan de descargar pasaban con la altivez y la febrilidad de las cabezas vacías. El tráfico aumentó; casas, fábricas aparecieron sobre las márgenes y, de pronto, a la vuelta de un recodo, ya no había más río, sino una larga presa y muchas chalanas que, de dos en dos, hacían la cola delante de la esclusa.

—Arsène —ordenó Dourakine—, tú vigila. Di adiós al chico: yo voy a ocuparme de él. ¡Venga, tú, ven!

—¿Dónde?

—A la policía, por supuesto. ¡Ay, ay, ay! ¿Qué quieres que haga, chiquillo? Ven aquí que te suene.

El pañuelo de cuadros, con el mismo dibujo que las cortinas de la cabina, olía a tabaco; la mano del marinero tenía manchas rojas como las del doctor Lapresle; esto animó a Martin.

Sobre las palabras COMISARÍA DE POLICÍA, la bandera se había enrollado alrededor del mástil: roja y blanca, parecía el emblema de un país extranjero. Subieron al primer piso; preguntaron si el señor com…

—Siéntense ahí y esperen —ordenó el policía de turno sin mirarlos.

Sellaba de violeta una pila de papeles; cuando terminó, los tiró todos a la papelera.

—¿Para qué es?

—Quisiera hablar con el señor comisario a propósito de…

—Quédese ahí, voy a ver.

—Quiero hacer pipí —dijo Martin en voz alta.

—¡Ah! —hizo el policía de turno con interés, pues este problema al menos era de su competencia—. Mira…

Se quitó las gafas para explicarle mejor; Martin, dócil, repetía las últimas palabras de cada frase: «… escalera… derecha… de hierro».

—Vuelve rápido, te espero —dijo el general.

Martin bajó la escalera, cogió el pasillo a la derecha, abrió la puerta de hierro y, pasando de largo por los retretes que un ciego hubiera podido encontrar por el olor, siguió hasta una segunda puerta, la abrió, se vio en la calle y echó a correr.

Agnès desembarca en Orly y, desde la primera cabina que ve, llama por teléfono a Alain Devillars. La criada, que también se considera culpable, responde que el señor está fuera y que el niño también. «¡No, juntos no!». Y se echa a llorar. En la estrecha cabina, Agnès cree que va a desvanecerse; llama a Neuilly, nadie; marca el número de la oficina: el señor presidente está en reunión. Deja el equipaje en el aeropuerto y coge un taxi a la sede de Fontaine y Cía. donde su irrupción provoca remolinos de sensación.

—¿De parte de quién? —pregunta la nueva secretaria.

—De su mujer.

—¡Oh, perdón!

—Diga a mi marido que tengo absoluta necesidad de verlo inmediatamente.

Marc aparece como un rayo en la doble puerta acolchada que separa de la vida a todos los dirigentes.

—¡Agnès!

No ha podido evitar tenderle los brazos; la secretaria se eclipsa.

—¿Martin?

Marc razona con calma; diga lo que diga, sus cejas fruncidas, esa frente ancha y su ademán para decir «tres hipótesis», tranquilizan a Agnès y la alivian: de nuevo, puede ponerse en las manos de alguien.

—En todo caso, ninguno, estrictamente ningún accidente de niño ha ocurrido desde esta noche. El prefecto de policía está en relación con todos los hospitales. —Agnès estalla en sollozos; él se contiene de cogerla en sus brazos—. He llamado también a Sérignay y a Châtillon, por si acaso, cualquiera sabe lo que pasa por la cabeza de un niño. Lleva dinero, bastante dinero que tú le habías dado y yo también; el prefecto no me ha ocultado que eso complica las cosas… ¿Conoce tu dirección? —pregunta Marc de repente.

—Me escribió una vez, una sola.

Marc entreabre la puerta:

—Señorita, llame a Cannes inmediatamente…

—Al 93.27.63.62 —dice Agnès.

—Alain está dando vueltas por la mitad norte de la Ile-de-France; yo me he permitido enviar a Albert a explorar la otra mitad con el *DS*.

—¿Y si hubiera vuelto a Neuilly?

—He avisado a María y al comisario. ¡Gracias a Dios que todavía no ha aparecido en los periódicos!

—Pero ¿por qué los periódicos…?

—Pues porque… porque somos ricos, porque es un Fontaine.

—¿Lo habrán secuestrado? —pregunta Agnès casi sin voz.

Marc vuelve la cabeza.

—

P. L. T.

pretende que el divorcio atrae a esa clase de gente: pueden pedir un rescate por las dos partes.

Lo peor a veces es pensar en todo, haber previsto todo, haber puesto todo en movimiento; es el suplicio de los poderosos. Lo peor es no poder hacer nada *más*, cuando se ha perdido la costumbre de esperar y de rezar.

Tuvo que detenerse cuando se quedó sin aliento. Martin se sentó en un banco ante una vista muy bella, pero no la miró. Se sentía tan desamparado que, instintivamente, se desdoblaba para no naufragar: un Martin observaba el trastorno del otro y lo compadecía como una niña consuela a un muñeco.

Respiró un olorcillo agrio que, extrañamente, lo reconfortó; desde hacía cuarenta y ocho horas no se había lavado ni se había desnudado y eso se olía. ¿No era su verdadera, su única compañera, esa ropa que dos noches llenas de aventuras la habían arrugado completamente? Martin se había aliado con ella, con sus calcetines llenos de barro y hasta con su pantalón mojado: así equipado, creía estar seguro; es la ingenuidad de los soldados.

Cuando el fuego se apagó en sus pulmones, tuvo miedo de no haber puesto una distancia suficiente entre el puesto de policía y él, y de nuevo echó a correr, dando la espalda al río. En una plaza, un camión de seis ruedas se había parado junto a una fuente como una gigantesca bestia en el abrevadero. Delante, llevaba su nombre, *Mi Titine*, y Martin se dijo que, cuando fuera mayor, su *Triumph* se llamaría «Mi Zélie». Lo que entre cielo y tierra veía de la cabina del conductor, le pareció un nuevo paraíso a su dimensión. Decididamente, tanto como los niños, las personas mayores adoraban las cabañas; simplemente, ellas las llamaban cabinas. El

camionero encontró a Martin en contemplación, de pie contra un neumático más grande que él.

—Qué, ¿te gusta la máquina, muchacho?

«Muchacho». ¡Así lo llamaba Joseph! Como el que pasa un vado de piedra en piedra, Martin sólo se sentía seguro cuando encontraba algún vestigio de los tiempos felices: una mano que se parecía a la del doctor Lapresle, el decorado de la casa de Joseph… Una castaña sobre aquella acera hubiera acabado de tranquilizarlo.

«Muchacho…». Levantó la cabeza y vio una cara de nariz chata que se parecía al morro del camión.

—Por favor, ¿adónde va usted?

—A París.

—Entonces lléveme —pidió Martin—: tengo que reunirme con mis padres.

—¡Tus padres! ¿Y adónde viven?

—En Neuilly.

—¿Y qué haces tú aquí?

—Me equivoqué de autobús. (Ahora sabía mentir mirando muy fijo a los ojos).

—Pero… ¿de dónde venías?

—De casa de mi abuelo.

Esta vez, sintió que excedía la frontera del sacrilegio y esperó que el cielo le cayera sobre la cabeza.

—¿Es verdad todo eso? —preguntó el camionero sin convicción.

Martin se atrevió a poner la cara de la franqueza indebidamente sospechada. El camionero, sin embargo, sacudió su cabeza de boxeador:

—No —dijo—, lo lamento, es una responsabilidad muy grande.

Hablaba a media voz, como consigo mismo, y no quitaba la vista de los zapatos de Martin. ¿Qué le recordaban? Dio un suspiro y se pasó la mano por los ojos, con el ademán con que se cierran los de un muerto.

—Una responsabilidad muy grande —repitió—. Perdóname, muchacho.

Le acarició rudamente la cabeza. Nadie había vuelto a hacer este ademán desde el doctor Lapresle y a Martin se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Vamos, vamos! Y seguro que no tienes pañuelo.

Sacó del bolsillo el suyo que olía a grasa de ruedas, suspiró otra vez y se alejó rápidamente.

«Bueno —pensó Martin—, la policía ha dado mis señales en los aeropuertos, estaciones y fronteras. (Era una de las frases claves de los folletines policíacos que ponía la televisión). Iré a pie». PARÍS 57 km, anunció un cartel; se metió las manos en los bolsillos y se puso en camino.

«Cincuenta y siete kilómetros no es nada. ¡La "diosa" hace los ciento cuarenta fácilmente!». Esta vez, era una de las fórmulas favoritas de Albert. La comparación hubiera debido desconsolar a Martin, pero como no sabía calcular, lo animó.

Cuando el camionero de *Mi Titine* vio la pequeña silueta que caminaba, los pies hacia dentro, la reconoció en seguida y frenó; detuvo el monstruo algo lejos para no asustar a Martin y lo llamó. Martin hubiera querido correr, pero las piernas se negaron.

—¿Es muy lejos todavía?

—Todavía no has hecho la veinteava parte. Hala, sube, ya que, de todas maneras…

Como en sus sueños (o mejor dicho sus relatos imaginarios), Martin pasó de golpe de lo peor a lo inesperado. Aquel asiento tan ancho como su cama, las cortinas fruncidas, los retratos con alfileres, la música, estuvieron a punto de dormirlo de felicidad. El invento de un camión-chalana anfibio donde el volante se convirtiera en el timón lo mantuvo despierto.

—¿Sabes viajar en metro?

—Sí —contestó Martin al azar.

Pensaba que con las personas mayores, era mejor decir lo contrario de la verdad.

—Entonces te explicaré cómo tienes que ir a Neuilly, porque yo tengo que quedarme en la puerta de la Villette para vigilar el transporte y, claro…

—Claro —dijo Martin; y pensaba: «No iré a Neuilly. Cuando llamé por teléfono allí sólo estaba Albert y estaba furioso. Iré a la estación (creía que no había más que una en París) y pediré un billete para el verdadero Châtillon. Todavía me queda dinero». Nada le parecía más urgente que volver a ver a Zélie y hacer las paces con ella.

Martin observaba los mojones, lamentando que desfilaran tan de prisa: le hubiera gustado ir mucho tiempo en el camión en compañía de aquel buen bulldog. Sin embargo, se puso a bostezar y, a la séptima vez:

—Veo que tienes tanta hambre como yo —dijo el hombre—, vamos a comer algo a la salida de Bonnières.

Una reunión de camiones señalaba el restaurán mucho antes del anuncio. Martin bajó de la fortaleza, se plantó delante del menú y se puso a anunciar en voz alta: «Ser-vi-lle-ta-pan-a-dis-cre-ción-la-ca-sa-no-es-res-pon-sa-ble…».

El comedor entero exhalaba el mismo olor que la marmita del ama Perraut. Una sirvienta, como Finette, se acercó a ellos.

—Hombre, ¿hoy viene usted con un crío?

Con la barriga llena, habiendo bebido el buen vino tinto de los camioneros, volvió al camión con un paso de sonámbulo, se encaramó a la cabina, se puso en la litera —echó los visillos— y, esta vez, quedó dormido. Entre el ronquido potente del motor y el de su pasajero, más suave, el patrón de *Mi Titine* se sentía perfectamente feliz. Su felicidad sólo fue turbada por una barrera de la gendarmería: «¿Qué buscarán ésos?». Cuando, de un vistazo, se aseguraron que iba solo a bordo, los uniformes lo dejaron pasar.

Marc ha vuelto a la sala de reuniones; las caras se vuelven hacia él con una complacencia un poco servil, hacia él que, desde por la mañana, no tiene en la cabeza más que una carita redonda en la que, a pesar de que el prefecto quiere tranquilizarlo, no puede impedirse ver una expresión de angustia.

—¿De qué estábamos hablando? —pregunta con un tono cansado.

Todos se miran. ¿Cómo el presidente puede haber olvidado el problema del

Z. U. M. C. P.

que, renovando enteramente el régimen de la ley del 64, pone en tela de juicio los programas 17 al 26?

Al presidente le importan un bledo y le cuesta trabajo no decírselo. Quisiera cambiar las caras, incluso la suya; quisiera ser un médico de pueblo; o hasta el último de sus propios empleados que, al mediodía y por la noche, está con su mujer y su hijo. Quisiera ser

un niño para poder llorar tranquilamente y que hubiera todavía alguien en el mundo que pudiera consolarlo. Si fuera un niño, creería todavía que el trabajo de las personas mayores es apasionante, que se puede hacer lo que se quiere cuando se tiene mucho dinero, y que un presidente es alguien importante.

—Continuemos —dice en voz baja.

Agnès se extrañó de que su mano hiciera instintivamente todos los movimientos que abrían la puerta de la calle en Neuilly: dos cerrojos y la llave con doble vuelta. Los criados iban y venían por la puerta de servicio; la puerta adormecida resistió un poco y el olor de la casa muerta dejó sin respiración por un momento a Agnès. ¿Qué había cambiado? No había flores, pero sobre todo ningún desorden: Martin ya no reinaba allí.

Se quedó un buen momento en el umbral, como si esperara a que alguien la introdujera en aquella casa que la había visto nacer. Por la tarde, Albert iría a buscar el equipaje a Orly; viajera de manos vacías, le faltaba el ceremonial familiar: el recibimiento con los brazos abiertos, el «¿Qué hay?», las maletas. ¿Para qué subir a nuestra habitación? Entrar en la de Martin hubiera sido superior a sus fuerzas: sus lágrimas estaban prendidas con alfileres, a la merced de un objeto, de una imagen; desde por la mañana, intentaba no pensar, no recordar, no imaginarse nada.

El salón, que se parecía a un museo a las horas de cierre, lo cruzó de puntillas, como si los muebles estuviesen adormecidos. Abrió la puerta del despacho: el olor a tabaco frío, contra el que el aire y el sol luchaban desde hacía tantos años, había vencido por fin. La casa entera parecía esperar, conteniéndose su triste respiración. Los objetos, los cuadros, escogidos juntos, comprados uno a uno, se habían convertido en un lote anónimo de cosas y formaban un decorado anodino. El encanto que hacía que, ciertas mañanas, Agnès lo descubriera con una mirada ingenua y que, ciertas tardes, Marc murmurara: «¡Qué bonita es nuestra casa!», ese encanto que no debía nada al valor de los muebles o de las alfombras (ni a la perfección del arreglo, pues un cordón roto o un respaldo raído añadía cierta vida), había desaparecido de golpe. Agnès sentía la angustia y la extrañeza de la vuelta transida de las vacaciones, pero definitivas, irremediables.

Se sentó delante del teléfono; sólo él permanecía vivo, susceptible en todo momento de despertarse. Tuvo la intuición de que no encontrarían a Martin sano y salvo si Marc y ella no tomaban primero la decisión de devolverle un hogar. Era una de esas evidencias del corazón que hacen sonreír burlonamente a los espíritus fuertes. Pero inmediatamente: «No depende de mí —se dijo—, depende de él solamente. Yo no puedo dar el primer paso. Lo falsearía todo». Le parecía imposible que Marc no hubiera tenido la misma revelación; cada minuto perdido era culpa suya. Qué alivio… Pero ¿por qué no se sentía ella completamente inocente?

El teléfono se puso a sonar con estridencia. Agnès, que temblaba tanto como él, cerró los ojos, hizo el vacío en ella y, del fondo de su silencio, emitió un sonido desesperado que era la única oración de la que era capaz; después, descolgó.

—Oiga, ¿es el señor Dubart?

—¿Qué número ha marcado usted?

—Sablons 23-16.

—Se ha equivocado —dijo Agnès con la voz alterada.

Al tiempo de colgar, tuvo la visión de un mundo donde cada uno está solo, llama en su noche y sólo le contesta un desconocido; un mundo de equívocos cuya máxima es: «Se ha equivocado».

Martin baja las escaleras del metro repitiendo en voz baja la fórmula que su protector acaba de decirle: «Dirección Mairie d'Ivry, cambiar en Palais-Royal, dirección Pont de Neuilly». Antes de dejarlo ir, el camionero lo ha besado: eran, desde la despedida del ama Perraut y desde la vuelta a Sérignay, los primeros pelos que le picaban la cara otra vez. El padrino no le daba un beso nunca. El padrino… Piensa en él sin ningún remordimiento, pero con la compasión divertida del jugador de escondite para aquel que lo busca.

—Dirección Marie d'Hiver, cambiar en Palais-Royal.

Se ha metido con confianza por aquella boca de metro que no ha cambiado desde la Exposición Universal y la colección de *Illustration*. Y en aquellos pasillos sin aire que avaras gotas de luz disputan a las tinieblas, en aquellas catacumbas, es donde le viene

el pensamiento de que es allí tal vez la cita de los muertos: de que todas las tumbas comunican por esos subterráneos y que aquellos viajeros taciturnos no son de la tierra. Martin mira a todos con la esperanza de ver al doctor Lapresle.

—Bajar en la Marie Royale, tomar la puerta
d'Hiver
en dirección a Neuilly…

Los muertos observan sin simpatía a aquel niño que murmura palabras absurdas; la simpatía no florece mucho en el metro. Martin no deja de mirar la inmensa boca de sombra de donde no sabe qué va a surgir. Ve pisos de vías, enormes ojos rojos y verdes, constelaciones; oye un tumulto sin fin y por fin ve surgir un tren muy corto y sin locomotora. Martin, decepcionado, elige el último vagón: como en las chalanas, ese tren debe conducirse por detrás. Con la cara pegada al último cristal, es Martin quien lleva todo, y con una mirada, manda frenar, silbar, gritar y volver a salir.

—La Marie d'Hiver… el Pont Royal…

Cansado de conducir el tren, Martin engancha mentalmente el pilotaje automático y va a sentarse junto a un hombre de pelo gris que lee, un poco menos de prisa que él desgraciadamente, un tebeo. La serpiente subterránea traga y vomita sus víctimas en cada parada. En una de ellas, la ola se lleva a Martin que se encuentra de repente en un andén lleno de gente, desierto después, pues otras bocas han engullido a la multitud; excepto un *clochard* tumbado y Martin, todo el mundo sabe dónde va. Los carteles gigantes y cóncavos lo fascinan un momento, los distribuidores automáticos un poco más de tiempo; observa y envidia al jefe de estación en su pequeña casa de cristal llena de teléfonos: ¡otro edificio formidable! Pobre medicina… Subirá en el tren siguiente y se abrirá camino a la altura de las barrigas, de los maletines, de los paraguas. Ya está junto a una barra vertical donde diez manos se agarran, diez manos peludas, apretadas, sucias. Una sola, lisa, larga, pálida, se parece a la de su madre; Martin pone sus labios contra esa mano y le habla.

Albert se dirige hacia Orly. Se dice que si su chiquillo hubiera desaparecido… «¡Pero, qué quieres, son todos iguales!».

El jefe de la prefectura de policía escucha los resultados de la investigación: en Mantes, se ha interrogado a un conductor de autobús; en Rouen, a un viejo barquero. Las estaciones, los cines, las ferias no han dado nada; las barreras de las carreteras tampoco.

El padrino mete el *Triumph* en el garaje; está deshecho, vencido. Sube despacio las escaleras, pero de pronto alza la cabeza y las sube de cuatro en cuatro: «¡Buenos días, Concepción! ¡No llore todo el tiempo!», se precipita al cuarto de Martin y después al teléfono.

—El señor Lapresle, es urgente… ¿Marc?… No, nada; pero tengo una idea: le había regalado un transistor pequeño…

Y, de repente, Martin se hartó de todas aquellas caras, aquellos pies, aquellos traseros, de aquel montón de personas mayores entre las que se ahogaba. El rebaño sintió removerse en sus profundidades a aquel corderillo rabioso y vio precipitarse fuera del vagón y correr hacia la SALIDA a un niño pequeño que gritaba casi:

—¡La marie… el pont… el royal…!

Martin apareció entre los edificios oscuros, vio a dos guardias, les dio rápidamente la espalda y se subió a un autobús parado delante de un semáforo.

—¡Venga, los billetes! ¿Tú, chico?

—Châtillon —aventuró Martin, el obstinado.

—¿Châtelet? Dos tickets.

Martin sacó del bolsillo un puñado de billetes y de monedas; la barra de la plataforma le llegaba justo a la nariz. Veía desfilar París, pero París no veía más que sus ojos. En los Halles, mujeres gordas se sentaron en el autobús, los brazos cargados de flores, y le pareció que el autobús era un alegre coche fúnebre.

—¡Châtelet, chico!

Allí o en otra parte… Sentado sobre una verja, unos *clochards* barbudos lo invitaron a beber vino tinto con ellos; Martin cambió de acera, entró no sin cierto orgullo en un meadero cuyas paredes estaban llenas de letreros obscenos. «¡Qué bestias!». Al salir, vio un quiosco de periódicos lleno de portadas de colores que mostraban a mujeres desnudas. Una de ellas tenía la sonrisa de su madre y el corazón de Martin se paró de vergüenza «Voy a comprarlo para romperlo», decidió, pero no se atrevió a hacerlo. Con los ojos llenos de lágrimas, se alejó de allí por una calle bastante oscura donde,

delante de cada puerta, había una señora sonriente y muy pintada que llevaba un bolso gigantesco. Hablaban amablemente con todos los transeúntes y ninguno les contestaba. «Son unos mal educados», pensó Martin. Pero ¿por qué la mayoría de aquellas señoras se parecían a Finette? Las ricas, las pobres, las Finette… ¡El mundo estaba verdaderamente poblado de razas fáciles de reconocer!

—¿No tienes pañuelo, guapo? —le preguntó la más gorda—. Ven aquí.

Martin se acercó; ella sacó de su bolso-maleta un pañuelo que apestaba a perfume de sábado por la noche y lo sonó maternalmente. Al inclinarse sobre él, Martin vio agitarse *sus pechos* y pensó en las portadas de las revistas.

—Vete a aquellos árboles —le dijo ella—, hay buen aire por allí.

Él obedeció; unas inmensas ganas de llorar subían en él: el manantial empezaba. Entró en un *square* y se sentó en un banco solitario; por primera vez, no se preguntaba lo que iba a hacer, sino lo que iba a ser de él. La noche se anunciaba en el temblor de las ramas, en el revoloteo de los pájaros; todos los faroles se encendieron de golpe. Martin sacó del bolsillo izquierdo el corazón artificial: Pam… pam… pam… y lo puso contra el suyo como para comunicarle su calma; después sacó del bolsillo la minúscula radio, la encendió y se la puso en el oído, como esas caracolas donde se oye el mar.

Y de repente dio un grito y el corazón se le salía del pecho. En el oído, la voz de su padre le hablaba:

—Martin, hijo mío, vuelve en seguida, si no mamá va a ponerse mala otra vez. Hace ya dos días que te has ido… Si me oyes, vuelve inmediatamente, Martin, te lo suplico… —Acabamos de difundir por segunda vez este mensaje urgente, encadenó otra voz. Van ustedes a escuchar…

—¡Papá —gritó Martin en el aparato como si fuera un teléfono—, papá, papá, oye!

Dos días… Mamá mala… urgente… Habían dicho urgente. Martin cerró los ojos y recordó desesperadamente un recuerdo antiguo, de hacía varios meses. «Urgente… urgente… En caso de urgencia…». ¡El papel! Buscó en todos sus bolsillos y lo encontró medio roto, arrugado, manchado, casi ilegible: «SEÑOR. En caso de urgencia: 127, rue des Granges».

Salió del *square* corriendo sobre unas piernas que creía que ya no eran las suyas; en el primer taxi de un punto, tendió el papel por la ventanilla abierta:

—¿Cómo puedo ir ahí, por favor?

El chófer era una mujer.

—¡Es muy difícil de explicar! ¿Conoces la estación de Lyon?… ¿La plaza de la Nation?… El…

—No conozco nada —dijo Martin.

—Entonces, súbete a mi lado. No llevas dinero, naturalmente.

—Sí —dijo el niño sacando su tesoro de guerra.

—Entonces, sube detrás.

—No, prefiero quedarme a su lado.

No quería separarse de ella; le parecía que, de mujer en mujer, acabaría por llegar a su madre.

No había portera; cuando preguntó dónde vivía el señor Lapresle, una señora se lo dijo, pero con una sonrisa tan aborrecible que Martin no le dio las gracias. Subió y llamó. La puerta se abrió casi inmediatamente.

—Martin —dijo la mujer joven con una voz sorda—. ¿Usted es Martin, verdad?

—Sí. ¿Dónde está papá?… ¿Por qué llora usted? —preguntó y, deshecho por el cansancio y la soledad, también se puso a llorar.

—Vendrá en seguida. Perdóneme.

Desde hacía tantos meses, era la única persona mayor que le decía de usted, y sin embargo, se sentía tan cerca de ella que le cogió la mano. Ella cogió en las suyas la cara de Martin y lo miró como si él solo poseyera la respuesta a una pregunta que ella no se hacía.

Continuaron llorando sin una palabra, uno frente a otro. Ella encendió torpemente un cigarrillo para hacer algo, para intentar en vano persuadirse de que ella también no era más que una niña; pero, desde el primer momento, había comprendido que eran de la misma raza y que este Martin, cuyo parecido con Marc le hacía la presencia a la vez desgarradora y deliciosa, era su único adversario y ya el vencedor.

—¿Y mi papá? —repitió Martin.

Ella bajó los párpados.

—En seguida.

Se levantó, abrió el bolso, sacó una tarjeta de visita y marcó un número en el teléfono.

—El señor Devillars, por favor.

—Pero… —empezó Martin.

Con un ademán lo tranquilizó.

—¿El señor Devillars? Soy Marion… Martin está aquí… No sé nada… Le espero… ¡No, eso no! Usted solo… Gracias.

Se sentó, apagó el cigarrillo inútil, cogió la mano de Martin y esperaron en silencio. La víspera, ella había buscado aquella iglesia cuyas campanas oía desde hacía tantos años y había encendido (a escondidas, pues se sentía ridícula) una vela delante de una estatua que representaba a un hombre con un niño pequeño en los brazos. Desde hacía dos noches, se acostaba en un sofá, lejos de Marc.

Cuando Alain llamó a la puerta, le cortó sus palabras con una autoridad que ella misma se desconocía.

—No sé, no sé nada, él se lo contará. Lléveselo a Marc y… y dígale que no vuelva más por aquí.

—Pero…

—¡Que tampoco me llame! Si le oigo, si él me habla, no podré… No podré… ¿Me comprende? Y él lo comprenderá, ¿verdad?

—¡Marion!

—Es porque lo quiero —continuó con una voz muy baja—. Si no lo quisiera, yo… ¡Bueno! Ahora váyanse, por favor.

—Volveré —dijo Alain.

En ese momento, sólo pensaba en las cosas materiales, en el equipaje de Marc; pero ella lo miró de tal manera, dócil, mendigando, que él pensó en lo mismo que ella; y tuvo vergüenza, un corto instante.

—Tenga esto —dijo Martin.

Y le dio a la mujer el corazón que latía en su bolsillo desde su escapada; Martin no sabía por qué le hacía ese regalo, y menos aún por qué le dio un beso en la mano.

Cuando estuvieron sentados en el coche:

—Martin, chiquillo, si supieras… Pero ¿por qué, por qué te fuiste de mi casa?

—Me aburría —dijo Martin.

Alain se quedó lleno de amargura: «¡Cómo!, me enveneno la

existencia por este chiquillo, le lleno de regalos y de distracciones y ahora me dice que…». No volvieron a cambiar una sola palabra hasta Neuilly.

Agnès y Marc esperaban delante de la verja. Martin abrió la portezuela cuando el coche no estaba parado todavía y se echó en los brazos de su madre que lo llevó corriendo a la casa.

—Un momento —dijo Alain en voz baja, deteniendo a su amigo por el hombro—. Marion…

—¿Qué?

—Marion te pide que no vuelvas a su casa.

—Esta noche no, desde luego.

—Nunca más.

—¿Cómo?

—Nunca más. Dice que es porque te quiere verdaderamente y que tú lo comprenderás.

Tuvo la impresión de que Marc iba a caer hacia delante a todo lo largo y lo cogió por el brazo:

—¡Vamos, hombre…!

—Nunca he tenido tanto dolor —dijo por fin Marc con una voz de niño.

«Ni siquiera cuando murió mi madre —pensó—. ¡Esto es innoble!». Aquel día, su juventud había terminado; pero, ahora, ¿qué es lo que moría en él tan dolorosamente?

—Nunca más —pronunció dos veces, y Alain se preguntaba si hablaba solamente de Marion.

—Iré a buscar tus cosas.

—Tendrá necesidad de dinero.

—Yo me ocuparé.

—Gracias.

Alain volvió la cabeza y se alejó muy de prisa. Marc respiró varias veces profundamente; sentía que la vida volvía a él; se apresuró hacia la casa, hacia el cuarto de Martin.

—¡Chist! —hizo Agnès de lejos—, se ha quedado dormido.

—¿No te ha contado nada?

—No le he preguntado nada. Lloraba y reía a la vez. Lo miraron y se miraron en silencio.

—Cariño —dijo Marc—, voy a llamar al prefecto de policía y también al director de la radio para agradecérselo. Yo… quisiera

también… quisiera poder llamar por teléfono a mi abogado… ¿comprendes?

—Pero ¿qué es lo que ha cambiado, Marc?

—Todo. Estamos los tres juntos, estaremos los tres juntos siempre, Agnès. —Y volvió a decir—: Nunca más…

—Llama al abogado —dijo ella con un tono casi imperceptible.

—Cuando nos casamos —siguió Marc—, pronunciaste tan bajo el «sí» que el cura te lo hizo repetir…

—Llama al abogado —dijo Agnès con una voz fuerte.

P. L. T.

se estiró en su sillón y se rascó la cabeza revolviéndose los pelos. La noticia lo alegraba doblemente: pues si la perspectiva del pleito lo contrariaba, en cambio encantaba a su enemiga, la letrado Vallier du Tour. Decidió llamarla por teléfono inmediatamente.

—… Reconciliados, sí… ¡Ah! Nosotros no tenemos nada que ver… Naturalmente, el juicio ya no tiene razón de ser… No, no, ninguna formalidad jurídica o casi ninguna; yo me encargaré… Espero que esta noticia le cause la misma alegría que a mí. Nuestra misión es, ante todo, la de conciliar y, siempre que podamos…

Pero ella había colgado ya.

«Pobre Agnès —pensaba—, vencida de antemano a pesar de todo su dinero; y a pesar de su hijo, ¡la mejor prenda!… Por una vez que tenía la suerte de no ser solamente la hija de alguien o la mujer de alguien…».

El retrato del decano del Colegio de Abogados, ligeramente más grande que de tamaño natural, la observaba desde lo alto con una satisfacción burlona. Se plantó delante de él: «Parecido abominable…». Cuando aquella mandíbula de juerguista que camuflaba una barba tan honorable, cuando aquella barriga de banquete radical-socialista y aquellas manos mil veces impuras le repugnaban demasiado, ella no se atrevía a imaginarse lo que de ello quedaba en el ataúd sobre el que se habían pronunciado tantos discursos mentirosos.

—Quitaré este cuadro —decidió.

Pero sabía ya que no lo haría: le servía de propaganda para clientes ingenuos, y la pared, tras el cuadro, estaba desteñida; sabía ya que el retrato le sobreviviría.

Agnès y Marc sentados a la misma mesa. ¿Desde hace cuántos meses no ha ocurrido esto? Los dos lo han calculado y se han callado. Desde el día siguiente, el tercer cubierto estará entre los suyos, como de costumbre: el plato pequeño, el vaso de plata…, pero esta noche los separa todavía una invitada invisible.

—Cuando pienso —dice Marc, para llenar el silencio—, lo que hubiera podido ocurrirle a Martin…

—Pero si no sabemos lo que le ha ocurrido.

—Nada grave, en todo caso. Ya le harás que te cuente todo, poco a poco. Pero seguramente nada grave desde hace cuarenta y ocho horas y nada de nada desde hace nueve meses. Es injusto —añade—, pero el dinero facilita mucho las cosas: si hubiéramos sido pobres, ¡cuántas complicaciones! Y, para él, ¡cuántos peligros!

—Es cierto —dice Agnès sonriendo—. Ni una enfermedad desde septiembre, ningún accidente y ni siquiera, así lo espero, ningún choque moral.

—¡Ninguno! Es el privilegio de su edad. Los niños pasan por todo sin comprender, sin sufrir por nada, ¡gracias a Dios!

—Gracias a Dios —repite Agnès.

Dios se calla.

Hacia la mitad de la noche, Martin se despertó. Casi inmediatamente reconoció su cuarto, pero no las sábanas pues estaba medio vestido. Se levantó, las cejas fruncidas, fue hasta la habitación de sus padres, entreabrió la puerta y los vio en la cama grande. Se retiró riendo, sin ruido: estaban los dos allí… Dormían; y él velaba, lleno de secretos, de encuentros. «Sólo les contaré lo que quiera», decidió; se sentía muy fuerte, capaz de fingir, como todas las personas mayores. Se había hecho muy *listo* él también, y se reía solo.

Se quitó la última ropa que olía a aventura, buscó en el armario un pijama y se lo puso. El pantalón le llegaba por encima de los tobillos y las mangas se detenían en los puños.

Al cerrar la puerta del armario, se vio en el espejo: «Yo ya sabía que había crecido», murmuró.

Sin embargo, tuvo que ponerse completamente contra el espejo y mirarse durante mucho tiempo. No reconocía su cara, y esta cara le daba un poco de miedo.

¡ADIÓS, PUES,
HIJOS DE MI CORAZÓN!

Mayo de 1966

Notas de la traductora

[1] Calambur. Se refiere al coche «Citroën DS» (fonéticamente *déesse*, es decir, diosa). < <

[2] En francés, *rêve* y *réveil*. < <

[3] Juego de palabras entre *neón* y *néant*, que quiere decir la nada. < <